CONFERENCIAS APOLOGÉTICAS

por

Mons. CARLOS GIBIER
Obispo de Versalles

CON AUTORIZACIÓN DEL EDITOR FRANCÉS P. LETHIELLEUX

VII

LA IGLESIA Y SU OBRA

VOLUMEN II

LOS COMBATES DE LA IGLESIA

TRADUCCIÓN DE LA VIGÉSIMA EDICIÓN FRANCESA POR EL
DR. MODESTO H. VILLAESCUSA

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

EDITORIAL LITÚRGICA ESPAÑOLA, S. A
SUCESORES DE JUAN GILI
CORTES, 581 - BARCELONA
1926

Este duelo trágico constituirá el objeto de nuestro nuevo volumen.

Cuando dimos a nuestro auditorio las conferencias siguientes, no creímos que decíamos todo lo que hay que decir sobre este asunto. No podíamos llevar al púlpito toda la historia de la Iglesia; esto hubiera sido interminable... y poco interesante para el mayor número. Solamente recorrimos las cumbres y resumimos los principales acontecimientos. Esto bastaba para instruir y edificar a nuestro auditorio.

Los lectores de este volumen podrán y deberán completarlo con estudios particulares. Nada más fácil. En el campo de la erudición histórica, el catolicismo cuenta con defensores cuyo valor es imponderable y cuya autoridad no admite discusión. Los católicos no tienen por qué avergonzarse de su pasado; para mostrarse orgullosos de él, basta que lo conozcan, y para conocerlo, tienen a su disposición fuentes de información que no pueden dejar de consultar.

En los tiempos agitados y difíciles que corremos, nos es útil a todos, sacerdotes y fieles, considerar las luchas ya pasadas. No fueron ni menos violentas, ni menos pérfidas que las de hoy en día. La Iglesia salió de ellas victoriosa, tanto más gloriosa cuanto más mutilada y ensangrentada. Cuando sus enemigos la creían muerta, preparaba ella los funerales de ellos y su propia resurrección. Los combates de la Iglesia en la hora presente acabarán con el mismo triunfo que los de lo pasado. Las victorias de la Iglesia son ciertas, porque dependen de Dios y de nosotros. Roguemos y oremos. Ayudémonos, y Dios nos ayudará.

Orleáns, 15 de Septiembre de 1905

CARLOS GIBIER,

Cura de San Paterno.

I

CONFERENCIAS PRELIMINARES

CONFERENCIA PRIMERA

No tenemos bastantes hombres cristianos

SEÑORES:

Al empezar el quinto año de nuestras conferencias episcopales, me propongo plantear ante vosotros y resolver con vosotros una cuestión capital. ¿Qué es lo que más falta nos hace en Francia en la hora actual? ¿Son hombres inteligentes y hábiles? No, los tenemos en abundancia. Lo que más falta nos hace, son hombres cristianos, católicos convencidos y prácticos. No tenemos bastantes, y pronto veréis cuán verdad es esto, y cuán inquietante también.

I. Tenemos en abundancia hombres inteligentes y hábiles.

¿Nos faltan *agricultores, industriales* y *comerciantes?* No. Entre nosotros son muy numerosos, muy activos, muy experimentados. Hace veinte años, apenas

producíamos por término medio cien millones de hectólitro de trigo; hoy producimos ciento quince millones. En veinte años hemos pasado de setenta y cinco millones de hectólitros de avena a ochenta y siete millones, y de un millón a un millón y medio de hectólitros de alcohol. La producción de azúcar y de vino ha seguido la misma proporción. A pesar de las contrariedades soportadas por la agricultura, la industria y el comercio, y en razón misma de esas contrariedades, que han exigido y multiplicado la lucha, se han hecho grandes esfuerzos y se han obtenido grandes resultados en esas tres ramas de la vida nacional. Subamos más arriba

¿Nos faltan *sabios, literatos* y *artistas*? No. Los tenemos muy numerosos, muy ardientes, muy distinguidos. La ciencia es muy honrada y muy progresiva entre nosotros. Abunda la literatura y nos inunda con sus producciones. ¿Y las artes? En los dos salones de los Campos Elíseos y del Campo de Marte, se han contado este año más de siete mil obras... y todavía no se cuentan todas las producidas en el año. Jamás Atenas en la época de Pericles, ni Roma en la de Augusto, o de León X, ni Florencia en la de los más hermosos días de los Médicis, ni París en la de Francisco I o Luis XIV, conocieron fecundidad más desbordante, ni registraron producción más desproporcionada. La vida material y la vida intelectual circula a oleadas en el seno de la nación. Para sostener el orden en lo interior, para imponer el respeto en lo exterior,

¿Nos faltan *soldados, magistrados, funcionarios?* No. Entre nosotros son innumerables. En pie de paz tenemos 500.000 soldados, que, todo comprendido, gastan anualmente 600 millones. Tenemos una escuadra, cuyo poder confiesan nuestros mismos enemigos. Tampoco podemos decir que estamos faltos de funcionarios,

pues constituyen un efectivo que supera el de nuestro ejército. El Estado por sí solo cuenta con más de 600.000, con un coste anual de 500 millones. Y si a los empleados del Estado añadimos los de las provincias y los municipios, llegaremos a un total espantoso. Se ha calculado que en una sola subprefectura, cuya población se eleva a 6.000 almas, hay por lo menos 700 personas que viven del presupuesto nacional o local. La empleomanía está entre nosotros en plena floración. Tenemos en abundancia soldados, magistrados, artistas, agricultores, industriales, comerciantes. Tenemos en abundancia hombres inteligentes y hábiles. ¿Luego nada nos falta para ser un pueblo perfecto? Dispensadme. Nos falta algo, algo que es esencial, sin lo cual, todo lo demás es insuficiente y precario.

II. Nos faltan hombres cristianos.

No exageramos. Tenemos cierto número de hombres cristianos, *muchos más que hace cincuenta años*. A principios del siglo XIX, en 1830, la presencia de un hombre en una iglesia era un acontecimiento; pero actualmente, trabajo les daría si tuvieran que asombrarse de ello... y ciertamente este retorno de los hombres al asilo de la plegaria, no es un pequeño triunfo para la religión. Añadid a esto que, en nuestras grandes escuelas y en los campos, vemos estudiantes y militares en gran número que confiesan altamente su fe. Añadid a esto también que, en alguna de nuestras grandes ciudades, podríamos mostrar con orgullo un Colegio de Abogados que cuenta con cristianos convencidos y practicantes en mayoría entre los miembros de su Consejo, y un Cuerpo de Médicos en que el mismo cálculo da el mismo resultado. Todos estos fenómenos conso-

ladores eran desconocidos en 1830... Notad, finalmente, que esa vuelta de los hombres a la religión es tanto más significativa cuanto es muy desinteresada y muy meritoria. Humanamente hablando, nada hay que ganar hoy en día, y sí mucho que perder, o, por lo menos, que arriesgar con la profesión pública de las prácticas religiosas. Ser cristiano en un mundo combatido como el nuestro, no es un medio de medrar, sino más bien para comprometerse. Hubo otras veces falsos devotos. Este vicio, siempre deshonroso, quedaría hoy sin provecho. No es el vicio de moda. Desafiamos a los más escépticos a que no reconozcan como francos y de buena ley los progresos, limitados sin duda, pero incontestables, de la religión entre los hombres. Tenemos más hombres cristianos que hace cincuenta años. Esto parece innegable. ¿Quiere esto decir que todo marcha admirablemente y que nada hay que hacer ni qué desear? No.

No tenemos suficientes hombres católicos. Los hombres son más numerosos que antes en nuestras iglesias; pero distan mucho todavía de ocupar el puesto que les corresponde. La porción viril del rebaño no está toda entera en el redil. Las mujeres y las jóvenes en su mayoría practican el cristianismo. No ocurre lo mismo con los hombres y los jóvenes, y vamos a ver el mal inmenso que esto representa. Los hombres son los que determinan el movimiento general del mundo, los que dan a un siglo su actitud y su fisonomía. Un pueblo vale lo que valen los hombres que lo componen, porque de ellos emanan las grandes influencias, los ejemplos poderosos, las soberanas direcciones.

1.° No tenemos bastantes hombres cristianos, lo cual produce, *en la vida privada,* grandes desfallecimientos. Las costumbres declinan y se corrompen. La conciencia se debilita y se presta a compromisos deplorables. Por todas partes reina el desconocimiento de la verdad y el abandono del deber. Los caracteres se rebajan y sólo saben arrastrarse. Su ideal no es ya lo bueno y lo bello, sino lo productivo y útil, es decir, un número más o menos grande de sacos de escudos, una cosecha más o menos grande de placeres y honores. Todo el mundo sabe leer, escribir y contar. Pero, gran Dios, ¡qué uso se hace con frecuencia de la lectura! de la escritura y del cálculo!

2.° No tenemos bastantes hombres cristianos, lo cual produce, *en la vida doméstica,* multitud de ruinas; ruinas morales, ruinas religiosas. En muchas casas apenas una cuna o dos, en las que crece un niño, ídolo de la familia en su primera edad, pero que constituirá su vergüenza en su juventud. Todo reposa sobre esta cabeza, todo se le sacrifica... ¿Por qué? Porque un día se lleva la muerte, de un solo golpe, este vástago delicado, o porque el pecado, más cruel que la muerte, lo devora como a su presa, y lo arroja, podrido en sus costumbres, en medio de una sociedad para que se convierta en llaga de ella. ¿Por qué tenemos tan pocos jóvenes cristianos? ¿Por qué? Porque se ven privados de los buenos ejemplos paternales. Si el padre no es cristiano, a los siete años lo advierte su hijo; a los diez se asombra de ello, a los quince se escandaliza, y al primer grito de las pasiones, hace de ello su arma. La apostasía de los hijos no es a menudo más que la consecuencia de la indiferencia paterna. El porvenir definitivo del mundo pertenece a los pueblos que tienen más familias numerosas, laboriosas y cristianas. Ahora bien, el padre es el que hace las familias numerosas, laboriosas y cristianas. No digáis que los civilizadores de la

raza humana son los príncipes y los magistrados, los pensadores y los oradores... pues todos ellos sólo tienen una influencia secundaria en la marcha del género humano. Los verdaderos civilizadores, los creadores de Francia y de Europa, los legisladores de las sociedades modernas, los profetas y los formadores de lo por venir, son los padres de familia.

3.° No tenemos bastantes hombres cristianos, lo cual produce, *en la vida parroquial,* profundas lágrimas. Abiertas están a todos nuestras iglesias... pero, cosa extraña, los hombres que tanto procuran por relacionarse en la política, en la industria, en las artes, experimentan una especie de aversión a reunirse en las ceremonias y prácticas del culto... como si la religión fuera monopolio de mujeres y niños. Nuestros sacramentos son ofrecidos y necesarios a todos... más cuando el joven o la joven se arrodillan ante el santo tribunal o la sagrada mesa, se sienten tentados a decir: ¿Dónde está mi padre? ¿dónde están mis jefes? Nuestras obras parroquiales de piedad, de caridad, de apostolado, solicitan el concurso de todos... pero se reclutan generalmente en la porción femenina del rebaño. La parroquia es como una familia. ¡Cuántas parroquias hay en Francia que parecen viudas, decapitadas! De aquí su vida lánguida y moribunda. Los hombres todavía son inscritos en los registros del bautismo, de la primera comunión, del matrimonio; todavía son cifras de una adición, pero no miembros vivientes y activos de la corporación parroquial.

4.° No tenemos bastantes hombres cristianos, lo cual origina, *en la vida civil,* numerosos peligros. Solamente la religión puede asegurar la paz entre los ricos

y los pobres, entre los grandes y los pequeños, porque sólo ella es capaz de asegurar arriba la moderación, la justicia y la caridad, y abajo la templanza, la probidad y la resignación. No tenemos bastante cristianismo arriba, ni tampoco abajo; por lo que, dominándolo todo el egoísmo, la lucha de clases pone en peligro continuo la sociedad.

Además, la sociedad se compone del poder y de los súbditos. De un lado, el poder, el cual se apoya con una mano en la ley, con la otra en la fuerza; y frente al poder, un pueblo cansado de obedecer, impaciente por sacudir el yugo. ¿Cómo lograr que estos dos leones no se devoren? Sólo la religión puede poner en el corazón de los jefes la humildad, la moderación, el sacrificio, y en el corazón del pueblo la obediencia y el respeto. Por desgracia, no hay bastante religión en el poder, ni bastante religión en los súbditos... por lo que a cada momento está en peligro la unidad social.

Pero lo más grave en la sociedad moderna es que los hombres, al propio tiempo que súbditos, son soberanos; son legisladores, hacen las leyes. Si, pues, los hombres no son cristianos, los legisladores no lo serán tampoco; si los legisladores no son cristianos, tampoco lo serán las leyes, y si las leyes no están impregnadas del espíritu cristiano, serán, o insuficientes, como una paja ligera que el viento empuja ante él, o malas, como un brevaje que, en vez de refrigerar el cuerpo social, acabará de ajarlo y corromperlo.

Señores, tenemos en abundancia hombres inteligentes y hábiles; pero la inteligencia no es la que salva a los pueblos. Los egipcios, los griegos y los romanos fueron muy inteligentes, y murieron. Lo que constituye la salud de las naciones es la multitud de las conciencias rectas, de las que emanan las costumbres pu-

ras: *sánitas gentium multitudo sapientium.* Pero las costumbres puras y las conciencias rectas son demasiado raras entre nosotros, porque no tenemos bastantes hombres cristianos.

¡Oh Dios mío, dadnos hombres cristianos! ¡Ya tenemos, pero dadnos más!

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

¿Por qué tantos hombres no son cristianos?

SEÑORES:

Tenemos en abundancia hombres inteligentes y hábiles, pero no tenemos bastantes hombres cristianos. ¿Por qué? ¿Por qué tantos hombres no son cristianos? Quisiera responder hoy a esta pregunta preliminar. Es muy importante.

¿Por qué tantos hombres no son cristianos?

I. Muchos no pueden serlo.

Sin domingo, no hay religión. Sin domingo, no hay, en primer lugar, instrucción religiosa. Las cuatro quintas partes de los hombres recibieron en su infancia nociones religiosas muy incompletas; estas nociones encontraron en ellos, a medida que iban creciendo, nume-

rosas causas de ruina, y cuando llegan a los treinta o cuarenta años, les es difícil reconquistarlas. No se dirigen a los libros, porque carecen de tiempo y de gusto para leerlos y estudiarlos. Así, solamente el domingo, en la iglesia, al pie del púlpito, es donde puede instruirse el pueblo; solamente el domingo, el dogma todo entero, la enseñanza católica completa volverá a pasar ante sus ojos por las ceremonias del culto, y entrará en sus oídos por la predicación. Sin domingo, no hay instrucción religiosa.

Sin domingo, no hay vida religiosa. El domingo, mediante la oración pública y social, se pone el hombre en relación con su Creador. Después de llevar, durante la semana, el peso del día y del calor, reposa el domingo, se realza, se transfigura. Se libra de la vida material de los campos, del taller, del despacho, para dar aliento a su vida moral y religiosa. Nada tan justificado como la frase tantas veces citada: sin domingo, no hay religión.

Por desgracia, ¡cuántos hombres hay que no conocen el domingo, y que, por consiguiente, no tienen religión! En el mundo obrero de esta vasta parroquia, se cuentan hasta sesenta hombres por ciento que se ven privados de la libertad sagrada del domingo. He ahí una injusticia social, un crimen contra Dios y contra la dignidad humana. ¿Cuándo acabará ese crimen? ¿Cuándo será suprimida esa injusticia? No lo sé. Pero, en cuanto de mí dependa, protesto y conjuro a todos los que tienen corazón para indignarse e influencia para dirigir, que trabajen en la reivindicación del domingo en favor de la gran multitud que de él se ve injustamente privada. Asómbrase uno de que Francia se vea tan lejos del Evangelio, de que le sea tan difícil volver a su bautismo. Asómbrase uno de que haya tantos hombres entre

nosotros que no sean cristianos. Desgraciadamente, muchos no pueden serlo.

II. Muchos no quieren serlo.

Los unos porque son naturalmente honestos, creen poder prescindir del cristianismo. La medida relativa de verdad que poseen les sirve de obstáculo invencible a la adquisición del resto. Su probidad instintiva los tranquiliza con relación a Dios, y les impide llegar hasta Jesucristo. Por eso decía Jesucristo: "Esas mujeres que calificáis de perdidas, os precederán en el reino de Dios." En efecto, están cerca del bien, a fuerza de estar lejos de él; caen por la humillación a los pies de Jesucristo, y cuando uno está a los pies de Jesucristo, está muy cerca de su corazón. Con frecuencia vemos grandes pecadores que sienten la necesidad de reconquistar la gracia; pero no es raro que gentes honradas, que guardan todavía en su corazón restos de vaga religiosidad, se enorgullezcan de lo poco que poseen y desprecien el deseo y la investigación de lo que no poseen. Este fenómeno existe en nuestro mundo descristianizado. Cierto número de hombres relativamente honrados se niegan a volver al cristianismo bajo el audaz pretexto de que pueden prescindir de él, que no tienen necesidad de él, que sin él viven por modo correcto. ¿Por qué hay tantos hombres que no son cristianos? Muchos no pueden serlo, otros no quieren. Entre estos últimos, los unos se creen buenos, los otros son malos, y rechazan violentamente una religión que condena sus pasiones desordenadas. Asómbrase uno de encontrar tantos incrédulos. ¿Cómo no haberlos? La religión, por sus misterios, tiene en contra suya todos

los prejuicios del espíritu, y, por su moral, todas las pasiones del corazón. Ser incrédulo, es fácil; no se necesita ni inteligencia, ni ciencia, ni fuerza de natural; basta dar oídos a las inclinaciones que nos son queridas y que el cristianismo reprueba. Para ser cristiano, es preciso combatir las inclinaciones, y cuando pienso con qué santa severidad condena el Evangelio todos los vicios, todas las pasiones desenfrenadas, el orgullo, la voluptuosidad, la codicia, ¿sabéis lo que me asombra? No que haya incrédulos, sino más bien que haya cristianos. Sí, todo se levanta contra la religión, excepto la verdad... La religión tiene en contra suya las malas pasiones del corazón, y de aquí que muchos no la quieran. "No asombraré a ninguno de los que han seguido los cursos de nuestros liceos—escribe Pablo Bourget,—al afirmar que la impiedad precoz de los librepensadores en ciernes tiene por punto de partida alguna debilidad de la carne acompañada de un horror instintivo al confesonario. Luego, llega la razón, proporcionando pruebas en apoyo de una tesis negativa, aceptada desde el principio por las necesidades de la causa." Trasladémonos fuera de nuestros países civilizados. ¿Por qué los infieles se ven impedidos de hacerse cristianos? Por la moral evangélica. Vuestra religión es hermosa y buena, y vale más que la nuestra, pero hay que llenar el vientre, responde al misionero el bramán glotón. ¿Cómo queréis que me sujete a una sola mujer?, replica el asiático voluptuoso. ¿Cómo queréis que perdone a mis enemigos y a los de mi tribu?, exclama el feroz salvaje. Los grandes, los únicos enemigos del cristianismo, son las malas pasiones. "Quitad vuestras pasiones, y creeréis"—dijo Pascal.—Mirad. ¿Cuándo desaparece del corazón la fe? Cuando las pasiones introducen en él el desorden. ¿Cuándo vuelve? Cuando la vejez o la

presencia de la muerte restablece la calma. No se ataca jamás al Símbolo antes de haber abierto brecha en el Decálogo. He ahí el secreto de la mayor parte de las incredulidades. ¡Ah, cuán investigador, penetrante y exigente es Jesucristo! Llega hasta el alma, hasta el corazón, que es el centro de todo, para pedirle el sacrificio de sus más caras inclinaciones, para convertirlo del mal al bien, del orgullo a la humildad, de la codicia sensual a la castidad, del goce a la mortificación, del egoísmo a la caridad, de la corrupción a la santidad. El hombre opone a esta empresa una resistencia desesperada; arma contra Jesucristo su razón, su voluntad, su corazón, el mundo, el género humano, la tierra y el cielo, y, aun vencido por la gracia de Jesucristo, no deja de sentir en su interior, hasta el último momento, una posibilidad y una sed oculta de rebelión. ¿Por qué hay tantos hombres que no son cristianos? Muchos no pueden serlo, otros muchos no lo quieren.

III. Muchos no se atreven.

¡Cuántos hombres hay que son todavía cristianos en su interior, pero que no se atreven a manifestarlo! Tienen miedo. Tienen miedo de los furores de la impiedad. Tienen miedo de la sonrisa de los incrédulos. Tienen miedo de la galería. Tienen miedo de la opresión del poder público. Tienen miedo... y se callan cuando deberían hablar, y se abstinen cuando deberían obrar, y se ocultan cuando deberían mostrarse. Meten su bandera en el bolsillo. Aullan con los lobos. ¡Cuántas cosas habría que decir sobre este punto! Básteme oponer a la conducta de tantos cristianos tímidos el ejemplo de un gran marino, muerto hace dos años, el almirante

Dupetit-Thouars. Confesábase por lo regular cada quince días; comparecía en la iglesia de gran uniforme y se dirigía a la sacristía, en donde lo esperaba su confesor. Al día siguiente comulgaba también de gran uniforme. Cierto día, un personaje intentó decirle tímidamente que, para cumplir sus prácticas religiosas, no era necesario vestir su uniforme de almirante, A lo que respondió aquel gran cristiano: "Es la costumbre que tengo siempre que me presento a mis superiores." El personaje entendió que era inútil insistir. Pero ¡cuán raros son los hombres que tienen así el valor de sus convicciones religiosas! ¿Por qué hay tantos hombres que no son cristianos? Unos no pueden serlo, otros no quieren, otros no se atreven.

IV. Muchos no saben serlo.

El cristianismo posee todo cuanto se necesita, para cautivar la inteligencia y el corazón del hombre. Su dogma, su moral y culto son admirables. ¿Qué le falta, pues, para imponerse a todos? "Unicamente le falta ser conocido—respondía a los paganos el más elocuente de sus defensores, Tertuliano;—*ne ignorata damnetur.*" Se condena a la religión cristiana porque no se la conoce. Laharpe convertido decía a los incrédulos de su tiempo: "Señores, examinad como yo, y como yo creeréis." Desgraciadamente, muchos hombres no examinan; y aun muchos hombres muy ilustrados no conocen el cristianismo.

¿Por qué esta ignorancia religiosa? La miseria de los tiempos entra por mucho; no se ha tenido la dicha de recibir en la infancia una sólida enseñanza religiosa, y aun los mismos que fueron muy instruídos, conservan

un vago recuerdo de las nociones catequísticas recibidas en su primera edad. Después, entrados ya en la vida y arrastrados por ese torrente de negocios y placeres que entraña hoy la existencia, no piensan que, en medio de tantos cuidados, debía tener lugar un serio examen de religión. Otros menos ocupados, pero superficiales y ligeros, se espantan a la sola idea de consagrar algunos rápidos instantes a tan grave estudio. Añadamos que las controversias religiosas que se agitan en nuestra época son con frecuencia ocasionadas a turbar los espíritus mucho más que a ilustrarlos. ¿Cómo ver claro en medio de las ideas confusas e inexactas puestas cada día en circulación por una prensa mal intencionada, o mal informada, cuando, por otra parte, están tan poco instruídos en los elementos del cristianismo?

Comprobad también conmigo la profundidad de la ignorancia religiosa. Una muchedumbre de hombres muy inteligentes, muy ilustrados sobre otros puntos son nulos en el punto capital de la religión. Ni siquiera, a veces, tienen las primeras nociones de las cosas religiosas más ordinarias y comunes. Achacan de buena fe a la Iglesia católica singularidades, y aun absurdos, que, ni de cerca ni de lejos, tienen absolutamente nada de común con sus creencias. Sobre las cuestiones más sencillas del catecismo, ¡cuántos hombres hay que se verían muy apurados si se les pidiera una respuesta precisa! ¿Qué es un sacramento? ¿qué es la gracia, un misterio, la fe, la esperanza, el sacrificio, la Iglesia, el pecado original, y aun el mismo Jesucristo, la Encarnación, la Redención? Morimos de ignorancia religiosa.

¿Por qué hay tantos hombres que no son cristianos? Muchos no pueden, éstos no quieren, aquéllos no se

atreven, otros no saben. He ahí el mal. Busquemos el remedio.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

La misa de los hombres gran medio de cristianizar a los hombres

SEÑORES:

Inauguramos nuestro quinto año de conferencias. Hace cuatro años que fué instituída la misa de los hombres. Cada domingo, centenares de hombres se han agrupado en esta iglesia, y cada domingo han recibido al pie del púlpito una enseñanza doctrinal y variada. ¿Por qué se fundó la misa de los hombres? ¿Por qué la hemos sostenido con una tenacidad que tantas fatigas nos ha costado? ¿Por qué nos decidimos a mantenerla con una perseverancia que nada podrá agotar? ¿Por qué? Porque esta institución responde a una necesidad apremiante. Permitidme que os dé la prueba de ello.

Señores, tenemos hombres cristianos. Tenemos muchos más que hace cincuenta años. Esto no obstante, no tenemos bastantes. ¿Por qué hay todavía tantos hombres que no son cristianos? ¿Por qué en Orleáns, con una población de 14,000 hombres, hay por lo menos la mitad que viven sin religión, o casi sin ella?

Los unos no pueden, o no quieren acercarse al cristianismo, y a nosotros sólo nos toca compadecerlos y rogar por ellos. Pero ¡cuántos otros hay que no se atreven o no saben! ¡Cuántos, que serían cristianos, si tuvieran fácil ocasión de agruparse e instruirse! Tal es precisamente el fin de nuestra institución: cristianizar a los hombres agrupándolos e instruyéndolos.

I. Muchos hombres no son cristianos porque no saben.

La instrucción profana está en el día de hoy ampliamente difundida: todo el mundo tiene hoy hambre y sed, iba a decir rabia, de instrucción. Por todas partes se multiplican las escuelas, y se cuentan los maestros por millares, y por millones lo salumnos; se instituyen bibliotecas en todos los lugares, clases para todas las edades, conferencias para todos los asuntos. La ciencia corre a caja llena, y los títulos, los diplomas van a convertirse en un artículo de bajo precio, gracias a su excesiva abundancia. Con tal que la instrucción, repartida a tontas y a locas, no saque a muchos de su esfera y los mate de hambre, es siempre cosa buena y merece ser alentada, y si yo tuviera la desgracia de maldecirla, la Iglesia, mi madre, se levantaría contra mí, porque es la eterna e irreconciliable enemiga de la ignorancia, porque hace ya diecinueve siglos que llama con sus anhelos y provoca con sus esfuerzos el desarrollo progresivo de la inteligencia humana. Los hombres de nuestro siglo están abundantemente provistos de ciencia profana; pero ¿tienen, por otra parte, una medida suficiente de instrucción religiosa? No temo responder: no.

La instrucción religiosa en la mayor parte de los hombres, es insuficiente. Una muchedumbre de hombres

muy inteligentes, muy ilustrados sobre otros puntos, son nulos desde el punto capital de la religión. En 1672, Madama de Sevigné escribía de su tierra de Bourbilly: "¡Grito miseria sobre un montón de trigo!" En efecto, la gran señora tenía 80.000 celemines de trigo que no podía vender, y se encontraba literalmente sin una peseta. Así, muchos hombres que poseen en abundancia el trigo de las ciencias humanas, se ven a menudo desprovistos de la ciencia divina, moneda preciosa con la que se compra la vida eterna. Ricos de lo accesorio y desnudos de lo principal, gritan miseria sobre un montón de trigo.

Y si esto ocurre con los sabios, ¿qué ocurrirá con los otros? Mueren de ignorancia religiosa, pues conociéndola poco, o conociéndola mal, no se conoce en modo alguno la religión, vacilan en practicarla y son incapaces de defenderla. Cuando uno ignora algo, tropieza, tiene miedo, a la manera del viajero que por la noche duda de su camino. Desconocen las primeras nociones del catecismo; la menor burla, la menor objeción, los desconcierta, como un viento ligero que arruina un edificio de piezas mal ajustadas. Ignora la historia del catolicismo; de aquí que no sientan por su fe la noble satisfacción que inspira el recuerdo de una fila interminable de antepasados fieles y de inteligencias ilustradas que adoraron al mismo Dios que nosotros... Jamás leyeron, jamás oyeron la explicación del Evangelio; la belleza de la augusta figura de Jesús no los seduce; no ven brillar su nombre en el curso de los tiempos como el sol en medio del espacio. No conocen el cristianismo; lo condenan, o, lo que viene a ser lo mismo, lo dejan condenar ante ellos. La instrucción religiosa de muchos hombres, es insuficiente.

¿Cómo se instruirán? Fáltales tiempo para leer grue-

son volúmenes, los apologistas, los Santos Padres, la Biblia, y nos dicen, por la nemos los que son sinceros y se cuidan algo de su alma y de la verdad: "Nos absorben los negocios; tened compasión de nuestra vida, tal como es; no nos pidáis imposibles; dadnos el medio fácil de conocer la religión." Pues bien, la misa de los hombres fué instituída para responder a ese grito y a esa necesidad. Creímos que, si muchos no tienen todavía valor suficiente para practicar el cristianismo, todos tienen, por lo menos, el derecho de saber exactamente lo que es. Lo que es el cristianismo... hace cuatro años que venimos diciéndolo aquí, bajo las formas más variadas, y con argumentos que se renuevan cada domingo. Y ante Dios podemos proclamar que hemos ofrecido aquí una vasta difusión de luz, que hemos cumplido ampliamente nuestro deber de iluminador y de apóstol, y que únicamente desconocen la religión los que decididamente no han querido conocerla. La misa de los hombres es una gran institución; grande a causa de los trabajos que impone a vuestros sacerdotes, grande a causa de las necesidades que está llamada a satisfacer. Cristianiza a los hombres instruyéndolos, y también agrupándolos. Porque, en efecto, hoy, para hacer cristianos, es más que nunca necesario agruparlos tanto como instruirlos.

II. Muchos hombres no son cristianos porque no se atreven.

Para hacer algo, y sobre todo algo importante y difícil, *hay que agruparse.* La agrupación es la ley del género humano. Mirad los ingleses. Ora se trate de placer, ora de trabajo, de deporte, de ciencia, de arte, de opinión, ningún inglés obra solo. No hay un inglés, aunque todavía sea niño, que no forme parte, pagando su

cuota, por pobre que sea, de una sociedad numerosa o restringida que se interese por las cosas que a él le interesan. No hay nadie como los ingleses que tengan tan desarrollado el instituto de agrupación. Los alemanes obedecen al mismo instinto. Todos los hombres lo tienen más o menos desarrollado. Por todas partes los vemos acercarse los unos a los otros en política, en industria, en artes. Se reúnen para instruirse, para recrearse, para hacer obras útiles, o simplemente agradables, para oir conciertos, para ver correr caballos o luchar hombres. Todo es colectivo en el género humano: instrucción, placer, deber, y también, y sobre todo, la religión.

Para ser cristianos, los hombres tienen necesidad de agruparse. La religión es el pensamiento que debe determinar todos los demás, el sentimiento que más nos honra, el acto que caracteriza a nuestra especie. Unidos para todo lo demás, ¿por qué habríamos de aparecer aislados en el orden religioso? Además, se necesita hoy valor, mucho valor a veces, para atreverse a afirmar la fe... razón de más para asociarnos y agruparnos.

Aislados, somos débiles, retrocedemos. Quizás sea ésta la causa principal de las defecciones contemporáneas. Muchos hombres tienen miedo. Tienen miedo de los furores de la impiedad; tienen miedo de la sonrisa de los incrédulos; tienen miedo de la galería; tienen miedo del poder público. Ocúltanse cuando debieran dar la cara, se callan cuando debieran hablar, se abstienen cuando debieran obrar. Van a la batalla metiendo su bandera en el bolsillo, o bien, sin esperar, sin querer la victoria, dejando a sus enemigos todo el ardor y todas las ventajas de la ofensiva, y guardando para ellos esas maneras lánguidas y descorazonadas de que hablaba Tácito cuando escribía: *præcipuum pessimorum incitamentum quod boni mœrebant;* las lamentaciones de

los buenos son el principal aliento de los malos. El cristianismo tiene profundas raíces en las almas; pero los impíos audaces explotan el miedo y reinan sobre la cobardía.

Si los cristianos se agrupan bajo el estandarte de la verdad religiosa, si se agrupan ante los altares y el púlpito, se tranquilizarán los tímidos, y los sectarios que aterrorizan a los débiles cesarán de hacer víctimas, y aun quizás acaben por sucumbir al poder del ejemplo y al contagio del bien. Ya se ha visto esto. Conocéis la historia de aquellos trescientos soldados franceses cercados de repente en Argelia por los árabes veinte veces superiores en número. El comandante Changarnier los detiene, los agrupa, forma con ellos el cuadro y les dice: "Vamos, hijos míos. Mirad de frente a esos hombres. Son 6.000, y vosotros 300. Bien veis que la partida es igual." Y aquellos 300 soldados agrupados, oprimidos los unos contra los otros alrededor de su jefe, esperan los enemigos a tiro de pistola y lo rechazan victoriosamente con fuego de dos filas, bien dirigido. Salvan al ejército francés y se salvan a sí mismos. Señores, para ser cristianos, para conservar nuestra fe, para defenderla y propagarla, agrupaos en nuestra institución de la misa para hombres. Aislados, no sois más que granos de polvo; unidos, sois un muro sólido y resistente. Aislados, sois soldados perdidos y vencidos por adelantado; unidos, sois un batallón poderoso e invencible.

Cierto día, acababa Bourdaloue de predicar ante Luis XIV un sermón virulento; indignados los cortesanos, se oprimían en torno del Rey invitándole a revolverse contra él y reclamando una represión. "Señores—les dijo Luis XIV,—el predicador ha cumplido con su deber; cumplamos nosotros con el nuestro."

Hace cuatro años que comparezco ante vosotros cada

domingo procurando cumplir con mi deber. Me he dirigido a hombres de buena voluntad; los he llamado al pie del altar, los he agrupado para aguerrirlos; los he llamado al pie del púlpito y les he hablado para instruirlos; hay todavía muchas personas honradas, y aun muchos buenos católicos, que permanecen alejados de este poderoso esfuerzo de evangelización. Declaro que no soy responsable de su indiferencia y de su ceguedad. He cumplido con mi deber.

Vosotros, señores, continuad cumpliendo con el vuestro. Venid, haced venir; agrupaos, instruíos, armaos, y juntos, vosotros y yo, cogidos de la mano, pongámonos en marcha. Preguntóse a un campesino vendeano qué es lo que hacía durante la tormenta revolucionaria de 1793. "¡Estaba de pie!"—respondió. Hagamos lo mismo, señores. Permanezcamos de pie. Y cuando los que hayan sido derribados por la tormenta de la duda, o por el viento glacial de la indiferencia, o por el aliento furioso de la impiedad, quieran levantarse y busquen un punto de apoyo, vendrán a nosotros, porque estaremos de pie, de pie en la luz, de pie en el deber, de pie sobre la roca sagrada del Evangelio inmortal.

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA

El camino recorrido

SEÑORES:

Hace cuatro años que caminamos juntos por los senderos de la verdad religiosa. ¿Queréis que arrojemos hoy una mirada para medir el camino recorrido, para contemplar a vista de pájaro las regiones exploradas? Hemos hecho un hermoso viaje, y compadezco sinceramente a los que no han tenido la posibilidad o el valor para seguirnos. Hemos visitado sucesivamente tres regiones superpuestas: Dios, Jesucristo y la Iglesia.

I. Para comprender bien la marcha que hemos hecho. formaos por adelantado una idea exacta de la actitud y fisonomía de este siglo.

Arrojados en medio de las luchas contemporáneas, y testigos contristados de los furores antirreligiosos, que quisieran aniquilar nuestra fe, os habéis sentido alguna vez desalentados. No estáis en lo cierto. La lucha

entre la verdad y el error, entre el bien y el mal, es eterna. Si el Evangelio no fuera más que un libro vulgar, impotente, la iniquidad lo dejaría dormir tranquilo en la memoria de los pueblos, y no gastaría ni tiempo, ni trabajo, ni ciencia en desgarrar sus páginas. El vigor de los golpes que asesta contra vuestras creencias, prueba la vitalidad de ellas y su divinidad. Se dijo ya antes que la religión había muerto, que estaba bien muerta, que no había más que tratarla como cantidad despreciable. ¡Error o mentira! He ahí el siglo que acaba. Moja nuestros pies con sus últimas ondas; ya envuelve en el lienzo del olvido cuestiones que nos parecían de gran importancia y hombres a los cuales concedíamos con candidez la palma de la inmortalidad. Y en la orilla del siglo que desaparece arrastrándolo todo en sus olas, una roca se yergue cuando todo se abate, firme en medio de las ruinas, superior en su majestad solitaria a los asaltos de la última tempestad. Es la roca de la religión.

¿Acaso no es esto verdad? ¿Por ventura no os descubro en este instante el aspecto más evidente y agudo de nuestra situación? ¿Es que la religión, a la hora presente, no aparece en primera línea? ¿y no es verdad que este siglo que acaba quiere emplear lo que le resta de fuerza para desarraigarla?

He ahí la *Iglesia católica*. Ella hizo la patria; en cierto modo modeló su carácter nacional; le ha dado cuanto tiene de generoso en su valor, de magnánimo en su abnegación, de noble y elevado en sus costumbres, de moralmente grande en sus leyes, de altamente inspirado en su genio. Mas no solamente hizo la patria, sino que hizo el mundo moderno, y parece que, tras diecinueve siglos de beneficios, merece ocupar en el género humano un puesto inviolable, parece que tiene derecho, por lo menos, al respeto y a la libertad. Pues bien, no.

La impiedad se arroja sobre la Iglesia con una audacia que no conoce límites. Quiere expulsarla de los hogares, de las escuelas, de los talleres, de la vida social, y no dejarle más que sus templos y sacristías, y aun a título de precario. Mas no es esto todo.

Cuando la impiedad se encuentra ante la divina figura de *Jesucristo,* debería por lo menos saludar en él al género humano transfigurado y transformado, sustraído a la esclavitud antigua, entrando en una era de libertad y de paz, de progreso moral y de verdadera solidaridad. Parece que debiera detenerse respetuosa y pensativa ante la cruz, símbolo de libertad y de consuelo, ante el gran acto de la Redención, que es como el centro divino a donde van a converger las dos grandes vertientes de la historia del mundo. Pues bien, no; siente por Jesucristo el mismo odio que por su obra, y arroja a la faz del divino Crucificado ultrajes que horrorizan la conciencia. Pero va más lejos todavía.

He ahí a *Dios.* Es Creador y Padre; es Soberano y Providencia. El hombre se mueve, y Dios le guía. El hombre se mueve, sirve la verdad o la traiciona, persigue el bien o se aparta de él, se eleva o se rebaja; sube a sublimes alturas o desciende a numerosas degradaciones, hace de ese gran don de la libertad, que recibe de Dios, un uso bienhechor o fatal. Pero Dios es quien, a su hora y según sus grandes designios, le abre o le cierra la carrera; es el juez del honor y de la vergüenza, como es dueño de la vida y de la muerte. Dios dueño del hombre, el hombre sometido a Dios; he ahí la verdad universal y perpetua ante la cual, el género humano razonable se inclina con respeto.

Bien parece que la impiedad debiera detenerse temblando ante esta verdad esencial y primordial. Pues bien, no. No respeta más a Dios que a Jesucristo y a su Iglesia. Se levanta como enemiga directa del Creador del cielo y de la tierra. Ha decretado el ateísmo legal, y después de expulsar a Dios de las instituciones, quisiera arrojarle de los espíritus y de los corazones. Afirma que Dios no es más que una concepción metafísica a la cual nada responde en la realidad de los hechos, y que los seres vivientes son hijos del acaso, o, lo que viene a ser lo mismo, productos combinados de la generación espontánea y de la transformación de las especies. Suprimiendo a Dios, la impiedad, lógica en su furor, suprime a la vez las bases de la moral... y la oímos afirmar que el hombre no tiene otra ley que la que se hace a sí mismo, ni otra responsabilidad que aquella de la cual es teatro la vida presente, ni otro porvenir definitivo que la nada.

Señores, ya han producido *su fruto* estas doctrinas de muerte. Sustituyendo a la enseñanza del Evangelio la enseñanza del periódico malo, se ha extendido la impiedad como una lepra, y ha tenido una repercusión espantosa en la vida social. Hace cincuenta años, había anualmente en Francia 70.000 criminales; hay ahora 247.000. Al despoblar el cielo, no sólo la impiedad ha desmoralizado la tierra, sino que lo ha desembelesado. Hace cincuenta años, se contaban anualmente 1,700 suicidios; hoy se cuentan 11.000. He ahí, señores, la situación.

II. ¿Qué hemos hecho durante cuatro años?

A las negaciones de la impiedad, oponemos las afirmaciones de la razón y la fe. Hacemos una obra útil y necesaria. Sin duda que nos equivocaríamos grandemente si nos dejáramos llevar del desaliento ante los furores antirreligiosos, los cuales, con su misma violen-

cia, prueban la verdad y la indestructibilidad de lo mismo que quieren destruir. Pero también nos equivocaríamos y daríamos pruebas de imprudencia y de debilidad, si al ver atacada nuestra fe, careciéramos del propósito de defenderla y del poder de justificarla. La exposición leal y la demostración sincera de la fe cristiana, tal es la obra eminentemente pacífica y bienhechora en la cual trabajo con vosotros.

Se niega a Dios, su existencia y sus atributos, su acción, su soberanía. Durante un año, permanecimos en presencia de este gran asunto, y os acordaréis que defendí la fe de los pueblos y los libros de Moisés, exponiéndoos sucesivamente Dios y su obra, la creación del mundo, los orígenes del hombre, las leyes de la familia, el mecanismo de la sociedad y la antigüedad de la raza humana. Tales fueron los principios de mi obra. Vuestra atención era tan alentadora, aportabais al pie de esta cátedra tan visible deseo de la verdad religiosa, que creí poder continuar, lleno de confianza, una empresa tímida y ansiosamente comenzada.

La impiedad quiere hacer desaparecer a Jesucristo. Jesucristo es el gran debate del mundo. Detrás de las querellas políticas, que tan alto resuenan, aparece otra que es la verdadera y la última: la de saber si las naciones civilizadas por el cristianismo abandonarán el principio que las ha hecho lo que son; si llegarán hasta la apostasía, y cuál será, en este caso, la suerte que las espera. Ser o no ser cristiano; tal es el enigma del mundo moderno. La divinidad de Jesucristo es el nudo de lo por venir, como lo fué en lo pasado, y aunque esto fuese una ruina, es una ruina que lo entraña todo. Durante dos años, hemos permanecido frente a tan gran asunto. Os he mostrado a Jesucristo en su persona y en su obra. Los malos y los tontos pasan ante Jesucristo

suspender su marcha, sin inclinar la frente, y creen por razón con una sonrisa o con una blasfemia. Vosotros, señores, habéis contemplado esta gran figura con ción y respeto; habéis descubierto en su fisonomía nos que os han turbado y os han hecho reflexionar, y más de una vez, por entre el fuego de vuestras miradas, he creído descubrir que mi débil palabra hallaba en vuestras almas profundo asentimiento. Juntos nos hemos arrodillado ante Jesucristo, y con voz unánime, hemos tado su divinidad. Pero Jesucristo dejó algo de él aquí bajo; dejó una Iglesia que le representa, que le continúa, que perpetúa y universaliza su palabra y su acción.

La Iglesia católica está ahí, en medio del mundo, de pie en medio de todo lo que se derrumba. Hace diecinueve siglos que vive. Enseña, discute, escribe, llena la tierra con su palabra, y vuestras bibliotecas con sus trabajos. Os sigue paso a paso, y jamás deja sin respuesta uno de vuestros reproches, ni sin auxilio una de vuestras necesidades. La autoridad política la ha servido unas veces, y la ha desconocido otras. Pero tanto en la buena como en la mala fortuna, en la persecución, como en la protección, la Iglesia ha prestado sus servicios y mantenido su camino. Esta Iglesia, tan manifiestamente divina y tan injustamente atacada, merecía ser estudiada, por lo que, durante el cuarto año que acaba de finir, he procurado mostraros la constitución que Jesucristo le dió, su armazón, su fisonomía, su palabra, sus derechos.

Señores, he ahí mi obra y la vuestra durante cuatro años. La impiedad quisiera aniquilar nuestras creencias. Más que nunca unámonos a Dios, a Jesucristo, a su Iglesia. Ahí está la salud de nuestras almas Ahí está la salud social. Sabemos en lo que se convirtieron las

naciones convertidas del paganismo al Evangelio, pero ignoramos en qué se convertirían las naciones cristianas al salir del Evangelio, que las ha alimentado y formado. ¿Qué digo, lo ignoramos? No. Demasiado sabemos que no hay nada verdadero, nada sólido, nada suficiente fuera del Evangelio. Sin duda que, actualmente, resiste el cristianismo un violento ataque del espíritu del mal. No os espantéis. Este siglo va a terminar en la tormenta. Pero el viento de lo por venir asentará muy pronto sobre otras áncoras la movilidad del mundo... ¡Gloria a los que hayan permanecido fieles a Dios, a Jesucristo y a su Iglesia! En sus brazos vendrán a buscar, los pueblos convertidos y arrepentidos, los principios, las virtudes, los consuelos, los secretos de la resurrección y de la vida.

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

El camino que hay que recorrer

SEÑORES:

El domingo pasado, arrojamos una mirada sobre el camino que recorrimos juntos durante los cuatro últimos años. Sucesivamente hemos estudiado a Dios, a Jesucristo y a su Iglesia. La Iglesia... en ella nos encontramos, y durante un año hemos estudiado su constitución. Este asunto no queda agotado. Durante tres años más será objeto de nuestra contemplación. No os asombréis. Todos los ataques de la impiedad se dirigen contra la Iglesia, porque es la ciudad de Dios, la obra de Jesucristo, la depositaria y órgano de la Verdad y del Bien. La ignorancia no la conoce, la mala fe la desfigura y la calumnia, el odio la persigue y quisiera aniquilarla. Defendamos a la Iglesia, saquémosla de las sombras, hagámosla resplandecer.

Os hablaré primeramente de *sus combates*. Preguntóse a Siéyès qué es lo que había hecho durante el Terror, y respondió: "¡Viví!" ¡Oh Iglesia católica! ¿qué

haces en medio del mundo hace ya diecinueve siglos? Y la Iglesia nos responde: "Vivo!" He ahí la maravilla que contemplaremos durante todo un año. La Iglesia vive; lucha contra las múltiples fuerzas que atacan su fuerza vital; resiste a los hombres, a los acontecimientos, a las ideas que le son contrarias, y triunfa de las ideas, de los acontecimientos, de los hombres. "La Iglesia es un yunque—dijo el protestante Teodoro de Beza;—gasta todos los martillos." Obreros que manejáis el hierro, sabéis muy bien lo que es un yunque. Es una masa de hierro sobre la cual se trabajan los metales. Por resistente que sea el yunque, acaba por gastarse, porque en el fondo es de la misma materia que el metal cuyo choque no interrumpido recibe. Pues bien, la Iglesia es un yunque, pero, por cuanto contiene un elemento divino, no se gasta jamás a los choques del género humano. Dura, sobrevive, gasta todos los martillos. ¡Qué martillos fueron Nerón Diocleciano, Arrio, Nestorio, Mahoma, Lutero, Calvino, Enrique VIII, Voltaire, el 93 y Napoleón! Ciertamente, era preciso que fuese buen metal, y formado de mano maestra, el yunque que resistió tan poderosas herramientas. Gastó el martillo del cisma y de la herejía. Gastó el martillo de la política y de la astucia diplomática. Gastó el martillo de la filosofía, y los más peligrosos aún de la burla, del ridículo, del epigrama. Gastó el martillo de las prisiones, del cadalso, de la persecución violenta. Y el yunque está ahí, todo entero, intacto, irrompible, en medio de los martillos rotos, que le rodean como un trofeo. No ha descendido una línea en dos mil años, no ha perdido un milímetro de su rectitud, ni un átomo de su substancia. Veremos todo esto, y durante un año cantaremos juntos, ante los combates de la Iglesia, el cántico de la gratitud y de la admiración.

Pero la Iglesia no se contentó con vivir una vida solitaria y estéril, sino que vivió para el mayor bien del género humano. Es algo mejor que un yunque que resiste a todos los golpes. Es un árbol que produce frutos sabrosos y nutritivos. Como su divino fundador, pasa aquí bajo haciendo bien, *pertransiit benefaciendo*. ¿Cómo enumerar y relatar los beneficios de la Iglesia en el orden material, en el orden intelectual, en el orden moral, en el orden doméstico, en el orden social, en el orden sobrenatural...? Escuchad sobre esto una hermosa página de Lacordaire: "¿Quién hizo el moderno género humano? ¿No lo hizo la Iglesia? ¿Y habrá entre vosotros uno solo que niegue la superioridad del hombre cristiano sobre todos los que fueron hijos de otra generación? Si lo dudarais, os diría: Comparaoos vosotros mismos con el más ilustre y perfecto género humano que haya reinado en el mundo antes y después de vosotros. Cierto que era una gran raza la que tuvo a Atenas y Roma por patria, raza fecunda en legisladores, en sabios, en héroes, memorable en la guerra por sus conquistas, en la política por sus instituciones, en la paz por sus artes, la cual, extinguida hace ya largos siglos, nos llama todavía en torno de sus ruinas para darnos lecciones. Mas, por maravillosa que haya sido su historia, ¿quién de vosotros consentiría en renacer en esa antigüedad? ¿Quién de vosotros sacrificaría los derechos y deberes del hombre cristiano a toda la gloria del griego y del romano? Al leer las más hermosas cosas que nos dejaron, vemos que, desde sus dioses hasta sus virtudes, son pueblos niños, y la excelencia misma de su literatura, en vez de ser el velo de su inferioridad, es la inmortal y resplandeciente revelación de ella. Las obras maestras de esas dos lenguas irán hasta la última posterioridad para dar testimonio de que puede unirse

a la barbarie de las costumbres una exquisita cultura del espíritu, y una gran debilidad de pensamiento a una admirable ciencia del estilo. Así, cuando el cristianismo, nacido con el mundo y desconocido de él, se levantó para mostrarse a aquella sociedad ingeniosa y potente, que no había conocido igual sobre la tierra, no tuvo que hacer más que hablar y morir para arruinar su civilización. El hombre griego y el romano no pudieron sostenerse ante el hombre cristiano." Veremos esto, señores, y durante un segundo o un tercer año, dejando que nuestros labios se abran al unísono de nuestros corazones, cantaremos juntos, ante los beneficios de la Iglesia, el cántico conmovido y vibrante de nuestro reconocimiento y admiración.

El siglo se encamina a su término. Sus horas están contadas, y sabido es que las agonías van casi siempre acompañadas de dolorosas sacudidas y terribles convulsiones. Ante un hombre o una cosa que se acaba, nos callamos, nos recogemos, meditamos. Así nos portaremos con el siglo que agoniza. Veremos que la Iglesia, que lo ha seguido en su marcha, que lo ha enderezado en sus errores, que lo ha levantado en sus caídas, que lo ha llorado en sus ingratitudes, recibe su último suspiro y murmura a sus oídos: "Hijo mío, te he amado, te he bendecido. Muere en paz. Ha terminado tu destino; el mío consiste en sobrevivirte." Echaremos una larga mirada *sobre el siglo diecinueve,* sobre la Iglesia en su siglo diecinueve, y contemplaremos su serena fisonomía y su constitución inquebrantable, en medio de las agitaciones y transformaciones contemporáneas, de los grandes combates que libró durante los cien últimos años contra todos los errores y todas las iniquidades, de los inefables y nunca interrumpidos beneficios caídos de su corazón y de sus manos sobre un mundo que con

frecuencia la ha desconocido y al que nunca dejó de animar. La historia del catolicismo en los tiempos modernos nos ocupará durante un año o dos, y ante semejante espectáculo de actualidad, del que a la vez somos testigos y actores, cantaremos también con voz más potente y unánime el cántico de gratitud y admiración.

Tal es, señores, el camino que vamos a recorrer juntos. Nos reserva sorpresas interesantes, preciosas lecciones, reconfortantes alegrías. Tales son los horizontes que se abren a vuestra piadosa curiosidad, a vuestras inteligencias, tan ávidas de la verdad, del bien y de la belleza, a vuestros corazones, tan honrados, tan rectos, tan benévolos con un ministerio como el mío de amistad y persuasión.

Todos me seguiréis. Por débil e imperfecta que sea mi palabra, afirmo humilde y seguramente que puede haceros mucho bien a todos. Lleva en sí misma un elemento que realza mi inferioridad y cautiva vuestra atención y vuestro respeto. Salida de mis débiles labios, la verdad, procedente de Dios, cae sobre vosotros y os atraviesa el corazón con esa flecha aguda y victoriosa que hiere y salva a todo hombre de buena voluntad. Venid a buscar al pie de esta cátedra los goces de la fe fortalecida, o los hechizos de la verdad reconquistada. Venid, *ricos*. Tenemos necesidad de vuestros ejemplos, y vosotros tenéis necesidad de la palabra que desata, modera y enternece. Venid, *pobres*. ¡Oh pueblo! ¡oh desheredados de la tierra y del mundo!, hubo un tiempo en que ocupabais en nuestros templos uno de los primeros puestos; en que, alejadas las clases elevadas de la sociedad de la religión y del culto, guardabais fielmente las creencias y las prácticas. ¡Oh pueblo!, hoy que los ricos y los grandes, olvidando los tristes ejemplos de sus padres, vuelven a los altares del verdadero

Dios, ¿por qué te alejas tú a tu vez de nuestros templos y ceremonias? ¿Qué te ha hecho tu Dios para que le abandones? ¿Qué te ha dado la impiedad para que te fíes de sus promesas? La impiedad devastó tu alma y desembelesó tu vida; nada te ha dado, te lo ha quitado todo, todo, aun la libertad sagrada del domingo, todo, aun la esperanza de una vida mejor tras la presente. Cierto que veo obreros que no faltan a nuestras reuniones, pero hay otros, a los cuales llamo, a los cuales espero. Preciso es que me los conduzcan aquí, preciso es que vengan aquí, a descansar de sus fatigas, a enjugar su frente bañada en sudor, a consolar su corazón dolorido, a realzar su alma deprimida por el trabajo de la semana, a componer con vosotros un pueblo de hermanos. Venid, hombres de todas las condiciones sociales, y de todas las edades de la vida. Venid, *jóvenes.* No tenéis más que dos medios para conservar vuestra fe y seguir siendo cristianos: encerraos en un mundo aparte, en el desierto o en la montaña, lejos del aire emponzoñado de falsas doctrinas, o bien, convertíos en inteligencias serias, en católicos instruídos, en doctos creyentes. ¿Separaros del mundo? No podéis hacerlo, no debéis hacerlo. Si, pues, estáis destinados a vivir en una atmósfera peligrosa, protegeos, sed robustos y valientes, armaos... ¡Ah, lo que me inquieta, lo que llega hasta mi corazón, son vuestros hijos, señores, esos jóvenes que constituyen el porvenir, que son la patria futura, los ciudadanos del nuevo siglo, a los cuales veo crecer, con los ojos llenos de luz, serena la frente y el alma apasionada. Esos son los que me preocupan, esos los que yo quisiera ver aquí... ¿En dónde están vuestros hijos, señores? ¿En dónde están los jóvenes en este auditorio? Sin duda que hay algunos entre vosotros. Pero yo quisiera verlos todos. Tienen necesidad

de estudiar la religión para conocerla, y si hay una cosa que pida, para ser estudiada, toda la amplitud del corazón, todo el vigor de la inteligencia, todo el arranque de la juventud, no es ni la gloria, ni la ambición, ni el amor, ni la ciencia, sino el destino inmortal del alma, Dios, Jesucristo, la Iglesia. Vengan, pues, aquí vuestros hijos y constituyan ellos, en medio de un mundo que desaparece, la visión radiante y la viviente profecía de un porvenir más venturoso.

Creedme, señores, no sin conmoción reanudo el curso anual de nuestras conferencias religiosas. Hace un momento, al subir a este cátedra, veníanme al pensamiento las palabras de mi Maestro: "*Hic pater et mater est;* estos son tu padre y tu madre, estos son tus hermanos." Sí, mi alma entera está con vosotros; y si alguna vez, bajo el peso de la fatiga, bajo el aplastamiento de las ocupaciones y preocupaciones, se debilita mi palabra, mi corazón no se abatirá jamás. Sé, por otra parte, que vosotros me pagáis con creces, y, después de la gracia divina, de la cual no podría prescindir, lo que más me sostiene en mi laboriosa empresa, es vuestra perseverante simpatía. Hace cuatro años que no me abandona esta simpatía; me sigue todavía, y mi ambición quedará satisfecha si puedo continuar mereciéndola sirviendo ante vosotros la causa de Dios y de la verdad.

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

El programa del presente año

SEÑORES:

Os indiqué el domingo pasado el camino que me propongo recorrer con vosotros durante tres o cuatro años. Estudiaremos sucesivamente los combates de la Iglesia, los beneficios de la Iglesia en lo pasado y la historia de la Iglesia en el siglo XIX. Empiezo hoy el relato de los combates de la Iglesia, y empiezo por señalaros las grandes líneas de nuestro programa y su utilidad para nuestras almas.

I. Las grandes líneas de nuestro programa.

La *Iglesia primitiva* se nos presentará, en primer lugar. La veremos durante seis siglos instalándose en medio del mundo, ocupando su puesto a la luz del mediodía y chocando con esas fuerzas conjuradas que quieren cerrarle el paso y arrebatarle todo derecho a la existencia y a la libertad: el judaísmo, el paganismo,

la herejía, los bárbaros. La veremos triunfar de todos los obstáculos, conquistar todas las naciones, fundarse con la sangre y el sacrificio, haciendo de la misma Roma el centro de su autoridad y de su imperio universal e inmortal, subiendo al trono con Constantino, asistiendo a la ruina del imperio romano, y quedando ella sola en pie a los golpes de los bárbaros para reconstruir un mundo nuevo. ¡Qué espectáculo tan hermoso el de esa toma de posesión del universo por la religión cristiana! Se nos aparecerá la Iglesia como esa viña de elección de que hablan los Profetas. Apenas plantada por la mano de Jesucristo, germina, brota, se desarrolla, se engrandece. El hierro la hiere, pero no hace más que quitarle la leña inútil. Reverdece bajo los golpes, extiende por todas partes sus ramas, rebasa los límites de Judea, su tierra natal; sus ramas cubren las riberas de los mares y alcalzan las cimas de los montes, y bajo su sombra, abriga los grandes cedros, es decir, las naciones convertidas al Evangelio y ganadas a Jesucristo. Veremos todo eso, y será el primer cuadro que contemplarán vuestras miradas. Luego, abrazando de una sola ojeada los diez siglos que van de la caída del Imperio de Occidente en 476 a la toma de Constantinopla por los turcos en 1453,

Estudiaremos la *Iglesia en la Edad Media*. Este será el segundo cuadro, más amplio todavía, y no menos movido que el primero.

La Iglesia fusiona en el crisol de su caridad y de su poder los dos elementos, romano y bárbaro, vencido y vencedor, y del caos hace salir la Europa cristiana.

Tras los bárbaros, los musulmanes. A estos salvajes del desierto, opone las valerosas naciones bautizadas, las cuales salvan la civilización cristiana amenazada.

Finalmente, veremos la Edad Media propiamente

dicha, con sus grandes luchas filosóficas, políticas y religiosas, la formación y gobierno de los Estados cristianos. La Iglesia marcha a la cabeza de los pueblos europeos; hace buena figura en ellos; ejerce noblemente su primacía de honor y de jurisdicción.

¡Cuántos acontecimientos dignos de examen! ¡Cuántos dramas que referir, cuántas objeciones que resolver, cuántos horizontes que explorar! Intentaremos ser dignos de esta empresa, y si nos falta tiempo para recorrer todos los senderos de semejantes épocas, nos esforzaremos, por lo menos, en seguir sus líneas principales y sus más altas cumbres. Llegaremos así al final del siglo XV.

Nos restará estudiar, en el tercero y último cuadro, *la Iglesia y los tiempos modernos*. La Europa civilizada por la Iglesia se cansa de su bienhechora tutela como un adolescente que se escapa del hogar paterno, en el que halló, con la vida, todos los dones de la naturaleza y de la gracia. He ahí la Reforma precedida del Renacimiento y seguida de la Revolución. La imprenta le presta sus prensas recién nacidas; Lutero su ruda elocuencia, Calvino su cerrada dialéctica, Teodoro de Beza sus insinuaciones dulzarronas y pérfidas, Erasmo su erudición mordaz y sospechosa, Rabelais su verbo inagotable, Marot sus rimas populares. Se desborda la tinta, corre la sangre, cubre la mitad de Europa y llena los anales de todo un siglo. Zwinglio arrastra a Suiza, Socino infecta a Polonia, Enrique VIII, arrastrado por las pasiones que perdieron a Sodoma y a tantos otros reyes, arrebata Inglaterra a la Santa Sede. Suecia y Dinamarca rompen el lazo de amistad y la misma Francia es conmovida sobre la roca de su fidelidad diez veces secular. Tras la Reforma, viene el galicanismo, el jansenismo, la filosofía, el gran cataclismo

social de fines del siglo XVIII, cuyas consecuencias soporta todavía nuestra época. ¡Qué cuadros, señores! ¡Con qué apremiante interés contemplaremos la santa Iglesia azotada por tantas tempestades a través de tantos escollos! La seguiremos hasta el umbral del siglo XIX, y nos detendremos ante el Concordato de Napoleón y *El genio del cristianismo* de Chateaubriand, que son el punto de partida de una resurrección y un ciclo nuevos.

No tengo necesidad de encareceros

II. La importancia enorme de nuestro programa.

Si no fuéramos más que simples aficionados, artistas que buscan bellos espectáculos, hallaríamos ya en la historia de los combates de la Iglesia algo interesante y cautivador. Habéis contemplado desde lo alto de un acantilado el océano batido por los vientos, sacudido por la tempestad, abriendo sus vastas profundidades, rompiendo contra las rocas sus olas mugidoras. Habéis contemplado sobre las aguas irritadas del mar la barquilla del pescador, agitada como una paja, ora engullida en el abismo, ora flotando en la cresta de las olas, siempre amenazada, pero sin dejar jamás de echar sus redes y enriquecer su cargamento. Habéis contemplado y admirado... Pero, señores, más hermoso, cien veces más hermoso es el espectáculo de la Iglesia sobre el océano de las edades. La Iglesia es una barquilla. Notad bien esto. La Iglesia no es una fuerza material; no es más que una fuerza moral. Está desarmada; humanamente hablando, es impotente, y todos los elementos desencadenados, todas las fuerzas terrestres le dan, hace ya diecinueve siglos, un asalto formidable. Resiste, sobrenada, lleva al cabo su obra, echa sus redes,

y recoge almas humanas, como el pescador peces en la inmensidad del mar. Hay aquí, señores, algo que no es lo ordinario, algo que es único en el mundo, algo que cautiva y hace reflexionar; es este un espectáculo al cual no es posible resistir, por cortas que sean nuestras miradas para ver y nuestra alma para admirar.

Pero vosotros, señores, no sois simples aficionados, sino cristianos y católicos, y merced a éste título, ¡cuántas ventajas podéis sacar de la contemplación de los combates de la Iglesia! Hallaréis en este estudio una iluminación y una afirmación de vuestra fe.

"Hace tres siglos—escribía de Maistre—que la historia es una conjuración continua contra la verdad." La historia de la Iglesia en particular ha experimentado en el curso de las edades, todas las falsificaciones que el orgullo y el genio del mal pueden acumular contra el bien y contra la verdad. Cuando un hombre es potente y virtuoso, cuando los malos desesperan de vencer su poder fundado en su virtud, ¿qué hacen? Lo difaman y procuran desacreditarlo. La calumnia es la espada ordinaria de los cobardes contra los buenos. Esa ha sido siempre la espada de la impiedad contra la Iglesia. El método no es nuevo; data del origen mismo del cristianismo. Refiere el historiador Eusebio que el emperador Maximino hizo redactar documentos apócrifos y los repartió por ciudades y aldeas. Los maestros tenían orden de dictarlos a los niños en las escuelas, como ejercicios de memoria y de gramática. Eran algo así como los manuales de moral cívica de aquel tiempo. Después de Maximino, los falsificadores de la historia, los inventores malévolos de piezas falsas, los libelistas se multiplicaron; se escribiría un grueso tomo coleccionando tan sólo los errores históricos y las mentiras más o menos voluntarias puestas en cir-

culación por la impiedad en la opinión pública. Pues bien, señores, siguiendo paso a paso los combates de la Iglesia, refutaremos esas mentiras y disiparemos esos errores. Ahuyentaremos las sombras, y daremos paso a la luz. Y nuestra fe ilustrada, instruída, armada, será capaz, no sólo de defenderse y gozar de su propio esplendor, sino también de propagarse y resolver los despiadados prejuicios que obscurecen hoy tantas inteligencias más desgraciadas que culpables.

La vista de los combates de la Iglesia afirmará vuestra fe; por entre las trágicas luchas del bien y del mal, contemplaréis la Providencia cerniéndose sobre el género humano y conduciendo, con mano oculta, pero invencible, la marcha de los acontecimientos. ¡Cuán visible se os aparecerá el dedo de ese Dios poderoso que reina en los cielos y de quien dependen todos los imperios! Contemplaréis juntos al hombre que se mueve y a Dios que le guía, al hombre que marcha y a la Iglesia que le sigue paso a paso. ¡Cuán visible se os aparecerá también, escrita en todas las páginas de la historia, la grande y soberana ley que preside a la evolución de los acontecimientos y a la vida de los pueblos: "Todo por Jesucristo y por su Iglesia!" Los combates de la Iglesia, señores, son un milagro perpetuo y una demostración palpable de la verdad y divinidad del catolicismo. Sacaréis de este espectáculo, además de sentimientos nobles y generosos, preciosas enseñanzas que afirmarán vuestra fe.

Señores, todos los años emprenden intrépidos jóvenes un largo viaje. Van a visitar a Italia, España, Suiza, el Tirol, Escocia, el país de los fiords, América, y aun algunos dan la vuelta al mundo... Si estos excursionistas son inteligentes y serios, reportan de sus excursiones algo más que el recuerdo frágil de una

pasajera diversión. Reportan conocimientos más amplios, ideas más desarrolladas, un juicio más seguro y avisado; y cuando conversáis con ellos, notáis al punto que han viajado y se han aprovechado de su viaje. Imitemos a estos excursionistas. Partamos y pongamos vela juntos hacia el país tan poco conocido de la historia de la Iglesia. El viaje será largo; durará todo un año, pero no perderemos el tiempo, porque sacaremos de nuestra excursión una fe más ilustrada y un alma más católica.

Así sea.

CONFERENCIA SEPTIMA

Las cuatro aureolas que la Iglesia ostenta en su frente

SEÑORES:

Antes de entrar en la historia de los combates de la Iglesia, os invito a echar sobre ella una primera mirada superficial. Os señalo en su frente cuatro aureolas que la hacen resplandecer singularmente: la aureola del trabajo, la aureola de la victoria, la aureola de la derrota, la aureola de la resurrección. La Iglesia es hermosa en su marcha por el mundo.

I. Lleva en su frente la aureola del trabajo.

Un eminente filósofo que acaba de morir, Ollé-Laprune, cuando se le hablaba de alguien, no preguntaba lo que pensaba ni lo que decía, sino: "¿Hace algo?" ¡Hermosa y verídica pregunta! Porque todo en la vida se reduce, en último análisis, a obrar. Puédese sin temor hacer la misma pregunta a propósito de la Igle-

sia: ¿Hace algo?... Contempladla. ¡Qué trabajadora, que poderosa obrera! *Estudia.* Con los pies en la sangre y la cabeza bajo el hacha del verdugo, estudiaba. Cuando el Norte vomitaba torrentes de bárbaros, hunos, vándalos, visigodos, lombardos, estudiaba. Cuando la juventud de todos los reinos se precipitaba en los bancos de sus Universidades, pidiendo a grandes voces la verdad y la ciencia, estudiaba. Hoy que el mundo entero parece hacerle competencia, estudia como si nada hubiese hecho todavía, porque la hora del descanso no ha sonado todavía para ella. "Acuérdate—le dice al levita que va a consagrar—de que los labios del sacerdote son los guardianes de la ciencia." Estudia, y al propio tiempo, saliendo del santuario y arrancándose de sus libros, *evangeliza.* ¡Y a qué precio! Contemplad, alrededor del Calvario en que fueron convertidos los primeros cristianos, dolores y sangre. En Roma, centro viviente del Evangelio, dolores y sangre. En todas las regiones del mundo en que ha resonado la Buena Nueva, en que ha corrido el agua santa del bautismo, dolores y sangre. Engendró en el dolor todos los pueblos cristanos. Y hoy todavía, ¿no escucháis, de cuando en cuando, el rumor de sus heroicos gemidos en las playas lejanas en donde nuestros misioneros evangelizan a los infieles? ¡Qué trabajadora, qué poderosa obrera es la Iglesia! Estudia, evangeliza, y, uniendo a su misión sobrenatural los resultados humanos que se desprenden de ella, *civiliza.* Después veremos el puesto importantísimo que ha recuperado y ocupa todavía en las letras, las ciencias y las artes, en todas las ramas de la activida humana. ¡Saludad en su frente la aureola del trabajo!

Pero no ignoráis, señores, que todo el que quiere trabajar aquí bajo, todo el que quiere hacer algo, en-

cuentra tremendas dificultades. Esto es lo que le ha ocurrido a la Iglesia en su marcha por el mundo. No le faltaron enemigos, mas ella aceptó todas las luchas necesarias, y batalló potentemente.

II. Lleva en su frente la aureola de la victoria.

¿A quién y qué no ha vencido ella? Venció en el mundo antiguo a los perseguidores, a los herejes, a los sofistas, a los bárbaros, a los musulmanes. Venció en el mundo moderno a los Césares de la Edad Media, la Reforma, a la incredulidad, a la Revolución.

Dentes peccatorum contrivisti. Quebró los dientes sutiles de la herejía y de la falsa ciencia. Quebró los dientes sórdidos de la inmoralidad corruptora. Quebró los dientes ensangrentados de los perseguidores. Quebró los dientes voraces de los usurpadores de sus derechos. Quebró los dientes regañones y lascivos de la crítica y de la pornografía. Triunfó de todos los orgullos y de todas las voluptuosidades. Triunfó de todas las espadas y de todas las plumas. Triunfó de todas las agresiones del error y del mal.

Cierto día, Napoleón, desde lo alto de su roca de Santa Elena, contemplaba el cielo y el mar; consideraba los imperios, los grandes hombres y sus creaciones; luego, recogiéndose, dijo con voz conmovida: "Los pueblos pasan, los tronos se derrumban, los grandes desaparecen; sólo la religión de Jesucristo permanece en pie." Así es, señores. Todas las obras de los hombres son, como él, frágiles y perecederas. La Iglesia permanece. Todo cae en torno de ella; es inquebrantable. Se levanta viviente, intacta, victoriosa sobre las tumbas deshonradas de todos sus enemigos.

¿Quiere esto decir que nunca conoció horas de an-

gustia y humillación? En manera alguna. Os señalo sobre su frente una aureola más atractiva y bella que la de la victoria.

III. Lleva en su frente la aureola de la derrota.

El género humano es vil por más de un aspecto, pero sobre todo por el que voy a indicaros. Adora el éxito, y, como el éxito pertenece, por lo común, al más fuerte, lo veis oler el punto en que yace la fuerza, y, con ella, lo por venir; lo veis sacrificar a Antonio y a Augusto, correr al campo del victorioso y arrastrarse ante la iniquidad triunfante. Sin embargo de esto, por un singular contraste, ese género humano tan vil ante el éxito, no da su corazón al victorioso, cuyos pies besa con tanta bajeza. ¿A dónde va a llevar el homenaje de su admiración, de su estimación, de su amor? Va al pie de la hoguera, donde se quema una pobre y santa joven llamada Juana. Va a una roca, donde un hombre de un genio capaz de abrazar al mundo, ha sido arrojado por la traición, y ella, que no había sido conquistada ni por los batallones en marcha, ni por las enseñas desplegadas, ni por las victorias de garras devorantes, ni por los clamores de la turba embriagada, ni por las alabanzas de las corporaciones oficiales arrodilladas, se enternece ante los dolores y las torturas, concede a las lágrimas lo que había negado a la fuerza, y exclama: "¡Honor al valor desgraciado! ¡Gloria a los vencidos! *gloria victis!*" Contemplad a la Iglesia, señores. Sus derrotas son cien veces más hermosas que sus victorias.

Son derrotas inmerecidas, dignas, por consiguiente, de todo respeto, dignas de admiración y de amor. Destruye la esclavitud, realza a la mujer, ennoblece el ma-

trimonio, consagra el poder, crea el pueblo. Sus beneficios son inconmensurables, pero sus beneficios no logran más que proporcionarle golpes. Se sirven contra ella de las fuerzas que se les dan. Se la abofetea con las libertades creadas por ella. Se la acusa de poner obstáculos a la civilización que procede de ella. Al herirla, se hiere la verdad y el bien, la justicia y el honor, Dios y Jesucristo, cuya viviente personificación y órgano inmortal es. La Iglesia soporta sus derrotas. No os escandalicéis por ello. El éxito es vil cuando corona una causa que desaprueba la conciencia, y la inocencia vencida hace palidecer, con una sola de sus miradas, todos los triunfos de la iniquidad. Cuando la Iglesia sucumbe en la lucha, saludadla, cubridla, como de un escudo, no solamente de vuestra compasión y de vuestras plegarias, sino de vuestra estimación y ardiente amor. Sus derrotas son inmerecidas, son redentoras, son fecundas, son gloriosas... pero jamás definitivas. Momentáneamente vencida, sale la Iglesia de la tumba en que se creyó por siempre jamás sepultada.

IV. Lleva sobre su frente la aureola de la resurrección.

Resucita bajo los golpes que se le asestan. He ahí su historia de ayer y de hoy; esa será su historia de mañana.

Siniestros tajos de las persecuciones, vida temblorosa de las catacumbas... la Iglesia es vencida. Fecundidad de la sangre de los mártires, capitulación y bautismo de los Césares... la Iglesia resucita.

Imperio del paganismo en las costumbres cristianas, lúgubre trabajo de las herejías... la Iglesia es vencida. Flores de santidad desarrollándose por millares en los

desiertos de la Tebaida, solemnes manifestaciones de los Concilios... la Iglesia resucita.

Triunfo de los bárbaros, devastación de las Iglesias, angustias de pastores y rebaños... La Iglesia es vencida. Difusión del Evangelio, conversión de los bárbaros, reconstrucción del mundo, despertar de la ciencia teológica, opulenta germinación de las catedrales y corporaciones obreras, esplendores de la Edad Media... la Iglesia resucita.

Llamamiento a la rebelión, vuelta al paganismo con el Renacimiento, progreso del protestantismo, defección de pueblos europeos... La Iglesia es vencida. Concilio de Trento, institución de los seminarios, floración de santos y santas, conquistas del Evangelio en el Nuevo Mundo, magnificencias del siglo XVII... La Iglesia resucita.

Invasión del filosofismo, proscripción del catolicismo, triunfo de la impiedad en lodo y sangre... La Iglesia es vencida... Reapertura de los templos cerrados, restablecimiento de la jerarquía desmembrada, Concordato y *Genio del cristianismo*, gloriosos pontificados, magnífica expansión de la vida católica... La Iglesia resucita.

He ahí la historia de diecinueve siglos. Sin cesar renace la Iglesia de sus cenizas, preparando con su protestación de la víspera, su victoria y su resurrección del mañana. Se devastan sus claustros, pero muy pronto reaparecen las flores regadas, se desarrollan a la luz y embalsaman al mundo con sus aromas.

Se amenaza, se deshonra, se destierra, se extermina a sus sacerdotes, pero muy pronto el sacerdote vuelve a emprender sus nobles oficios, ejerce sus divinos poderes y pasea por medio de las almas consoladas su manto de inmortalidad.

Se codician sus templos, se cierran, se venden, se

...pidan, se intenta acabar con ella por la evicción y el ...bre; pero ella vió las catacumbas, mendigó más de ...vez el pan, y la pobreza le es menos perjudicial que ...queza.

Se le arrebata la infancia y la juventud; vióse a ...liano el Apóstata emponzoñar las nacientes genera...nes para arrebatarlas a la Iglesia; pero la Iglesia ...stió a Juliano, y lo encerró en un ataúd, donde sus ...nos perecieron con él.

Es presentada al pueblo como una extranjera, como ... enemiga. y ella vió al pueblo, ciego y bestial, inun... primeramente las gradas de los anfiteatros y aplau... los padecimientos y la muerte de los mártires. Pero ...a tomóle en sus brazos, lo estrechó contra su cora...n, lo ilustró, lo convirtió, lo transfiguró, y, condu...ndolo a sus templos, lo embriagó de luz, de música, de elocuencia, de incienso. He ahí lo pasado, he ahí lo presente, he ahí lo por venir. Con frecuencia herida, la Iglesia no muere nunca, y con la aureola del trabajo, de la victoria y de la derrota, lleva en su frente la aureola de la resurrección.

César decía en una tempestad, a su marinero, que temblaba: "*Quid times? Cæsarem vehis.* ¿Qué temes? Llevas a César." Frase sublime, pero hay otra mejor: la del cristiano que conoce la verdadera historia de la Iglesia: "*Quid times? Jesum Christum vehis!* ¡Oh Iglesia católica, nada temas! ¡Llevas a Jesucristo, y Jesucristo es el rey de las almas!"

Así sea.

II

LOS COMBATES DE LA IGLESIA PRIMITIVA

CONFERENCIA PRIMERA

El punto de partida de la Iglesia

SEÑORES:

Tomad un gran río en su fuente. Todo él cabría en la mano de un niño. Así es la Iglesia. Al día siguiente de Pentecostés, sale del Cenáculo. ¿Hay algo más pequeño, iba a decir más insignificante, que su punto de partida? El traidor Judas ha sido reemplazado por el apóstol Matías; el Colegio Apostólico está completo; son doce para tomar posesión del mundo. Antes de verlos partir y de asistir a sus conquistas, preguntémonos lo que son y lo que pueden.

I. ¿Son potentados?

La espada, señores, no es un poder mediano. Se le ha permitido a veces fundar imperios, derrocar instituciones, cambiar la faz de las sociedades. Acordaos de lo que el más grande capitán de los tiempos modernos de-

cía al embajador de Pío VII: "Me ha opuesto resistencia; he ahí por qué le he destronado. Yo, señor, tengo 60 millones de súbditos, de 800 a 900.000 soldados, 100.000 caballos. Los mismos romanos no tuvieron jamás tantas fuerzas. He librado 40 batallas. En la de Wagram disparé 100.000 cañonazos." He ahí la espada; lo raja todo.

No es ese el punto de partida de la Iglesia. Basta para el honor de los hombres de Estado que Constantino dé la libertad a la Iglesia, que Clodoveo obtenga de ella el título de rey cristianísimo, que San Luis, Felipe Augusto, Ricardo Corazón de León, la sirvan en las batallas, que Carlomagno ejecute sus decretos, que Napoleón ayude a restablecer los altares. Más tarde, en el curso de los tiempos, los potentados vendrán a colocarse en torno de la Iglesia, y a besar, con labios sumisos, su mano soberana. Pero en el origen, alrededor de su cuna, entre los doce hombres que salen del Cenáculo, os desafío a que encontréis uno solo que ciña espada. Sabéis como proceden los potentados: preparan batallones, hacen rodar pesadas piezas de artillería; imponen por todas partes el silencio y el terror; declaran que restablecen el orden; y cuando nadie se mueve, según la bella expresión de Tácito, dicen: "¡Reina la paz! *Ubi solitudinem fecerint, pacem appellant!*" ¿Es así como proceden los Apóstoles? No. Jesucristo les dijo: "Os envío como corderos en medio de lobos; tened tan sólo la prudencia de la serpiente y la sencillez de la paloma." ¿Lo entendéis? Los Apóstoles no son guerreros. Entran en las casas diciendo: "¡La paz sea con vosotros!" Si son rechazados, no se indignan. Si son desterrados de una ciudad, van a otra. La única venganza que su Maestro les permite, es sacudir el polvo de sus pies... el polvo, es decir,

lo que hay de más débil e inofensivo, lo que hay aquí bajo más vecino del aniquilamiento. He ahí todo lo que les es permitido... sacudir un poco de polvo sobre el mundo.

Los Apóstoles están desarmados. En vano buscaríais cerca de ellos soldados con corazas y numerosos empuñando la fuerza material. Pero, si no tienen el poder de la espada, ¿disponen por lo menos del poder del oro?

II. ¿Son ricos?

La riqueza, señores, es una fuerza imponente, formidable. El gran orador del Parlamento inglés, Burke, hablando de las confiscaciones de Irlanda, nos revela la pasión intensa del corazón humano por el dinero cuando nos dice: "Al cabo de veinticinco años, la mayor parte de los hombres pasan con indiferencia sobre la tumba de su padre asesinado; pero después de un siglo, las generaciones desposeídas experimentan todavía sentimientos de odio y de rabia al pasar cerca del campo de que fué despojada su familia." En efecto, ¿quién no sabe que ciertos odios de familia, odios inextinguibles, nacieron de una cuestión de intereses? ¡Tan profundo es en el hombre el amor del oro! Tal es el poder de las riquezas, señores, que probablemente, si pudiéramos penetrar en el fondo de las cosas y conocer los últimos secretos de la historia, veríamos que más de una vez el imperio del oro puso en las manos de los potentados la balanza en que se pesan los destinos de las naciones. Sin duda que no sabréis jamás cuál ha sido el papel exacto del dinero en los grandes acontecimientos de este siglo, pero podéis afirmar sin temor que ese papel ha sido importantísimo. El poder del be-

cerro de oro es superior a vuestras suposiciones. Por otra parte, hace ya mucho tiempo que la Sagrada Escritura pronunció estas palabras: *"Pecuniæ obediunt omnia.* Todo obedece al dinero."

Pues bien, contemplad ahora esos doce hombres que salen del Cenáculo. La mayor parte son pescadores y obreros. No tienen una peseta. Carecen de dinero. Pero todavía tienen demasiado, y Jesucristo les dijo: "No tengáis oro ni plata en vuestro cinturón. No llevéis para el camino ni alforjas, ni calzado, ni bastón. Ni siquiera tengáis dos túnicas." ¡Contemplad esos extraños conquistadores! Carecen del poder de la espada y del poder del oro. ¿Tienen siquiera el poder de la astucia, o simplemente el poder de la habilidad?

III. ¿Son políticos?

Obtienen grandes éxitos y se conquistan una gran situación, los que saben discernir la opinión y hacerse dueños de ella, los que sienten el soplo que pasa y oyen la hora que suena. Se aprovechan de esta hora, aspiran este soplo, y de aquí su fortuna. Ahí tenéis a Lutero. Entra en escena en el momento preciso en que acaba de arrojar la chispa. Arroja la chispa, provoca el incendio, y su obra, menos es el resultado de su palabra incendiaria, que la inflamación espontánea de los elementos de combustión social y religiosa amontonados por los siglos. Fácil sería en nuestra época atormentada, citar hombres sin gran valor intelectual y de ningún valor moral, que han dejado tras de sí huella profunda y brillante. Valían poco, pero hicieron mucho. Eran hábiles, políticos. Supieron apreciar la situación, discernieron el tiempo, adivinaron las pasiones dominantes, explotaron la complicidad de las cosas y

conspiración del siglo, lanzándose al torrente de la opinión, y, arrastrados por la ola de los acontecimientos, se convirtieron en jefes y escalaron el primer puesto. Mirad el mundo, y convendréis conmigo en que, por lo general, pertenece, no a los más dignos, sino a los más hábiles.

Ciertamente, señores, que los doce pescadores que fundan la Iglesia no proceden como hombres hábiles. Sin la menor precaución, presentan a sus contemporáneos una doctrina nueva, que destrona todos los dioses del Olimpo, una doctrina misteriosa, que humilla todos los orgullos, una doctrina crucificante, que condena todas las pasiones. ¡La Cruz... el leño odioso y aborrecido de los hombres, es el que ellos quieren imponer al respeto y a la adoración del mundo! Con esa extraña máquina de guerra, con ese ariete de nueva especie tratan de romper la puerta de las almas y tomar posesión del género humano. Carecen del poder de la espada y del poder de la riqueza, y todavía son más torpes que débiles. Su debilidad sólo es superada por las torpezas de su estrategia. ¡Ah, si por lo menos, para hacerse aceptar y triunfar, tuvieran el prestigio de la ciencia, de la filosofía y de la elocuencia! Veamos.

IV. ¿Son sabios y oradores?

La ciencia, señores, es un gran poder, que reina por la palabra. La palabra es la dueña del mundo. Ora se llame prensa, ora se llame elocuencia, ¿qué importa? En el orden de las cosas humanas, la soberanía le pertenece. Contemplad al filósofo en su cátedra, al orador en su tribuna, al escritor haciendo vibrar su pensamiento en un periódico o en un libro, al sabio elaborando en su laboratorio los descubrimientos que vulgariza

al punto fuera de él... Son fuerzas que subyugan los espíritus, son focos de influencia. Podríamos citar tal hombre que con una palabra desencadenó tempestades, hizo germinar cosechas, determinó orientaciones que condujeron a la salvación o a la ruina.

Verdad es que la Iglesia no desdeña ni la ciencia, ni la filosofía, ni la elocuencia, y en la sucesión de los siglos, la veremos llamar en su servicio a los poetas, los oradores, los historiadores, los sabios. Pero al principio prescindió de ellos; no reclamó ni el buril de Tacito, ni la palabra de Cicerón: "Escrito está—dice san Pablo:—perderé la sabiduría de los prudentes, y reprobaré la ciencia de los sabios. ¿En dónde están los prudentes? ¿en dónde están los sabios? ¿en dónde los investigadores de este siglo?" Y, en efecto, entre los doce apóstoles, el más letrado era un aduanero. Uno solo había de genio, pero genio de acción, un poeta, Juan. Todos los otros no parece que pasaran de la medianía de la inteligencia humana. No tenían estudios, que su Maestro les había dicho: "No penséis en lo no tenían ciencia alguna. Y aun tenían demasiada, porque habéis de decir ni siquiera ante los tribunales; hablad sin preparación; improvisad."

Señores, pesad bien en la balanza de vuestra razón todos los detalles que acabo de enumerar, y comprobad atentamente el punto de partida de la Iglesia. Jesucristo la hizo salir de la nada. Al morir en la cruz, ¿qué dejó tras de sí? Dejó algunos hombres que no tenían:

Ni el prestigio del número, porque únicamente eran doce, doce hombres novicios en el difícil ministerio de la palabra, y en modo alguno aguerridos para las luchas del pensamiento;

Ni el prestigio de la raza, porque no eran ni de aque-

los griegos ilustrados, ni de aquellos romanos tan elogiados que se disputaban los patricios y admiraban los plebeyos, sino hijos de una nación despreciada al igual de los bárbaros, y execrada como ninguna otra en el mundo;

Ni el prestigio de la fuerza, porque ni empuñan la espada que funda imperios, ni la ley que los hace vivir;

Ni el prestigio de la opulencia, porque su tez curtida, sus manos callosas, su cabeza desnuda, su túnica sucia y rota recuerdan el oficio de baja estofa que todavía ejercían ayer;

Ni el prestigio de la habilidad, porque imprudentemente, cándidamente, entregan a la publicidad su doctrina, su plan, su endeble persona, y a la risa pública el nombre de su nación, su estado plebeyo, su ignorancia, sus antiguas cobardías y traiciones;

Ni el prestigio de la ciencia, porque están desprovistos de cultura intelectual, y su ruda elocuencia ignora los manejos y delicadezas de la retórica puramente humana.

Los fundadores de la Iglesia son hombres de nada; ningún prestigio los recomienda a la atención y al respeto de los pueblos. Jesucristo les dijo: "¡Creed y hablad!" Creen y hablan. Los bateleros se hacen pescadores de hombres. Nace la Iglesia. La barca está terminada. Jesús la lanza al mar. Hela ahí avanzando al encuentro de las naciones, con la cruz por bandera, la palabra por aliento, la fe por único sostén, y por divisa dos palabras que resumen todo el Evangelio: ¡Creed y hablad!

Pueblos, venid, venid ahora. Entrad en la Iglesia. Los vientos soplan, la tempestad estalla. ¡No importa! La barca divina no zozobrará. Porque entre los batele-

ros que la guían está Jesucristo, y Jesucristo es el que, por medio de ellos, va a salvar el mundo.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

La Iglesia primitiva y los judíos

SEÑORES:

A la salida del Cenáculo, convirtieron los Apóstoles de una sola vez, 3,000 hombres. Algunos días después, Pedro se lanza en medio de la muchedumbre, y le pide satisfacción de la muerte de su Maestro: 5,000 voces le responden por una profesión de fe solemne. Toda Judea está en conmoción. El judaísmo, desmoronado, protesta y resiste. Importa señalar este primer contacto de la Iglesia naciente con los judíos, y medir la grandeza de la lucha que empieza. Ora sea uno creyente, ora escéptico, es imposible negar la importancia de la cuestión judía. Ella nos oprime hoy en día. Pues bien, sabed, señores, que no es nueva. La encontramos junto a la cuna de la Iglesia, no menos opresora que en la hora actual.

I. El judaísmo era una gran potencia.

Intentaré deciros lo que era el judaísmo hace dieci-

nueve siglos, cuando la Iglesia católica hizo su aparición.

En aquel momento, como en el día de hoy, los judíos estaban difundidos por todas partes, por el Imperio romano, fuera de él y aun en China.

Se hallaban tan mezclados con las naciones paganas, que habían sacrificado sin pesar su idioma nacional por el de las naciones que habitaban. Nueve o diez millones de judíos existentes en aquella época podían hablar muy bien unas cincuenta lenguas, del mismo modo que los cinco millones de judíos que hoy existen hablan por lo menos cien idiomas.

Su número merece atención. Las colonias judías sembradas por el mundo eran fecundas. Una vida más pura que la de los paganos, el celibato desconocido, la paternidad impuesta como un deber y honrada como un servicio, multiplicaban los hijos de Judá, tanto como la depravación de las costumbres, el celibato cada vez más dominante, el desprecio egoísta de la paternidad disminuían las razas idólatras. Tan sólo en Roma había 30,000 judíos, un millón en Egipto, y en todo el Imperio romano, de 8 a 9 millones. Poco era, diréis vosotros. Sí, pero entonces como hoy, tenían los judíos tres privilegios que los hacían formidables: la riqueza, la independencia y la solidaridad de raza.

En primer lugar, la riqueza. Rothschild, que nada tenía hace ochenta años, posee ahora más de 6,000 millones, según dicen las gacetas. Pues bien, en los siglos I y II ocurría lo mismo que en el XIX, y desde aquella época, los judíos se nos aparecen, no entregados a la agricultura, sino hábiles para todos los tráficos, y sobre todo para el tráfico del dinero. Los comerciantes judíos recorrían la vasta extensión del Imperio, viajaban hasta por las orillas del Golfo Pérsico, tenían en

las partes corresponsales que eran, como ellos, hijos de Israel, y reunían en todos los mercados sumas ingentes.

Luego, mezclados con todos los pueblos, conservaban bajo la dominación romana casi la independencia. Roma, que tenía todas las prudencias de la paz como todos los atrevimientos de la guerra, creía que era un sabio cálculo dejar a los pueblos que tenían vida propia todo lo que podía dejarles sin peligro, y la vemos tratar con suavidad y tolerancia a los hijos de Israel. Roma respetaba el Templo, los sacrificios, el sacerdocio judío; dispensaba a los judíos del servicio militar; no permitía a sus legiones que llevaran a Jerusalén las imágenes de los ídolos; tomaba bajo su protección las remesas de oro que los judíos enviaban desde todas partes al Templo. El mundo antiguo, en aquella época, no usaba con Judá de menos larguezas que el moderno. Y así como hoy, sin tener existencia política en parte alguna, sin una pulgada de tierra en la que sea soberano, el pueblo judío está en todas partes, se ha arraigado en todas partes, habla todas las lenguas y ha adquirido en casi todas partes el derecho de ciudadanía; así como hay en el día de hoy judíos barones en Alemania y baronets en Inglaterra, sin que se despojen por ello de su propia nacionalidad, así también en los siglos I y II, el judío era sirio en Antioquía, y caballero romano en Italia, sin dejar de ser judío. Notad bien esto: sin dejar de ser judío. A pesar de su dispersión, y no obstante la diversidad de sus idiomas, y aun a despecho de sus profundas disidencias religiosas,

Entonces, como hoy, conservaban los judíos su solidaridad de raza. Entendíanse y se correspondían de un extremo a otro del mundo. Mezclados en todas

partes con los infieles, aquel pueblo extraño se distinguía de ellos en todas partes, conservaba su sangre intacta, y no se aliaba con nadie. Celoso sin duda de su nacionalidad local, no lo era menos de la nacionalidad cosmopolita de Israel. En donde quiera que esté, permanece con terquedad profundamente fiel, no diré a su religión, pero sí a su raza; fiel a pesar de los ídolos y aun del Evangelio, fiel a pesar de las tinieblas y a pesar de la luz, fiel a pesar de los desprecios y a pesar de las advertencias, fiel a pesar de las persecuciones y a pesar de la tolerancia... Judío terco, judío insensato, judío heterodoxo, judío filósofo, judío incrédulo, judío ateo, pero siempre judío. Coherente a pesar de su dispersión, unido a pesar de sus disidencias, poderoso a pesar de su dependencia, indestructible a pesar de su aniquilamiento político, la raza judía del siglo I, no era la menos rica, ni la menos libre, ni la menos influyente del Imperio romano, del mismo modo que hoy en día no es la menos rica, ni la menos poderosa, ni la menos libre en el seno de los reinos cristianos.

Juzgad de su influencia. Poseía la ubicuidad, conocía todos los idiomas, contaba con el número, con la riqueza, con la cohesión nacional. Además, entonces como ahora mezclaba la paciencia con el atrevimiento, la astucia con la energía, la elocuencia con la sutileza, el sentimiento de la belleza con la inquisición de lo provechoso. Finalmante, tenía el espíritu de proselitismo. Y todas estas ventajas reunidas le daban una influencia, inferior sin duda, pero comparable a la que actualmente goza en la Europa moderna.

Como los de hoy en día, los judíos del siglo I eran a la vez detestados e influyentes. Aun dejándose odiar, sabían hacerse temer. Entraban por mucho en los asuntos de la ciudad. Eran poderosos en la viviente ágora

de las ciudades antiguas, como lo son en la formidable ágora de la prensa moderna. Se agitaban en las asambleas populares, las perturbaban en caso de necesidad, o las hacían perturbar por otros. Cicerón casi llegó a ponerles miedo. Defendiendo una causa en la que se ventilaban intereses judíos, se lamenta de que el tribunal radique no lejos de las gradas aurelianas obstruídas de populacho, y de populacho judío; teme a este auditorio; habla a media voz, a fin de ser oído tan sólo de los jueces, y no de los asistentes. "Conocéis los judíos—dice;—sabéis los tumultos que producen en las asambleas; sabéis cuál es en Roma su número, su unión, su influencia en las asambleas."

Tal era el poder formidable con el cual debía primeramente medirse la naciente Iglesia cristiana.

II. La Iglesia primitiva se encuentra con el judaísmo.

¿Qué era la Iglesia en su cuna con relación a los judíos? Era una debilidad audaz, un poder rival, un reproche viviente. La Iglesia no era nada. No tenía ni el prestigio de la tradición, ni el de la riqueza, ni el de la elocuencia. Mas he aquí que ella se introduce en las sinagogas judías para decirles que su reino ha terminado, y que viene a enterrarlas decorosamente. Sin duda que guarda consideraciones a los hijos de Israel; les permite practicar la circuncisión, el sábado, las obras de la Ley; pero declara que todas estas observancias no son obligatorias para nadie, y que tarde o temprano deben desaparecer. Declara que, en adelante, la salvación no está en Moisés, sino tan sólo en Jesucristo... ¿Cómo, aquel Jesucristo a quien todas las pasiones del judaísmo, sacerdotes y rabinos, fariseos y saduceos, pueblo y jefes del pueblo, judíos de la dispersión y

judíos de Palestina... aquel Jesucristo a quien toda la nación había insultado y crucificado en el Calvario, debía en adelante ser creído, adorado, amado, servido? ¿Debía ser elevado a los altares después de haberle clavado en una cruz? La Iglesia, frente al judaísmo, no es solamente un poder rival; es un reproche viviente. Sin que abra la boca para hablar, acusa de deicidio a los judíos, condena su crimen, los invita al arrepentimiento. Algunos se dejarán convencer y convertir; pero la mayor parte, presa del odio, y de un odio avivado por el remordimiento, se revuelve contra el aguijón. La Iglesia era débil, los judíos poderosos, y respondían a los avances de la Iglesia primitiva con la calumnia y la persecución violenta.

La judería de los primeros siglos manejó contra los cristianos un arma de la cual se sirvió a menudo después, el arma de la calumnia. Los cristianos, decían al vulgo, constituyen una secta abominable, impía, sin religión, sin Dios; perturbadores públicos, conspiran contra la paz del género humano; sus asambleas no son más que una innoble ocasión de desórdenes y de infamias sin nombre; su culto execrable reclama sangre humana y quiere por víctimas niños cuya carne devoran los iniciados; y aun se añadía que los cristianos, uniendo la bestialidad al crimen, reconocían por Dios un asno, al que adoraban e invocaban. Todos aquellos rumores extravagantes divertían la credulidad vulgar, y los hallamos aun en la pluma del historiador Tácito. ¿De dónde procedían, pues, semejantes infamias? ¿De dónde? De la judería, que las lanzaba a todos los puntos del mundo y las hacía circular de boca en boca.

Y no contentos con calumniarla, los judíos persiguen y hacen perseguir a la Iglesia primitiva. Desde

el principio de la peregrinación cristiana, los Apóstoles son llamados ante la sinagoga y azotados con varas; es lapidado san Esteban con desprecio de la policía romana; dos veces prenden a san Pedro; Santiago el Menor es arrojado desde lo alto de la terraza del Templo y rematado a pedradas de orden del sumo pontífice; san Pablo ve tres veces por lo menos tentativas de asesinato dirigidas contra él; cuarenta hombres de Jerusalén se juramentan para matarlo; cinco veces lo condenan las sinagogas a treinta y nueve azotes con varas; una vez fué lapidado y dejado por muerto; el odio de los judíos le sigue de ciudad en ciudad, espiando sus pasos y denunciando su llegada, sublevando contra él al populacho idólatra.

Y no solamente en Judea, sino fuera de ella, en Roma, en Asia, en Grecia, en Macedonia, y en otras partes, los judíos no retroceden ante ningún medio para satisfacer su venganza. Se dirigen a Moisés, a Júpiter, al sanhedrín y a los templos de los ídolos, a los antiguos de Israel y a los procónsules romanos, a los viejos rencores del judaísmo y a las pasiones de la idolatría, al fanatismo del pueblo y a la desconfianza del despotismo, a los jueces y al puñal, a César y al motín. No empuñan la espada, pero hacen más, la inspiran y la dirigen.

He ahí, señores, cómo se presentaba la cuestión judía ante la naciente Iglesia. Y no prosigo; ya he dicho lo suficiente para despertar vuestra atención y haceros reflexionar.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

La Iglesia primitiva y el mundo pagano

SEÑORES:

La Iglesia, al entrar en el mundo, encontró en él, como primer enemigo, el judaísmo, y creo haberos demostrado, con hechos más que con palabras, que el judaísmo era una potencia formidable. La cuestión judía sitió a los cristianos desde los primeros siglos, como nos oprime hoy, a nosotros, católicos del siglo XIX. Mas he aquí otra cosa bien distinta. La Iglesia no sólo se dirigía a los judíos. Tenía la pretensión de desmoronar el paganismo, de disolverlo, de conducir el mundo pagano convertido y transformado a los pies de Jesucristo. ¡Qué empresa tan formidable! Para medir su dificultad, enumeremos los obstáculos humanamente insuperables que se elevaban a su paso. La Iglesia tenía en contra suya todo el mundo pagano.

Tenía contra ella las pasiones de todos.

Todavía hoy, señores, después de diecinueve siglos de cristianismo, son las pasiones las que hacen a la Iglesia la guerra más encarnizada. ¡Ah, si la Iglesia sacrificara su doctrina moral, si ocultara bajo su manto las tablas de la Ley, en vez de oponerlas como un perpetuo reproche contra nuestras prevaricaciones; si tan sólo consintiera en callarse sobre la justicia, la caridad, la castidad, la dejarían muy tranquila. Pero no. Es ella de granito, es inflexible. No consiente en suprimir una sílaba del Decálogo, y se obstina en condenar el vicio, así habite una cabaña, o reine en los salones dorados del rentista opulento. La Iglesia no tiene piedad para las pasiones. En esto consiste su gloria, pero también su peligro, pues de aquí provienen los odios más ardientes y los rencores menos dispuestos al perdón.

Imaginaos, pues, lo que debió pasar y lo que pasó en el origen. Cuando la Iglesia hizo su aparición en el mundo, encontró todas las pasiones, no solamente toleradas y aceptadas, no solamente gloriosas y reinantes, sino consagradas y deificadas. Las divinidades paganas colocadas en los altares eran la personificación del vicio, y uno podía sumergirse en todos los excesos sin temor de superarlas en ignominia. Los rateros invocaban a Laverna y a Mercurio para salir airosos en sus golpes de mano. La voluptuosidad, la mentira, el perjurio, el robo, casi todos los vicios tenían su puesto en el Olimpo. ¿Qué hizo la Iglesia? A un mundo que deificaba todos los vicios, llevóle todas las virtudes. Arrancó del paganismo todas las pasiones inveteradas, sus embelesadoras voluptuosidades, su Venus coronada de

rosas. Aquellos paganos, duros, libertinos, egístas, no podían dejar de considerar como el más grande atentado a su libertad, la ley que enseñaba la castidad y la caridad. Esta ley era una enemiga y una usurpadora, era una austera soberana, cuyo yugo era preciso sacudir a toda costa. La contradicción era inevitable. Entre la Iglesia y el mundo pagano debía entablarse un duelo a muerte, y en este duelo veía la Iglesia alzarse contra ella las pasiones de todos. Y lo que era no menos temible,

II. Tenía en contra suya los intereses de muchos.

Señores, cuando se toca al género humano por este lado, por el lado del interés, todo hay que temerlo, o que esperarlo todo. Todo puede obtenerse, todas las bajezas y todas las abdicaciones, cuando se sirven sus intereses. Pero no le ataquéis por este concepto, porque con el revés de la mano os hará morder el polvo, y seréis merecedores de la horca desde el momento en que perjudiquéis sus intereses.

Pues bien, el día en que la Iglesia entró en el mundo pagano, al punto suscitó los clamores interesados de millares de hombres que vivían del culto de los ídolos, o de los vicios que protegía el culto de los ídolos. Sacerdotes, adivinos, magos, astrólogos, augures, arúspices, vestales, cortesanas, histriones, gladiadores, artistas, comerciantes de ídolos defendían el culto de los falsos dioses como su dominio, como su sustento. Era la presa de que todos comían, presa que la Iglesia iba a arrebatarles de la boca. Indignáronse, pusiéronse furiosos, y produjeron en odio lo que perdían en provecho. La Iglesia contó tantos enemigos como desposeídos hizo. En Filipos, los hombres que explotaban una supuesta profetisa sublevaron contra Pablo y Silas al

...o y a los magistrados. En Efeso, un orfebre que se ...aba la vida fabricando estatuas de Diana, echó a ...obreros a la plaza pública y amenazó a los cristia... Especialmente los sacerdotes de los falsos dioses, ...dos en su rapacidad, más que humillados en su falso ...ullo, no podían resignarse a perder el provecho que ...aban de la superstición pública. La Iglesia naciente ...alzarse contra ella la doble coalición de las pasio... y de los intereses. Había que ahogarla en su cuna. ...o no era esto todo.

III. Tenía en contra suya las ideas de los filósofos y ...egoísmo de los satisfechos.

En la cumbre de toda sociedad hay pensadores y sa...fechos que afirman que todo marcha bien, porque ...mundo está conforme con sus ideas o con sus apeti...tos. ¡Desgraciados de vosotros si perturbáis la quietud ...esos grandes personajes que dirigen hombres y cosas ...no toleran que se les desbanque.

Ahora bien, cuando apareció la Iglesia, topó en su ...mino con los hombres del pensamiento pagano, con los príncipes de la filosofía antigua, que apenas podían entenderse con ella. Hería a los epicúreos en su espí...tu sensual; humillaba a los estoicos en su orgullo; imponía a los escépticos una doctrina obligatoria, invariable, universal. Mas ¿quién venía a poner el yugo ... todas aquellas poderosas cervices del paganismo? ¿Quién? ¿Filósofos, intelectuales, ricos, sabios? No. ¡Hombres insignificantes, judíos, judíos a los cuales despreciaban los otros judíos, judíos discípulos y adoradores de otro judío crucificado! Evidentemente los pensadores debían encabritarse, y se encabritaron.

Los satisfechos, los grandes, los patricios, los ma-

gistrados, los Césares no podían preparar a la Iglesia mejor acogida. ¿Qué eran, en efecto? Corrompidos y crueles. Sería difícil exponer los refinamientos de su lujo y de su molicie. Bastarán algunos detalles. Por un artificio que las bestias ignoraban, hallaban el medio de suprimir la digestión y hacer cinco comidas al día con un gasto por cada una de 100,000 sextercios, es decir, 27,000 pesetas. De la orgía de la mesa, pasaban a la orgía del circo. Allí se reunían para ver cómo se desgarraban mutuamente millares de esclavos en lucha con millares de animales feroces, y después de embriagarse con los vinos más costosos, se embriagaban con la sangre de los gladiadores. César marchaba a la cabeza dando la señal de los aplausos, cerniéndose sobre todo un mundo más o menos deshonrado e infame; César, es decir, el despotismo sin riberas, la brutalidad sin freno; César, tirano de todos y pontífice máximo; César, que se llamó precisamente Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, Domiciano. ¿Es posible, señores, que la cruz pudiera hacer presa y plantarse en semejante sociedad? Evidentemente, la Iglesia que llevaba al mundo la libertad, la igualdad, la caridad, la justicia, la castidad, la humildad, la Iglesia debía suscitar un horror universal.

Tenía contra ella las pasiones de todos, los intereses de muchos, las ideas de los filósofos, el egoísmo de los poderosos. Tenía contra ella los pensadores y los satisfechos. Finalmente, y es esta una circunstancia agravante, que ponía el colmo a todas las imposibilidades ya señaladas,

IV. Tenía contra ella la religión de la muchedumbre.

El pueblo, señores, es una gran potencia, y si bien

Esa gran potencia no estaba organizada y armada en el siglo I como lo está en la actualidad, existía por lo menos, y si la Iglesia en aquel momento hubiera adulado al populacho, a los esclavos, a los oprimidos; si le hubiera prometido la pronta liberación y el triunfo repentino de una gloriosa y santa libertad, hubiera conquistado al mundo revolucionándolo. Pero no procedió ella de esta suerte.

En vez de adular al pueblo, lo despoja la Iglesia de todos sus viejos hábitos sensuales e idolátricos; le quita sus ritos, sus templos, sus fábulas, sus ídolos, sus dioses, y le ofrece, ¿qué? Una religión espiritual, que condena todas las pasiones e impone todas las virtudes, una religión nueva que echa por tierra los dioses protectores del Imperio, y viene a suplantar la religión del pueblo-rey. Considerad atentamente el encuentro de la Iglesia naciente con el pueblo romano. Tratábase de obligar a los paganos a privarse de las fiestas religiosas tradicionales y populares, tales como teatros y combates de gladiadores; a despreciar a los dioses, considerados como los fundadores de la grandeza del Imperio; a abandonar el culto de sus rientes divinades, consagradas por la majestad de los antepasados y defendidas por la espada de los emperadores; a abandonar un culto que permitía a los hombres tener una religión al propio tiempo que daban satisfacción a sus más viles deseos. He ahí lo que era preciso hacer: rechazar a un pueblo loco de placeres y poner en su lugar, ¿qué atractivo? Virtudes rígidas y desconocidas: la pureza y la humildad, el desprecio de los honores, el abandono de los placeres sensuales, el amor de los enemigos, la creencia incomprensible en un Dios en tres personas, en un Dios encarnado y crucificado. Era preciso inculcar, no sólo en la administración, sino en los

corazones y en las costumbres, lo contrario de lo que existía, y esto en un Imperio treinta veces más extenso que Francia, con trescientos millones de habitantes. La Iglesia quería atropellar y cambiar la religión popular. Quería corregir todas las ideas y todos los hábitos en boga. Quería que en lugar de las divinidades voluptuosas y fáciles del paganismo, se adorase y se amase, aun a costa de los mayores tormentos, a un artesano extranjero, nacido y muerto en Judea, país despreciado. Quería hacerle amar y adorar, no solamente en la ciudad de Roma, lo que hubiera sido ya inmenso e imposible al hombre, sino también en el mundo entero, aun de los mismos emperadores que ellos divinizaban. Aquella cruz sobre la cual los más vulgares criminales se hubieran avergonzado de morir, quería la Iglesia hacerla subir, desde lo más bajo de la degradación, a la cumbre de la majestad y de los honores, presentarla en las calles y plazas públicas, hacer que se arrodillara, ante aquel instrumento de suplicio envilecido, el mundo pagano, con sus procónsules y sus ejércitos. La Iglesia quería plantar la cruz, sombrío resumen de la ley cristiana, aun en los palacios de los perseguidores, en el trono de los emperadores, y hacer inclinar lo que estaba más alto ante lo que estaba más bajo. La Iglesia invitaba al pueblo romano a olvidar los dioses del Capitolio y las fiestas del anfiteatro. Representada por los doce hombres que sabéis, llegaba con la cruz en una mano y el Evangelio en la otra, y exclamaba: "¡A la calle los dioses de ayer, a la calle las fábulas, a la calle las mentiras, a la calle todo lo que no es la doctrina que os anuncio! Jesucristo padeció con resignación; mujeres, pobres, esclavos, hay que padecer como Él. Jesucristo obedeció hasta la muerte, y muerte de cruz; mujeres, pobres, esclavos, hay que obe-

decer como Él. Jesucristo perdonó a sus verdugos; mujeres, pobres, esclavos, hay que perdonar como Él." No era posible contradecir más violentamente las creencias y prácticas religiosas arraigadas tantos siglos en la muchedumbre pagana.

La Iglesia, al entrar en el mundo, tenía en contra suya las pasiones de todos, los intereses de muchos, las ideas de los filósofos, el egoísmo de los grandes, la religión del vulgo. Entre la Iglesia y el mundo pagano, la oposición era profunda, radical, irreductible. Humanamente, la Iglesia no era nada, por lo que debía desaparecer como una piedrecilla, bajo las ruedas de un carro de guerra. Pues bien, señores, no ocurrió así; no quedó destruída la piedrecilla, sino el pesado carro de guerra. Lo veremos, y diremos: *digitus Dei est hic!* Diremos como el mismo Juan Jacobo Rousseau escribía al rey de Polonia: "Después de la muerte de Jesucristo, doce pescadores acometieron la empresa de convertir el mundo. Las persecuciones no hicieron más que acelerar los progresos de esta religión. Los cristianos corrían al martirio y los pueblos al bautismo. La historia de aquellos tiempos es un prodigio."

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA

La Iglesia primitiva y la espada de los Césares

SEÑORES:

Entre la Iglesia y el mundo pagano la oposición era profunda, radical. La lucha no tardó en entablarse, y fué terrible. Voy a mostraros coligadas contra la Iglesia naciente las dos grandes potencias del paganismo: la espada de los Césares y la pluma de los sofistas. Nos contentaremos hoy con ver obrar el poder de la espada, y contemplaremos los perseguidores, el suplicio y las víctimas.

I. Los perseguidores.

¿Quiénes eran? Los emperadores romanos. Cuando los Césares vieron que un poder desconocido bullía en el corazón del Imperio, y crecía en torno de su trono, creyeron que con un solo tajo darían buena cuenta de toda la raza de los cristianos, y tiraron de la espada.

Pero tiraron de la espada, no una sola vez, sino diez veces, no un solo día, sino durante tres siglos. Sí, aquella espada romana que había dominado todas las barbaries y todas las civilizaciones; aquella espada que había herido de muerte los pueblos más altivos y las más ardientes nacionalidades; aquella espada que había hecho pasar la destrucción sobre las ciudades, sobre las capitales, sobre las naciones, sobre las religiones y sus cultos desvanecidos; aquella espada, en fin, acostumbrada a pasear por todas partes, sobre incomparables ruinas, el irresistible poder romano; vedla herir ahora, niños, mujeres y ancianos; hiere al hombre que bendice, que perdona, que muere, y la tierra, asombrada, bebe a raudales la sangre de los mártires.

Pero mientras los Césares empuñan la espada y anegan en sangre a los adoradores del Crucificado, ¿en dónde está y qué hace el pueblo? El pueblo... se precipita sobre las gradas del anfiteatro; aplaude la sangre que corre, las carnes que vuelan en pedazos, los huesos que crujen en un rincón, los dientes feroces de osos y panteras. Los Césares dirigen la carnicería, y el pueblo coopera a la obra imperial, aportando a ella todo cuanto naturalmente tiene de rabia ciega y furores inconscientes. Tal es la ley. El pueblo sigue el impulso que le viene de arriba, que procede de sus jefes, y con frecuencia va más lejos que éstos, y los supera en crueldad y ferocidad. Cuando la ley duerme, cuando la espada reposa, cuando algún príncipe menos sanguinario rige el Imperio, no es raro que la muchedumbre, en implacables motines, se lance sobre los cristianos, y los destroce. El viejo mundo ruge todo entero contra la Iglesia y se esfuerza en destruirla. La sangre de los cristianos, una vez saboreada por los verdugos, despierta en su seno algo así como una sed insaciable y ardiente, y la

persecución estalla a la vez en todas partes, abajo y arriba, en el trono y en la plebe.

II. Los suplicios.

Duran trescientos años, y varían indefinidamente. Sucesiva o simultáneamente, los perseguidores ensayan, contra la Iglesia, la arbitrariedad, la crueldad, la desmoralización.

Proceden arbitrariamente. Su justicia era sumaria: promesas, amenazas; helo ahí todo "¡Sacrifica o muere!" Tal era la alternativa que se ofrecía a los cristianos. "Así—replicó cierto día un cristiano—proceden los dálmatas, esos ladrones que piden la bolsa ó la vida."—"No he recibido la orden de juzgar—contestó el tirano,—sino de condenar." Tal era el procedimiento que se usaba. Aquellos magistrados paganos, serviles y envilecidos, hacían servicios, no redactaban sentencias. Para los cristianos no había justicia, sino tan sólo castigos.

¡Y qué castigos! La prisión, la flagelación, el agua helada, el fuego, las láminas candentes, la espada, los potros, las uñas de hierro, las ruedas herizadas de puntas, los dientes y garras de las bestias feroces. Nerón, el ingenioso e infame Nerón, hacía atar a los postes del circo los cristianos untados de brea, o cubiertos de vestidos inflamables; hacía que los encendieran por la noche, y guiaba su carro al resplandor de aquellas antorchas vivientes.

La arbitrariedad y la crueldad no satisfacían el odio de los perseguidores. Para conquistar las almas al propio tiempo que atormentaban los cuerpos, echaban mano de la desmoralización, y magistrados obligados por su cargo a velar por la moralidad de los pueblos, condenaban a los vírgenes a ser conducidas a los antros de la pros-

ción para recibir en ellos los últimos ultrajes. Tal el método ordinario del vicio: no pudiendo tolerar el espectáculo de la virtud, se esfuerzan en deshonrarla reducirla a su propio nivel.

Esto, señores, duró tres siglos. Desde el año de 64 al 325, desde Nerón a Constantino, es decir, durante un período de doscientos sesenta años, la persecución fué permanente. Sin duda que no imperó siempre ni en todas partes con el mismo rigor, pero aun en tiempo de los más virtuosos emperadores, hubo provincias ensangrentadas por el suplicio de los cristianos.

Contemplemos ahora

III. Las víctimas.

[illegible] que cayeron bajo la espada de los perseguidores. Contemplemos su número, su origen, su fisonomía, su actitud.

Intentemos *contarlós*. ¿Será posible? No, no es posible. Todo lo que con certeza puede decirse, es que el número de los mártires fué inmenso, de doce a quince millones, según afirman muchos historiadores. Todo autoriza a creerlo: la larga duración de las persecuciones, cerca de trescientos años; los diez edictos de persecución emanados de los Césares, desde Nerón a Constantino; la arbitrariedad de los gobernadores y de los procónsules, que las continuaban en las provincias y superaban a veces la ferocidad de los emperadores; el furor del pueblo contra la Iglesia, que censuraba su vida depravada, y la avidez de los ciudadanos romanos por los espectáculos sangrientos y las muertes trágicas; el examen de las catacumbas de Roma, cuyos innumerables *loculi* desafían nuestros cómputos; los relatos de los autores paganos y cristianos. Tácito, pagano, treinta

años apenas después de la muerte de Jesucristo, dice que Nerón, en Roma solamente (Roma distaba cien leguas de Jerusalén, en donde tuvo origen el cristianismo), hizo perecer una gran multitud. Plinio, en tiempos de Trajano, escribía a este emperador que no se atrevía a esclavizar y matar a los cristianos, porque su provincia era enteramente cristiana; evidentemente, el resto del mundo estaba entonces en las mismas condiciones. Casi por la misma época, escribía Tertuliano. "Somos de ayer, y ya llenamos vuestras ciudades, vuestras colonias, vuestros campos, el palacio, el senado, el foro; sólo os dejamos vuestros templos. Si nos retiráramos de entre vosotros, el Imperio parecería un desierto." Imaginaos la hoz de la persecución paseándose por esta inmensa mies humana. ¡Qué hecatombe! Por otra parte, podemos juzgar del número de los mártires por el número de los cristianos condenados en tiempos de Diocleciano, cuando todo el Imperio, treinta veces mayor que Francia, casi no era pagano más que en sus jefes. La persecución de Diocleciano, fué ejecutada con tanto encarnizamiento, que colocaban la cruz junto a los caminos, cerca de las fuentes, en el umbral de las casas y edificios, a fin de descubrir cristianos en los que rehusaban pisarla. Dada la firmeza habitual de los cristianos, ¡qué hecatombe! "¡Esta época respira sangre!"—exclama el mismo Renán.—Si, pues, se evalúa en 12 o 15 millones el número de mártires, parece conforme con la verdad histórica. ¿Cuáles fueron sus nobles víctimas? *¿De dónde proceden?* De todas partes, de todas las edades de la vida, de todas las condiciones sociales. Los dignatarios eclesiásticos, los jefes de la Iglesia, papas, obispos, sacerdotes, diáconos, eran heridos con preferencia. Viéronse caer, bajo la hoz de la persecución, mujeres, niños, ancianos, ricos, esclavos,

[illegible]os los cuales aceptaban libremente la muerte, sin maldecir a sus verdugos. Se ha dicho que los mártires pertenecían a la multitud, que no eran más que pobres ignorantes, que, por consiguiente, su testimonio carece de valor científico. Esto es falso. Desde los primeros siglos se cuentan en las filas cristianas, muchos personajes de posición y saber superior, patricos convertidos, escritores muy ilustrados, filósofos como Justino, retóricos como Cipriano. El ejército de los mártires se reclutó en todos los órdenes sociales.

Su actitud es admirable por su dignidad, por su serenidad, por su perseverancia. Se ha dicho: "Los mártires eran exaltados y fanáticos." Expliquémonos sobre este punto. Exceptuado el caso de locura, nadie se deja matar por defender una cosa que se cree falsa. Si es posible que haya hombres que mueran por errores que creen verdades, o por opiniones de las cuales hacen cuestión de honra, esos fanáticos son siempre en corto número, ceden a la fuerza, odian a sus tiranos, llaman un vengador, y si no pueden sostener su causa por las armas, por lo menos dan a su muerte un aspecto teatral, y legan a la posteridad el cuidado y el deber de vengarlos. Así procedieron los fanáticos, pero los mártires no procedieron así. Ante todas cosas, eran una muchedumbre, y su exaltación, si la hubo, duró cerca de trescientos años. Confesad que el fenómeno no es ordinario. ¿Eran exaltados? No. Procedían con calma; se limitaban a rehusar, a pesar de las promesas, de las seducciones, de las amenazas, a hacer traición a Jesucristo. Tenían armas, hubieran podido ser los más fuertes y sublevar a los esclavos contra César; pero no resistieron. Los soldados de la legión tebana empuñaban las armas, pero no quisieron servirse de ellas para defender su fe, y continuaron fieles súbditos del emperador Maximiano.

Los mártires oraban por sus verdugos, y jamás los maldijeron. No tuvieron la menor preocupación por la posteridad; sabían que eran y continuarían siendo desconocidos. Muchos eran sabios que, antes de su conversión, pudieron y debieron examinar la nueva doctrina por la cual se decidieron a morir. Comprobaron la vida, la doctrina, los milagros de Jesucristo y de los primeros apóstoles. Atestiguaban, no la verdad de una opinión personal, sino la realidad de un hecho, la resurrección de Jesucristo, de la cual ellos o sus abuelos fueron contemporáneos. Pascal dijo con razón: "Creo en testigos que se dejan degollar." Los mártires mueren por un hecho, no por una opinión. No son fanáticos. Por otra parte, la intervención, el poder, la presencia de Dios resplandecen en su resistencia sobrehumana. Felicidad, atacada en los dolores del parto, lanzaba grandes gritos. "Si te quejas así--le dijo el carcelero,--¿qué harás mañana?" Felicidad le respondió sin conmoverse: "Aquí, soy yo quien padece; pero mañana otro será quien padecerá por mí, porque yo padeceré por El." Dios está aquí, en el corazón de los mártires, exaltando su naturaleza y sosteniendo su valor, testificando la divinidad de su Iglesia.

La Iglesia primitiva era la extrema debilidad. Sobre ella cayeron todas las espadas; pero ella sobrevivió a sus verdugos, y quedó dueña del campo de batalla. Explicad esto, si podéis. Si no sois más que hombres, la espada os hiere, os mata, os aniquila, a vosotros, a vuestras instituciones, a vuestra religión, a vuestras obras. Tal es la ley del hombre. Pero a la universalidad de esta ley, sólo podréis oponerle una excepción. Unicamente en el curso de la historia, la Iglesia resiste a la fuerza de la espada. Así es como hizo su entrada en el mundo. Perseguida durante tres siglos, quedó de pie y llena de vida; fuerza únicamente espiritual, triun-

de la fuerza brutal. Dios está con ella. *Digitus Dei hic!*

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

La Iglesia primitiva y la pluma de los Retóricos

SEÑORES:

Hay una potencia más formidable que la espada: la palabra y la pluma. La Iglesia, al entrar en el mundo, encontró dirigida contra su pecho la pluma de los retóricos al propio tiempo que la espada de los Césares. Así como el hombre es el más grande poder de la creación, así la palabra es el más grande poder del hombre. Nada le resiste, a menos de ser más fuerte que el hombre. La palabra destruye todo lo que no es divino. Los hombres que hablan y escriben son poderosos, más poderosos que el poder político, más poderosos que el pueblo. ¿Por qué? Porque forman la opinión y el espíritu público. En toda sociedad, hay letrados, sabios, filósofos, artistas, historiadores, poetas, escritores, oradores. Hay una aristocracia intelectual que acaba por imponer a la muchedumbre la dictadura de sus ideas, que triunfa de todo otro poder, que por

nunca es vencida. Los hombres pasan, las dinastías cambian, los imperios se debilitan, los tronos crujen; la palabra y la pluma sobreviven, reinan sobre todas las almas, siembran ideas, modelan nuevas generaciones. Ahora bien, desde los primeros siglos, la palabra y la pluma asaltaron a la naciente Iglesia, y yo quisiera haceros tocar con el dedo los múltiples actos de asalto tan dramático.

I. Los retóricos se apoyan en el poder público.

Cuando los hombres que hablan y escriben son alentados, apoyados y asalariados por el poder público; cuando son los servidores del poder, los satélites de los emperadores; cuando su literatura venal y su elocuencia hambrienta se guarece tras un sable que los protege y los retribuye, ejercen sobre la muchedumbre y la opinión un dominio formidable. ¡Desgraciada la institución, la religión que es atacada por tales máquinas manejadas por tales agresores! La Iglesia primitiva experimentó esta situación dolorosa. Vemos erguirse y ligarse contra ella oradores, escritores, intelectuales adocenados, infeudados al poder. Los cristianos son débiles, y los emperadores, omnipotentes. ¿Qué hacen los sabios y los letrados? ¡Ah, qué valientes! Se ponen al lado de los fuertes; se constituyen en instrumento de la tiranía, en vasallos del cesarismo; siguen el carro de los emperadores. Los emperadores persiguen a la Iglesia, y los retóricos, recibiendo de ellos la consigna, persiguen con sus sarcasmos, con sus cobardes acusaciones, a los que César hace morir. Parece que deberían defender los derechos de la inocencia contra los abusos de la fuerza. No. Abandonan a los cristianos que van al suplicio, y los insultan con los verdugos. Parece extraño que Plinio

el Joven envíe a la muerte hombres cuyo único crimen consiste en no cometer ninguno; pero consultado Trajano, responde que una vez denunciado un cristiano, debe morir, y el hombre de letras acepta con la mayor tranquilidad del mundo semejante atrocidad. Los retóricos se ponen cobardemente a remolque de César, y a veces ocurre que son los mismos emperadores los que empuñan la pluma y llevan la palabra. Marco Aurelio y Juliano el Apóstata hablan y escriben como Jámblico y Porfirio, como Celso y Libanio. Señores, la pluma es más formidable que la espada. Voltaire hizo más mal que Robespierre. La pluma de los retóricos hizo más mal a la Iglesia primitiva que la espada de los Césares. Vamos a verlo en la obra.

II. Los retóricos lanzan la calumnia.

Los enemigos de la Iglesia se copian de siglo en siglo los unos a los otros. En el siglo XVIII, Voltaire, queriendo deshonrar a la Iglesia con la calumnia, decía a sus discípulos: "¡Mentid, mentid, que algo quedará!" El procedimiento no era nuevo. Procedía en línea recta de los sofista de los primeros siglos. En tanto que prefectos serviles y crueles hacían penetrar en el pecho de nuestros padres la punta de aquella espada que empuñaban, en Roma y en Nicomedia, verdugos coronados, el despotismo contaba en todas partes, para envilecer a sus víctimas, con calumniadores públicos, más serviles y crueles todavía, los cuales encerraban a la Iglesia en un círculo de oprobios, y llamaban sobre su cabeza el desprecio del mundo entero. En aquellos tiempos todos éramos ladrones, bandidos, asesinos, homicidas, parricidas, infanticidas. Bebíamos en cráneos humanos la sangre de nuestras víctimas, y comíamos, en festines misteriosos,

la carne de los niños. Para ingresar en nuestras filas en aquellos tiempos, era preciso encadenarse, con horribles juramentos, a todos los crímenes. En aquellos tiempos éramos todos ateos, todos enemigos del Imperio. Si el Tíber se desbordaba, si la lluvia cesaba de regar la tierra, si el fuego del cielo descendía sobre un templo o sobre un circo, si las armas de César sucumbían en una batalla, si los bárbaros devastaban alguna parte del Imperio, tenían la culpa los cristianos, y de ello respondíamos con nuestras cabezas. En los escritores del paganismo vemos una larga lista de nombres injuriosos, de imputaciones calumniosas prodigadas contra los cristianos. Amotinada por aquellos embusteros, la multitud rugía de furor alrededor de los cadalsos donde se desgarraba la carne de nuestros hermanos; éramos los réprobos de la opinión pública y los mártires de los desprecios populares; nuestra cabeza humillada ostentaba la corona del universal oprobio. Pero no era esto todo. Al propio tiempo que nos deshonraba la calumnia, se nos ridiculizaba con la risa.

III. Los retóricos atacan con la risa.

La risa es una fuerza considerable. Con la risa se matan las más poderosas como las más santas cosas. Cuando una risa burlona circula por un pueblo y lo llena con sus mortíferos ecos, puédense ver los tímidos ocultándose, abdicando los ambiciosos, y aun los más valientes bajando la cabeza y en actitud de pedir perdón a los hombres por pertenecer a Dios. Los retóricos del paganismo organizaron en los primeros siglos la conjuración de la risa, cuya formidable repercusión nos dió el siglo de Voltaire. Escuchad a Celso, que exclama hablando del cristianismo. "¡Qué religión! Los cardadores

de lana, los zapateros, los bataneros, los más ignorantes, los más groseros de los hombres son los heraldos. Las mujeres y los niños proporcionan su primer contingente." He ahí la nota que dan los espíritus fuertes, los intelectuales, los directores oficiales de la opinión. Presentan a los cristianos como seres más ridículos que malhechores, más risibles que odiosos. Los cristianos son satirizados, escarnecidos, vilipendiados por la palabra, por la pluma, por la caricatura, por el teatro, por los literatos y por el pueblo, que imita a los literatos. Aunque esto cambie, señores, es siempre lo mismo, y podéis observar que, todavía hoy, los enemigos de la Iglesia, para confundirla, no tienen otros argumentos que el de la risa. No razonan, se burlan. El método no es nuevo; data de los orígenes mismos del cristianismo. Hoy, como al principio, se intenta deshonrarnos con la calumnia, y ridiculizarnos con la risa. Hoy, como al principio, se intenta reducirnos a la impotencia por la opresión.

IV. Los retóricos recurren a la opresión.

No era bastante para el paganismo volver contra nosotros todas las espadas de su palabra, sino que intentó suprimir la nuestra. Quiso condenarnos al silencio, reivindicó para él solo el monopolio de la enseñanza y de la ciencia, pidió para los cristianos el privilegio del mutismo y de la ignorancia. No inventó. Leed la historia de Juliano el Apóstata, y oiréis decir que los cristianos, discípulos del carpintero, continuadores de los Apóstoles, ignorantes e iletrados, no tenían necesidad ni de ciencia ni de literatura, y que, por consiguiente, era preciso expulsarlos de las escuelas y proscribirlos de las academias. Veréis cómo aquel ingenioso y liberal déspota

cerraba las escuelas de los cristianos y confiaba las escuelas del Estado a maestros imbuídos de sus propias ideas. Veréis cómo aparta a los cristianos de los empleos públicos, y reserva todos los favores oficiales a los paganos y a los apóstatas. Era esto la opresión legal, más terrible que la opresión sangrienta. Era el emponzoñamiento de la juventud por una educación enteramente pagana. Era la persecución por la mano puesta sobre los espíritus y sobre las conciencias, más terrible que el cadalso en que nuestros mártires, al morir, regeneraban al mundo. La espada no mata más que los cuerpos, la pluma mata las almas. Pero ¿cómo proceder para atizar el odio contra la Iglesia, para acreditar la calumnia, para alentar la risa, para justificar la opresión, para acabar de perder a los cristianos? He aquí el medio supremo.

V. Los retóricos inventan una consigna.

¿Sabéis lo que es una consigna? Es una palabra no comprendida, ridícula, absurda, que se lanza a la circulación, y que va por todas partes, explotando las pasiones, reclutando cómplices, designando víctimas. Para motejar a los amigos y servidores de la Iglesia, se les llama hoy clericales. Hace sesenta años se les llamaba jesuitas, en tiempos de Voltaire, devotos, en tiempos de Lutero, papistas, en tiempos de Juliano el Apóstata, galileos, en tiempos de Nerón y Domiciano, enemigos del género humano. Con semejante epíteto sobre la frente, los cristianos ya no tenían derecho a ser oídos ni escuchados. Era la contraseña de la estupidez, de la ambición, del miedo, de la crueldad, que se ligaban para aniquilar la nueva religión; era una sentencia de destierro a los ojos de una sociedad que había resuelto

proscribir, bajo esta consigna, el honor, la caridad, los grandes talentos, las grandes virtudes, los grandes servicios.

Acabáis de ver, señores, cómo la pluma de los retóricos ejercía su acción nefasta contra la Iglesia primitiva. Semejante espectáculo debe despertar en vuestras almas dos sentimientos: la intrepidez y la esperanza.

Primeramente, la intrepidez. En aquellos primeros siglos, cuya historia os refiero, ¿de parte de quién estábamos, vosotros y yo, todos los católicos, demasiado olvidados de nuestras glorias de familia? Estábamos de parte de las víctimas. Estábamos, pues, en buena compañía. Estábamos de parte de san Pedro y de san Pablo contra Nerón. Estábamos con los Basilio, con los Gregorio, con los Crisóstomo. Estábamos con los galileos contra Juliano. Estábamos con los primeros libertadores de la conciencia humana. Más tarde nos unimos con los Francisco de Sales, los Borromeo, los León X, los Rafael, los Miguel Angel, los papistas contra Lutero. Formamos con todos los devotos, los supersticiosos, los hipócritas, tan fustigados por Voltaire y los que le sobrevivieron... Y cuando, en lo por venir, se explique el epíteto de clerical, que hoy se nos pega en la frente como sangrienta injuria, la posteridad lo calificará de demasiado hermoso, porque dirá: Llamábanse así los servidores de la Iglesia, de la justicia, de la libertad, los que supieron ser impopulares para ser honrados, independientes, católicos. Sed intrépidos al recordar lo pasado.

Sed confiados al contemplar lo por venir. Refiérese que un retórico de los primeros siglos, llamado Libanio, al encontrarse con un cristiano, le dijo en son de mofa: "¿Qué hace el Galileo?" El cristiano le respondió:

"¡Está haciendo un ataúd!" En efecto, el divino Galileo, Cristo Jesús, hacía un ataúd para enterrar muy pronto a los Césares, a los sofistas, a sus falsos dioses, envueltos en una sábana eterna. Después, ha hecho centenares de veces lo mismo, y muy pronto también llevará al sepulcro a este siglo que acaba, con todos los vanos ídolos que este siglo adoró. Jesucristo, a la hora presente, abre la fosa de todos los sofistas que profetizaron su ruina y que tan indignamente engañaron a la generación contemporánea. Jesucristo era ayer, es hoy, y si el mañana quiere vivir, en los brazos y en el corazón de Jesucristo tendrá que beber la vida.

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

La Iglesia primitiva y la herejía

SEÑORES:

La Iglesia, al entrar en el mundo, encontró en su camino formidables enemigos. Primeramente el judaísmo, luego el mundo pagano todo entero dirigiéndose contra ella, para aniquilarla en su cuna, la espada de los Césares y la pluma de los retóricos. Si no hubiere sido divina, estaba perdida, y al cabo de un siglo, la historia hubiera registrado su acta de defunción. Pero todavía no os he enumerado todas las potencias adversas que atentaron a su vida, pues me queda que señalaros otro enemigo, el más pérfido y funesto de todos, un enemigo que nació en el seno mismo de la Iglesia primitiva y que amenazó con devorarla, con destruirla emponzoñándola: la herejía. Desde el siglo II se cuentan treinta y dos sectas de gnósticos. Luego vino Arrio, y los arrianos fabricaron, en menos de treinta años, más de dieciséis símbolos. Pelagio

Donato vienen a su vez. Y las variaciones continúan. En la época de san Agustín, se contaban ya ochenta y ocho herejías; y todavía el ilustre Doctor se excusa de no conocerlas todas. Sobre este punto, me dirigís una pregunta, que voy a contestar al punto.

I. ¿Por qué herejías en la Iglesia?

¿Por qué? Tomad doscientos hombres de los mejores. Hacedlos vivir juntos durante un mes bajo el régimen más paternal y hábil que pueda imaginarse; desde el segundo o tercer día de su convivencia, se dividirán, y al finalizar el mes, veréis aparecer en esta pequeña república tantos matices como individuos. Los unos, teniendo mal adaptada la inteligencia, comprenderán mal las condiciones de su vida común; los otros, independientes y orgullosos, discutirán el yugo que pesa sobre sus hombros, y no sostendrán más que un trozo de él; finalmente, una tercera división, deseosa ante todas cosas del bienestar, y enemiga de molestarse, se sustraerá sin pudor a todo régimen penoso... La Iglesia acababa de hacer su aparición, y desde su origen, no fueron doscientos hombres, sino muchedumbres innumerables las que entraron en su seno, y en este río ya tan profundo e hirviente, hubo malo y bueno, escorias mezcladas con el oro, espíritus contrahechos, orgulloso y sensuales. En aquellos cristianos improvisados, había judíos groseros que entendían al revés la ley evangélica, y volvían instintiva y habitualmente a la ley mosaica; paganos apenas instruídos, que adoraban a Jesucristo sin poder olvidar enteramente sus ídolos. En aquellos cristianos improvisados, había orgullosos, que difícilmente aceptan una doctrina ya formada, que no quieren renunciar a las discu-

siones de escuela y a las temerarias oposiciones del saber humano. En aquellos cristianos improvisados, había, finalmente y sobre todo, sensuales, que retrocedían ante la cruz, ante la penitencia, ante la muerte para sí mismos, ante la persecución del mundo, ante el martirio, y discutían el Evangelio para correr sin remordimientos al crédito, a los honores, a la voluptuosidad. Hoy todavía, después de diecinueve siglos de cristianismo, ¡cuánto trabajo nos cuesta entender, aceptar, practicar la ley de Cristo! En el origen, después de cuarenta siglos de paganismo, esto debía ser mucho más difícil aún, por lo que, inevitablemente, en torno de la cuna de la Iglesia era preciso que nacieran rebeliones, herejías numerosas.

Diréis: Si la Iglesia traía al mundo la verdad, ¿por qué no encontró un asentimiento unánime? Acabo de responderos. El género humano de hace diecinueve siglos, era como el de hoy en día. Contenía en su seno ignorantes que entendían mal, sensuales que entendían demasiado, orgullosos que no querían entender. Pero entonces, me objetaréis aún, la aparición del Evangelio fué un mal, porque el Evangelio fué causa de división. Señores, poned atención en esto: Quien da a los hombres un suplemento de luz y de fuerza, les aporta una causa de turbación, y la rebelión de ciertos espíritus contra la verdad, es innegable garantía de todo progreso intelectual y moral. En toda obra humana, el mal está inextricablemente mezclado al bien, y cuanto más se afirma el bien, con mayor furia le combate el mal. Lamentaos cuanto queráis de esta constitución de las cosas. Es así, y no la cambiaréis. Así, pues, precisamente porque la Iglesia aportaba la verdad, y la verdad total, debía haber herejías, y las hubo en abundancia.

II. Una ojeada a las herejías primitivas.

No puedo ni quiero enumerarlas todas. Sería fastidioso. Hay algunas que os harían sonreir; tan pueriles y ridículas son. Ahora que están muertas, ahora que duermen en el secadero y la inmovilidad de su sepulcro, nos cuesta trabajo explicarnos su crédito y su poder. ¡Ay! no nos asombremos demasiado del éxito de las viejas herejías. Dentro de algunos siglos, cuando nuestros lejanos descendientes sacudan el polvo de nuestros errores contemporáneos, se preguntarán con estupor cómo hombres reputados como serios e inteligentes, en el siglo de las luces, pudieron creer en la eternidad de la materia, en la teoría de los átomos, en la generación espontánea, en el sistema científico envilecedor que hace del hombre un mono perfeccionado. "¡Oh vosotros—exclama aquí Lacordaire,—nacidos en un siglo incrédulo y aspirantes a la gloria de fundar una doctrina, no os atormentéis más de lo que conviene a tan mediano asunto. Si la naturaleza os ha hecho el don de hablar o de escribir, esto basta, y aun no es seguro que sea preciso una pluma ni una boca de oro; el plomo ha triunfado con frecuencia. Alegraos con vuestros amigos, y decid a este siglo soberbio todo lo que os plazca, el sueño que tuvisteis la víspera, o el que tendréis mañana. No os pide otra cosa para creeros, amaros, admiraros, llamaros inmortales en vida y elevaros una estatua después de vuestra muerte." ¡Ah, qué bien dicho está esto, señores, y sobre todo, cuán verdadero es! Los más estúpidos errores, desde que se dirigen a la necedad humana, al orgullo humano, y sobre todo, a la voluptuosidad humana, van muy deprisa. Ni siquiera es necesario revestirlos de un ropaje conve-

niente ni de una forma pomposa. Se acreditan en el pobre género humano como esos extranjeros sin patria, sin conciencia y sin vergüenza que monopolizan en algunos años los honores y riquezas de un pueblo. Soportad, pues, con humildad, señores, que os refiera brevemente las herejías primitivas.

Durante tres siglos, el espíritu del error revoletea en torno de este artículo del Símbolo: *Credo in unum Deum*, la fe en un solo Dios. Los gnósticos, los maniqueos, los montanistas, los novacianos, los antitrinitarios dirigen sus baterías sobre ese punto En esta gran batalla, vemos hombres de primera fuerza: san Justino, Clemente de Alejandría, Tertuliano, Orígenes, san Ireneo, Arnobio, Lactancio, san Cipriano, todos los cuales hacen frente a los defensores de la religión pagana. Publican admirables obras sobre la unidad de Dios; afirman sucesivamente todos sus atributos, su providencia, su santidad, su justicia, su bondad; hunden definitivamente en la nada todas las objeciones del politeísmo y de la filosofía alejandrina.

Luego, ganada ya esta primera batalla, Arrio, Nestorio, Eutiques, se levantan y atacan la segunda verdad del Símbolo: *Et in Jesum Christum*, Jesucristo, su igualdad substancial con el Padre, su nacimiento de la bienaventurada Virgen María, su doble naturaleza divina y humana, su personalidad única. Todo esto es negado, con los recursos admirables del espíritu griego, con el apoyo secreto de las malas pasiones, y a menudo con la fuerza brutal de los poderes humanos que se ponen al servicio del error. Pero también todo esto es defendido, explicado, precisado, profundizado. Y vemos levantarse, uno tras otro, hombres potentes en obras y en palabras, hombres que llevan en su frente la doble aureola del genio y de la santidad, los Pa-

dres griegos y los Padres latinos, los Atanasio, los Agustín, los Basilio, los Crisóstomo, los Hilario, generales intrépidos que arrastran tras de sí el gran ejército de los soldados de la verdad católica... y merced a ellos, gracias a sus inmensos y maravillosos trabajos, el segundo artículo del Símbolo permanece tan inmutable como el primero.

Veremos después la marcha de las herejías posteriores. Continuaron, en el siglo IX, con Focio, quien ataca el tercer artículo del Símbolo, el Espíritu Santo; con Lutero, Calvino, Enrique VIII, que combaten el cuarto artículo, la Iglesia; con las del siglo XVIII, representado por Voltaire, Diderot, d'Alembert, Helvecio, que arremeten furiosamente contra los dos últimos artículos, la resurrección de la carne y la vida eterna. En el curso de veinte siglos, el Símbolo fué discutido, sacudido, cribado. ¿Quedó todo terminado? ¡Ah, no! Todo vuelve a comenzar. Hoy se cogen, para discutirlos de nuevo, todos los artículos del Símbolo. Antes se atacaban las verdades católicas con los textos de la Sagrada Escritura; hoy el asalto reviste otra forma. Se nos quiere lapidar con la ciencia, y apenas se ha descubierto una vieja inscripción, un resto geológico, una hipótesis científica, cuando se apoderan de ella como de un hierro viejo para hundirnos y aplastarnos. Los más minúsculos sabios lanzan su tinta contra la figura venerable de nuestros dogmas, y, si los escuchamos, parece que el Evangelio va a sucumbir bajo la luz fulgurante de la ciencia.

Señores, no tengáis miedo. *La Iglesia está ahí*. Vela por el depósito sagrado que se le confió. Lo defiende contra los agresores que quisieran arrebatarlo, disminuirlo o deteriorarlo. Señala, condena, cercena despiadadamente a los fautores y apoyos de la herejía, a

todo hombre que contradice su doctrina, así sea el más sutil de los espíritus, como Arrio, el más piadoso de los obispos, como Nestorio, el más elocuente de los apologistas, como Tertuliano, el más ardiente de los frailes, como Lutero, el más astuto de los sofistas, como Calvino, el más formidable y poderoso de los príncipes, como Enrique VIII, el más tornadizo de los escritores, como Renán. La Iglesia está ahí. Vela por el depósito de la verdad, y aniquila la herejía, aunque tenga por escudo la púrpura, el genio y la fuerza. Oid su voz poderosa en el curso de la historia. Exclama: ¡Perezca el mundo antes que la divinidad de Jesucristo! ¡Perezca la Iglesia griega antes que la primacía de san Pedro! ¡Perezca Alemania antes que el dogma de las indulgencias! ¡Perezca Inglaterra antes que la santidad del matrimonio!

La Iglesia vela, y además tiene *soldados* que riñan bajo sus órdenes los grandes combates de la la verdad. ¿Queréis saber el derroche de genio, de erudición, de elocuencia, que hizo en las luchas doctrinales de los primeros siglos? Abrid la patrología griega y la latina. Contiene más de trescientos volúmenes en folio. Y en la Edad Media, ¿no contaba acaso con soldados que defendieran su doctrina contra la herejía? Los tenía por millares, y a su cabeza, un general prodigioso, santo Tomás. ¿Por ventura permaneció muda, desarmada, impotente, en presencia del protestantismo? No, pues le opuso legiones de oradores, apologistas, escritores, y a su frente un hombre más grande que la naturaleza, Bossuet. Y en este siglo, todo hombre serio que busque la verdad, ¿tendrá gran trabajo en encontrar hombres que la prediquen y la demuestren? No. Para ser católico y cantar el *Credo,* basta quererlo. La Iglesia tiene jefes, la verdad órganos, el

...gelio ecos que resuenan noblemente en medio del ...do. Pues si bien hay hombres en gran número que ...n los oídos y no quieren oir el sonido de la ver... ¿de quién es la culpa sino de ellos mismos? Com...zcámoslos, señores, procuremos convertirlos y ...más fuerza que nunca, afirmemos nuestra fe y ...emos nuestro glorioso e invencible *Credo.*

Así sea.

CONFERENCIA SEPTIMA

La difusión de la Iglesia primitiva

SEÑORES:

Hemos visto los obstáculos numerosos y humanamente insuperables que encontró la Iglesia aun al día siguiente de su nacimiento. Tropezó casi simultáneamente con el judaísmo, con el paganismo, con la espada de los Césares, con la pluma de los retóricos y, finalmente, con las herejías. Era débil. Todos los poderes humanos trataron de quitarle la vida y obstruyeron su paso. ¿Fué vencida? No. Y hoy vengo a presentaros un espectáculo verdaderamente prodigioso y divino: La difusión de la Iglesia primitiva. Parte de Jerusalén, y al punto va a implantarse en el centro del mundo, en Roma, y luego, en todo el Imperio, en las Galias, en Orleáns.

I. En Roma.

Tras su sede de unos siete años en Antioquía, Pedro,

...cipe de los Apóstoles y Cabeza de la Iglesia, tras... su silla pontificia a la capital del Imperio. Era esto ...l año 42 de J. C., reinando Claudio. Sus primeras pre...nes no tuvieron éxito. Desalentado, pensaba el Após... abandonar la Ciudad Eterna. Salía de Roma por una ... sus puertas, cuando encontró al Salvador con la ... sobre sus hombros. "Maestro, ¿a dónde vas?"—preguntó—"Voy a Roma para ser crucificado por ...unda vez."—respondióle Jesucristo.—Pedro enten... que debía permanecer en su puesto, y morir en ... de la misma muerte que su Maestro. En efecto, du...nte veinticinco años, ocupa la sede de Roma.

Le vemos en relaciones con Pudente, senador ro...ano, de la familia Cornelia, y pronto convertido el ...nador, le ofrece su palacio, que se convierte en Ro... en la primera Iglesia cristiana. Poco a poco se di...nde el cristianismo entre el patriciado, en las familias Cornelia, Pomponia, Cecilia, Sergia, Flavia. La aris...ocracia romana da sus hijos a la fe de Jesucristo; el Se...ado abre a la nueva religión su inaccesible recinto; la corte imperial se llena de cristianos, y la familia de los emperadores los cuenta en sus filas.

Mas al mismo tiempo que gana la Iglesia en la clase más elevada tan ilustres adhesiones, dirígese a la clase media y al pueblo, entre los que recluta fieles por millares. Los historiadores profanos, Tácito y Suetonio, nos lo dicen expresamente. En el año 64 de J. C., el infame Nerón, para gozar del espectáculo de un gran incendio puso fuego a Roma. Roma se indigna, el tirano tiembla por su popularidad, y a fin de distraer la atención del pueblo, la emprende con los cristianos. Escuchad estas palabras de Tácito, escritas treinta años solamente después de la muerte de Jesucristo: "Una multitud inmensa de cristianos quedó convicta, no del crimen de in-

cendio, sino de estar expuesta al odio del género humano." Texto horrible y precioso a la vez, señores, porque, al propio tiempo que testimonia la frivolidad de las letras paganas con relación a los cristianos, atestigua por modo irrefutable la maravillosa extensión del cristianismo en Roma, en la capital misma del universo, desde el principio de la predicación apostólica.

Por otra parte, el hecho mismo de haber abierto, edificado, habilitado toda una Roma subterránea, de haber construído las Catacumbas, supone todo un pueblo de obreros y de mártires. Id a ver en Roma la Iglesia primitiva, reposando en la tumba inmortalizada en sus sepulturas. Contad, si podéis, los innumerables *loculi* de las Catacumbas, y reconoceréis con todos los historiadores serios que, desde el siglo apostólico, los cristianos formaban en Roma una inmensa multitud. Comprobaréis que fueron incansables trabajadores los primeros papas, Pedro y sus sucesores, Lino, Clemente, Cleto y Anacleto. La Iglesia se implanta en Roma, y desde allí irradia

II. Por el Imperio romano.

Pablo, el convertido de Damasco, en tres viajes sucesivos, evangeliza el mundo entero y funda Iglesias en todas partes. Dirige epístolas a las ciudades más ilustres del Imperio, a Corinto, a Filipos, a Colosos, a Efeso, a Tesalónica, y anuncia a los romanos que su fe es predicada en todo el universo. Notifica a los filipenses, que ha sido invadida la casa de César, y les envía el saludo fraternal de los patricios convertidos.

Pedro, apostado en el centro del mundo, envía los discípulos bendecidos por él en todas direcciones

hasta las extremidades del Imperio, y merced a sus soldados, los etíopes, los escitas, los persas, los indos, los germanos y los galos oyen pronunciar el nombre de Jesucristo.

Así, a los setenta años solamente de la muerte de Jesucristo, Plinio, escribiendo desde el fondo de Bitinia en Asia Menor al emperador Trajano, le habla de los cristianos en estos términos: "Esta secta nos inunda; ha invadido ciudades y aldeas; los templos están desiertos."

Cien años después de Jesucristo, san Justino cuenta ya entre los fieles muchas naciones bárbaras, y aun pueblos vagabundos, que erraban de aquí para allá en carros sin morada fija. La Iglesia se extiende más allá del Imperio, y los Apóstoles se adelantan a las águilas romanas.

A principios del siglo III, Tertuliano se dirige a los emperadores diciéndoles: "Somos de ayer y ya lo llenamos todo... Solamente os dejamos vuestros templos. Si nos separáramos de vosotros, os castigaríamos, porque no tendríais ya nadie a quien mandar, y quedaríais asombrados de la soledad que os envolvería."

En el siglo IV, la toma de posesión del mundo es completa. La Iglesia establece en todo el Imperio romano, no solamente su doctrina y su moral, sino su jerarquía. La Iglesia queda fundada. Vemos obispos, diócesis, cristiandades organizadas en el Asia Menor, en Italia, en España, en Africa. En tiempos de San Agustín, Africa contaba con más de 80 obispados. En España, en el concilio de Elvira, celebrado en 305, se congregaron 19 obispos, y tenemos pruebas ciertas de que no concurrieron todos. De un vuelo, de un primer salto, invade la Iglesia y sumerge todo el Imperio romano. Cuando Constantino sube al trono, el mapa

de la Iglesia católica iguala, si no rebasa, el mapa del Imperio.

Pero aquí salta una cuestión a nuestra legítima curiosidad. Esta primera ola evangélica, tan poderosa y extensa, ¿alcanzó y bañó nuestra vieja tierra de Francia? Sí, desde el origen, la Iglesia irradió en nuestro suelo e invadió nuestro país.

III. En las Galias.

Los Apóstoles predican y fundan Iglesias en todo el Imperio, y la Galia, que era una de sus porciones más ilustres y mejor cultivadas, fué también objeto de su solicitud.

En primer lugar, san Pedro debió atravesar la Galia para dirigirse a España y a la Gran Bretaña, y san Pablo visitó las provincias meridionales de nuestra antigua patria.

La Iglesia de Arles tuvo por obispo a Trófimo enviado por san Pedro.

La Iglesia de Narbona tuvo por fundador al obispo Pablo, que parece no fué otro que el romano Sergio Pablo, procónsul de Chipre, convertido por san Pablo.

Otros cinco varones apostólicos fueron enviados a las Galias por san Pedro: Marcial a Limoges, Austremonio a Clermont, Gatieno a Tours, Saturnino a Tolosa y Valero a Tréveris.

Expulsados por la persecución, Lázaro, el resucitado de Betania, y sus dos hermanas Marta y María, llegaron a Marsella. Lázaro fué el primer obispo de Marsella; Marta embalsamó con sus virtudes el país de Tarascón, y María Magdalena santificó las montañas de Sainte-Baume. Maximino, su compañero de destierro,

el primer obispo de Aix, y así fué evangelizada Provenza.

Finalmente, Dionisio Areopagita, convertido por san Pablo, y primer obispo de Atenas, fué enviado a las Galias por san Pedro y san Clemente, su sucesor, para fundar en ellas la sede episcopal de París, la antigua Lutecia. Coronó allí su misión con el martirio, junto con los dos compañeros de su apostolado, Rústico y Eleuterio, y la colina consagrada con su suplicio se llama el monte de los Mártires, hoy Montmartre.

Así, desde el siglo I, vemos obispos en Marsella, Arles, Vienne, Limoges, Narbona y quizás en París... Desde el II, en Lión, Autún, Langres, Besançón... y por todas partes desde el III. En 314, cuando se celebró el concilio de Arles, las sedes episcopales llenan las Galias Nuestras principales Iglesias de las Galias, son casi todas de fundación apostólica.

Sin duda que las ciudades fueron evangelizadas, pero los campos, en gran parte, quedaban sumidos en los cultos idolátricos. Tal es el método habitual de la Iglesia, método racional, todavía en uso. Primeramente se establece con solidez en el centro para irradiar después sobre todos los puntos de la circunferencia. Cuando el mundo pasaba del paganismo al cristianismo, la Iglesia dirigía el movimiento, y lo hacía partir de las ciudades, porque sabía que de ellas parte el impulso, así para el bien como para el mal. Y hoy, que nuestro viejo mundo parece querer volver del cristianismo al paganismo, ¿qué es lo que hace la Iglesia? Obra especialmente sobre las ciudades: en ellas derrama la luz, las santifica, las agrupa, adiestra las almas inteligentes, las voluntades rectas, los corazones valerosos, crea en ellas focos de vida católica destinados a irradiar por las esferas inferiores. La Iglesia primitiva queda, pues,

establecida primeramente en las ciudades, en Roma, luego en las metrópolis del Imperio, después en las ciudades principales de las Galias, y entre nosotros también

IV. En Orleáns.

La Iglesia hizo su aparición en Orleáns desde los tiempos apostólicos. Esto parece históricamente comprobado. En el año 46 de J. C., reinando Claudio, san Pedro, presente en Roma, organiza una gran misión, y confía a diecisiete discípulos suyos la noble empresa de ganar a Jesucristo las diecisiete provincias de las Galias. Envía a Saviniano, Potenciano y Altino a Sens, metrópoli de la provincia Céltica, con orden de evangelizar también a Chartres, Troyes, Lutecia y Genabum. Llegan a Marsella, remontan el Ródano, costean el Loira y se detienen en Ferrières—en Gâtinais, el 25 de Diciembre, en donde consagran una capillita, que llaman Belén. Saviniano y Potenciano se dirigen hacia Sens, y Altino viene a Orleáns, en donde implanta la fe cristiana hacia el año de 67. En dicho día nació Orleáns a la verdad y entró en el redil de la Iglesia para no salir de él jamás.

Saludad, señores, la difusión inmensa, espontánea, milagrosa, de la Iglesia primitiva. La sangre de nuestros mártires fecundizó la tierra, y la tierra dió al punto en todas partes cosechas de cristianos. La vida católica veía alzarse todo contra ella, pero ella todo lo venció; creció en la destrucción; se multiplicó en la muerte, y al cabo de tres siglos, irguiéndose ante el mundo, semejante a un gigante, grande como el Imperio romano, elevando su cabeza coronada de luz por encima de aquel mar de sangre en que la tiranía creía haberla su-

mergido, dijo: "Hijos míos, miradme, y no tengáis miedo. He vencido el odio de los judíos y el furor de los paganos; he vencido la espada de los Césares y la pluma de los retóricos; he vencido las herejías. Tengo en mi alma una vida divina, y no es dado a los hombres el poder de exterminar la vida de Dios." Saludad, señores, este milagro histórico. Reconoced la intervención de Dios en la fundación de la Iglesia, y sabed que la Iglesia, habiendo tomado posesión del mundo, no lo dejará en modo alguno. Nosotros los católicos somos una fuerza espiritual, y todas las violencias nada pueden contra nosotros. Somos una fuerza vital, y el mundo, que fué salvado por nosotros, perecería sin nosotros. Somos una fuerza divina, y las pasiones humanas, que siempre tienen la libertad de dañarnos, no tendrán jamás la posibilidad de vencernos. Sabed esto, señores, y decidlo; tened conciencia de lo que sois, de lo que valéis, de lo que podéis, y levantad al mundo del polvo de sus decepciones y decadencias, para elevarlo a la altura de vuestra fe cristiana y de vuestra vida católica.

Así sea.

CONFERENCIA OCTAVA

El triunfo de la Iglesia primitiva

SEÑORES:

A pesar de los obstáculos humanamente insuperables, la Iglesia primitiva se difundió por todo el universo. Bossuet dice a este propósito: "Después de hacer ver, por larguísima experiencia, que no tenía necesidad de auxilio humano ni de las potencias de la tierra para establecer su Iglesia, Dios apeló, por fin, a los emperadores, e hizo del gran Constantino un protector declarado del cristianismo." He ahí lo que yo quisiera mostraros hoy: la Iglesia libre, la Iglesia protegida, la Iglesia triunfante con Constantino; después de tres siglos de persecución, la Iglesia respira, al fin, y ocupa su puesto a la luz del mediodía.

I. Es libre.

Todos conocéis este hecho. Hacia el año de 310,

Constantino, a la cabeza de poderoso ejército, avanza por Italia para combatir al tirano Majencio. La víspera de la batalla, en pleno mediodía, distingue en el cielo, y todo su ejército distingue con él, una cruz luminosa coronada por esta inscripción: "*In hoc signo vinces,* por este signo vencerás." Por la noche se le apareció Jesucristo con el mismo signo, y le ordenó hacer, con el mismo signo, un estandarte, el lábaro, que debía llevar el monograma de Jesucristo, con las imágenes del Emperador y de sus hijos. Constantino da este estandarte a sus legiones; se empeña la batalla; Majencio, vencido, huye de Roma y se ahoga en el Tíber; Roma abre sus puertas al vencedor, y Constantino, dueño del Imperio, publica al punto, en favor del cristianismo, un edicto, que hace proclamar en todas las provincias, y poco después, en el año de 313, promulga el Edicto de Milán, que concede la libertad de conciencia, por tanto tiempo reclamada por todos los apologistas de la fe cristiana. El decreto imperial cierra la era de las persecuciones. La Iglesia es libre. ¿Es esto todo? No.

II. Es favorecida y protegida.

La Iglesia sube en cierto modo al trono con el gran Constantino. El Emperador no persigue a los paganos, pero declara que el paganismo es un error detestable e impío. Protege al pontificado y ofrece al papa Milcíades el palacio de Letrán, cerca del cual se eleva la basílica de san Salvador. Erige en Roma la Iglesia de los Santos Apóstoles, y en todos los puntos del Imperio basílicas llamadas constantinianas, a las que dota con rentas opulentas. Exceptúa a los sacerdotes del servicio militar y de todo cargo municipal; hace obligatorio el

descanso dominical en todo el Imperio; en memoria del Salvador, prohibe el suplicio de cruz, y hace brillar este signo sagrado en su diadema y sobre el Capitolio. Su madre, santa Elena, emprende el viaje a los Santos Lugares, halla la verdadera Cruz, lleva a Roma una buena parte de ella, y Constantino, para albergar tan preciosa reliquia, edifica la iglesia de Santa Cruz de Jerusalén.

Cierto que Constantino cometió más de una falta; llevaba en su alma la vieja levadura del paganismo; no supo defenderse del todo de las intrigas cortesanas, que son el más funesto presente que puede hacer a los reyes la cólera divina, y llegó hasta perseguir a Atanasio, el ilustre defensor de la fe, el glorioso patriarca de Alejandría, que se oponía como un muro de bronce a las cábalas de Arrio. Pero, señores, cuando se juzga a un hombre, preciso es, sin descuidar los detalles, abarcar el conjunto de su fisonomía y de sus actos. Ahora bien, en el conjunto de su fisonomía y de su persona, Constantino se nos muestra cristiano, protector de la religión, dando el ejemplo de la piedad, escuchando con docilidad las enseñanzas de los obispos, honrando a Dios públicamente en su palacio, en el que hizo disponer un oratorio. Vémosle particularmente en el concilio de Nicea de 325. Trescientos dieciocho obispos estaban allí presentes, ancianos ilustres, coronados de virtudes todavía más que de cabellos blancos. Procedían de las soledades de la Tebaida, de las extremidades del Imperio, a proclamar contra Arrio la divinidad de Aquel por quien habían derramado su sangre. Constantino aparece en medio de ellos, con su manto de púrpura y pedrería. Los Padres se levantan para saludar en su persona al libertador de la Iglesia, y él, el Emperador, se mantiene de pie, y sólo se sienta bajo el

[illegible]el después de haber hecho tributar a Dios solemnes [illegible]ciones de gracias.

Aquel día, señores, es famoso en la historia; señala el primer encuentro de la Iglesia y el Estado, de la Iglesia personificada en los obispos de Nicea, e invitada por Constantino, jefe del Estado, a sentarse con él en la cumbre de los negocios públicos. A partir de aquella fecha, la Iglesia y el Estado marchan cogidos de la mano. Hablando del sacerdocio, decía Constantino: "Vosotros sois los obispos internos." Hablando de sí mismo y del poder imperial decía: "Yo soy el obispo externo." Las leyes de Constantino y el Código Justiniano, que es su consecuencia, son monumentos preciosos de la unión de los dos poderes. Las leyes eclesiásticas se convierten, por lo general, en leyes del Imperio. Este acuerdo dió a la Iglesia su fuerza, y lo mismo a los Estados, durante la Edad Media. Se le ha reprochado a Constantino el haber inaugurado este sistema, y a la Iglesia el haberlo aceptado, el haberse prestado a él voluntariamente. El reproche carece de fundamento. ¿Por qué la Iglesia había de rechazar sistemáticamente la mano que le tendían los Césares, marcados en la frente con el signo de Jesucristo? ¿Por qué los Césares habían de desdeñar el concurso de esta gran potencia moral que transformaba al mundo? ¿Por qué entre la Iglesia y los Césares no había de reinar la armonía? ¿Es que la paz no vale más que la guerra? ¿Es que la unión de la Iglesia y el Estado no vale más que la separación? Sin duda que la unión de la Iglesia y el Estado puede tener inconvenientes, y los tuvo. Todo tiene inconvenientes en la tierra. Pero lógicamente la separación de la Iglesia y el Estado es una utopia, en tanto que su unión es una ley fundada en la naturaleza misma de las cosas. Históricamente, la unión varias veces secular

de la Iglesia y el Estado produjo frutos magníficos de civilización, y prácticamente ¿cómo queréis separar dos sociedades que viven en el mismo territorio, que tienen por miembros los mismos individuos, y necesariamente llamados a encontrarse en multitud de cuestiones mixtas? Constantino comprendió que no se conduce a los hombres por la división, sino por la armonía, y quiso que marcharan al mismo paso estas dos fuerzas indestructibles: la política y el cristianismo, la sociedad civil y la religión, el Estado y la Iglesia. Esto hizo y lo hizo bien. Por otra parte, ¿podía obrar por modo diferente? En manera alguna. Tras las orgías de la gran Revolución, Napoleón I, viendo que Francia volvía a sus altares y llenaba los templos, respondió a los anhelos de la nación concluyendo con Pío VII el Concordato. No hizo la opinión, la ratificó. Del mismo modo, después de tres siglos de persecución sangrienta, hallóse Constantino en presencia de un Imperio convertido. Permanecer extraño u hostil al cristianismo, le era cosa imposible. Sólo era posible un partido, el partido de la alianza con aquella Iglesia que había conquistado definitivamente su puesto a la luz del sol, puesto preponderante y respetado por todos. Estrechó, pues, la mano de los obispos, y la Iglesia fué libre, favorecida y protegida.

III. La Iglesia triunfante.

La Iglesia entra victoriosamente en las ideas, en las costumbres y en las leyes. Y aquí se impone una observación importante. Grande sería el error si creyéramos que la revolución religiosa que consumó desde el trono el primer emperador cristiano, tuvo por consecuencia inmediata universalizar en todos los espíritus

las ideas cristianas y operar una refundición radical y absoluta de las instituciones. Las evoluciones sociales no se hacen con tanta rapidez. Acabo de decir que cuando Constantino se convirtió e hizo alianza con la Iglesia, el Imperio era cristiano. Esto era verdad, pero el paganismo, descuidado como culto, había conservado raíces en los espíritus y vivía aún en las costumbres. Más de un cristiano por la fe, era todavía pagano por los hábitos civiles y domésticos. Ahora bien, nada exige del legislador tanta moderación y prudencia como ese poder de las costumbres que con tanta tenacidad resiste cuando se intenta quebrantarlo. Constantino debió, pues, proceder con lentitud para triunfar con seguridad. Reformó mucho, pero no niveló nada. No hubiera podido hacerlo; veamos lo que hizo.

Hizo suya la doctrina, la moral, la legislación de la Iglesia, y prácticamente se contentó con realizarlas en una medida restringida, aunque ya grandiosa. Promulgó leyes que protegían la familia y transfiguraban la sociedad. Castigó la muerte de los niños, tan común en el paganismo, lo mismo que el parricidio. Redujo la unión conyugal a la unidad y a la indisolubilidad primitiva, y la ley civil exigió la bendición del matrimonio por el sacerdote. Fueron honrados y asistidos los pobres, y por todas partes se abrieron hospitales y asilos para abrigar las miserias humanas. En cuanto a la esclavitud, hubiera sido la realización de una hermosa utopia el proclamar, el día en que el lábaro venció a las águilas romanas, la igualdad de todos los hombres y la libertad de todos los esclavos. Pero esta utopia hubiera trastornado al mundo y agravado el mal en vez de curarlo. Sólo los poderes de un día proceden por revoluciones radicales e instantáneas. Constantino no abolió la esclavitud por decreto, únicamente la ate-

nuó con medidas legales que la hacían soportable y propendían a hacerla desaparecer. También intentó suprimir los combates de gladiadores; no lo consiguió, pero por lo menos prohibió que se marcara en la frente a los desgraciados condenados a los juegos del circo. "Prohibimos—dice—deshonrar así el rostro humano, por cuanto parece un vestigio de la majestad del cielo." En suma, con Constantino, se reconstruye el mundo en la verdad, en la justicia y en la libertad, y cuando muere en 337, en Nicodemia, la obra está ya muy avanzada, y continuó con sus sucesores. En vano Juliano el Apóstata quiso resucitar el paganismo desacreditado y abandonado, pues murió en Persia, lanzando un grito de terror que era un homenaje a Jesucristo: "¡Venciste, Galileo!" Con él, los dioses de Homero descienden definitivamente a la tumba. Llega Teodosio al Imperio y acaba la obra de Constantino. Este gran hombre, con su espada y con sus leyes, defiende al propio tiempo la Iglesia contra los arrianos, y el Imperio contra los bárbaros. El Imperio romano estaba condenado, y muy pronto asistiremos a su ruina, pero la Iglesia entraba victoriosamente en el mundo para no abandonarlo nunca, y el gran Teodosio fué uno de sus mejores servidores y uno de sus más firmes apoyos. La legislación teodosiana hizo época en la historia, y nosotros le debemos toda la savia cristiana que durante tantos siglos animó nuestras leyes civiles y nuestras instituciones políticas. La Iglesia no fué ingrata con Teodosio. Cuando murió, el 17 de Enero de 395, la Iglesia le lloró por boca de Ambrosio. Escuchad al obispo de Milán haciendo el elogio fúnebre de su imperial amigo. "Amé a este héroe misericordioso y clemente; por eso le lloro desde el fondo de mis entrañas. Amé a este héroe; no cesaré de ofrecer al cielo mis oraciones y mis lágrimas para que sea introducido en la montaña del Señor, en la verdadera tierra de los vivientes." Y toda la asamblea, guerreros y mujeres, ancianos y niños, lloraban en torno del orador cristiano. Así debía aparecer, mil trescientos años más tarde, Bossuet, desde lo alto de la cátedra de la verdad, diciendo ante el ataúd del gran Condé: "¡Llorad sobre esta triste inmortalidad que damos a los héroes!"

Detengámonos, señores, ante estos acentos elocuentes. La inmortalidad que da la gloria no es nada. Vayamos a la verdadera inmortalidad por la virtud que embalsama la tierra y por la fe que abre el cielo.

Así sea.

CONFERENCIA NOVENA

El esplendor de la Iglesia primitiva

SEÑORES:

Hemos visto difundirse por el universo la Iglesia primitiva y triunfar bajo Constantino. Veámosla resplandecer hoy en medio del género humano, al que penetra con su acción y reconstruye poco a poco en la verdad, en la justicia, en la caridad, en la libertad. Yo saludo en la frente de la Iglesia primitiva un triple esplendor: el esplendor de la unidad, el esplendor del talento, el esplendor de la virtud.

I. El esplendor de la unidad.

Contemplad a la Iglesia durante los cuatro o cinco primeros siglos de su historia. Se os aparece juvenil y ya perfectamente organizada. Salió viviente del corazón de Jesucristo, su fundador, y desde el día siguiente de su nacimiento posee lo que es esencial a toda sociedad que quiere vivir.

La unidad gubernamental. Tiene una Cabeza que manda soberanamente y es obedecida universalmente: Pedro y sus sucesores legítimos, los papas. El mundo católico de los primeros siglos queda dividido en cinco grandes sedes: Roma, Antioquía, Alejandría, Jerusalén y Constantinopla. Pero el obispo de Roma es el jefe reconocido de todos, y aun los patriarcas que gobiernan las Iglesias de Oriente, le notifican su elevación y obtienen de él cartas de confirmación y de comunión. Desde los tiempos más remotos, vemos dibujarse toda la jerarquía católica: el Papa, los Patriarcas, los Primados, los Metropolitanos, los Obispos, los Arciprestes, los Archidiáconos, los Diáconos, las Primadas, las Metrópolis, las Diócesis, las Parroquias. En el siglo IV, la Iglesia está ya formada, con todos sus miembros. Los aparejos de su vida social son visibles y eficaces; su unidad gubernamental funciona y resplandece en medio del mundo que se descompone y se hunde. Y por encima de aquel viejo mundo entregado hacía ya cuarenta siglos a las vanas disputas de la filosofía y a las supersticiones más abyectas, la Iglesia organizada eleva su voz potente como el rayo y armoniosa como un concierto. Posee, con la unidad gubernamental,

La unidad doctrinal. Los Apóstoles, antes de repartirse el mundo, redactaron en común el símbolo de la fe cristiana, condensando en doce artículos todas las verdades que hay que creer, y llevando consigo aquellos lingotes de oro, enriquecieron con ellos el mundo nuevo. Suscitada una controversia sobre el valor de los preceptos mosaicos, el Príncipe de los Apóstoles, Pedro, corre de Roma a Jerusalén para ponerse de acuerdo con el cuerpo apostólico y dar a la decisión de la asamblea el peso de su autoridad suprema. Preside

el Concilio, escucha los pareceres, toma el último la palabra, y pronuncia, bajo la acción del Espíritu Santo, un juicio que suscribe la asamblea con unánime asentimiento. Más tarde, el heresiarca Arrio ataca taimadamente el dogma fundamental de la divinidad de Jesucristo. Los obispos se reúnen en Nicea y redactan una profesión de fe que se convierte en la fórmula ordinaria de la catolicidad. Este símbolo de Nicea, lo cantaréis dentro de poco y afirmaréis con él que la unidad doctrinal es en la Iglesia la realidad de hoy y la realidad de ayer. En los primeros siglos, como a fines del siglo XIX, la Iglesia poseía la unidad gubernamental y la unidad doctrinal. ¿Qué diré todavía? Poseía

La unidad vital. La misma gracia circulaba en todas las almas; la misma plegaria palpitaba en todos los labios; los mismos sacramentos eran recibidos por todos los fieles. El sacrificio de la misa era ofrecido en la sombra de las catacumbas y en la luz de las basílicas constantinianas. Nuestras fiestas y nuestros cánticos sagrados datan de los primeros siglos, y en nuestros archivos más antiguos, en los escritos y monumentos del siglo apostólico, encontramos el culto de la Santísima Virgen y de los santos, el culto de las reliquias, el culto de los muertos. Mas ¿en qué fuente se alimenta la vida tan ferviente y tan pura de los primeros cristianos? Lo mismo que hoy, en la fuente abierta por Jesucristo, en los sacramentos. En los períodos de persecución, se comulgaba cada día; en el siglo IV, todos los domingos por lo menos. Los diáconos llevaban la Sagrada Eucaristía a los ausentes, a los enfermos, a los cristianos encerrados en los calabozos. No tengo tiempo para explicarlo todo, señores; sólo puedo daros algunas indicaciones generales. Compulsad vosotros

mismos, si os place, la historia de nuestros orígenes, y veréis que en los principios de la época católica todas las voluntades obedecen a los mismos jefes; todas las inteligencias se adhieren a la misma doctrina, todas las almas participan de la misma vida sobrenatural. La unidad resplandece en la frente de la Iglesia primitiva, y distingo una segunda aureola:

II. El esplendor del talento.

Si oímos a los enemigos de la Iglesia, somos ignorantes, obscurantistas; de buen grado se atribuyen el monopolio del saber y del genio, y nos libran generosamente patentes de incapacidad y de inepcia. Seré más equitativo, y, apoyándome en testimonios auténticos de lo pasado, diré que los defensores de la fe fueron por lo menos tan inteligentes como los partidarios del error.

Desde los siglos II y III, vemos aparecer en la Iglesia escritores y apologistas de primer orden. Contra la persecución se levanta Justino, Taciano, Atenágoras, y el que Bossuet llama siempre el gran Tertuliano. Contra las herejías, san Ireneo, Orígenes, Cipriano. Contra el filosofismo pagano, Minucio Félix, Clemente de Alejandría, Arnobio y Lactancio, a quien su talento literario le ha merecido el sobrenombre de Cicerón cristiano.

Llegamos luego al siglo IV, apellidado el gran siglo de los Padres de la Iglesia, y asistimos a una floración prodigiosa de inteligencias verdaderamente superiores. Citemos algunas de las más ilustres: Atanasio, Efrén, Cirilo de Jerusalén, Basilio, Gregorio Nacianceno, Juan Crisóstomo, a quien su elocuencia mereció el epíteto de boca de oro. Luego, san Hilario de Poi-

tiers, san Ambrosio de Milán, san Jerónimo y san Agustín. Es tan espléndido este período del siglo IV, que ha cautivado la atención de los hombres más ilustrados de nuestra generación. Si algunos de vosotros, señores, tenéis tiempo, sacaréis mucho fruto de la lectura de *Los Césares* de M. Champagny, el libro magistral del príncipe de Broglie *La Iglesia y el Imperio romano del siglo IV*, y los *Estudios sobre los Padres de la Iglesia* de Villemain. "El siglo IV—dice Villemain—es la gran época de la Iglesia primitiva y la edad de oro de la literatura cristiana. En el orden social, se funda la Iglesia y se convierte en poder público; en la elocuencia y las letras, produce aquellos sublimes y brillantes genios que no tuvieron rival más que en los oradores sagrados de la Francia del siglo XVII. En efecto, ¡qué hombres tan grandes, que oradores tan eminentes llenaron el espacio que media entre Atanasio y san Agustín! ¡Qué prodigioso movimiento de espíritu en todo el mundo romano! ¡Cuanto talento derrochado en místicos debates! ¡Qué poder ejercido sobre la creencia de los hombres! ¡Qué transformación de la sociedad entera, a la voz de aquella religión que pasa de las Catacumbas al trono de los Césares!" Ya os he hablado, señores, de Juliano el Apóstata, que había soñado con condenarnos al silencio y a la ignorancia cerrando nuestras escuelas y proscribiéndonos de las Academias. La Iglesia respondió a este sueño tiránico con una explosión milagrosa de elocuencia y de genio, y los últimos sostenedores del paganismo quedaron llenos de estupor y de impotencia cuando vieron resplandecer en la frente de la Iglesia primitiva el esplendor de la unidad y el esplendor del talento.

III. El esplendor de la virtud.

En aquellos tiempos, señores, había que convertir un mundo escéptico y corrompido, hacerlo pasar de los ídolos a Jesucristo, y de Venus a la Cruz. Ahora bien, no se convierte el mundo con frases; se le convierte con actos más elocuentes que la palabra, con ejemplos, con virtudes eminentes. La virtud acredita la verdad. ¿Qué os diré de la virtud de los primeros cristianos?

¡Qué caridad! Los paganos, admirados, no entienden nada de ella, y exclaman: "¡Ved cómo se aman!" En efecto, patricios y plebeyos van al martirio dándose la mano y llamándonse dulcemente hermanos; los niños, los pobres, las viudas, los enfermos, son honrados, asistidos, mimados, rodeados de miramientos y colmados de generosidades.

¡Qué pureza! Los paganos, sumergidos en la lujuria y en los hábitos del sentido depravado, están absolutamente desorientados, y al ver la madre de san Juan Crisóstomo quedarse viuda a los veinte años, y llevar en medio del mundo, una vida inmaculada, exclamaban: "¡Qué mujer cristiana!" ¡Ah, sin duda que, aun en plena persecución, la virtud cristiana, tuvo de cuando en cuando sus eclipses, y oigo que Tertuliano, dirigiéndose a los cristianos del siglo II, les dice: "¿Por qué tantos diamantes y flores? Temo que esos brazos adornados de brazaletes, no sepan soportar ya las cadenas. Temo que en esos cuellos cargados de diamantes y de perlas, ya no haya lugar para el filo de la espada." Pero, señores, he aquí precisamente lo hermoso, lo divino: a pesar de los desfallecimientos parciales y momentáneos de la naturaleza, la gracia triun-

fa y produce frutos de pureza ni siquiera sospechados por el mundo pagano.

¡Qué intrepidez! El valor de los mártires eleva al hombre cristiano a la altura del heroísmo. Nuestros hermanos de los primeros siglos se revelaron al mundo como los prototipos más acabados de la fuerza y de la grandeza moral; y cierto día, deslumbrados por el resplandor de una virtud que no conocían, y cuyo misterio los tenía estupefactos, los verdugos vencidos cayeron a los pies de sus víctimas y saludaron en la Iglesia primitiva el milagro de la grandeza humana y la intervención de Dios.

Mas he aquí otra cosa por todo extremo admirable. Roma pagana tenía trabajo para encontrar doce vestales. Pero desde que la Iglesia entró en el mundo, desplegó espontáneamente en todas partes las flores de la virginidad. Regada con la sangre de los mártires, la tierra exhala al punto el aroma de las vírgenes. Hay hombres poco ilustrados, o poco sinceros, que achacan a la Iglesia como un crimen la imposición del celibato a sus ministros, y dicen: "En el origen, los sacerdotes eran casados... ¿por qué no lo son hoy en día?" ¡Valiente razonamiento! Cuando la Iglesia entró en el mundo, ¿en dónde queréis que reclutara sus ministros sino entre los viudos o entre los casados? Mas apenas tiene fuerza para hablar y obrar, cuando al punto proclama los indispensables motivos de la virginidad del sacerdocio, y desde el origen, instituye su disciplina para no combiarla jamás. Aquello era nuevo, inaudito. El paganismo fué vencido por aquella explosión de virginidad. Pero todavía se ofreció un espectáculo mucho más maravilloso cuando, no contenta con reclutar ministros vírgenes, abriga la Iglesia bajo la bandera de la virginidad legiones voluntarias

de la institución monástica. Los monjes de Oriente y de Occidente se elevan por millares en el seno de la Iglesia primitiva y coronan su frente con el esplendor deslumbrante de la virtud llevada hasta el heroísmo.

Señores, frente a los obstáculos humanamente insuperables que detenían a la Iglesia en su nacimiento y le cerraban el paso, os he mostrado su difusión, su triunfo y, finalmente, su esplendor: esplendor de la unidad, esplendor del talento, esplendor de la virtud. Concluyamos: la Iglesia debiera haber sido aplastada en su cuna, pero venció. Debía perecer, pero sobrevivió. ¿Preguntáis qué es lo que demuestra su ligitimidad? Tendría el derecho de negarse a responder, dice Lacordaire, el derecho de callarse. "Cuando el árabe, pasando al pie de las Pirámides, les da una lanzada, las Pirámides se callan." Señores, la Iglesia vive, y una parte del género humano vive de ella y por ella. Esto basta. Testigos de la difusión de la Iglesia primitiva, conmovidos por su triunfo y embelesados de su esplendor, cantémosla, y seamos en medio del mundo sus hijos, sus discípulos, sus servidores, sus amigos, sus apóstoles, hijos fieles, dóciles discípulos, servidores abnegados, sinceros amigos, intrépidos propagadores de su celestial doctrina.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMA

El Pontificado en la Iglesia primitiva

SEÑORES:

Estudiemos la Iglesia primitiva. Echemos una ojeada al Pontificado en los cuatro o cinco primeros siglos. El Pontificado es, a la hora presente, la pieza maestra de la Iglesia, y a mí no me costará mucho mostraros que esto viene de lejos. El Pontificado no es una invención humana que se haya ido introduciendo poco a poco en el mecanismo católico; es una institución divina que funciona desde el origen, como funciona hoy en día. Contemplemos el poder espiritual, territorial y redentor del Pontificado en los primeros siglos.

I. El poder espiritual del Pontificado en la Iglesia primitiva.

Este poder se apoya en tan numerosos documentos. que me sería difícil hacer la selección de ellos. Citaré

únicamente algunos hechos que resumen toda la tradición. Examinemos los archivos de la Iglesia primitiva. ¿Qué vemos en ellos?

El Pontificado condena los errores. Investido de la primacía de honor y jurisdicción sobre todos los otros obispos, Pedro ejerce su poder soberano. Con el nombre de Clemente, examina y proscribe los abusos que se habían introducido en la Iglesia de Corinto. Con el nombre de Víctor, regula la cuestión de la Pascua en la Iglesia de Efeso. Con el nombre de Ceferino, condena a los sectarios de Montano. Con el nombre de Esteban, reprueba a los rebautizantes. Con el nombre de Cornelio, anatematiza a los novacianos en la Iglesia de Africa, y así de otros muchos.

Además, y este es un fenómeno más significativo todavía, el Pontificado preside los concilios. En el concilio de Jerusalén, Pedro conduce la discusión, resuelve las dificultades y pronuncia la sentencia. El primer concilio ecuménico, celebrado en Nicea en 325 contra Arrio, fué convocado por el papa Silvestre, que se hizo representar por Osio de Córdoba y dos legados. En 381, se reúne en Constantinopla el segundo concilio ecuménico para condenar a Macedonio y defender la divinidad del Espíritu Santo: el Papa Dámaso convoca la santa asamblea y sanciona sus decretos. En 431, se celebra el tercer concilio ecuménico en Efeso contra Nestorio, quien atacaba la divina maternidad de la Santísima Virgen; este concilio fué presidido por san Cirilo, en nombre del Papa Celestino. En 451, se reúne en Calcedonia contra Eutiques el cuarto concilio ecuménico; fué presidido por cinco legados del Papa; leyóse en él la hermosa epístola del papa León al obispo Flaviano, y los 600 obispos exclamaron con voz unánime: "¡Es la fe de nuestros pa-

dres; la que enseñaron los Apóstoles. Pedro habló por boca de León!"

El poder espiritual de los papas se afirma también por otro concepto. El Pontificado recibe los llamamientos y los recursos del mundo católico en todas las circunstancias difíciles. Escuchad la voz de los primeros siglos, y oiréis a las Iglesias divididas y a los obispos inquietos exclamar: "¡Roma, Roma!" Tertuliano dice: "Si estallan en Africa controversias, Roma no está lejos. Podemos recurrir a ella fácilmente." Atanasio apela al papa Félix. Basilio invoca al papa Dámaso. Juan Crisóstomo, desterrado de su sede, busca al defensor de su causa y lo encuentra en Roma en la persona del papa Inocencio. Y a todas estas apelaciones, responden los papas con decretales que afirman su autoridad. Finalmente, dos frases famosas salidas de la boca de dos grandes doctores, resumen toda la tradición de los cuatro primeros siglos. San Agustín decía: "Roma habló, queda terminada la causa, *Roma locuta est, causa finita est*" Y san Ambrosio: "Donde está Pedro, está la Iglesia, *ubi Petrus, ibi Ecclesia.*" Ya lo veis. El poder espiritual de los papas es contemporáneo del nacimiento mismo de la Iglesia, y funciona en el origen lo mismo que hoy en día. Pero he aquí algo más curioso aún:

II. El poder territorial del Pontificado en la Iglesia primitiva.

Hablar del poder territorial del Pontificado en los primeros siglos, ¿no es paradójico? ¿Es que los papas, durante trescientos años, no fueron perseguidos como malhechores, obligados a ocultarse en las Catucumbas, y privados en cierto modo de la luz del sol? Verdad

es. Pero este período de lucha, ¿era el estado normal del Pontificado? Evidentemente que no. Desde que pudo, salió el Pontificado de la Roma subterránea, y se instaló victoriosamente en la Roma de los Césares.

Convertido Constantino, ¿comprendió que la vieja Roma no podía en adelante contener al Papa y al Emperador? Lo cierto es que, según su designio enteramente providencial, abandonó Roma por Bizancio dejando que la Iglesia y el Papa ejercieran toda su influencia en la Ciudad Eterna, convertida ya en capital suya. Digno de notarse es, señores, que los Césares se alejen de Roma. Hacía ya muchos siglos que en ella moraban, en el centro del mundo. En ella edificaron palacios suntuosos, con las riquezas acumuladas de todas las naciones. De repente se alejan, trasladan su trono a otra patria, a Milán, a Pavía, a Ravena, a Tréveris, a Constantinopla. El brazo de Dios los rechaza. El brazo de Dios instala a los papas en Roma, en donde, poco a poco, por la fuerza de las cosas, por la conspiración de los acontecimientos y el concurso de todos, se convierten en propietarios y soberanos. Esto se hizo por sí solo en cierto modo.

Ya cuando las persecuciones, poseía bienes la Iglesia, casas para los pobres, iglesias para el culto, pero se los habían robado. Constantino reparó aquellas injusticias, obligó a los expoliadores a devolver los bienes eclesiásticos, y ofreció a la Iglesia su patrimonio. Las grandes familias de Roma siguen el ejemplo del Emperador, y dan al Papa limosnas, palacios, dominios, hoy un campo, mañana una casa, pasado mañana una aldea en los alrededores de Roma, un ciudad, una región. El Papa nada toma por sí mismo, lo recibe de la libre generosidad de los fieles.

Durante aquel tiempo llegan los bárbaros, y con

ellos el pillaje de las ciudades, cuyos moradores huyen. Se buscan protectores; se llama a los emperadores, pero son impotentes, o están demasiado lejos. El Pontificado es lo único que queda en pie en Roma en medio de la ruina general. El mundo romano, desmantelado, se refugia cerca de él, y el Papa se ve elevado al trono a pesar suyo, por la piedad entusiasta de los unos, por los gritos de angustia de los otros, por la ternura religiosa de todos. He ahí el origen del poder territorial del Pontificado.

Y cuando esto fué un hecho, cuando Roma fué dada así el Papa, y el Vicario de Jesucristo se vió digna y noblemente instalado en ella, hubo una nación recién bautizada que puso la mano en la empuñadura de su espada, y dijo: "¡Mientras yo viva, no lo tocarán de allí!" Esta nación éramos nosotros, era Francia, personificada en Clodoveo, Pepino y Carlomagno.

Señores, no relato una novela, escribo historia, y acabo de deciros la verdad histórica. Un autor protestante, enemigo declarado del catolicismo, Gibbon, declara que, "los pueblos fueron los que obligaron a reinar al Papa." Al dar a la soberanía del pontífice romano su constitución definitiva, Pepino y Carlomagno no instituyeron esta soberanía, sino que simplemente la reconocieron, la organizaron, la consolidaron; en cierto modo, refrendaron el acto solemne redactado por el tiempo y por los hombres bajo el dictado de la Providencia. Nada más legítimo que el poder temporal del Pontificado. Acabáis de ver su origen. Os desafío a que me citéis una sola soberanía temporal cuyos comienzos lleven un sello semejante de sinceridad, de justicia, de libertad. Todavía más:

III. El poder redentor del Pontificado en la Iglesia primitiva.

El Pontificado rescató al mundo. ¿Cómo ocurrió esto? Sembrando el Evangelio, regando con sus sudores, con sus lágrimas, con su sangre, esta divina semilla. Así obra en el día de hoy, así obró en los primeros siglos. Veámoslo.

¿Quién da el Evangelio al mundo después de la Ascensión del Salvador y de Pentecostés? Los Apóstoles, bajo la dirección de san Pedro, primer papa. ¿Quién envía apóstoles a las naciones? El sucesor de san Pedro, el papa. Hablando de Roma, exclama Bossuet: "¿Qué Iglesia dió el ser a tantas otras Iglesias? Primeramente todo el Occidente vino por ella, y nosotros los primeros. Vos, Señor, fuisteis quien excitó a san Pedro y a sus primeros sucesores para que nos enviaran los obispos que fundaron nuestras Iglesias." Los papas evangelizaron a Italia, las Galias, España, Africa. La Gran Bretaña viene después de las Galias, y la isla de los santos es igualmente una conquista directa de Pedro. Su conversión definitiva data del día en que el ilustre papa Gregorio el Grande distinguió, bajo la figura de jóvenes esclavos, cuya belleza deslumbradora le cautivó, un nuevo pueblo que conquistar al cristianismo. "¿Quiénes son esos jóvenes?—preguntó— "Son anglos."— "Decid mejor que son ángeles." A partir de aquel momento, su gran corazón soñó con dar a Jesucristo tan hermosa raza. Trazó sus planes, escogió sus misioneros, puso a su cabeza al monje Agustín, y muy pronto Inglaterra fué convertida. Pedro y sus sucesores rescataron el mundo evangelizándolo.

Para hacer que germinara el Evangelio en este mun-

do tan poco preparado para recibirlo, ponen ellos a contribución sus oraciones, sus lágrimas, sus sudores, su sangre. De san Pedro a san Melquiades, contemporáneo de Constantino, se cuentan 32 papas. Todos, excepto dos, murieron mártires: y aun estos dos papas que no vertieron su sangre por la fe, fueron desterrados por la fe. Todos los otros fueron decapitados, lapidados, precipitados a los ríos, arrojados a las bestias de los anfiteatros. Con Constantino, el cristianismo sube al trono. ¿Es esto la paz, el triunfo, el descanso del Pontificado? No. El papa Liberio es desterrado a Tracia, Inocencio I y León el Grande fueron expuestos al furor de Alarico y de Genserico. Y, continuando hasta Carlomagno, hasta san Luis, hasta Luis XIV, hasta León XIII, encontraréis los mismos dolores diversificados en la forma, pero idénticos en el fondo. Señores, nada tan grande y fecundo como el dolor; sólo el dolor rescata y rehabilita. Para borrar el mal, para purificar las almas, para hacer germinar las virtudes, para salvar al mundo, ni el genio, ni la gloria bastan; es preciso sangre: *sine sanguinis effusione non fit remissio!* La religión cristiana se resume en una cruz sangrienta. La Iglesia es el reino del dolor voluntariamente aceptado o buscado. "Ahora bien—dice Mons. Bougand,—en este bienaventurado reino de la inmolación, el Papa tiene naturalmente una parte real. Es la cabeza coronada de espinas." Así debe ser. Y así fué desde el origen. Tal es aún el espectáculo que nos ofrece León XIII al final de este siglo. Contemplad a ese anciano cargado de poderes, de años y virtudes. Desde el punto de vista humano, es débil, sólo procura hacer bien al género humano; por ambos títulos merece el respeto universal y el universal amor. Pero soporta los asaltos y los odios de todas las jude-

rías y francmasonerías del mundo; se le ha despojado de su poder territorial, quisieran quebrantar su poder espiritual. Nada temáis. Le queda su poder redentor. Ora, habla, padece. El Pontificado salva al mundo. Hijos de la Iglesia, sabedlo. Mostrémonos orgullosos de nuestro jefe coronado de espinas.

Así sea.

III

LOS COMBATES DE LA IGLESIA EN LA EDAD MEDIA

CONFERENCIA PRIMERA

La Iglesia y los bárbaros

1.º En el Imperio romano

Señores:

Hemos estudiado los combates de la Iglesia primitiva, y hemos admirado su difusión, su triunfo y su esplendor. Un nuevo período se abre a nuestras investigaciones, un período de diez siglos, desde la caída del Imperio de Occidente en 476, hasta la toma de Constantinopla por los turcos en 1453. Esto es lo que se ha convenido en llamar Edad Media. Señores, ¡cuántos acontecimientos en este vasto período de mil años! ¡cuán bella se nos aparecerá la Iglesia en medio de esas luchas grandiosas que hacen de su historia un verdadero drama! Ciertamente, no tendré tiempo para decíroslo todo; pero sí para deciros lo suficiente, a fin de que pueda instruiros e interesaros... Llamo, pues, al pie de esta cátedra a todos los hombres inteligentes

y rectos, que amen la verdad histórica y a la Iglesia católica, o tan sólo el culto desinteresado de lo bello. Hay hombres que buscan la belleza en la música, en la pintura, en la poesía, en la naturaleza. No los condeno, y aun si yo tuviera tiempo, con mucho gusto procedería como ellos; pero me tomo la libertad de decirles que no encontrarán, ni en las obras de la creación física, ni en las obras del genio artístico, nada que iguale al hechizo y majestad de los combates de la Iglesia en la escena movediza y viviente de la historia.

El primer drama que se nos ofrece desde el umbral de la Edad Media, es el derrumbamiento del Imperio romano por las invasiones de los bárbaros. A principios del siglo V, en el año de 420, un grito de alarma resuena en Oriente y llega hasta Roma. San Jerónimo, desde el fondo de su gruta de Belén, en donde muy pronto iba a morir, dice: "¡El Imperio romano se derrumba!" En efecto, procedentes de la meseta central de Asia, los bárbaros se precipitan los unos sobre los otros como las olas de un mar alborotado. Penetran en las llanuras de Europa, llaman a las puertas del Imperio romano, como el verdugo a la del condenado. ¿Cómo podría yo exponeros este gran hecho histórico? ¿Cómo explicaros la acción de la Iglesia sobre los bárbaros?

I. Una comparación me servirá para ilustrar tan importante asunto.

Un terremoto abre de repente en la montaña la fuente de las grandes corrientes de agua. El inmenso torrente se desborda por las praderas, arrasa las cosechas, arranca los árboles, hace crujir las casas, arrolla todos los obstáculos. Pasea la ruina, la devastación,

el terror. Los diques que se le oponen no hacen más que aumentar su furor; se precipita contra ellos, los empuja, los remonta, los derrumba con sus olas espumosas. Es el azote de Dios que pasa; es el caos. Pero he ahí un ingeniero, un aldeano, un obrero, un soñador, el primero que llega, que se aproxima a ese caos para ponerlo en orden, a ese azote devastador para transformarlo en bienhechor. Traza un curso al torrente, abre a las hirvientes aguas un lecho dispuesto cuidadosamente para su curso normal y provechoso. Y, en efecto, entran como por camino trillado en esa ruta magnífica, guarnecida de álamos y sauces, y empiezan un viaje inmortal. Este armónico canal, hecho por manos humanas, toma muy pronto el nombre de río, y de sus orillas parten regueras que fecundarán los jardines. Junto al río se construyen casas, y las aguas, siguiendo el declive de los cauces, mueven fábricas y molinos. Numerosos barcos de todas clases surcan la superficie de las aguas y llevan a todas partes con rapidez los cargamentos. Y el ama de casa, con la ropa y la pala en la mano, llega a la orilla y canta gozosa el curso bendito del río sagrado. Pero este hermoso río no es otra cosa que el torrente; este inmenso beneficio está compuesto de las mismas aguas que aquel azote devastador. ¿Quién, pues, cambió el azote en beneficio y el caos en río? ¿Quién? El ingeniero. Calculó las pendientes, midió los niveles, apartó los obstáculos, y de una fuerza desordenada y subversiva, hizo una fuerza regular que lleva por todas partes la fecundidad, la riqueza y la alegría. Sin duda que habéis adivinado, señores, el sentido de mi comparación. Esas grandes corrientes de agua que todo lo arrollan y siembran a su paso el terror, la desolación y la ruina, son los bárbaros que invaden el Imperio romano; y ese ingenie-

ro inteligente que transforma las aguas desbordadas en río apacible y poderoso, es la Iglesia católica, que halla en las invasiones los elementos de un orden nuevo, que se apodera de los bárbaros y los emplea, a ellos mismos, en expulsar la barbarie. Los bárbaros devastan el Imperio; tal es el caos. Los bárbaros sumisos a la acción de la Iglesia, es el caos puesto en orden, es la fundación de la civilización cristiana sobre las ruinas del mundo romano descompuesto.

II. Veamos ahora los bárbaros que se precipitan sobre el Imperio romano.

¿De dónde vienen? Originariamente vienen todos de la meseta central de Asia. Germanos, eslavos, tártaros, forman tres grandes razas que lanzan sobre Europa como una vasta inundación.

¿Qué son? Pueblos nuevos, ardientes, indomables, implacables. Venidos de todas partes, los unos en carros groseros, los otros en rápidos corceles, dotados de los más opuestos naturales, avezados a las costumbres más diversas, hablando las más variadas lenguas, tienen todos un instinto común, el instinto de la destrucción. Se embarca Genserico: "¿A qué pueblos quieres llevar la guerra?"—"A aquellos contra los cuales esté Dios irritado." Alarico es detenido por un ermitaño. "Déjame—le dice el bárbaro.—Alguien que es más fuerte que yo me impulsa a saquear a Roma." Se le hace presente que tendrá que combatir con una gran multitud reducida a la desesperación. "Cuánto más espesa es la hierba—dice el visigodo,—mejor se siega." Atila se lisonjea de no temer nada, excepto que el cielo se derrumbe sobre su cabeza; y dice de sí mismo: "La estrella cae, la tierra tiembla. Yo soy el azote de Dios."

Hablábamos hace un momento de un torrente devastador. Tales son los bárbaros.

Todo lo invaden. En el siglo IV, Roma estaba en todas partes. En el siglo V, los francos están en las Galias, los visigodos en España, los anglos y los sajones en Inglaterra, los borgoñones entre el Saona y los Alpes, los alemanes en el Rhin, los vándalos en Africa, los ostrogodos en Italia; Atila, Genserico, Odoacro en Roma. El Imperio romano está sumergido. Los bárbaros lo han invadido todo.

Nada respetan, ni los monumentos de la civilización romana, ni el poder de los emperadores, ni siquiera la santidad del Evangelio. Las águilas romanas huyen velozmente ante los invasores, y no conducen ya en sus garras ensangrentadas más que victorias heridas de muerte. Ved los vándalos en Africa. A los instintos de la barbarie añaden las astucias de la herejía arriana, y aquella Iglesia de Africa, antes tan floreciente, que llegó a contar 400 obispos, vese condenada a la expoliación, a las torturas, al destierro, a la muerte. En todo el Imperio romano no se ve más que carnicería, incendio, destrucción, ruinas humeantes, montones de escombros. Era aquello el caos.

III. Veamos ahora la Iglesia,

que va a obrar sobre los bárbaros, que del caos va a hacer salir un mundo nuevo, a poner diques a ese torrente desbordado y a transformarlo en un río apacible y bienhechor.

La Iglesia cristianiza a los bárbaros. Oigo hervir la sangre en las venas de esos pueblos nuevos; están familiarizados con la muerte; los más cultos practican el divorcio; los más salvajes, la poligamia; todos, el ro-

bo y la rapiña. La Iglesia se eleva en medio de aquellas naciones que acampan sobre montones de cadáveres, en medio de aquellas razas conquistadoras, odiosa mezcla de astucia y ferocidad, de incontinencia insuperable y de orgullo salvaje; se presenta ante ellos con su cruz, su doctrina, su bautismo, su absolución, que regeneran, sus unciones, que fortalecen, el pan y el vino de sus sacrificios, que alimentan al alma; y, lavando en sus aguas misteriosas la sangre de que están cubiertos los bárbaros, comienza el milagroso alumbramiento del mundo nuevo, de las naciones cristianas. La Iglesia se muestra, la Iglesia habla, la Iglesia prohibe, la Iglesia manda, y las razas bárbaras, conmovidas, escuchan, se arrepienten, se humillan. Pasan, con rapidez que parece hoy incomprensible, de los atroces excesos de su crueldad nativa y de su lujuria natural, a demostraciones apasionadas de contrición, de fe, de humildad, de pureza, de abnegación. Tales, señores, son los hechos que os refiero.

Veámoslo en detalle. Los suevos y los visigodos de España son convertidos por sus reyes Cariarico y Recaredo, y este último monarca proclama y asegura la unidad católica en España, base de todas sus glorias y grandezas. El Papa Gregorio el Grande ve un día en un mercado de Roma, expuestos para ser vendidos en pública subasta, un grupo de jóvenes esclavos. Procedían de la Gran Bretaña, y eran todavía paganos. "¡Qué desgracia—exclamó,—que hombres tan hermosos sean esclavos del demonio! Pues bien, estos anglos es preciso que se conviertan en ángeles." Envió a Inglaterra al monje Agustín con 40 religiosos, los cuales, una vez llegados a la Gran Bretaña, la conquistaron al precio de esfuerzos sobrehumanos, y tal savia de fe católica inocularon en ella, que casi inmediatamente,

por la multitud de sus santos obispos, de sus santos monjes, de sus vírgenes consagradas a Dios, mereció el nombre de isla de los santos. Luego, san Bonifacio, en treinta años de trabajos, evangeliza a Alemania, san Adalberto a Prusia, san Willebrod a Suecia, los santos Cirilo y Metodio a Rusia. La Iglesia está en todas partes. No tiene ni repugnancia, ni antipatía, ni preferencia por tal gobierno o tal pueblo; lo mismo bautiza a los francos de Clodoveo, que a los visigodos de Alarico, que a los lombardos de Alboino, a los húngaros, a los rusos, a los anglo-sajones. Muere el Imperio romano, la Iglesia recibe su último suspiro. Las razas bárbaras, como el león del desierto, se reparten los trozos del Imperio romano; la Iglesia penetra en aquellas razas indómitas, les hace aceptar el freno del Evangelio, y de ellas hace pueblos nuevos, que resplandecerán en la historia con brillo incomparable.

Los papas, los obispos y los monjes son los que llevan a feliz término esta obra extraordinaria. En el momento de las invasiones de los bárbaros, los papas fueron los salvadores universales. Salvaron los pueblos de los excesos del poder, de la opresión de los invasores, de la ruina material y moral que de todas partes los amenazaba. Enviaron apóstoles para llevar a las naciones infieles la civilización con el Evangelio. Unidos al Pontificado, los obispos presidieron la conversión de los bárbaros y la constitución de la Europa cristiana. La magistratura romana se eclipsaba poco a poco ante el avance de las invasiones; los obispos permanecían firmes en medio de la sociedad envejecida y de las razas nuevas; eran al propio tiempo los defensores de la unidad, los guardianes del saber, los propagadores del cristianismo. Como las abejas fa-

brican los panales, edificaban ellos las naciones europeas. Labor inmensa en la cual eran poderosa y providencialmente ayudados por los monjes de San Benito. Los monjes... estaban en todas partes, durante las invasiones y después de ellas, en Italia, en las Galias, en Inglaterra, en Irlanda, sembrando la ciencia y el verdadero espíritu cristiano, imprimiendo a los nuevos pueblos un movimiento de expansión y de caridad... En resumen, la Iglesia, por sus papas, sus obispos y sus monjes, estaba allí, en medio de los bárbaros, como una madre en medio de sus hijos, como reina y señora de aquella turbulenta familia. Saludadla, bendecidla. Del torrente desbordado y devastador, hizo ella un río apacible y bienhechor. Del caos hizo un mundo. Sin ella, todo estaba perdido. Gracias a ella, todo se salvó. Sin duda que no impidió la muerte del Imperio romano, pero ¿era posible acaso? El Imperio romano estaba podrido, y, por otra parte, no quería el Evangelio. Había intentado anegarlo en sangre. La Iglesia hizo más que velar su cadáver. Lo resucitó en otra forma. Lanzó un soplo de vida sobre aquellas osamentas inanimadas convertidas en presa de los bárbaros, y de sus ruinas amontonadas hizo la Europa cristiana. Pronto lo veremos.

¿Mas pensáis, señores, que la Iglesia que cristianizó y civilizó a los bárbaros, se verá impotente ante las necesidades y agitaciones de este siglo? No lo creáis. Quien puede lo más, puede lo menos. Lo que tiene que hacer hoy en día es menos difícil que lo que hizo en lo pasado. Hace cien años que el mundo moderno vacila en volver al Evangelio; ha ensayado todos los sistemas y ha experimentado todas las utopias. "Dios—exclama Lacordaire—ha dicho a la burguesía francesa: ¿Quieres reinar? Reina. Aprenderás a saber lo que

cuesta gobernar a los hombres, y juzgarás si es posible gobernarlos sin mi Cristo." No, señores, no es posible. La Iglesia condujo los bárbaros a la civilización, y sólo la Iglesia puede impedir que los pueblos civilizados vuelvan a la barbarie. Dejadla obrar. En vano querríais prescindir de ella. Acordaos de lo ocurrido al Imperio romano: quiso prescindir de la Iglesia, y murió. Evitaremos un fin semejante, arrojándonos en los brazos y en el corazón de la Iglesia, y viviremos. Cuando un pueblo ya no quiere el Evangelio, Dios hace un signo y dice a su Iglesia. "Hija mía, nada tenemos ya que hacer aquí. Los pueblos que yo amaba han cansado mi misericordia. No queda otro recurso que dejar que se corrompan. Vámonos a otra parte." Alejemos de nuestra frente el anatema de la justicia divina. Hijos de la Iglesia, hallaremos en ella la resurrección y la vida.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

La Iglesia y los bárbaros

2.º EN LAS GALIAS

SEÑORES:

Hemos visto a los bárbaros invadiendo el Imperio romano, y a la Iglesia cristianizando a los bárbaros. Voy a presentaros un espectáculo menos extenso, pero más instructivo y subyugador.

Unos doscientos años después de Constantino, no había aún en el mundo una nación fundamental y oficialmente cristiana. Las poblaciones bárbaras, que devoraban y absorbían el Imperio romano, estaban sumergidas en la idolatría o subyugadas por el arrianismo, que había hallado el secreto de penetrar en ellas. ¿Qué hizo Dios entonces? En medio de aquellas razas conquistadoras, escogió una, que desde el origen, emprendió un vuelo particularmente simpático, y cuya historia tiene para nosotros un interés mucho mayor: la raza de los francos.

Vamos a estudiar su instalación, su conversión, su vocación, y cuando os haya mostrado lo que la nación franca fué en lo pasado, apenas tendré necesidad de deciros lo que debe ser en lo presente.

I. La instalación de los francos.

Eran los francos una confederación de pueblos establecidos entre el Rhin y el Weser, y más que todas las otras razas celosa de su libertad e independencia. Alimentados y educados en la selva, se reunían en asambleas generales para discutir las cuestiones de paz y de guerra. Se batían a veces dispuestos en triángulo, y, por lo común, sin orden, siempre con increíble impetuosidad. Su arma favorita era la francisca, hacha de dos filos, y la frámea, maza armada de hierro.

Bajo la dirección de sus primeros jefes Faramond, Clodión, Meroveo y Childerico, procuran establecerse en las Galias, en donde encuentran primeramente un suelo admirablemente dispuesto para servir de cuna a un gran pueblo, y luego dos sangres fundidas ya en una sola, la sangre gala y la sangre romana; el elemento galo, es decir, algo alegre, vivo, ligero, malicioso, burlón, lo que con tanta exactitud ha sido llamado la sal gala, la alondra gala, la sal que pica y la alondra que se remonta cantando en la luz; el elemento romano, esto es, la solidez, el buen sentido, la rectitud, la claridad, todo lo cual constituye nuestra grande y hermosa lengua francesa y nuestros códigos, nuestros grandes escritores y nuestros grandes magistrados.

¿Veis bien, señores, el origen de Francia? En nuestra cuna, hallamos armoniosamente fundidas la impetuosidad del bárbaro, la malicia del galo y la gravedad del romano. Esto no obstante, por raras y precio-

sas que fuesen todas estas cualidades, para componer un gran pueblo faltábale algo, como acertadamente dice Mons. Bougaud. Faltábale la bondad, que acaba todos los otros dones, y la generosidad caballeresca, que los hace valer en provecho del género humano. Faltábale el amor a los pequeños, a los débiles, a los vencidos, a las víctimas, y el vivo sentimiento del honor, de la justicia y del derecho. Faltábale ese yo no sé qué superior y exquisito que contiene la impetuosidad del bárbaro, que atempera la malicia del galo, que suaviza la rigidez del romano. Faltábale la sangre del Calvario, el amor de Aquel que murió de amor por el género humano. Faltábale la Iglesia de Jesucristo, tan admirablemente hecha para comprender a Francia, para completarla y transfigurarla. Francia, en la cuna, esperaba a la Iglesia, su madre. Contemplemos este primero y arrobador encuentro de la Iglesia y de Francia, su hija primogénita.

II. La conversión de los francos.

El mundo estaba en pleno desarrollo. Las viejas razas romanas descendían, por la corrupción, a la decadencia y a la muerte. Las jóvenes razas bárbaras llegaban ardientes, salvajes, con el espíritu repleto de supersticiones, con el corazón indómito y lleno de orgullo, con las manos llenas de sangre. El terror oprimía todas las almas, y, para colmo de males, en el seno del Imperio romano descompuesto, el arrianismo, herejía fecunda y vivaz, había lanzado un nuevo germen de división. La Iglesia contemplaba entristecida aquella mezcla inexplicable de la corrupción romana, de la barbarie victoriosa y de la herejía arriana, y se

preguntaba sobre qué elementos podía apoyarse para reconstruir el mundo.

Pues bien, en aquellos momentos aparece Francia. Todos conocéis esta historia, por haberla aprendido sobre las rodillas de vuestras madres y en los bancos de la escuela. Pero es suficientemente hermosa para merecer los honores de la cátedra cristiana. Clodoveo, jefe de los francos, habíase apoderado de la parte de las Galias que se extiende entre el Rhin y el Sena. En Soissóns había derrotado al patricio romano Siagrio y extendido su dominación hasta el Loira. Acababa de casarse con Clotilde, princesa católica, sobrina de Gondebaldo, rey de los borgoñones, cuando fué atacado por los alemanes, tribu bárbara, acampada en las orillas del Rhin. La batalla se entabló en Tolbiac. Los francos cedían en todas partes e iban a ser vencidos. Entonces Clodoveo, acordándose de las exhortaciones de su piadosa compañera, exclamó: "¡Dios de Clotilde, si me das la victoria, no tendré otro Dios que tú!" A estas palabras, se reanimaron los francos, y ponen en fuga a los alemanes. Clodoveo que había prometido convertirse, cumplió su palabra; hízose instruir en la religión cristiana, y en la noche de Navidad de 496, el obispo de Reims, san Remigio, administró solemnemente el bautismo a Clodoveo dirigiéndole estas memorables palabras: "Valeroso sicambro, humilla tu cabeza. Adora lo que quemaste y quema lo que adoraste." Ungióle luego con el óleo sagrado. Tres mil guerreros francos recibieron igualmente el bautismo con Albofledo, hermano de Clodoveo. Tal fué la primera aparición de Francia. "Nació—dice Mons. Bougand—en un campo de batalla, como convenía a un soldado; nació de un acto de fe, de una mirada elevada al cielo, como convenía a un apóstol; baja humilde-

mente la cabeza, como para indicar que su misión consistirá en sustituir en todas partes el reino del derecho al imperio brutal de la fuerza; al propio tiempo, esta fe cristiana le viene por inspiración de una mujer, de una esposa, de una madre, y desciende al pueblo por medio del alma de su jefe y de su rey. Dábanse aquí todos los hechizos a la vez."

Apenas convertido Clodoveo, se pone al servicio de la Iglesia, y se convierte en su natural protector. En aquella hora, el arrianismo constituía el gran peligro y obtenía un éxito inmenso. Después de corromper el Oriente, amenazaba el Occidente. Clodoveo, soberano católico, ataca a las poblaciones arrianas y asegura en Occidente el triunfo de la verdadera fe. Hace tributarios suyos a los borgoñones, y soñando en las hermosas provincias del Mediodía ocupadas por los visigodos, reúne a sus guerreros en el Campo de Marte, y les dice: "No puedo tolerar que esos arrianos posean una parte de las Galias; vamos con la ayuda de Dios, venzámoslos y sometamos su territorio." En efecto, los ataca y los aplasta cerca de Vouillé, a tres leguas de Poitiers, entra en Tours, ciñendo la diadema, y corre a dar gracias a Dios en la basílica y junto a la tumba de san Martín. Hijo devoto de la Iglesia romana, vémosle constantemente mezclar los trabajos religiosos a las expediciones guerreras.

Hacia el final de su vida, convoca en Orleáns, en concilio general, a todos los obispos de las Galias para cimentar auténticamente la unión entre el clero católico y el rey de Francia. Si tenéis tiempo, señores, leed el relato de este concilio nacional celebrado en Orleáns en 510. Aquí, en nuestros muros, en el corazón de nuestra vieja ciudad, la Iglesia y Francia se encontraron, se reconocieron, se abrazaron, y catorce siglos

de duración, vicisitudes innumerables, revoluciones de toda especie, esfuerzos inauditos de la impiedad, nada ha podido empañar el cristal sin mancha de su unión catorce veces secular. Instalados y convertidos los francos, digamos algunas palabras sobre

III. La vocación de los francos.

La vocación de los francos se revela por testimonios y por hechos. En primer lugar, por testimonios irrecusables que designan sin cesar a los francos como caballeros de Dios, como soldados de Cristo, como hijos amados de la Iglesia. "Dios—dice Bossuet—arrebató a los romanos la guarda de la Iglesia, la confió a los francos y los consagró para que fueran protectores intrépidos suyos y sus invencibles defensores." Esto es lo que el P. Lacordaire, en la cátedra de Nuestra Señora de París, llamaba la vocación religiosa de la nación francesa.

En efecto, desde el origen, el papa Anastasio escribe a Clodoveo y crea, para este monarca y sus sucesores, el título de rey cristianísimo, diciéndole: "Nos felicitamos, gloriosísimo hijo, de que tu entrada en la fe cristiana coincida con nuestra elevación al pontificado. Glorioso e ilustre hijo, sé el consuelo de la Iglesia, tu madre; sé para ella, a fin de sostenerla, una columna de hierro." Y el obispo de Vienne, san Avito, escribe en el mismo sentido al monarca.

Ahí están los hechos, más elocuentes que las palabras, para probar, en el transcurso de catorce siglos la vocación de la nación francesa.

La espada de los francos dirigidos por Carlos Martel salva a la Europa cristiana de la barbarie musulmana que la amenazaba por el Sur.

La espada de los francos dirigida por Carlomagno consolida la independencia, aun temporal, de la Iglesia romana, y con ella y por ella, la libertad e independencia de todos los reyes y pueblos cristianos.

La espada de los francos dirigida por Godofredo y Tancredo, trabaja en la liberación de los Lugares Santos.

La piedad de los francos, más invencible aún que su espada, en la persona de san Luis, el más animoso de los cristianos, triunfa, aun en la desgracia, de sus propios vencedores.

Fácil sería continuar la enumeración hasta nuestros días de los servicios prodigados a la Iglesia por la nación francesa y de los beneficios que Francia ha hecho a la Iglesia católica.

En los tiempos pasados, la Iglesia corrió tres peligros supremos: el arrianismo, el mahometismo, el protestantismo; Arrio, Mahoma y Lutero, los tres grandes hombres del error, si un hombre puede ser llamado grande cuando se engaña contra Dios. Francia defendió la Iglesia contra estos tres peligros. Opuso Clodoveo a Arrio, las Cruzadas a Mahoma, Enrique IV, La Liga, Bossuet y Luis XIV a Lutero y Calvino.

Hoy todavía tiene Francia en el mundo una vasta clientela católica, y los mismos impíos, que hacen de anticlericales en lo interior, vense obligados a confesar que esta vil mercancía puede muy bien pagar entre nosotros la curiosidad de los estúpidos y el apetito de los malos, pero sería insensato querer hacer de ella un artículo de exportación... Tanta verdad es que la vocación religiosa de Francia es un hecho adverado e indestructible.

Durante trescientos años, de Clodoveo a Pepino, hijo de Carlos Martel y padre de Carlomagno, modela la

Iglesia a la nación francesa. Y cuando la raza de los merovingios fué incapaz de gobernar a un gran pueblo, vemos todavía que la Iglesia interviene en el tránsito difícil de una dinastía a otra. El papa Zacarías se pronuncia con Pepino contra Childerico III, es decir, por el rey de hecho contra el rey nominal, y empieza a gobernar la raza carlovingia. Señores, seamos fieles a nuestros orígenes y a nuestro pasado. Por nuestra cuna y nuestra grande y gloriosa historia, somos hijos, amigos y servidores de la Iglesia. Conservemos estos títulos de nobleza. Son bastante hermosos para satisfacer nuestra ambición, y bastante pesados para atestiguar ante Dios y ante los hombres la fuerza de nuestro brazo, la grandeza de nuestra alma.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

La Iglesia y los bárbaros

3.º EN ROMA

SEÑORES:

Hemos visto la acción de la Iglesia sobre los bárbaros en el Imperio romano y en las Galias en particular. Trasladémonos hoy a Roma, porque contra este punto único se dirigen todas las invasiones y se orientan los nuevos destinos del mundo. Vamos a asistir a un espectáculo muy movido. Vamos a ver bajo la presión de los bárbaros, y en medio de las ruinas amontonadas, acabar la Roma de los emperadores, y comenzar la de los papas. Los Césares eran antes la pieza maestra del mecanismo mundial; su reino ha terminado. El Pontificado los reemplaza y se convierte en la clave de bóveda de la Europa cristiana. Roma transformada es ahora el centro de los asuntos divinos y humanos. Es difícil imaginar un drama más extenso, más entrela-

zado, más trágico, y ese drama vivido se representa en la Ciudad Eterna, y sus actores son los bárbaros, los papas, los emperadores. Veámoslo.

I. Termina la Roma de los emperadores.

Constantino trasladó la capital del Imperio a Constantinopla. Roma quedó en cierto modo como una ciudadela abierta y abandonada, en la que las razas bárbaras entraban a raudales.

Primeramente *Alarico y los visigodos.* A la cabeza de doscientos mil hombres, atraviesa Alarico los Alpes. Oía—dice—una voz desconocida que le gritaba desde lo alto: "¡Marcha, marcha a saquear a Roma!" Por primera vez se deja convencer, y los senadores romanos le compran a precio de oro una paz vergonzosa y momentánea. Pero reaparece muy pronto, y Roma queda a la vez diezmada por el hambre, la guerra y la peste. En la noche del 24 de Agosto de 410, invade Alarico la ciudad imperial, y durante ocho días destruyen los visigodos las obras maestras de la arquitectura, incendiando los más hermosos monumentos, saquean todas las casas, sin respetar ni el pudor de las mujeres, ni la debilidad de los niños, ni los blancos cabellos de los ancianos. Tan sólo el furor del rey bárbaro se detiene ante las basílicas de San Pedro y San Pablo, y las declara lugares de asilo para cuantos en ellas se refugien. En medio de aquel naufragio del mundo romano, sólo la cruz quedaba en pie, y el papa Inocencio I, apaciguando a los bárbaros y consolando a los vencidos, eleva los prodigios de la caridad cristiana a la altura de las calamidades públicas. Pero la tragedia no hacía más que empezar, y muy pronto nuevos actores entrarían en escena.

Atila y los hunos. Eran horriblemente feos. Hubieran podido tomarse por bestias de dos pies, dice un historiador contemporáneo; tan rápidos como las águilas, caen desde las planicies del Asia, empujando ante ellos a los rebaños de bárbaros que ya habían entrado en el Imperio. Atila es su jefe. Se apodera de Germania y de Escandinavia. Domina a Persia. Dicta leyes a Constantinopla y le impone vergonzosos tributos. Se presenta en las Galias. Pasa ante París, protegido por las oraciones de santa Genoveva. Llega a los muros de Orleáns. Señores, conocéis muy bien esta historia: Orleáns tenía un obispo, san Añán, que sabía orar y obrar. Gracias a la solicitud del obispo de Orleáns, Atila abandona nuestra ciudad, perseguido por Aecio, Teodorico y Meroveo, es decir, por los romanos, los visigodos y los francos, es batido en los campos de Chalóns-sur-Marne, y se refugia en Panonia. Pero el azote de Dios no había terminado aún su obra. Nada ha hecho mientras no llegue a Roma. Organiza, pues, una nueva invasión, y llega a Aquilea, a Verona, a Milán, a Roma. El papa León, revestido de sus hábitos pontificios se presenta ante el rey bárbaro. Habla, implora, amenaza, y, cosa asombrosa, Atila se apacigua a la vista de aquel anciano, baja su espada y se retira ante el apóstol de Jesucristo. Muere poco después, y Roma queda salvada. Por desgracia, no por mucho tiempo. Tras los visigodos y los hunos, nuevos actores entran en escena.

Genserico y los vándalos, Genserico arriba de las costas africanas con una flota formidable; desembarca en Ostia, y llega a las puertas de Roma. El papa León el Grande se presenta ante Genserico, como se presentó ante Atila, pero lo único que puede obtener es la vida de sus conciudadanos y la conservación de las tres

principales iglesias de Roma. Durante catorce días y catorce noches, la ciudad entera es entregada al saqueo. Millares de cautivos son embarcados para Cartago, en donde el obispo Deogracias les abre sus brazos paternales y procura, con las industrias de su caridad endulzarles las amarguras del destierro. En menos de medio siglo, vióse Roma saqueada dos veces, en 410 por Alarico, y en 455 por Genserico. Los últimos emperadores de Occidente no son ya más que sombras de soberanos. El último soplo va a hacerlos desaparecer.

Odoacro y los hérulos. Odoacro, rey de los hérulos, no tuvo gran trabajo en vencer y suplantar al joven Rómulo Augústulo, y en hacerse proclamar rey de Italia con el título de patricio, que le da el Senado humillado. Corría el año de 476. El Imperio de Occidente ha terminado. La Roma de los emperadores ya no existe.

¡Un gran destino termina, un gran destino comienza!

II. Empieza la Roma de los papas.

Durante los nueve primeros siglos, desde san Pedro martirizado por Nerón, hasta al papa León III coronando y consagrando a Carlomagno en el año de 800, se distinguen tres períodos en el Pontificado.

1.º *El período de los mártires.* Quiso Dios que, durante trescientos años, la Iglesia y su Cabeza diesen su sangre por la verdad. Dios lo quiso, y fué un bien. Si los papas hubiesen tenido la protección de los Césares, se nos hubiese dicho que la Iglesia de Roma era la primera porque se instaló en la primera ciudad del

Imperio, bajo la púrpura imperial; pero habiendo llegado san Pedro con el bastón en la mano para hecerse crucificar en Roma, él y sus sucesores, durante tres siglos, la influencia civil ya no podía reclamar nada en el establecimiento del Pontificado. Esto no obstante, si la persecución era necesaria en el origen, no podía durar siempre. Llegó un día, después de tres siglos, en que, vencido el mundo por la fuerza del martirio y la gracia divina, entró el Pontificado en un segundo período que duró casi dos siglos, de Constantino a Rómulo Augústulo, de 312 a 476.

2.º *El período de ascendiente moral.* Constantino coge su trono y se lo lleva a las extremidades de Europa, a las orillas del Ponto Euxino, a fin de dejar a la majestad pontificia toda la vieja Roma, con su poder natural y su indecible ilustración. Cuando Teodosio reparte entre sus dos hijos el Imperio, se instala en Milán el emperador de Occidente, no en Roma. Los visigodos, los hunos, los vándalos, los hérulos caen sucesivamente sobre la Ciudad Eterna. ¿Qué hacen durante este tiempo los emperadores? Casi nada. ¿Y los papas? Están en Roma. Oran, hablan, obran. Mientras les es posible, contienen los estragos de las invasiones. Reedifican las ruinas, reconfortan las almas, consuelan la miseria, apaciguan a los vencedores, sostienen a los vencidos. En una palabra, reinan por el ascendiente moral. Luego, cuando los emperadores desaparecen definitivamente de Roma, el Pontificado queda en su puesto, y hasta Carlomagno, sin poseer la soberanía de derecho, ejerce la soberanía de hecho. Los papas son los tutores de los pueblos abandonados y aterrorizados. Reinan por la fuerza de las cosas. Con esto llegamos al tercer período.

3.º *El período de la necesidad.* Los emperadores están fuera de Roma, y los bárbaros continúan afluyendo a Italia.

El rey de los ostrogodos, Teodorico, invade a Italia y suplanta a Odoacro. Continúa la lucha, no entre bárbaros y romanos, sino entre bárbaros y bárbaros, entre los hérulos y los ostrogodos. Desde el fondo de este caos, los papas trabajan y prosiguen su obra civilizadora. Teodorico entra en Roma el año de 500, revestido de las insignias imperiales. El papa le recibe a la cabeza del clero, y el prefecto de Roma, Boecio, a la cabeza de los senadores, los cuales le votan una estatua de oro. Pero, y esto es lo asombroso, los conquistadores pasan por Roma como viajeros, y no se instalan en ella como soberanos. Diríase que el brazo de Dios no les permite usurpar la ciudad que debe convertirse en ciudad de los Papas después de haber sido la ciudad de los Césares, la capital del mundo católico, después de haber sido la capital del mundo romano. Teodorico reside en Terracina y en Verona, y muere en Ravena, en 526. Pero las invasiones tocan a su término; he ahí el último pueblo invasor, que llega de Escandinavia, y se derrama desde lo alto de los Alpes por el norte de Italia.

Son *los lombardos con su jefe Alboino.* Establecen su capital en la ciudad de Pavía, fundan ducados, y poco a poco, bajo la acción de la Iglesia católica, se civilizan y se convierten.. En aquel momento mientras los emperadores de Constantinopla inauguran las vergüenzas del Bajo Imperio, un gran papa aparece en Roma, y subviene a las necesidades del pueblo italiano y de toda la Iglesia cristiana; es san Gregorio el Grande. Desde Roma dirige a las naciones más lejanas; reprime el naciente orgullo de los patriarcas de Constantinopla;

consuela al Africa y la fortalece; confirma en España a los visigodos convertidos al arrianismo; envía apóstoles a Inglaterra; reforma la disciplina en Francia, a cuyos reyes, siempre ortodoxos, exalta por encima de todos los reyes de la tierra, y al propio tiempo, salva a Roma y a Italia, a las que los emperadores no podían ayudar; subyuga a los lombardos y los reduce a la fe católica ayudado por la reina Teodelinda, ilustre mujer, cuya mano era tan suave como firme en sostener las riendas del Estado. Gregorio el Grande muere en 604, y su pontificado forma época en la historia, porque señala

La aparición de la Roma papal reemplazando definitivamente a la Roma imperial. Todos los bárbaros establecidos en el antiguo Imperio de Occidente eran ya cristianos. Algunos años después, en 607, el papa Bonifacio IV realiza en Roma un acto que parece consagrar la conquista definitiva del cristianismo sobre el antiguo paganismo. En efecto, recibe del emperador de Oriente, Focas, el Panteón, en el que todas las falsas divinidades habían reinado durante tantos siglos, y hasta entonces conservado como un objeto de arte; hace trasladar a él vientiocho carros de osamentas de mártires, y consagra el edificio a la Santísima Virgen bajo la advocación de Santa María de los Mártires.

Resumamos. Durante largos siglos, de Constantino a Carlomagno, los papas son, en Roma, los guardianes del Occidente contra los bárbaros. Roma, nueve veces tomada por asalto, fué nueve veces por ellos levantada de sus ruinas. Mas al propio tiempo que apaciguaban a los bárbaros, los convertían y hacían de ellos nuevos pueblos transfigurados por el Evangelio. Los papas gozaban así, gracias a sus servicios y a la voluntad de los pueblos, de una semisoberanía, que sólo esperaba, para

ser completa, la última consagración. Ya sabéis quién acabó esta obra que hacía tanto tiempo venía elaborándose. Sabéis quién instaló en Roma la soberanía civil del Pontificado. Fué Francia con la ayuda de Carlomagno. Pronto lo veremos.

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA

La Iglesia y los musulmanes

1.º Carlos Martel

Señores:

Hay hombres tímidos y de poca fe que se asombran y se escandalizan de las sacudidas que conmueven a la Iglesia en este siglo. No tienen razón. La Iglesia se llama con un nombre que caracteriza muy bien toda su historia. Se llama militante. En efecto, su vida no es más que una larga serie de luchas. Apenas acaba de vencer, cuando comienza a combatir. Mirad. Sobre las ruinas del Imperio romano acaba de recibir el choque de los bárbaros. Los disciplina, los sujeta a la ley del Evangelio. Pero de repente he ahí un nuevo enemigo qus se levanta en el fondo de Arabia. Es Mahoma. Hoy el mahometismo no es más que una ruina que entorpece y deshonra al mundo; pero no siempre fué así.

Durante diez siglos el mahometismo fué el gran peligro de la Europa cristiana y de la Iglesia católica. Estudiemos estas luchas gigantescas, y ante todas cosas, el primer vuelo del islamismo hasta su derrota entre Tours y Poitiers por Carlos Martel en 732.

1. El poder musulmán hace su aparición a principio del siglo VII.

Mahoma es su fundador. Huérfano a la edad de trece años, confiado a la tutela de un pariente que lo destinaba al comercio, sigue las caravanas y hace numerosos viajes, en los cuales recoge las tradiciones cristianas, judías e idólatras. A los veinticinco años entra al servicio de una rica viuda, Kadidja, que le da su mano y su fortuna. Entonces acudióle la idea de fundar una religión nueva, cuyo profeta sería, y un nuevo imperio, cuyo soberano fuera. Su plan era a la vez político y religioso. Como todos los Césares paganos o herejes, quiso reunir en su mano los dos poderes, el espiritual y el temporal. Para madurar su sueño de reforma y conquista, se retira a una gruta solitaria, en la que finge recibir del ángel Gabriel su misión y los versículos del Corán. Luego comienza su obra. Pero al predicar contra la idolatría, subleva el odio de las tribus árabes. Huye a Medina, y de esta huída o hegira data la era musulmana (622). Su huída es el principio de su triunfo. Hace resonar en toda Arabia el famoso grito: "Dios es Dios, y Mahoma su profeta." Su palabra atractiva, su figura noble e imponente, la irresistible seducción de su sonrisa, su vasta inteligencia, su intrepidez en los combates subyugan y hechizan la fantasía en aquellos vastos desiertos en que la tienda árabe fué en todo tiempo la morada predilecta de

la poesía y de las pasiones guerreras. Por la fuerza de las armas y por el ascendiente de su genio, Mahoma convierte a su religión, en el espacio de diez años, los pueblos asentados entre el Eufrates y la Meca, entre el mar Rojo y el golfo Pérsico. Muere al décimo año de la hegira, envenenado por una mujer judía.

El poder musulmán queda fundado. Pero ¿sobre qué? En primer lugar, sobre la fuerza. Mahoma no tiene varios medios de conversión y de conquista; sólo tiene uno; la espada. Hace un llamamiento, no a la palabra, sino a la cimitarra. Encarga a sus legiones que graben el Corán en el corazón del género humano. Hace llevar su doctrina por escuadrones. Todo su programa se resume en dos palabras: ¡Cree o muere! Pero la espada necesita un punto de apoyo. Mahoma le dió dos: la ignorancia y el vicio. Ante Mahoma, el mundo se reduce al silencio, pero a un silencio de esclavo, un silencio de vencido, un silencio deshonrante. Y la ignorancia que presidió al nacimiento del islamismo pesa todavía hoy sobre la tierra musulmana. Al propio tiempo que decretaba las tinieblas, Mahoma destruía la moralidad, legando a sus adeptos costumbres infames y esperanzas eternas tan infames como sus costumbres. "El árabe, como un caballo indómito—dice Lacordaire,—obedeció muy bien a su dueño cuando lo lanzó al mundo con un espolonazo que le prometía la victoria; y se arrojó, a galope, con la cabeza ardiente, con los corvejones flexibles, con la crin herizada, para nivelar a los pueblos a su potente paso; pero cuando fué preciso ponerle en la boca el freno de la pureza, aplastó los anillos de acero, y vióse que la doctrina que lo impulsaba a la conquista del mundo, era una doctrina mucho menos templada que sus músculos y su pecho." En efecto, el Corán autoriza la poligamia y el divorcio, y suelta la

brida a todas las malas pasiones. ¿Qué es el paraíso de Mahoma? Un lugar de goces materiales y groseros. La espada; la ignorancia y el vicio: he ahí el trípode sobre el cual reposa el poder musulmán. Sí, tras esto, el islamismo se vanagloría del número de sus adeptos, declaro que es un número sin valor, por cuanto no entraña más que una gran masa de esclavos, de embrutecidos y corrompidos.

El islamismo fué poderoso por el número. En menos de dos siglos, la invasión musulmana cubre Asia, Africa, Europa, y amenaza con sumergir la Iglesia católica apenas repuesta de la sacudida de los bárbaros. Desde su origen, el inmenso imperio musulmán se divide en tres grandes porciones; los Abbasidas en Asia, los Omeyas en España, los Fatimitas en Africa. Pero un lazo único y poderoso unía a todas esas ramas y las animaba un mismo espíritu: su odio al cristianismo. El musulmán es perseguidor en todas partes: en Asia, en España, en la desgraciada Africa, ya tan cruelmente probada por la invasión de los vándalos, la Iglesia católica contó con mártires de la persecución musulmana. A la muerte de Mahoma, sus sucesores toman el nombre de califas o vicarios del Profeta, y prosiguen sus proyectos de invasión. Los ejércitos musulmanes atacan primeramente a Siria, y, después de derrotar a los griegos, conquistan a Palestina, Fenicia y el Asia occidental. El califa Omar hace construir en Jerusalén la primera mezquita en 638. Los mahometanos dividen luego sus fuerzas en dos grupos: el uno, contra los persas, derriba esta monarquía; el otro, contra Egipto, toma Alejandría, quema su magnífica biblioteca, y se apodera de todo el litoral africano.

Europa queda invadida. A principios del siglo VIII, los musulmanes pasan el estrecho de Gibraltar, entran

en España, destruyen la monarquía visigoda, conquistan en pocos años la península y fundan el califato de Córdoba. Ciertos historiadores han elogiado mucho la civilización árabe. Hay en esto no poca exageración. Sin duda que los moros de España brillaron en las ciencias exactas, en la astronomía y en el álgebra; en la medicina adquirieron, después de Avicena y Averroes, cierta reputación; pero en esto consistió todo su mérito. Su arquitectura no debe pasar como una maravilla, porque no es más que una alteración del estilo bizantino. Los musulmanes, con el nombre de moros o sarracenos, eran dueños de España, pero el germen de la fe católica permanecía en el seno del país. Un puñado de cristianos españoles, refugiados en las montañas de Asturias, bajo el mando del heroico Pelayo, formaron en el seno de la invasión un pequeño reino, que fué la cuna de la España cristiana del siglo XV. Victorioso en España, el poder musulmán pasa los Pirineos y cae sobre la Galia; aquí detiene su vuelo y halla su primera derrota.

II. El rey de los francos Carlos Martel detiene el poder musulmán.

Jamás desde Atila había amenazado a Europa invasión más formidable. El torrente que inundó Asia, Africa y España se desborda por los Pirineos y cubre la Septimania. Sucumbe Narbona, y los árabes se adueñan de toda la comarca. Aquitania es amenazada por Abderramán, caudillo de los musulmanes. El rey Eudes, duque de Aquitania, ve su ejército destruído ante Burdeos, incendiada esta ciudad, Aquitania víctima del pillaje y muertos sus habitantes. El Duque se refugia junto al rey de los francos, reconoce su soberanía y

obtiene su auxilio contra el enemigo común de la cristiandad. La situación era grave. El universo entero iba a someterse a Mahoma, es decir, todas las naciones iban a sujetarse a la dominación brutal de una secta conquistadora y anticristiana, todas las mujeres quedarían a merced de las horribles pasiones de los hombres; finalmente, toda la razón humana sería esclava de la bárbara impostura de la cimitarra. En una palabra, el género humano iba a convertirse en lo que vemos que han sido Asia y Africa durante once siglos bajo la dominación mahometana.

Carlos Martel hace un llamamiento belicoso a todos los guerreros de la Neustria, de la Austrasia y de la Germania occidental. Acuden en muchedumbres, y su formidable ejército se encuentra con el de Abderramán, en Octubre de 732, en las llanuras de Poitiers. Los destinos del linaje humano iban a ventilarse en aquellos campos famosos. El ejército franco era la única barrera capaz de detener la invasión musulmana; tratábase de saber si el mundo sería musulmán o cristiano. Durante siete días los dos ejércitos se observan sin combatir. Por fin, los musulmanes se despliegan por la llanura; a una señal de Abderramán, la caballería ligera de los árabes inicia la batalla con una nube de flechas, y cae como un torbellino sobre el ejército de los francos. Estos, inquebrantables sobre sus poderosos caballos del Norte, y defendidos por sus pesadas armaduras, oponen por largo tiempo un muro de hierro a las cargas multiplicadas de los sarracenos, y permanecen firmes, en masas apretadas, inmóviles. De repente un grito de guerra, se eleva por detrás del ejército árabe: era el grito del rey Eudes y de los aquitanos, que habían envuelto al enemigo y quemado su campamento. Una parte del inmenso ejército de Abde-

rramán hace frente a los aquitanos; el desorden, efecto de la sorpresa, abre las filas de los árabes; Carlos, a su vez, da la señal; el muro de hierro se conmueve; las masas pesadas de Germania caen sobre los escuadrones de Abderramán; el hacha de batalla y la larga espada de los francos siegan filas enteras. Abderramán junta en vano sus soldados, y sucumbe con sus huestes escogidas, abrumados de golpes, pisoteados por los caballos. Los árabes retroceden y buscan refugio en su campamento saqueado. La noche se echa encima. Carlos suspende la persecución, pero al día siguiente, al rayar el día, los francos no distinguen a lo lejos más que una llanura ensangrentada cubierta de cadáveres. Las tinieblas habían protegido la retirada de los musulmanes, pero dejaban en el lugar de la batalla trescientos setenta y cinco mil muertos.

Esta victoria salvó la cristiandad. Los árabes evacuaron la Aquitania, y ya no intentaron reconquistar la Galia. Aquella jornada de Poitiers, por siempre jamás memorable, en la cual se dijo que Carlos había amartillado a los sarracenos, le valió el glorioso sobrenombre de Martel, que la posterioridad le ha conservado. Carlos Martel mereció bien de la Iglesia. El Papa Gregorio III le dirigió una carta de felicitación.

Detengámonos, señores. El islamismo, potente, salvaje, indomable, atacaba, por todas partes a la vez, la cristiandad. ¿Quién lo detuvo en los campos de Poitiers? Uno de nuestros antepasados, Carlos Martel. Así lo afirma la vocación religiosa de la nación francesa. El arrianismo amenazaba a la Iglesia; le opusimos a Clodoveo. El mahometismo sumergía la cristiandad; le opusimos a Carlos Martel. Estas proezas son nuestras. Conocimos, amamos, servimos la verdad; combatimos por ella. No podemos ni queremos renegar

de la sangre que hizo nuestro pasado. Cierto día fué llevado ante el procónsul romano un anciano, Policarpo, obispo de Esmirna. En presencia de los instrumentos del suplicio, le dijo el magistrado: "¡Reniega de Jesucristo!" Pero él, levantando su blanca cabeza, exclama: "¿Renegar de Jesucristo? ¡Hace ochenta años que le sirvo, y siempre me ha hecho bien!" Señores, en la hora presente, numerosas voces, voces de sofistas, voces de ambiciosos, voces de perversos, repiten a Francia lo que decía el procónsul a Policarpo: "¡Reniega de Jesucristo!" Pero Francia, conservando la nobleza de su corazón bien nacido, sin olvidar el recuerdo de su pasado, responde igualmente: "¿Renegar de Jesucristo? ¡Hace catorce siglos que le sirvo, y siempre me ha hecho bien!" Sí, continuaremos siendo en lo por venir lo que fuimos en lo pasado: los soldados de Jesucristo, los defensores de la Iglesia, es decir, los amigos invencibles de la verdad y el bien sobre la tierra, en medio de las naciones rivales que siempre tendrán celos de nosotros, pero que nunca nos sustituirán en el noble servicio de la civilización cristiana.

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

La Iglesia y los musulmanes

2.º LAS CRUZADAS

SEÑORES:

Carlos Martel, a la cabeza de los francos, detuvo en las llanuras de Poitiers el poder musulmán, y lo rechazó más allá de los Pirineos. Pero también sabréis que, rechazado de las Galias, continuó dominando el islamismo en España, durante la Edad Media, en Africa y en Asia. Hoy os invito a contemplar la Europa cristiana toda entera coligada contra tan poderoso enemigo, y marchando como un solo hombre, bajo la dirección del Pontificado, a libertar los Santos Lugares. Estudiemos las Cruzadas en sus principios, en su historia y en sus resultados. Es esta una de las más hermosas páginas de la vida católica.

I. Los principios de las Cruzadas.

Hacia mediados del siglo XI, los turcos, discípulos de Mahoma, son dueños de Jerusalén, y persiguen a los peregrinos de Occidente que van a visitar el Santo Sepulcro. Un pobre sacerdote de Amiéns, Pedro el Ermitaño, llega a Jerusalén, y testigo de la arrogancia de los infieles, no puede contener su indignación. Recibe las confidencias y las lágrimas del viejo patriarca de Jerusalén, Simeón, y de regreso en Occidente, encuentra a cada paso en su camino cristianos, viajeros como él, peregrinos mendicantes, pobres, atormentados, perseguidos, y aun privados de la vida por los perversos infieles. Semejante espectáculo le conmueve, le irrita, le exalta. Obtiene del Papa autorización para preparar a los pueblos de Occidente a una gran empresa encaminada a hacer cesar semejante estado de cosas.

En efecto, Roma, señores, es la que marcha siempre a la cabeza de los grandes proyectos, de todas las evoluciones del mundo cristiano, como marchaba la Roma pagana a la cabeza del mundo antiguo. En aquel momento, un gran papa, francés de origen, ocupaba la silla de san Pedro. Nacido en la diócesis de Reims, brillante discípulo de san Bruno, canónigo y archidiácono de la ilustre metrópoli, Odón se hace monje de Cluny, pero los honores van a buscarlo. Gregorio VII lo crea cardenal, arzobispo de Ostia. Elevado al Pontificado con el nombre de Urbano II, emplea su fuerza y su genio en salvar la civilización cristiana. Conmovido por el relato de Pedro el Ermitaño, por las lamentaciones de Simeón, patriarca de Jerusalén, y por las cartas suplicantes de Alejo Commeno, emperador

de Constantinopla, da con mano firme la conmoción eléctrica que iba a lanzar a Europa contra Asia. Las Cruzadas comienzan en 1094.

Urbano II se dirige primeramente a Francia, a la Francia de Clodoveo y de Carlos Martel, a la Francia caballeresca, emprendedora y comunicativa. Convoca un gran concilio en Clermont, en Auvernia. Reúnense allí 14 arzobispos, 225 obispos, 90 abades, y una multitud inmensa de señores y embajadores de todos los países cristianos. Bajo el dosel pontificio aparece el Papa llevando a su derecha a Pedro el Ermitaño, vestido con su manto de estameña, con los pies desnudos, la frente descubierta. "¡Guerreros! — exclama Urbano II,—vosotros que buscáis sin cesar vanos pretextos de guerra, regocijaos. Regocijaos porque aquí tenéis una guerra legítima. Volved contra los infieles las armas que empleáis los unos contra los otros. No se trata de vengar las injurias de los hombres, sino las injurias contra Dios. No se trata de atacar una ciudad o un castillo, sino de la conquista de los Lugares Santos. ¡Soldados del Dios vivo, levantaos!" A estas palabras, un inmenso grito se eleva de toda la asamblea palpitante "¡Dios lo quiere, Dios lo quiere!"—"¡Sea en adelante—exclama el Pontífice—ese grito, vuestro grito de guerra! ¡Sea la cruz vuestra bandera!" Ademar de Monteil, obispo de Puy, es el primero que toma el signo sagrado, es decir, una cruz roja de lana o de seda que debía llevarse sobre el hombro derecho o sobre el frente del casco. Los soldados de Jesucristo se llaman cruzados, y pronto su número no podrá contarse.

Toda la Europa cristiana se conmueve y se moviliza a las palabras del Pontífice romano. Entre aquellos guerreros cuéntanse los más hermosos nombres de

Francia, Inglaterra, Italia: Hugo el Grande, Godofredo de Bouillón, Roberto Pierna Corta, duque de Normandía, Raimundo, conde de Tolosa, Esteban, conde de Blois, Bohemundo, príncipe de Tarento, y su sobrino el caballero Tancredo. Iba en la cruzada lo más escogido de Europa (1), a la cabeza de 600.000 hombres reunidos bajo los muros de Constantinopla. La hija del Emperador, Ana Commeno, dice: "Si alguien quisiera saber el número de los cruzados, cuente los granos de arena de la mar, las estrellas del cielo, las hojas y las flores que crecen en la primavera." En efecto, entre los cruzados se encontraban nuestros más gloriosos antepasados, nuestros más valerosos caballeros. La antigua nobleza se remonta a esta época memorable de nuestra historia. Vosotros estabais allí, señores, y yo con vosotros. Porque las Cruzadas tuvieron de particular que arrastraron de Europa al Asia, como en un vasto torbellino, la nación entera, grandes y pequeños, nobles y sacerdotes, pueblo y caballeros.

El resultado de aquella primera expedición mal dirigida, fué la toma de Nicea y de Antioquía, luego la de Jerusalén, tras cuarenta días de sitio. El papa Urbano II no vió la libertad de Jerusalén, pues la noticia llegó a Roma a los cuatro días de su muerte, muerte que cubrió de luto los laureles de la sagrada victoria. Tomada Jerusalén, fué proclamado rey Godofredo de Bouillón, duque de la Baja Lorena, quien se negó a aceptar el título, y tomó el de Defensor del Santo Sepulcro, diciendo: "¡No permita Dios que jamás ciña yo una corona de oro donde mi Señor la llevó de espinas!" Dos patriarcas latinos fueron esta-

(1) Menos los caballeros españoles, ocupados en la cruzada casi continua, en la magna epopeya de la Reconquista, que monopolizó sus heroicos esfuerzos desde 718 a 1492, de Covadonga a Granada. (N. del T.)

blecidos en Jerusalén y en Antioquía, y quedó constituído el reino cristiano de Jerusalén.

Así empezó

II. La historia de las Cruzadas.

Cuéntanse ocho, y duraron cerca de doscientos años, desde 1095 a 1270. Es la gran epopeya, en ocho cantos, de la Europa cristiana, y al lado de esta epopeya viviente, la *Iliada,* la *Odisea* y la *Eneida* son juegos de niños y fábulas para hacer dormir despiertos. En este drama incomparable de la cristiandad, vemos sin duda debilidades, miserias, discordias, desfallecimientos, como en una hermosa catedral de la Edad Media distinguimos figuras que hacen muecas, gárgolas que parecen deslucir la belleza arquitectónica. Pero ¡cuán hermosas son sus grandes líneas! ¡cuán imponente el conjunto!

En primer lugar, ¿es que no es hermosa la idea que pone en pie a la cristiandad entera, que le hace abandonar su territorio, sus afectos, sus placeres, sus intereses, la idea de proteger el sepulcro de Jesucristo, de salvar la civilización salvando la fe? Ciertamente, señores, los cruzados no eran hombres positivos, utilitarios, que no creen más que en lo que tocan, en lo que ven, en lo que comen, en lo que se cuenta y se pesa. Tuvieron el culto de la idea, obedecieron a la pasión del sacrificio, murieron por lo invisible, y por este solo título tienen una superioridad, una grandeza que exige el respeto y la admiración.

¡Qué hombres tan grandes los que inspiraron, dirigieron y ejecutaron aquella magna empresa! ¡Qué hombres tan admirables Urbano II y sus sucesores, que con una mano protegían el Oriente, y con la otra

el Occidente contra las herejías, contra la simonía, contra las usurpaciones del Imperio germánico! ¡Qué hombres tan superiores san Bernardo, el último Padre de la Iglesia, el oráculo de su siglo, el santo que asombra al claustro con sus austeridades y gobierna al mundo con su palabra... Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra, que se consideraba, como él mismo decía, indigno de mirar la Ciudad Santa, porque no se veía con ánimos para tomarla... Y san Luis, el más cumplido de los monarcas, el más tierno de los hijos, el más valeroso de los héroes.

Tras doscientos años de luchas heroicas, la Tierra Santa quedó definitivamente en poder de los musulmanes. ¿Quiere esto decir que la Europa cristiana gastó en vano el tiempo, el dinero y la sangre? No, por cierto. Considerad

III. Los resultados de las Cruzadas.

Desde el punto de vista religioso, las Cruzadas elevaron hasta su más alto grado de esplendor el poder pontificio, que concibió la idea de ellas y su dirección. Sin duda que la Iglesia no logró reconquistar ni la unidad católica en Constantinopla, ni la posesión de los Lugares Santos; pero por las Cruzadas mantuvo en la conciencia y en el corazón de los pueblos cristianos, el heroísmo de la fe y la pura abnegación por Jesucristo y por su causa.

Desde el punto de vista político, no fueron inútiles las Cruzadas. Encaminados hacia la Tierra Santa ejércitos innumerable de caballeros cristianos, hicieron cesar las guerras feudales, contribuyeron a debilitar el feudalismo por la muerte de muchos señores y por la enagenación de muchos dominios comprados o confis-

cados por los reyes; fomentaron el progreso de la monarquía, haciendo que se convirtiera cada vez más en el poder supremo del país; dieron impulso al nacimiento y prosperidad de los municipios, y a la formación de la unidad nacional bajo la autoridad soberana de una monarquía universalmente respetada.

Desde el punto de vista industrial y comercial, las Cruzadas dieron a conocer a Europa los productos de Asia, el moral, el trigo de Turquía, la caña de azúcar, el lienzo, el encaje, la tela de seda, el cuero, armas, orfebrería, etc. Abrieron al comercio de Occidente las rutas asiáticas, y dieron al arte náutico una extensión considerable.

Desde el punto de vista literario y científico, inspiraron la poesía naciente, originaron las armas y la ciencia del blasón. La Universidad y las Ordenes mendicantes, encargadas de propagar la instrucción, datan de esta época. Nuestros padres trajeron de Jerusalén y de Constantinopla tesoros de ciencia, el gusto por las letras y las artes, y todo un conjunto de civilización, con la cual se enriqueció la Edad Media, para transmitirlo a nuestro olvidadizo siglo actual.

En resumen, desde el punto de vista de la civilización general, las Cruzadas ejercieron una influencia enorme. Se ha dicho de ellas que cada una fracasó, pero que todas triunfaron. Triunfaron, en efecto, uniendo a todos los pueblos en torno del Pontificado, poniendo fin a las querellas particulares y centralizando los elementos de las naciones alrededor de un poder único, abriendo hacia el Oriente vías a la navegación, dotando al Occidente de los inventos, ciencias, artes y productos de otro mundo. Lograron sobre todo preservar a Europa de la invasión musulmana. Pero esto es muy poco aún. Cuando los cristianos partían para el Asia, no sólo trataban de libertar el sagrado sepulcro de Jesucristo, sino también de saber qué era lo que debía prevalecer sobre la tierra, si el culto enemigo de la civilización favorable por sistema a la ignorancia, al despotismo, a la esclavitud, o el culto que abolió la servidumbre e hizo florecer la ciencia y la virtud. ¿Qué preferiríais vosotros, ser discípulos de Mahoma o de Jesucristo? Pues bien, sin las Cruzadas, todos seríamos turcos o musulmanes. ¡Bendigamos a los cruzados nuestros antepasados, señores, que, al salvar la fe, salvaron la civilización!

Los cruzados son nuestros antepasados. Me es grato hacer notar la parte preponderante de Francia en este gran movimiento. Cuando la Providencia quiere que una idea abarque al mundo, la suscita en el alma de un francés. ¿Quién predicó las Cruzadas con todo el ascendiente de la elocuencia y la santidad? Un papa francés, Urbano II, un peregrino francés, Pedro el Ermitaño, un apóstol francés, gloria de su nación y de toda la Iglesia, san Bernardo. ¿Quién ilustra las Cruzadas a fuerza de valor, de abnegación y de gloria? Siempre franceses. Godofredo de Bouillón las inaugura, san Luis las termina, y los grandes hechos de armas que las señalan durante dos siglos en Jerusalén, en Antioquía, en Tiberíades, en la Massure, atestiguan en todos los campos de batalla el corazón, la mano, la fe, de la nación francesa. Y si es verdad que padecimos mucho, verdad es también que ganamos mucho con las Cruzadas. De estas expediciones data el despertar social que corresponde al nombre de san Luis. Los esplendores de nuestro siglo XIII fueron la compensación de nuestros esfuerzos y de la sangre que en ellas vertimos. Además, conquistamos en Oriente una influencia y un prestigio que duran todavía; nuestro nombre ha

quedado allá como sinónimo de la lealtad y de la bravura, y todavía hoy, después de tantos siglos, encontramos siempre vivo el recuerdo del rey san Luis y de los francos. Los cruzados son nuestros antepasados. Nobleza obliga.

Continuemos mostrándonos dignos de nuestros antepasados. En 1849, decía Montalembert, respondiendo a Víctor Hugo en la tribuna francesa: "Somos los hijos de los cruzados, y los hijos de los cruzados no retrocederán jamás ante los hijos de Voltaire." Y en verdad que, desde hace cuarenta años, los hijos de los cruzados han tenido que sostener rudas batallas, y más que nunca, tienen hoy en día el deber de luchar contra la impiedad y defender la fe. No deben desalentarse. Yo bien sé que los hijos de Voltaire han devastado el alma de nuestro pobre pueblo. Pero, hijos de los cruzados, emprendamos la cruzada de la salud pública, y ese mundo que se nos ha escapado, será reconquistado a la larga, aunque perdamos, como nuestros padres, cien batallas, y, como ellos, mordamos cien veces el polvo. Las Cruzadas duraron doscientos años. Trabajemos, como trabajaron nuestros padres, por Dios, por Jesucristo y por la Iglesia, y, como ellos, salvando la fe, salvaremos la civilización, y asegurando el reino del Evangelio, prepararemos el prestigio y la salvación de la patria.

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

La Iglesia y los musulmanes

3.° Apogeo y decadencia del poder musulmán

Señores:

A principios del siglo VII aparece en Arabia un hombre en medio de su tribu. Después de madurar sus proyectos, sale de una caverna, empuñando en una mano la cimitarra y en la otra el Corán, y exclama: "¡Dios es Dios y Mahoma su profeta!" ¿Qué es el Corán? Algunas páginas de la Biblia, algunos jirones del Evangelio; pero estos grandes recuerdos bastan a Mahoma para fascinar a los pueblos de Oriente e infundir en su pecho el fuego de la conquista. El Asia Menor, el Africa, España se convierten en su presa. Por primera vez la Iglesia detiene el poder musulmán en Poitiers por el brazo de Carlos Martel. Por segunda vez, en un esfuerzo que dura dos siglos, organiza la Iglesia contra los descendientes de Mahoma ocho cru-

zadas sucesivas. Pero la media luna continúa por lo menos, en posesión de Jerusalén, haciendo temblar el Occidente y oprimiendo el Oriente. Por espacio de diez siglos se mantiene el islamismo a las puertas de la cristiandad, para castigar las revueltas de los pueblos bautizados, despertarlos de su sueño, estimular su virtud y provocar su heroísmo.

Veamos hoy el apogeo y decadencia del poder musulmán. Sabremos apreciar mejor las luchas de la Iglesia con los musulmanes, si la seguimos hasta el final. Para ello, saldremos de nuestro cuadro, y penetraremos en los tiempos modernos. ¿Qué importa? Se prescinde del rigor del plan cuando la claridad lo exige.

I. Apogeo del poder musulmán.

Después del gigantesco esfuerzo de las Cruzadas, vemos que el poder musulmán es detenido un momento en sus proyectos de conquista por la invasión de los mogoles y de Tamerlán. Pero el islamismo permanecía por lo menos fiel a su gran sueño: la esclavitud de Europa; y así, las luchas entre la cristiandad y los turcos otomanos prosiguen incesantes, inflamadas y sangrientas. Mahometo II, hijo de Amurates, jura arrebatar a los griegos la ciudad de Constantinopla. El 6 de Abril de 1453, llega con un ejército de 300,000 hombres, pone sitio a la ciudad, la rodea de formidable artillería, y lanza a sus jenízaros al asalto de las murallas. En vano el papa Nicolás V implora el auxilio de la cristiandad; únicamente los venecianos y los genoveses responden a los ruegos del Pontífice. En el interior de la ciudad, los habitantes aparecían divididos y sobre todo, obstinados en el cisma. Pero tenían un emperador que

era un héroe, Constantino Paleólogo, celoso partidario de la unión de las dos Iglesias. Constantino sólo tenía un puñado de bravos, diez mil soldados, y pasaba las noches orando y los días peleando. Bajo los torrentes del fuego griego que los turcos emplean como auxiliar, va y viene gritando a sus soldados: "Si Constantinopla perece hoy, quedaré enterrado con sus ruinas." El héroe, fiel a su juramento, viendo a los turcos dueños de la ciudad, se arroja en medio de sus filas, y recibe la muerte. *Era el* 23 *de Mayo de* 1453. La ciudad del gran Constantino desaparecía tras una duración de 1123 años. Cuarenta mil cristianos quedaron entre las ruinas; cincuenta mil fueron reducidos a esclavitud; otros pudieron escapar de sus feroces vencedores y huir a Italia, en chalupas venecianas, llevando consigo los preciosos despojos de la patria, manuscritos de autores griegos, sagrados y profanos, ricos tesoros de lo pasado, arrebatados a las llamas y a la ignorancia de los infieles. Grecia entraba en Roma con sus poetas, sus filósofos, sus artistas, sus sabios. El Oriente se transplantaba a Occidente. "¡Antes los turcos que el Papa!"—habían dicho los griegos después del Concilio de Florencia. Su insensato deseo quedaba cumplido; los turcos eran dueños de Constantinopla, y la catedral de Santa Sofía quedaba transformada en mezquita.

El poder musulmán había llegado a su apogeo. Mahometo II, orgulloso de su victoria, toma el fastuoso título de "Dueño y soberano de las dos partes del mundo." Su dominación se extiende por Europa sobre Rumanía, Macedonia, Grecia, Valaquia, Moldavia y Serbia. Arrebata las islas del Archipiélago a los venecianos, y sus lugartenientes llevan sus incursiones hasta la Italia meridional. Esto no obstante, no puede tomar a

Belgrado, defendida por Hunyade y un religioso franciscano, san Juan de Capistrano; también fracasa ante la isla de Rodas, en donde los caballeros de San Juan de Jerusalén, dirigidos por su gran maestro Pedro de Aubussón, le inflige pérdidas enormes. Los caballeros, que hacía cerca de dos siglos que conservaban la isla de Rodas, la perdieron en 1522, pero tan bien supieron defenderla que el sultán Solimán, viendo partir al gran maestre Villiers de l'Isle-Adam, exclamó: "¡Qué lástima tener que expulsar de su casa a tan bravo cristiano!" Carlos V les dió en 1530 la isla de Malta, que el gran maestre Juan de la Valette defendió con éxito contra un nuevo ataque de Solimán, en 1563. Los caballeros permanecen en Malta hasta 1798, sin dejar de combatir a los infieles por tierra y por mar, y tomando una parte gloriosa en todas las empresas dirigidas contra los enemigos del nombre cristiano. Desposeídos de sus dominios en 1798 por Bonaparte, dispersáronse los caballeros.

Por la toma de Constantinopla en 1453, el poder musulmán era incontrastable. Tenía en su mano la llave de Oriente, y devastaba el Occidente. Durante más de un siglo, fué el terror de la cristiandad. Pero muy pronto vino la decadencia, y el Imperio turco marcha a grandes pasos hacia su ruina definitiva, en la que le vemos hoy debatirse miserablemente. Porque ¿qué es en el día de hoy Turquía sino un cadáver en descomposición, que sólo vive por concesión de las potencias europeas, especialmente de Inglaterra y Rusia? Cien años después de la toma de Constantinopla empiezan a anunciarse los días malos para los turcos otomanos.

II. Decadencia del poder musulmán.

Esta decadencia tuvo lugar primeramente en el golfo de Lepanto en 1571, y bajo los muros de Viena en 1683.

El soberano más ilustre de Turquía lo fué sin contradición Solimán II el Magnífico, cuyo reinado se extendió de 1520 a 1566. Ilustróse a la vez por guerras en Europa, en Asia y en Africa y por grandes trabajos administrativos. Fué digno de parangonarse, si no les fué superior, con sus ilustres contemporáneos Carlos V y Francisco I, entre los cuales, por casualidad o por cálculo, mantuvo siempre un equilibrio saludable. Después de su reinado, empieza a declinar el poder turco con Selim II, cuya marina fué aniquilada en Lepanto. Ocupaba entonces Pío V el solio de san Pedro, al que ilustró con su ciencia y sus virtudes. Para rechazar a Selim II, se dirige a Venecia y a España, las cuales, junto con el Papa, equipan una armada formidable contra los turcos. Mandábala D. Juan de Austria, hijo de Carlos V, y se encontró con la otomana en el golfo de Lepanto, a la mitad del mar Jonio, entre Grecia y Morea. Era el 7 de Octubre de 1571. Los turcos perdieron en la batalla 600 cañones, 200 navíos y 30.000 hombres. El Papa recibió del cielo una revelación de este triunfo, y exclamó: "¡Demos gracias a Dios!" Al punto en todas las basílicas de Roma se entonó el *Te Deum* solemne, y la fiesta del Rosario fué instituída en memoria de aquella jornada durante la cual los vencedores imploraron a María, estrella del mar, cuya bandera blanca y azul flotaba por encima de sus pabellones.

Después de la batalla de Lepanto, la más grande librada después de la de Accio, la cual, a 25 leguas de

distancia, decidió, dieciséis siglos antes, el imperio del mundo, el papa Pío V rindió su hermosa alma a Dios, exclamando durante sus largos padecimientos: "¡ Señor, aumentad mis tormentos y mi paciencia!"

Por fin, la media luna retrocedió ante la cruz.

Otra derrota como la de Lepanto, y el poder musulmán quedaba aniquilado.

Sobieski abate los turcos ante Viena en 1683. La toma de Candía por los turcos mandados por Achmet, gran visir del sultán Mahometo IV, desoló a la cristiandad. Los venecianos viéronse obligados a abandonar aquella isla de Creta que poseían hacía cerca de quinientos años. El papa Clemente IX murió de dolor a la nueva de aquella derrota en 1669. Pero no tardó en llegar el día de un brillante desquite. Mahometo IV reinaba todavía, y dijo con insolencia: "Muy pronto mi caballo comerá la avena en el altar de San Pedro de Roma." Su visir Kara-Mustafá, sucesor de Achmet, se puso en marcha contra Austria en Abril de 1683. El papa Inocencio XI ordena oraciones públicas, y él mismo ora, vela, obra. Envía 100.000 escudos al emperador Leopoldo I, y otros cien mil al rey de Polonia Juan Sobieski, cuyo valor había salvado ya dos veces su reino.

El Papa hizo un llamamiento a la Francia cristiana; pero la razón política prevaleció sobre la razón religiosa: Luis XIV se calló, y Francia, por gloriosa que fuera, empezó a faltar a su vocación. Esto le acarreará desgracias.

Los turcos victoriosos de los austriacos, ponen sitio a Viena, la cual soportó en 45 días 18 asaltos. Las llamas devoraban conventos e iglesias; los barrios incendiados formaban un cinturón de fuego en torno de la ciudad desesperada. Todo parecía perdido, cuando

el gran Sobieski se acerca a la cabeza de 20.000 soldados, bravos y religiosos como él.

Era el 12 de Septiembre de 1683. El nuncio del Papa celebró la misa, que el rey ayudó con los brazos en cruz; luego armó caballero a su joven hijo al pie del altar.

El sol naciente vió las plegarias del cristiano; el sol poniente vió la victoria del héroe.

Sobieski hizo presente al Papa de las banderas cogidas al enemigo con estas célebres palabras: "¡ Llegué, vi, y Dios venció!" Julio César, olvidando al cielo, había dicho: "¡ Llegué, vi, y vencí!" Pero César pertenecía a las glorias de la Roma pagana, y Sobieski a las glorias de la Roma cristiana.

El poder musulmán quedaba aniquilado. A los diez siglos quedaba agotado, y la Iglesia, más joven y viva que nunca, inauguraba sobre las ruinas del islamismo sus nuevos e imperecederos destinos.

Así sea.

CONFERENCIA SEPTIMA

La Iglesia y Carlomagno

SEÑORES:

Hemos visto a la Iglesia frente a los bárbaros, luego frente a los musulmanes, y, adelantándonos al curso del tiempo, hemos estudiado las Cruzadas, y asistido al apogeo y decadencia del islamismo. Retrocedamos hoy y volvamos a reanudar la historia de los combates de la Iglesia en tiempo de Carlomagno.

Carlomagno es un hombre providencial, grande por las armas, por el genio y por la fe, elegido por Dios para reducir a la unidad las naciones apenas formadas de la nueva Europa. Este príncipe, cuya grandeza parece haber penetrado el nombre, llevó a su apogeo la gloria de la monarquía franca, y fué con Pepino el verdadero fundador de la soberanía pontificia. Triple gloria resplandece en la frente de Carlomagno e ilumina todas las páginas de su vida: la gloria de la espada, la gloria de las letras, la gloria de la fe.

I. Carlomagno es grande por el poder de sus armas.

Desciende de un padre, Pepino el Breve y de un abuelo, Carlos Martel, que forman con él una triple generación de hombres eminentes. Por una excepción de las reglas generales que no suelen tolerar la herencia del genio, vemos que en el trono de Francia se sientan sucesivamente tres hombres que se siguen por la generación y se parecen por la superioridad. Carlomagno, más grande que su padre y que su abuelo, hace su entrada en la historia, y le vemos reducir sucesivamente con su larga espada los lombardos, los musulmanes y los sajones.

En primer lugar, *los lombardos*. Vencidos y rechazados de Roma por Pepino, toman otra vez la ofensiva con su nuevo rey Didiero, se apoderan del exarcado de Ravena y se dirigen hacia la Ciudad Eterna. Carlomagno intima a Didiero a que restituya al soberano pontífice Adriano I los dominios de San Pedro, y como no recibiera satisfacción, pasa los Alpes, sitia a Didiero, le hace prisionero en Pavia y lo encierra en el monasterio de Corbia. Luego, habiendo colocado en sus sienes la corona de hierro de los lombardos, pasa de Italia a España, y vuelve sus armas

Contra *los musulmanes*. Conquista a los moros las marcas de España hasta el Ebro. Su campaña fué brillante, y su victoria completa. Pero a la vuelta de la expedición, la retaguardia de Carlomagno, mandada por su sobrino Roldán, fué destrozada en Roncesvalles (778). Aquella trágica catástrofe nada quitó a la obra civilizadora y libertadora de Carlomagno, ya que las marcas de España libertadas por el ejército franco, quedaron sustraídas al imperio de la media luna, y en

ellas vivió heroicamente una población enteramente cristiana, que formó más tarde el reino de Navarra, el condado de Barcelona y contribuyó un día a la expulsión de los moros. Por otra parte, Alfonso el Casto, rey de Asturias, aliado de Carlomagno, engrandecía sus Estados por el Occidente de la Península y rechazaba a los infieles hacia el sur de España. Gracias a tan enérgicos esfuerzos, Córdoba conservó una escuela católica, y la enseñanza de la fe continuó en la desgraciada España. Merced a la solicitud de Carlomagno y de Francia, la España católica preparaba en silencio sus gloriosos destinos, y el Evangelio permanecía vivo en aquella tierra en que debía, algunos siglos después, lanzar tan brillante resplandor.

Mientras que Carlomagno rechaza a los musulmanes hacia el sur, los nuevos bárbaros, *los sajones*, esforzábanse en quebrantar, en el norte, sus barreras. Durante treinta y tres años, el héroe franco tuvo que combatir a los sajones, cuatro veces vencidos y cuatro rebelados. En una primera expedición, destruyó la famosa estatua de Irminsul, dios germano de la guerra, pero excitados por su terrible jefe Vitikind, muéstranse los sajones intratables. Carlos apeló a la persuación. Vitikind acudió al llamamiento del rey, que lo esperaba en Attigny, en las Ardenas, donde tenía su corte. La majestad y bondad de Carlos desarmaron al feroz guerrero, que se sometió a tan gran príncipe. Hizo más. Durante su permanencia en Francia, examinó detenidamente la religión cristiana, y quedó embelesado de la belleza de sus dogmas, de su moral y de su culto; abjuró el paganismo y recibió el bautismo en la Iglesia de Attigny. Convirtióse así en aliado fiel de Carlomagno, y lo fué hasta su muerte. Carlomagno vencedor de los lombardos, de los musulmanes y de los

sajones, poseía la gloria militar, pero hay más y mejor que la espada.

II. Carlomagno es grande por su amor a las letras.

No quiso fundar su autoridad y su poder en la ignorancia de los pueblos, sino que, amante de la luz, trabajó por su difusión.

Rodeóse de sabios, a los que honró y alentó, de personajes eminentes, a los que llamó de todas partes, y así, vemos agrupados alrededor de él al italiano Pedro de Pisa, al lombardo Pablo Diácono, al franco Eginhardo, su secretario e historiador, y en primer término al anglo-sajón Alcuino, alma de su reino. Carlomagno, al elegirlo para maestro de sus hijos, le hizo olvidar a Inglaterra, y durante quince años, le dió sus vastos Estados para que en ellos fundara su escuela, llamada Escuela palatina. En ella, los discípulos eran reyes, príncipes, obispos, patriarcas, santos, y Carlomagno siempre el primero. El real discípulo aprendió de Alcuino retórica, dialéctica, astronomía, teología, latín, griego, hebreo y siriaco. El estudio de los Padres y de las Escrituras le era familiar. "¡Ah—exclamó un día,—si tuviera doce clérigos elocuentes y eruditos como Jerónimo y Agustín y santos y sabios como ellos!"—"¡Cómo!—le respondió Alcuino—El Creador de cielos y tierra no tuvo más que dos hombres de ese mérito, ¿y vos querríais tener doce?"

Al propio tiempo que amaba la ciencia para sí, se esforzaba en difundirla en torno suyo. Refiérese que, a la vuelta de una expedición militar, hizo que le presentaran el resultado de los trabajos ejecutados en su ausencia. Los niños pobres se llevaron la palma. "Continuad—les dijo—los estudios tan bien comenzados; ha

ced nuevos progresos; yo os daré después empleos y cargos. En cuanto a vosotros, nobles, afeminados, a los que el trabajo espanta, que languidecéis en la pereza y en la ignorancia, por el Rey del cielo, que hago bien poco caso de vuestra nobleza; si no reparáis cuanto antes vuestra negligencia, no contéis jamás con los favores de vuestro rey." Y al punto, uniendo la recompensa al elogio, escogió al más adelantado de aquellos pobres y jóvenes discípulos y lo hizo clérigo de su capilla imperial.

Abrió escuelas en todas partes. En su palacio estableció la Escuela palatina. Estimuló la fundación de Escuelas superiores en todos los obispados y monasterios. Más todavía: se adelantó en diez siglos a los modernos caballeros de la instrucción popular. Quiso para el pueblo, al lado de cada iglesia, una escuela primaria. en la que los sacerdotes debían enseñar gratuitamente lectura, escritura, gramática, cálculo y canto. Teodulfo, obispo de Orleáns, hízose célebre por sus capitulares relativas al establecimiento de escuelas parroquiales. Hoy en día, señores, hay masas de gentes que predican la cruzada contra la ignorancia, y hablan con tanta vanagloria de la ciencia y de la instrucción, que parecen ser los inventores de ella. ¡Ah, qué cándidos! No hacen más que ensayar lo que la Iglesia jamás cesó de hacer. ¿Llaman la luz? La Iglesia la difunde. ¿Quieren que sea gratuita? La Iglesia la da. ¿Piden maestros por millares y discípulos por millones? Hace mil años que la Iglesia, inspiradora de Carlomagno y de Teodulfo, fundaba en todas partes escuelas parroquiales. Sabios copistas hacían revivir las obras maestras de la antigüedad. Las célebres Escuelas de Reims, de Corbia, de Fulda rivalizaban en la enseñanza de las artes liberales. El inmenso imperio de Carlomagno veía florecer la

cultura intelectual en todos los grados, y el pueblo mismo recogía el beneficio de una instrucción tan completa como le permitía su condición.

Pero ¿qué sería un pueblo si, teniendo la gloria de la espada y la gloria de las letras, careciese de religión, es decir, de ideal, de moralidad, de dignidad? Carlomagno lo comprendió.

III. Carlomagno es grande por las obras de su fe.

Toda su vida podría resumirse así: propagar el Evangelio y defender a la Iglesia. Ante todas cosas, fué el misionero del Evangelio. ¿Qué es lo que quiere cuando lleva sus armas a Italia, a España, a Alemania, sino reducir a la impotencia a los enemigos de Jesucristo, y convertirlos? Es el servidor de la idea cristiana. Vencedor de los sajones, les da sacerdotes, e instituye ocho obispados en las provincias conquistadas. Lo mismo hace en Hungría. Por todas partes donde lleva sus armas victoriosas, sus conquistas son conquistas del Evangelio. El rey franco era un hombre tan inteligente como bravo, y no podía comprender que se tratase de civilizar un pueblo sin darle una creencia y un culto. En lo interior de su inmenso imperio, ¿qué es lo que hizo sino implantar, acreditar el Evangelio con sus célebres capitulares que tienen especialmente por objeto celebrar el domingo, combatir los vicios, reformar los abusos, santificar el cuerpo sacerdotal? Saludad, señores, en Carlomagno la obra religiosa y apostólica más elevada que las expediciones militares y la cultura intelectual. Saludad al misionero del Evangelio.

Y puesto que la suerte del Evangelio fué confiada aquí bajo a la guarda de Pedro y de sus sucesores, saludad en Carlomagno al defensor del Pontificado. Mer-

ced a Clodoveo, vencimos al arrianismo. Gracias a Carlos Martel, rechazamos el islamismo. Por medio de Carlomagno, dimos un trono al Pontificado y aseguramos su independencia territorial. Ya Pepino el Breve había comenzado esta obra. Carlomagno la acabó. Rechaza a los lombardos, y colocando su larga espada sobre la Ciudad Eterna, dijo: "¡Este punto ya no es del hombre; es de Dios, es de la Iglesia, es del Papa!" En adelante, el Soberano Pontífice tiene puesto indiscutible entre las jurisdicciones del mundo. El Papa no será ya ni súbdito independiente por el martirio, ni señor equívoco por el ascendiente moral, ni tutor del pueblo por la necesidad, sino que se convierte en soberano de un territorio suficientemente grande para la libertad, demasiado pequeño para la dominación. En verdad que hallaréis difícilmente en la historia un día más grande que aquel en el cual el vencedor de los sarracenos, de los sajones y de los lombardos, de rodillas sobre las gradas de San Pedro de Roma, con la diadema en la cabeza y la mano sobre el Evangelio, pronunció, a los pies del papa León III, que acababa de coronarle emperador, el siguiente juramento: "En el nombre de Jesucristo, ante Dios y el bienaventurado Pedro, juro y prometo que seré protector y defensor de la santa Iglesia romana, y le ayudaré con mi brazo, en cuanto sepa y pueda." Ocurría esto el 25 de Diciembre de 800. En esta fecha, única en la historia, quedó definitivamente fundada la cristiandad.

Saludad en Carlomagno la unión sincera y fecunda de la Iglesia y el Estado, del poder espiritual y del poder temporal, del Sacerdocio y del Imperio. De un lado, el papa León III, acompañado de obispos, sacerdotes y señores romanos y francos, pone sobre la cabeza inclinada del monarca una corona de oro y pedre-

ría; le da la unción santa, lo mismo que al príncipe Luis, su hijo; le proclama Emperador de Occidente, y puede decirse que devuelve a su defensor más que de él recibió. Porque todo el Occidente ratificó la obra del Soberano Pontífice y reconoció a Carlomagno por su jefe supremo. Los emperadores de Oriente, en vez de discutir el nombramiento, entraron en negociaciones con el nuevo elegido, y aun el califa de Bagdad Harum-al-Raschid solicitó la amistad de Carlomagno y le envió las llaves del Santo Sepulcro. Este es el primer título de protector secular de Francia de los Lugares Santos. Mas al propio tiempo que el Papa erige a Carlomagno el pedestal que le eleva a la cumbre de Europa y del mundo, el Emperador, por su parte, comprende la grandeza de su papel y acepta los deberes y responsabilidades que entraña. Pone en la mano desarmada del Papa su mano poderosa y leal, y le dice: "Sea la cátedra de Roma nuestra señora en las obras eclesiásticas." No era de los que quieren separar la Iglesia y el Estado; no creía que el clericalismo fuese el enemigo; por lo contrario, pensaba que la unión hace la fuerza, y que la paz vale más que la guerra. Los esplendores de su reinado muestran suficientemente que tenía razón, y que la alianza del Sacerdocio y del Imperio contribuye a la grandeza de las naciones, a la felicidad de los pueblos, no menos que a la autoridad de los pontífices y de los soberanos. Así fué constituída la Europa cristiana, con el Papa y el Emperador, estas dos mitades de Dios. El Papa ocupaba la cúspide de la jerarquía social; nombraba y consagraba al Emperador, lo asociaba a su obra y hacía de él en cierto modo el obispo externo. El emperador aceptaba y hacía suyas las leyes de la Iglesia, y este acuerdo de las dos potestades procuraba igualmente el respeto de la Iglesia y

del Estado, el mantenimiento y ejecución de las leyes, el bien común de los pueblos y de la sociedad. Después de la muerte de su amigo el papa Adriano, escribía Carlomagno estas conmovedoras palabras: "¡Lloro por ti, oh Pedro amadísimo! ¡Quiero unir sobre tu tumba nuestros nombres y nuestros títulos: Carlos y Adriano, yo el Rey, tú el Padre!" Desde Carlomagno, señores, hemos cambiado todo esto. ¿Hemos ganado mucho? Me permito dudarlo.

Carlomagno iba a morir. Se hizo administrar el santo viático por Hildeboldo, arzobispo de Colonia. Después, haciendo la señal de la cruz sobre su frente real, dijo: "¡Señor, en tus manos encomiendo mi espíritu!" Expiró apaciblemente el 28 de Enero de 814. Fué enterrado en Aquisgrán. Pocos hombres tuvieron una vida tan movida y gloriosa como Carlomagno; pero a todos os deseo, y ambiciono para mí, una muerte tan serena y tan cristiana. La vida, señores, se refleja en la muerte. ¡Vivamos para Dios, y nuestra muerte será la tarde de un hermoso día y la aurora de una primavera eterna!

Así sea.

CONFERENCIA OCTAVA

La Iglesia y el cisma griego

SEÑORES:

La Iglesia, después de tres siglos de persecución, había encontrado en su camino a Constantino el Grande. Los bárbaros invadieron después el Imperio romano, y tras los bárbaros, saquearon los musulmanes la Europa cristiana. Como la Iglesia hizo frente a tan formidable enemigo, tenía el derecho de reposar un poco. Encontró a Carlomagno, lo consagró emperador de Occidente, y se guareció tras esta brillante espada, dispuesta a la guarda de la cristiandad. Pero, durante aquel tiempo, ¿qué era del Oriente? ¡Ay! el Oriente estaba en plena decadencia. Vamos hoy a estudiar los orígenes, consumación y consecuencias del cisma griego.

I. Los orígenes del cisma griego.

La ruptura de la Iglesia griega con Roma, centro de

la unidad católica, no fué un acontecimiento súbito. Una larga preparación condujo gradualmente a esta catástrofe. Tras los hermosos días que oyeron a los Basilios y Crisóstomos, vemos que poco a poco descienden las tinieblas sobre aquella región famosa en que Dios colocó la cuna de la fe.

Los patriarcas y los emperadores de Constantinopla concurren juntos a esta obra nefasta. Juan el Ayunador, obispo de Constantinopla en 583, usurpa el título de patriarca ecuménico. Aunque los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén tenían sobre el de Constantinopla una antigüedad incomparable, los obispos de la ciudad imperial pretendían que su sede debía gozar de los mismos privilegios que la de la antigua Roma, y ser tan gran autoridad como ésta en los asuntos eclesiásticos, aunque ocupando el segundo puesto. Muy pronto el que se consideraba inferior al Papa, aspira a ser su igual. La corrupción ganó las almas muelles; la ambición se apoderó de las almas todavía fuertes; el Emperador hizo brillar a los ojos de los prelados las ventajas de la independencia espiritual, en tanto que los legistas del Bajo Imperio desarrollaban ante el jefe del Estado, con la flexible gravedad que distingue a los griegos, las teorías del poder absoluto, y daban al mismo príncipe la esperanza de reinar muy pronto lo mismo sobre las conciencias que sobre los bienes de sus súbditos. Arrogantes hasta el insulto con relación al Papa, porque el Papa estaba lejos y era débil; serviles hasta la abyección con relación al Emperador, porque el Emperador era fuerte y estaba cerca de ellos, aquellos teólogos miserables, siempre en rebelión contra la autoridad espiritual, siempre en adoración ante la autoridad temporal, intentaron desde el siglo IX romper la unidad de la Iglesia.

El patriarca Focio fué instrumento de esta primera tentativa de cisma (858). Un emperador indigno, Miguel el Beodo, ocupaba el trono dominado por un favorito astuto y sabio, pero bribón y disoluto, que era tío suyo y se llamaba Bardas. Un dignísimo obispo, Ignacio, era patriarca de Constantinopla. Tuvo el valor de negar a Bardas la comunión eclesiástica, por lo que fué expulsado de su sede, y Focio ocupó su puesto. "Era éste—dice Fleury—la mayor inteligencia y el hombre más sabio de su siglo, pero a la vez el más perfecto hipócrita, que obraba como criminal y hablaba como santo." Seis días bastaron para hacerle pasar del puesto de primer escudero del Emperador al de primer patriarca del Oriente. En vano el Papa Nicolás I protestó contra su intrusión y restableció en la sede de Constantinopla a su legítimo obispo Ignacio; Focio fué el dueño de la situación, y excomulgó al papa san Nicolás en un conciliábulo cuyas actas falsificó. Entre tanto, el emperador Miguel fué destronado y muerto por Basilio, el cual, apenas entronizado, apresuróse a deponer a Focio y restablecer a san Ignacio en su sede patriarcal. Reunióse en Constantinopla, convocado por el papa Adriano II, el octavo Concilio ecuménico, afirmó solemnemente la primacía de la Iglesia romana, y condenó el cisma de Focio. Mas no todo entró en orden, porque siete años después, a la muerte de san Ignacio, Focio recobró su influencia en la corte, y por su propia autoridad volvió a instalarse en la sede patriarcal. Por amor de la paz, el papa Juan VIII consintió en ratificar su elevación, pero allí terminó la Iglesia de Oriente. Focio comenzó sus astucias y sus invasiones; corrompió los legados de la Santa Sede, falsificó las letras pontificias, reunió bajo su presidencia un conciliábulo venal, rompió abiertamente con Roma, cuando Roma volvió

a condenarlo, y, por fin, depuesto por el nuevo emperador León el Filósofo, murió en el monasterio a donde fué desterrado en Armenia (891). El cisma griego quedaba iniciado. Veamos cómo se consumó.

II. Como se consumó el cisma griego.

Siguiendo el ejemplo de Focio, los obispos de Constantinopla se ponen a remolque y bajo la dependencia completa de los emperadores, y, se desligan cada vez más de la primacía romana, atribuyéndose una jurisdicción universal sobre todo el Oriente.

Dos siglos después de Focio, en 1054, Miguel Cerulario, al principio cerero, luego conspirador y después monje, sube al solio patriarcal, al cual no aporta más que su picardía y su ambición. Se niega a comunicarse con los legados pontificios, y es excomulgado por el papa León IX. Furioso Miguel Cerulario, convoca algunos obispos a un conciliábulo, y a su vez, excomulga a los legados del Papa y trata de borrar el nombre del Pontífice de los dípticos sagrados. Escribe a los otros patriarcas del Oriente y logra atraerlos a su causa. Desde entonces quedó consumado el cisma. Esto no obstante, una minoría de obispos y de cristianos fieles continuó en comunicación con la Santa Sede y formó la Iglesia griega unida. Los otros constituyeron la Iglesia griega dicha ortodoxa, pero llamada con mucha más exactitud cismática.

Tras aquella ruptura solemne, se hicieron varias tentativas para repararla. Por dos veces los representantes de la Iglesia griega reconocieron su error, y firmaron un pacto de unión y sumisión a la Iglesia romana, madre y señora de todas las Iglesias; pero ni el concilio de Lión, que aprobó la primera acta en 1274, ni el de Florencia, que redactó la segunda en 1439, pudieron devolver la gracia, la fuerza y la vida al pueblo separado.

El brazo de Dios pesaba visiblemente sobre una Iglesia cuyo orgullo, bajeza e hipocresía no reconocía límites. En 1451, el papa Nicolás V advirtió a los griegos que, si no volvían a la unidad, serían tratados muy pronto como la higuera estéril, cortados hasta la raíz y arrojados al fuego. Constantinopla nada quiso oir. Arrojaron a los diputados de la Iglesia romana, que fueron a ofrecer socorros contra los turcos, y llegaron a decir que "preferían el turbante de Mahoma a la tiara pontificia," según frase del hermano del Emperador... ¡Anhelo culpable, que muy pronto fué satisfecho! En efecto, el 29 de Mayo de 1453, el turbante de Mahometo II entraba en la segunda Roma, y aquí hay que ver en lo que se convierte un pueblo separado del centro de unidad.

III. Las consecuencias del cisma griego.

1.º *En Constantinopla bajo la férula del sultán.* La Iglesia griega había preferido el turbante a la tiara, y fué escuchada. Los sucesores de Mahoma dieron el cayado a los patriarcas de Constantinopla. ¡Oh infamia! ¡oh irrisión! ¡Pobre Iglesia griega, todo lo perdiste: tu poder, tus genios, tus santos! Estaba poblada de monasterios florecientes, y se redujo a la esterilidad; respiraba el aroma de las vírgenes, y exhala el mal olor de la corrupción; conoció la libertad de los hijos de Dios, y soporta todos los ultrajes de la más dura servidumbre. Pobre en ideas, más pobre todavía en hombres, no tiene más que mudas tradiciones. Su pasado la condena, su presente la deshonra, y la mirada cristia-

na, que procura penetrar lo por venir, se pregunta en qué se convertirá la cruz sobre aquellas ruinas movedizas, aquella cruz desmantelada, que apenas se indigna de verse protegida por las últimas sombras de un turbante envilecido... Cierto que era más fácil obedecer al sucesor de Pedro que a un César del Bajo Imperio, y sobre todo a un sultán, pero el cisma griego humilla la cabeza bajo esta dominación, y cuando los pontífices de la Iglesia griega no pueden entenderse sobre el dogma o la disciplina, el sultán abandona un momento su serrallo para explicarles el Evangelio y ponerlos de acuerdo. Y si el sultán está muy ocupado, encarga a un pachá que entienda en el asunto, el cual con frecuencia dirime los debates cristianos según los principios mahometanos; por ejemplo, la querella de griegos y armenios referente a la costumbre de mezclar el agua al vino del sacrificio; el turco, llamado a resolver, declaró que el vino era un brebaje impuro condenado por el Corán, y que las dos partes debían simplemente consagrar con agua. ¡Qué lamentable es esto! ¡La sucesión de san Juan Crisóstomo en mano de renegados degenerados, y los sucesores de los pontífices que hacían antes temblar a los emperadores, a los pies de un pachá turco! Al separarse de Roma, todo lo perdió el Oriente. Y ahora, elevémonos un poco hacia el norte, y contemplemos en otro teatro las consecuencias del cisma griego.

2.º *En Moscú bajo la férula del Zar.* Los rusos fueron convertidos a la fe cristiana en 987, en tiempos del duque Wladimiro, pagano feroz y sanguinario, suavizado y convertido por su mujer, la piadosa Ana, hermana del emperador griego, Basilio. Los ídolos fueron destruídos; toda la nación pidió el bautismo; conducidos

a la fe cristiana por sacerdotes griegos, los griegos permanecieron al principio unidos a la Iglesia romana. La Iglesia rusa es hija de la Iglesia de Oriente, pero su cuna estuvo unida a la cátedra de Pedro, y las bendiciones de los Papas protegieron los días de su juventud. Tuvo sus santos y sus mártires, y por largo tiempo y con justo título llevó el nombre de ortodoxa. En ella fué bautizada santa Olga; en ella predicó san Wladimiro; en Rusia encontraron asilo seguro contra los perseguidores, los legados enviados a Constantinopla para deponer el patriarca Miguel Cerulario; y cuando el concilio de Florencia decretó la unión de las Iglesias griega y latina, Isidoro, metropolitano de Moscú, suscribió las actas del Concilio, y guardó hasta el fin de su vida obediencia y fidelidad a la Santa Sede.

Pero a medida que fué creciendo Rusia, concibieron los zares el designio de poner bajo su yugo las conciencias de sus súbditos. Se desligan primeramente de la tutela de la Iglesia griega, y obtienen para Moscú la erección de un patriarcado sometido al de Constantinopla. Este débil lazo no tardó en romperse en 1660. El jefe de la Iglesia griega abandona todos sus derechos sobre Rusia, y el patriarca de Moscú, elegido por su clero, no dependió ya más que de sí mismo. Desde entonces los poderes religiosos son reunidos al pie del trono entre las manos de un solo hombre. Cuando en 1702, murió el undécimo patriarca, negóse el Zar a darle un sucesor. Este zar era Pedro el Grande. Llenó él la vacante, tomó una serie de disposiciones, redactó reglamentos sobre los asuntos eclesiásticos, y después de veinte años de interinidad, cuando el clero ruso, empezando a notar la esclavitud, volvió a pedir la institución del patriarcado, levantóse, golpeóse el pecho, y exclamó con voz amenazadora: "¡El

patriarca soy yo!" Fundó la Iglesia nacional, que sólo dependía de la autoridad imperial, abolió el patriarcado de Moscú, sustituyólo por un comité eclesiástico con el nombre de Santo Sínodo, y se atribuyó la suprema autoridad religiosa, después de dar a Rusia una liturgia en lengua nacional. Tal fué la Iglesia rusa ortodoxa.

Así, en la Iglesia cismática rusa, reina como dueña absoluta la servidumbre. Los obispos obedecen al Emperador. El sacerdote es venal. Los sacramentos están envilecidos. El celibato eclesiástico ya no existe. El espíritu apostólico ha desaparecido enteramente. Todo obedece a una espada, cuya empuñadura está en San Petersburgo, y cuya punta llega hasta el Bósforo.

He ahí el cisma griego en sus consecuencias más visibles y tangibles en Constantinopla y en San Petersburgo. He ahí en lo que se convierte un pueblo cuando se separa del centro de la unidad, de la Iglesia romana, madre y señora de todas las Iglesias.

Así sea.

CONFERENCIA NOVENA

La Iglesia y los emperadores de Alemania

1.º Gregorio VII (1073 a 1085)

Señores:

Cuando surca un navío el océano dando grandes bordadas, con sus puentes, sus mástiles, sus cordajes, sus banderas de colores nacionales, su tripulación y sus tesoros, parece que comunica la vida a las olas apacibles; lleva consigo un mundo que viaja, lleno de esperanza y de porvenir. Pero, si se levanta la tempestad, agita el mar y abre un abismo en las ondas, la hermosa nave se hunde y desaparece en las espumosas olas. Nada queda de su estela luminosa; todo se perdió, todo fué engullido y las ondas impulsan a las ondas. Esto ocurrió con la muerte de Carlomagno. Muere, y de los restos de su imperio se forman tres reinos: Francia, Alemania e Italia. Mientras el Oriente cae en el cisma de Focio y marcha a su ruina total bajo la presión de los musul-

manes, en Occidente todo declina. El Pontificado mismo es presa de las pasiones que agitan a Italia, y por primera vez vemos aparecer en la escena del mundo a Alemania con sus desmesuradas ambiciones. Entáblase la lucha, que durará tres siglos, entre el Sacerdocio y el Imperio, entre el Papa y los Emperadores de Alemania. Corría el siglo XI; tres nombres resumen los combates de la Iglesia en esta época: Otón, Gregorio VII y Enrique IV.

I. Otón.

Los siglos IX y X fueron épocas de decadencia. El siglo XI lo fué de elevación y resurrección. Grandes papas ocupan el solio de san Pedro: Silvestre II, francés, sabio y santo, san León IX, Gregorio VII y Urbano II. En Francia, la raza de los Carlovingios se extingue en la impotencia, y los Capetos llegan al poder. En España, el rey Fernando lucha contra los musulmanes, con el héroe Rodrigo, el Cid Campeador. En Inglaterra, Guillermo el Cosquistador pone su pie vencedor en las riberas exclamando: "¡Tierra, me perteneces!" Después, bajo los pliegues belicosos del estandarte que les dió el papa Alejandro II, lanzábanse orando los normandos al campo de batalla; la llanura de Hastings empapóse en sangre sajona, y el rey Haroldo, muerto en la batalla, fué enterrado frente al océano cuyas costas peligrosas parecía guardar. En Alemania, la dinastía de Otón ilustraba a la nación y preparaba a Alemania gloriosos destinos.

El papa Juan XII, presa de las facciones que se disputaban a Italia, llama en su auxilio a Otón, apellidado después el Grande, que había dado ya a la cristiandad pruebas de su valor con sus victorias sobre

los bárbaros y con su celo por la conversión de los mismos. Otón marcha triunfalmente y atraviesa a Alemania y a Italia, a las que une bajo su poderoso cetro. La península había encontrado un jefe, el Papa resucita en su favor el Imperio de Occidente, y le corona solemnemente emperador en 13 de Febrero de 962. El Imperio de Occidente, así restablecido en favor de Alemania, tomó el nombre de Sacro Imperio Romano. Debía ser el protector de la Santa Sede. Otón juró que nada emprendería contra la soberanía pontificia, ni ejercería jurisdicción en el gobierno de los Estados de la Santa Sede a menos de ser requerido a ello por el Papa. Desgraciadamente, no tardó en faltar a su palabra; sus sucesores heredaron su trono y su ambición, y la lucha más grande que el Pontificado ha tenido que sostener, provino precisamente del imperio que él mismo había fundado.

Suscítase un gran problema, que entraña por sí solo todos los destinos de Europa y del mundo. ¿Será vasalla la Iglesia de aquel mismo Imperio alemán que acaba de resucitar y que quiere oprimirla bajo el yugo del poder secular? O bien, resistiendo a la tiranía de los emperadores, manteniendo su independencia temporal; ¿conservará su plena y entera libertad en el ejercicio de su poder espiritual? Era esta una cuestión de vida o muerte. Porque, si el poder secular llegaba a triunfar en su obra de dominación, sería la ruina del cristianismo. Si, por lo contrario, la Iglesia continuaba dueña de sí misma en sus dominios, sería a la vez la seguridad de los tronos, la felicidad de los pueblos, la libertad del bien, en una palabra, el sostenimiento y prosperidad de la religión. La hora era solemne. Dios suscitó a

II. Gregorio VII.

Sin duda que habéis oído decir mucho mal de él. Yo me propongo deciros de él mucho bien. Permitidme que lo evoque del fondo de su gloria extinguida y os lo muestre tal como fué.

Su origen es muy humilde. La Iglesia, esta hermosa democracia, no teme en ir a buscar sus elegidos en los más bajos valles de la sociedad. No pregunta a sus ministros si nacieron en una tienda o en un palacio. Con tal que sean dignos de su misión y capaces de cumplirla, los toma de la mano y les confia los cargos más elevados. El monje Hildebrando nació en la humilde tienda de un carpintero de Saona, aldea de Toscana, y desde su más tierna infancia, anunció lo que debía ser y hacer un día. Jugando con trozos de madera, su mano inconsciente forma el texto de un salmo de David que presagia su destino: "Dominará de un mar a otro mar, hasta las extremidades de la tierra." Su cuna estaba llena de promesas

La preparación de su porvenir fué providencial. Los grandes hombres no se improvisan. Su poder está en razón directa de su preparación. Hildebrando desempeña bajo cinco Pontífices sucesivos las delicadas misiones de archidiácono, canciller y legado.

Durante veinte años es el amigo del Pontificado, el consejero de los papas, el preceptor de los reyes. Por fin sube al trono pontificio el 22 de Agosto de 1073. Señores, el gran peligro de los hombres que suben al poder, sea en la Iglesia, sea en el Estado, consiste en la dificultad que tienen de ver el mal para curarlo. Por un lado, se ven tentados a creer que todo va bien, lo que los dispensa del trabajo, de las innovaciones, de

las iniciativas laboriosas. Por otro, se ven generalmente rodeados de un respeto servil y mal entendido, que impide que la verdad llegue hasta ellos. ¿Qué hacen los hombres de gobierno, los que están realmente a la altura de su misión? Mirar virilmente la situación, y mirarla por sí mismos. Esto es lo que hizo Gregorio VII desde que recibió la tiara, ese fardo pesado, que es al propio tiempo una gloria y una muerte para las frentes que la ciñen.

Mira, y ve el doble mal que roe a la Iglesia y a la sociedad. Esta visión llena a su alma de dolor indecible. "¡Mi vida—escribe—no es más que una agonía continua!" Pero, dominando la situación desde la altura de su genio y de la austeridad de sus virtudes, se levanta y se pone a la obra. Malos sacerdotes y perversos príncipes se elevan contra él, pero él hace frente a la tormenta.

Primeramente, trabaja en la santificación del clero. Hoy, señores, con sólo mirar al mundo, podéis lamentaros de muchas cosas, y a veces, dominados por el desaliento, se os oye decir: "¡Todo va mal! ¡Decididamente, el mundo es malo!" Verdad es; pero, en medio de esta sociedad que se desploma o se transforma, ¿es que el clero, por su nivel intelectual y moral, no os parece a la altura de su misión? En conjunto, ¿es que los papas, los obispos y los sacerdotes, es que las Ordenes religiosas de este siglo no se os presentan con una figura digna de respeto y de confianza? Vuestro clero contemporáneo está intacto; pero en el siglo XI estaba atacado, estaba enfermo, tenía necesidad de una reforma, y Gregorio VII comprendió y llevó a feliz término esta reforma. Tal es su primer título de gloria.

Pero hizo más. Los desórdenes del clero procedían principalmente de su sujeción al poder civil. Grego-

rio VII ataca al mal en su raíz, y sostiene luchas homéricas por la libertad de la Iglesia. Casi en todas partes, en Occidente, y sobre todo en Alemania, los soberanos se arrogaban el derecho en nombrar a los obispos y a los abades, daban a prelados de su elección la investidura por el báculo y el anillo, y, sirviéndose de estos dos signos religiosos, el báculo y el anillo, para la investidura, dábanse aires de conferir por sí mismos el título y la jurisdicción espiritual. De aquí que los jefes de la Iglesia se convirtieran en obligados, en hechuras, en siervos del jefe del Estado. Esto era la esclavitud, y, por consiguiente, la ruina del clero, porque todo puede exigirse de un esclavo, todo, aun lo que va contra la conciencia. Gregorio VII veía el mal, y en un concilio reunido en Roma prohibe a todo prelado recibir la investidura de manos laícas. Al punto horrorosa tempestad se levanta y ruge contra el Pontificado.

III. Enrique IV.

Enrique IV de Alemania, entra en liza y va a medirse con Gregorio VII.

A pesar de la prohibición del Papa, Enrique IV concede investiduras y cae en los más deplorables abusos. La Iglesia y el Imperio quedan desolados por sus crímenes, sus violencias, sus desórdenes. Gregorio VII cita al culpable ante su tribunal para que se justifique. Enrique IV responde a esta citación celebrando un conciliábulo en el que se depone a Gregorio VII. El santo Pontífice lanza entonces el anatema contra Enrique IV de Alemania, y desliga a sus súbditos del juramento de fidelidad. Hombres de este siglo, cuando os queréis deshacer de un tirano, hacéis una revolución. Pero una revolución cuesta cara. Los pueblos de

la Edad Media tenían un medio más expedito y menos peligroso de suprimir tiranos. Hacían un llamamiento a la palabra del Papa; tenían en el Pontificado el árbitro que consolaba la conciencia pública. ¿Por qué? Porque las naciones cristianas de la Edad Media no estaban sometidas al príncipe más que en virtud de la misma ley que sometía al príncipe a la religión católica. Un rey excomulgado casi era un rey destronado. Enrique IV, espantado más que arrepentido, viendo que la soledad iba envolviendo su trono, y que la terrible sentencia empezaba a dar sus frutos, resolvió presentarse al Papa, que sin temor alguno se dirigía a Alemania. El encuentro tuvo lugar en los dominios de la condesa Matilde, en Lombardia, en el castillo de Canossa.

Hace unos quinientos años, señores, que en ese mismo imperio de Alemania, nuevamente resucitado, un poderoso ministro, Bismark, evocaba contra un papa desarmado el recuerdo de los acontecimientos que os refiero, y, en su orgullo hasta entonces triunfante, exclamó en pleno Parlamento: "¡Nosotros no iremos a Canossa!" Se engañaba. Casi al día siguiente de esta brutal salida, caía de las alturas del poder, y la monarquía prusiana se acercaba al Pontificado. Recordemos la escena de Canossa. De un lado, Gregorio VII, con sus ornamentos pontificales, ciñendo la tiara, sentado bajo el dosel de púrpura, en los vastos salones de la ciudadela; del otro, Enrique de Alemania, con su cortejo de señores laícos y de obispos excomulgados como él, todos en hábito de penitentes, con los pies desnudos, cubiertos de lana sus cuerpos, llamando como suplicantes en el recinto exterior de la fortaleza de Canossa. Tres días permaneció allí, bajo la ceniza y el ayuno, orando y prometiendo cambiar de alma, co-

mo cambió de vestido. Al cuarto día, el Papa dió la absolución al gran culpable. Durante la misa pontificia, Gregorio le interpela y le dice: "Nos hemos sido acusado por ti y por los de tu partido de haber usurpado la Santa Sede, de haberla conseguido por simonía, de habernos hecho culpables de crímenes que, según las leyes canónicas, nos harían incapaces de ejercer las sagradas funciones. Podría llamar en mi ayuda testigos que han conocido mi vida desde mi infancia; pero prefiero el testimonio de Dios al testimonio de los hombres: Apelo, pues, al juicio de Dios. Sea el Cuerpo de Jesucristo la prueba de mi inocencia ¡Sí, líbreme Dios de toda sospecha, si soy inocente; pero, si soy culpable, castígueme de muerte súbita!" El Papa parte la hostia, come la mitad de ella, y presenta la otra mitad al Emperador diciéndole: "Los príncipes de Alemania te acusan de crímenes enormes. Si eres inocente, come a tu vez esta mitad de la hostia; justifica tu vida con el testimonio de Dios. Los príncipes se reconciliarán así contigo, te será devuelto tu reino, y las guerras civiles se acabarán para siempre." El emperador retrocedió ante el sacrilegio, y despertando la voz del Pontífice un resto de fe en el fondo de su conciencia, no aceptó el juicio del cielo. Así acabó la gran escena de Canossa, una de las más características de la Edad Media. El castillo de Canossa recuerda la catedral de Milán; Gregorio VII recuerda a Ambrosio, Enrique IV a Teodosio el Grande, pero con la enorme diferencia de que el arrepentimiento de Teodosio fué el de un héroe, y el de Enrique IV el de un bribón. Su sumisión no era más que una mentira, una mancha más en su frente real.

Al salir de la fortaleza, meditaba Enrique una venganza espantosa. Ataca a Rodolfo de Suabia, a quien

los príncipes alemanes habían proclamado en su lugar como rey legítimo de Germania, y lo vence. Somete de nuevo a Alemania, hace nombrar un antipapa en la persona de Guiberto, arzobispo de Ravena, y marcha sobre Roma. Gregorio VII no debe su salvación y libertad más que a Roberto Guiscardo y a sus normandos, que saquean la Ciudad Eterna. El papa, fugitivo, quebrantado de la lucha, muere en Salerno, pronunciando estas últimas palabras que resumen su pontificado. "He amado la justicia y aborrecido la iniquidad; por eso muero en el destierro."—"No hay destierro para Vos—respondió al ilustre moribundo uno de sus cardenales.—Dios os ha dejado en herencia todas las naciones, y el mundo entero por reino." Decía la verdad. Gregorio VII es grande. La historia lo considera como un hombre cuyo inmenso genio supo apreciar su siglo, conducirlo y dominarlo. Poco tiempo después, Enrique era vencido y depuesto en la dieta de Maguncia. Rebelde para con el Padre común de los fieles, fué castigado y perseguido como padre por sus propios hijos Conrado y Enrique, y se vió obligado a solicitar contra sus hijos la protección de aquel mismo poder pontificio que por tanto tiempo había desconocido. Enrique de Alemania moribundo imploraba a Roma. ¡Hildebrando quedaba vengado!

Y después de él, vióse cumplido todo lo que él había emprendido o inspirado. El clero recobra su pureza con su independencia, desaparece la simonía, el Imperio renuncia a las investiduras, empiezan las Cruzadas, y un espíritu nuevo anima y rejuvenece al cristianismo.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMA

La Iglesia y los emperadores de Alemania

2.º Alejandro III (1159 a 1181)

Señores:

La lucha del Sacerdocio y del Imperio es un verdadero drama. Hemos estudiado su primer acto. Continuemos hoy tan interesante y apasionado asunto, y presentemos en escena nuevos actores: el papa Alejandro III, Federico Barbaroja de Alemania, Enrique II de Inglaterra. El admirable pontífice Alejandro III no obra solamente en Alemania, sino que despliega también su actividad en Inglaterra contra Enrique II, y en Roma en el concilio de Letrán. Sigámosle en estos tres escenarios.

I. El papa Alejandro III y Federico Barbaroja.

Federico Barbaroja personifica perfectamente el ce-

sarismo alemán. Antes habla como Atila que como emperador cristiano, y obra como habla. Es el terror de los grandes vasallos de Alemania y de Italia; toma ciudades por hambre; impone su yugo lo mismo a obispos que a laicos, a ricos que a pobres; se adjudica ducados, condados, marquesados, consulados, monedas, impuestos, molinos, pesca, puertos, ríos, en fin todo lo que entonces se llamaban derechos de regalía. No era un rey, sino un bandido coronado. Desde lo alto de sus torres y torrecillas almenadas, personificaba, en el corazón de la vieja Alemania, el déspota de la Edad Media. Toda la soberanía feudal residía en él, y soñaba con la dominación universal.

Roma era un obstáculo a la ejecución de sus designios, por lo que resolvió descargar sobre Roma los primeros golpes. Adriano IV, inglés de origen, ocupaba entonces el trono de san Pedro. Federico Barbaroja fué vencido por la firmeza de Adriano IV. Vióse al soberbio monarca tener el estribo del Papa para montar a caballo, y marchar, en esta humilde actitud, el espacio de un tiro de piedra, según la costumbre de la época, homenaje de respeto filial que los Otón y los Carlomagno no habían negado al sucesor de los Apóstoles. Pero Adriano IV sólo reinó cinco años, y tan pronto como se vió libre de tan poderoso rival, puso en ejecución Federico Barbaroja sus despóticos designios.

Hízose proclamar en la dieta de Rocaglia único dominador del mundo, y en lugar de Adriano IV, hace nombrar un antipapa, Víctor IV. El papa legítimamente elegido, Alejandro III, salió para el destierro. Tuvo que huir, pero como verdadero triunfador. Francia le abrió sus puertas; entró por ellas al sonido de las campanas echadas a vuelo, y ¡espectáculo conmovedor!

vióse a los reyes de Francia e Inglaterra llevar humildemente las bridas del caballo que lo llevaba al destierro. Durante este viaje echó Alejandro III los fundamentos de Nuestra Señora de París.

El pontífice desterrado logró que Francia, Inglaterra y España abrazaran su causa, y constituye en Italia la liga de las ciudades lombardas, contra la dominación alemana. Pero Federico Barbaroja se apodera de Roma, incendia la basílica de los Santos Apóstoles, pone sitio a Alejandría, y sufre la derrota de Lignano. Obligado a huir a Borgoña, pidió la paz y la obtuvo por el tratado de Venecia. El Emperador confesaba sus injusticias contra la Santa Sede, reconocía a Alejandro III como papa legítimo, y renunciaba, tras quince años de lucha, a la posesión de los bienes que la condesa Matilde había legado a la Iglesia. Roma volvía a conquistar su independencia, y su libertad Italia. Federico Barbaroja, abjurando sus errores, arrojando su manto real sobre las rodillas de Alejandro III, prosternándose en el polvo y besando los pies del sucesor de San Pedro, representaba el triunfo del derecho sobre la fuerza, la exaltación del Pontificado, la libertad del sacerdocio.

Alejandro III había vencido al más terrible de los emperadores de Alemania, a tres antipapas, los cismas, los ejércitos. Italia lo había proclamado el defensor de sus libertades, y los lombardos habían construído, para que les sirviera de fortaleza, una ciudad llamada Alejandría, del nombre de su protector. Venecia, su hija amadísima, que había compartido sus peligros y tomado parte en sus triunfos, recibió muestras de su favor paternal; la célebre fiesta del matrimonio del dux con el Adriático data de este pontificado, que dió y bendijo el anillo de oro arrojado al mar por

aquel magistrado. A su paso resuenan las trompetas de plata; despliégase sobre su cabeza el parasol de seda, son llevados delante de él los cojines de terciopelo y los cirios blancos, y la muchedumbre aplaude esta ceremonia anual.

Pero Alejandro III no sólo afirmó su poder en Italia y Alemania. Veámosle en otro escenario.

II. El papa Alejandro III y Enrique II de Inglaterra.

En Inglaterra, Guillermo el Conquistador había inaugurado un régimen de opresión y entablado la lucha del imperio contra el sacerdocio.

Guillermo el Rojo, siguiendo sus pasos, había tiranizado a la Iglesia y dilapidado sus bienes.

Enrique I midióse con el enérgico san Anselmo, y la querella terminó con un concordato.

Enrique II reanudó el ataque con más ardor y crueldad. El canciller Tomás Becket, arzobispo de Cantobery, tomó enérgicamente contra el príncipe la defensa de los intereses y derechos de la Iglesia, y pagó primeramente con el destierro, y luego con su sangre, su valerosa resistencia.

Enrique II hizo votar los Estatutos de Clarendon que aseguraban la esclavitud de la Iglesia, la ruina de la disciplina eclesiástica y el deshonor del clero. Las elecciones de los dignatarios quedaban subordinadas al capricho real, y ni feudatarios ni príncipes podían ser excomulgados sin el permiso real. El martirio del virtuoso Tomás Becket sublevó la indignación de Europa. Agobiado por los remordimientos, Enrique II retiró los Artículos de Clerendon y aceptó la penitencia que le impuso Alejandro III. En la abadía de Savigny, cerca de Avranches, se avistó con los legados

del Papa, y con la mano en los santos Evangelios, profirió este juramento: "Yo y el rey, mi hijo primogénito, juramos que recibiremos y tendremos el reino de Inglaterra del señor papa Alejandro y de sus sucesores católicos, y que nos y nuestros sucesores a perpetuidad no nos reputaremos como reyes de Inglaterra sino en cuanto nos mantengamos reyes católicos." Recibió de rodillas la absolución, y luego fué en peregrinación a la tumba de su víctima Tomás Becket. Llegó a las puertas de Cantorbery, descendió del caballo, vistióse un hábito de peregrino, y entró con los pies descalzos en la ciudad, por un suelo lleno de guijarros y lodo. Las huellas de sus pasos quedaron teñidas de sangre. Entró luego en la catedral, descendió a la iglesia subterránea y se arrojó sobre la tumba del mártir. Tomás Becket quedaba vengado (1).

Así fueron abatidos por la derrota y por el arrepentimiento los dos formidables enemigos de la Iglesia, Federico Barbaroja y Enrique II. Alejandro III mereció bien de la Iglesia. Nos resta verle en el tercer escenario.

III. El papa Alejandro III y el tercer concilio de Letrán.

Para remediar los males de la Iglesia, reunió Alejandro III un concilio enumérico en la basílica de Letrán. Es el undécimo concilio general. Congregáronse allí 300 obispos, de los cuales 19 eran de España, 6 de Irlanda, 1 de Escocia, 7 de Inglaterra, 17 de

(1) La magnitud del crimen cometido por Enrique, ordenando el asesinato del arzobispo al pie de los altares, y las terribles y largas penitencias que era costumbre imponer en aquella época, justifican el rigor de la impuesta al rey de Inglaterra, lo mismo que al emperador de Alemania Enrique IV (N. del T.)

Alemania, 8 de las diócesis latinas de Oriente, entre los cuales era el más ilustre de todos Guillermo, arzobispo de Tiro, y finalmente, 52 franceses.

El Concilio celebró tres sesiones: la primera el 5, la segunda el 14 y la tercera el 19 de Marzo de 1179. El Soberano Pontífice sentóse en un sitio elevado, con los cardenales, los sacerdotes, los prefectos, los senadores y los cónsules de Roma. La importancia de este Concilio fué considerable.

1.º Su primer fin consistía en la extinción del cisma. La verdadera causa de los cismas, entonces muy frecuentes, consistía en la ingerencia de los emperadores de Alemania en la elección de los Pontífices romanos. Para remediar este abuso, el papa Nicolás II encomendó a los cardenales la elección del papa. El Concilio completó esta legislación redactando el reglamento del cónclave. Estipuló que el elegido debía obtener los dos tercios de votos. Gregorio X, en el segundo de Lión de 1274, acabó esta reglamentación decretando que los cardenales se reunirían en el palacio de los papas, y quedarían aislados entre sí; tomó medidas para apresurar las elecciones, y declaró nulas todas las elecciones que se hicieran sin la más completa libertad. Este modo de elección, un momento revocado, pero restablecido y confirmado por el Concilio general de Viena, rige todavía.

2.º El segundo fin del Concilio de Letrán fué la condenación de los herejes del mediodía de Francia, los valdenses y los albigenses. Ordenó a todos los fieles que se opusieran a las devastaciones de aquellos peligrosos sectarios y protegieran con las armas al pueblo cristiano. El Papa concedió la misma indulgencia que

a los cruzados a todos los que murieran en esta guerra santa.

3.° El tercer fin del Concilio fué el restablecimiento de la disciplina eclesiástica. Fijó la edad de treinta años por lo menos para los obispos, de veinticinco por lo menos para las dignidades inferiores y el ministerio parroquial. Recordó al clero los deberes tan graves de la ciencia de la predicación, de la verdadera vida eclesiástica, y redujo a los religiosos a las reglas de sus Institutos.

Para ejecutar los decretos del Concilio contra los albigenses, Enrique, abad de Claraval, creado cardenal legado, fué encargado de organizar la primera expedición contra los sectarios. La represión fué enérgica, y cierto número de herejes abjuraron sus errores.

Aquel mismo año murió Alejandro III. Su sucesor, Lucio III, en un concilio celebrado en Verona, publicó la constitución que ordenaba a los obispos buscar los herejes y entregados al brazo secular: tal fué el origen de la Inquisición (1184).

Alejandro III reinó durante veintidós años, y fué un pontífice tan completo que el mismo Voltaire escribió a la cabeza de un capítulo de su *Historia*: "Hermosa conducta del papa Alejandro III, vencedor del Emperador por la política, y bienhechor del género humano." (*Essai sur l'histoire générale, cap. XLIV.*) Puede resumirse toda la historia de Alejandro III y hacer todo su elogio en dos palabras: continuó dignamente la obra de Gregorio VII y preparó noblemente la obra de Inocencio III. Fué un gran papa entre dos grandes papas. No es pequeña gloria.

Así sea.

CONFERENCIA UNDECIMA

La Iglesia y los emperadores Alemanes

3.° INOCENCIO III (1198 a 1216)

SEÑORES:

La lucha entre el Sacerdocio y el Imperio, entre la Iglesia y los Césares alemanes duró casi tres siglos. Vimos su principio estudiando la gran figura de Gregorio VII, y su continuación en la historia de Alejandro III. Vamos hoy a asistir al desenlace de este drama exponiendo algunos hechos de la vida gloriosa y movida del papa Inocencio III.

Un historiador protestante, Hurter, se puso, hace ya treinta años, a estudiar la historia de Inocencio III. Esperaba encontrar en este papa de la Edad Media, todas las atrocidades atribuídas al Pontificado por los falsificadores de la verdad histórica. ¡Cuál no fué su asombro cuando, al examinar los archivos más auténticos, creyendo encontrarse con un monstruo, hallóse de repente en presencia de un santo y de un genio! De

tal modo quedó sobrecogido e iluminado por tan hermosa figura, que se convirtió al catolicismo, y escribió una *Historia de Inocencio III*, que es la glorificación más elocuente del pontificado y de la Iglesia en la Edad Media. En efecto, señores, el pontificado de Inocencio III, es una página gloriosa y subyugadora.

Era ya cardenal a los veintinueve años, y papa a los treinta y cinco. Era un sabio consumado, dotado de valor heroico, adornado de todas las virtudes que hacen a los santos. Su reinado es un prodigio de actividad. Somete la Europa cristiana a la dirección tutelar de la Iglesia. "El pontificado—escribe a Otón, emperador de Alemania—domina a la realeza: ésta no tiene poder más que en la tierra; aquélla lo tiene en el cielo y en las almas." En una palabra, por sus virtudes y sus obras, renueva a Gregorio VII y figura como dueño y señor en todos los grandes acontecimientos de su época.

I. En primer lugar, unas palabras sobre su caridad.

Antes de ver cómo se hizo temer, veamos cómo se hizo amar. El día de su entronización, arrojó al pueblo cuatrocientos mil escudos. En una época de hambre, alimentó hasta ocho mil indigentes por día bajo los pórticos de su palacio; abrió asilos a todas las miserias; adelantóse en cinco siglos a las instituciones de san Vicente de Paúl; erigió en Roma y dotó magníficamente una casa de refugio para los niños abandonados; como san Luis hacía justicia bajo la encina de Vincennes, acoge en su tribunal paternal, no sólo a los italianos, sino también a los pueblos y príncipes de todos los Estados, y vióse un día que cuarenta mil extranjeros esperaban en torno suyo, en Viterbo, la audiencia pontificia. Servía él mismo a los pobres en su mesa; vendió para socorrerlos su vagilla de plata; con su boca, que hacía temblar a los reyes, instruía a los niños sin amparo; con su pluma, habituada a gobernar el mundo, trazó las sublimes y conmovedoras oraciones *Venit sancte Spiritus* y *Stabat Mater*; manejó al mismo tiempo la doble palanca de una inmensa caridad y de una firme política.

II. Su acción es universal.

Lanza una mirada de águila al mundo, y su genio dominador entra al punto en actividad.

El Oriente era presa de los furores y victorias de los musulmanes. Hizo un llamamiento a la cristiandad y organiza la cuarta cruzada.

En España, obliga a los reyes de Aragón, Castilla y Navarra a guardar las leyes sagradas del matrimonio, y prohibe las alianzas con los musulmanes, los une contra éstos y, guiados por el Papa, obtienen sobre los moros la célebre victoria de las Navas de Tolosa, golpe terrible para el poder musulmán.

El rey de Inglaterra, Juan sin Tierra, deshonra el trono con sus desórdenes, y hace pesar sobre la Iglesia su detestable tiranía. Inocencio III lanza el interdicto sobre el reino, excomulga al Rey, desliga a sus súbditos del juramento de fidelidad y pronuncia su deposición. Los ingleses piden otro príncipe, y eligen a Luis, hijo de Felipe Augusto. Líbrase entonces la famosa batalla de Bouvines, en la que fueron aplastados, entre otros, Juan sin Tierra y Otón IV... batalla memorable, que prueba, a los ojos de Europa, que el rey de Francia sabía vencer a sus enemigos como había sabido vencer a su propio corazón.

Felipe Augusto, rey de Francia, habíase casado con

Inés de Merania, en vida de Ingeburga, su legítima esposa. Inocencio III advierte, conjura, amenaza, y, por fin, excomulga al monarca, y lanza su interdicto sobre el reino. Felipe Augusto se somete y llama a Ingeburga. ¿Qué decís, señores, de esta intrepidez de la Iglesia defendiendo la santidad del matrimonio contra la pasión omnipotente de los príncipes? ¿No es esto hermoso? La Iglesia no tiene dos pesos y dos medidas; no tiene más que un solo y mismo Evangelio, y hace que pese sobre todas las cabezas, sobre la cabeza de los pueblos y sobre la cabeza de los reyes. Habla el Papa, y Felipe Augusto no lo hará vacilar ni siquiera al precio de una cruzada; hay que volver a unirse a Ingeburga, y despedir a Inés de Merania. Aun cuando las luchas del Sacerdocio y del Imperio, emprendidas con tanto valor, sostenidas con tanta perseverancia, terminadas con tanto honor, no hubieran tenido más que el resultado de salvar el contrato del matrimonio, de hacer prevalecer la ley divina sobre las pasiones humanas, de vengar el honor del derecho contra las brutalidades de la fuerza, ¿es que no sería ya un magnífico resultado? ¿es que no son dignos de admiración y de bendición los grandes papas de la Edad Media que opusieron a la licencia real una resistencia heroica? Por otra parte, Inocencio III lucha por el dogma no menos que por la moral, y salva al Evangelio entero.

III. La represión de la herejía le ocupa tanto como la represión del vicio.

Al propio tiempo que reduce a Felipe Augusto a la obediencia, dirige la evangelización y represión de los albigenses, que devastaban el mediodía de Francia. Les envía una legión de apóstoles, conducidos por el ilustre

santo Domingo, y aquellos hombres apostólicos combaten el error con las únicas armas de la palabra, de la caridad y de la oración. Sí, diréis, Inocencio III envió apóstoles a los albigenses para combatirlos por la persuasión; pero ¿no les envió también ejércitos para combatirlos por la fuerza? Verdad es. He leído, como vosotros, en la historia que 60.000 hombres dirigidos por Simón de Montfort, ardiente católico y valeroso capitán, consiguieron sobre los albigenses la célebre victoria de Muret, y que hubo de una y otra parte excesos y represalias que nada puede justificar. Pero: 1.° esos excesos y represalias, que desgraciadamente acompañan a todas las guerras civiles, fueron condenados por Inocencio III; y 2.° los católicos, marchando a la batalla contra las bandas albigenses, estaban en el caso de legítima defensa. Los albigenses eran a la vez herejes y anarquistas; al propio tiempo que atacaban al dogma, trastornaban la sociedad y llevaban a todas partes la desolación y la ruina. Pues bien, si vosotros, hombres razonables y pacíficos de este siglo, tenéis el derecho de defenderos de los enemigos de la sociedad, ¿por qué vuestros padres de los siglos XII y XIII no habían de tener el derecho de defenderse de los albigenses, que eran los anarquistas de aquel tiempo? Yo creo que si los anarquistas quisieran hacer saltar vuestras casas, os parecería excelente que la ley y la policía os protegieran, y, confesadlo, si hubierais vivido en tiempo de Inocencio III, con gusto os hubierais apoyado en el Pontificado para reprimir, castigar y reducir a la impotencia a los albigenses. Señores, nuestros padres tenían sus debilidades y sus vicios, pero tenían, por lo menos, el valor de no temblar ante los malos y defenderse contra el mal, y por ello merecen nuestra admiración y reconocimiento. ¡Gloria

a Inocencio III, que vió con ojo seguro las necesidades de su tiempo, y empleó su poderoso genio en mantener las leyes sagradas de la moral y de la religión en España, en Inglaterra, en Francia y en toda la cristiandad!

IV. Preside el cuarto Concilio de Letrán en 1215.

Si tuviera tiempo, os lo mostraría concentrado en esta asamblea ecuménica todas las fuerzas del catolicismo y dando un poderoso empuje a la vida cristiana universal. Agrupa en torno de su persona más de 500 metropolitanos y obispos, 800 abades o priores de monasterios, y los embajadores de los soberanos católicos de Europa. En ella se trataron los asuntos del Oriente, en ella fueron condenadas las herejías, en ella se decretaron cánones disciplinares de la más alta importancia, y, en particular, el relativo a la confesión anual y a la comunión pascual. Ignorantes o gentes de mala fe han sostenido que de este decreto del cuarto Concilio de Letrán data la institución de la confesión auricular. Veréis que tan ridícula afirmación se arrastra por novelas históricas, y en verdad que es esto tan estúpido y tan contrario a la realidad, que no me siento con valor para refutarlo. Es de toda evidencia que el cuarto Concilio de Letrán no instituye la confesión, sino que la supone existente y reglamenta su uso.

Veamos ahora.

El triunfo definitivo del Sacerdocio sobre el Imperio. El gran peligro para la Iglesia en aquella época estaba en Alemania, en la ambición de los emperadores germánicos, que aspiraban a poner el poder espiritual bajo la tutela del poder civil. Inocencio III, que gobernaba al mundo con tanta sabiduría y firmeza, no podía dejar de intervenir en los asuntos de Alemania, y, de hecho, intervino en ellos varias veces. Poco antes de su muerte, dió el santo Imperio a Federico II. ¿Quién era Federico II?

Fué el más detestable de los déspotas. Ambicioso e inmoral sin medida, y además, incrédulo y pérfido. Engañó en todas partes y siempre, burlóse indignamente de los papas, violó todos sus juramentos, y, como él mismo escribe desvergonzadamente, fué musulmán de espíritu y corazón. Vió de cerca las costumbres de los turcos; los envidió, y de su garganta imperial, dejó escapar un grito que lo pinta de cuerpo entero: "¡Ah Saladino, qué dichoso es! ¡No tiene un papa que le impida hacer lo que quiera!" Señores, he ahí por qué tiene el papa tantos enemigos. Con su palabra condena los desórdenes y humilla a los tiranos. Federico II es el hombre de la tiranía y del desorden. ¿Cómo queréis que se entendiera con el Pontificado? Así, durante treinta años, luchó contra cuatro distintos pontífices. Gregorio IX murió de dolor al comprobar los desórdenes, las exacciones, las violencias del cesarismo alemán. Pero he ahí a Inocencio IV (1243-1254) que va a reducir al insolente Emperador. Federico, que ya había sitiado a tres papas en el castillo de Santángelo, se apresta a estrechar y esclavizar al nuevo Pontífice. Pero Inocencio IV se evade, se refugia en Francia, llega a Lión, convoca un concilio universal y depone al Emperador con el asentimiento unánime de toda la república cristiana. En vano se debate durante cinco años el culpable contra los efectos inevitables de la terrible sentencia. Dios lo castiga en su persona, en sus cómplices, en su raza. Su imperio, que sus antepasados poseyeron durante dos siglos, después de ser, durante el

interregno de veintitrés años, objeto de todas las ambiciones, pasa, finalmente, a otra familia, a la familia de Habsburgo, que da origen a la ilustre casa de Austria. Los reinos y las provincias que había adquirido al precio de tanta sangre y tantas lágrimas, considerados en adelante como sucesiones vacantes, recobran su independencia, o eligen otros dueños. Italia respira. El mundo está salvado. El Pontificado, victorioso de todos los ataques, por la sola fuerza moral triunfa de las pretensiones del imperio de Alemania.

¡Saludad, señores esta gran victoria! Apoyada en la fe de los pueblos, la Iglesia venció a sus más poderosos enemigos. Y lo que hizo en lo pasado, ¿por qué no había de hacerlo en lo por venir? "¡La Iglesia—dice Pablo Bert—es una eterna machacona!" Aceptamos el epíteto. Sí, somos perpetuos machacones: no vayáis a creer que el mundo se va a escapar de la Iglesia. La Iglesia no ha terminado su obra. Siempre vuelve a comenzarla, y bajo otra forma, encontrará mañana las victorias de ayer.

Así sea.

CONFERENCIA DUODECIMA

La Iglesia y San Luis

SEÑORES:

Después de haber asistido a las luchas del Sacerdocio y del Imperio; después de haber comprobado el triunfo del Pontificado sobre el cesarismo alemán, volvamos a Francia y posemos nuestras miradas en Luis IX, un gran rey y un gran santo. Su reinado duró casi medio siglo, cuarenta y cuatro años, de 1226 a 1270. Servidor de la Iglesia, sargento de Dios, como se llamaba a sí mismo, Luis IX aparece en la historia como el ideal de la realeza cristiana. Estudiemos en él al guerrero, al legislador, al hombre, al santo.

I. El hijo.

Los grandes hombres, dice Bossuet, se forman en las rodillas de su madre. ¡Feliz el niño que halla cerca de su cama una madre virtuosa y tierna! Jamás será en-

teramente malo. De ella recibirá sus primeras impresiones, sus primeros gustos, y, por consiguiente, sus hábitos con frecuencia definitivos; y cuando, más tarde, se vea tentado de descarriarse, el solo recuerdo de su madre le detendrá al borde del precipicio y le impulsará al bien. La madre de Luis IX, Blanca de Castilla (1), tenía un alma grande, animosa y cristiana; dió excelentes maestros a sus hijos y los hizo educar cristianamente en el temor de Dios. "Hijo mío—decía ella al joven rey,—bien sabes cuánto te quiero, pero preferiría verte morir, que culpable de un pecado mortal." Hay aquí mujeres, esposas, madres. A ellas dedico las palabras de Blanca de Castilla, y les pido que se parezcan a esta piadosa reina y comprendan como ella las grandezas y deberes de su maternidad. Por otra parte, y esto también es una lección, la piedad de Blanca de Castilla no le hacía olvidar en modo alguno sus deberes de estado. Era madre, y al propio tiempo regente. Contuvo, pues, con firmeza a los señores descontentos que hubieran querido oponerse a la consagración de su hijo. Sorprendida por sus tropas en el camino de Orleáns, refugióse en la torre de Montlery, y llamó en su auxilio a los burgueses de París, que acudieron armados a libertarla. Enseñaba así a su joven hijo a cumplir con su deber y a defender su derecho, y también la piedad que hace al cristiano, y el valor que hace al héroe. Admiremos los frutos de esta educación.

(1) Era hija de Alfonso VIII, el vencedor de las Navas de Tolosa, y de Leonor de Inglaterra, hija de Enrique II Plantagenet. Hermana de Berenguela, reina de León y madre de San Fernando, sus hijos, primos hermanos fueron dos grandes reyes y dos grandes santos (N. del T.)

II. El guerrero.

Luis IX, educado por una piadosa y viril cristiana, puso su espada al servicio de la justicia, del honor y del derecho. Rey de Francia, y rey cristianísimo, hizo la guerra en provecho de la patria y en provecho de la Iglesia.

Los ingleses ocupaban indebidamente algunas de nuestras provincias más hermosas. Luis IX los derrotó en el puente de Taillebourg, los persiguió hasta Saintes, y los hubiera expulsado enteramente del territorio, si la enfermedad no le hubiera obligado a volver a sus Estados. Durante esta enfermedad hizo el voto de ir a combatir a los musulmanes.

Emprende la séptima cruzada, desembarca en Damieta, destroza el ejército turco, y marcha sobre el Cairo. Prisionero de los turcos, asombra a sus enemigos con su grandeza de alma, y tras cuatro años de permanencia en los Lugares Santos, vuelve a Francia por la muerte de su madre. Después, al final de su reinado, organiza la octava y última cruzada, y hasta su muerte hace resplandecer las dos cosas tan admirablemente bien hechas para entenderse, las cuales resumen toda nuestra historia nacional: el valor y la fe.

Saludemos, señores, en San Luis la alianza de la fe cristiana y de las virtudes militares! Esta alianza es en nosotros una tradición gloriosa, cuyo fin no está próximo. La cruz y la espada son dos símbolos de la abnegación, y el soldado que es llamado a verter su sangre por la patria, comprende instintivamente al divino Crucificado que vertió su sangre por el hombre. Ilustre en la guerra, Luis IX se distinguió más todavía

en las obras de la paz, y en él, el legislador es superior al guerrero.

III. El legislador.

Trabajó en la *unidad de la patria* por una serie de medidas que comprueban su conocimiento de las necesidades de los tiempos. Suaviza las guerras feudales estableciendo una tregua de cuarenta días entre los señores beligerantes, aumentando el número de casos reales en los cuales se podía invocar directamente el juicio del soberano, instituyendo municipios o ciudades reales que dependían de su corona y aumentaban el prestigio del poder real. Ochenta señores tenían el derecho de acuñar moneda en sus dominios; Luis IX fijó el valor de las monedas de cada uno de ellos, y obligó en todas partes a dar curso a la suya. En todo tiempo fueron los judíos un peligro, y el poder público tiene el derecho y el deber de proteger la unidad nacional contra las invasiones judías; de un solo golpe hizo Luis IX coger y reducir a prisión 150 banqueros y negociantes judíos que prestaban dinero con usura.

Al propio tiempo que afirma y protege la unidad nacional, se esfuerza en restablecer en todas partes *el imperio de la ley*. A los principios arbitrarios de la legislación feudal, sustituye el texto preciso de la ley romana con la recopilación de las Pandectas de Justiniano recientemente descubiertas y al punto puesta en vigor en el reino. Promulga ordenanzas que con justicia se hicieron célebres contra la venalidad de la justicia, la avidez de los acreedores, la prisión por deudas y las ganancias usurarias. Fué más lejos todavía. Administró personalmente la justicia a los que a él recurrieron, lo mismo a la puerta de su palacio, como bajo

el árbol de Vincennes. Y siendo muy numerosas las demandas, las hacía examinar y contestar por los más elevados personajes de su séquito. Rodeóse de legistas, constituyó un bosquejo de Parlamento o Audiencia. Fué el primero que dió a Francia una ley escrita o codificada y una magistratura que aplicara la ley y la hiciera respetar.

Cuidóse *de los intereses populares*. A fuerza de hablar de la cuestión obrera, señores, nuestro siglo se imagina haberla inventado. Seamos modestos. Nuestros padres del siglo XIII pensaron en ella antes que nosotros; Luis IX instituye y ordena las corporaciones, secundado en esto por Esteban Boileau, el íntegro y vigoroso preboste de los mercaderes de París, cuyo *Livre des mètiers* contiene prescripciones tan útiles y tan curiosas indicaciones sobre la sociedad de aquel tiempo. ¡Ah si tuviera tiempo para hablaros de la organización del trabajo en el siglo XIII; de aquellas espléndidas corporaciones, con sus cuatro clases armoniosamente escalonadas, los jurados, los maestros, los oficiales y los aprendices; de los oficios, antes tan despreciados y paseando ahora sus banderas entre los magistrados de la ciudad y los sacerdotes de la santa Iglesia! Volveremos sobre esto, señores. Sabed únicamente por hoy que la gloria de aquel gran movimiento debe ser atribuída a la Iglesia y a san Luis.

Mas ¿qué no hizo aquel gran rey *por las letras y las artes?* Vémosle invitando a su mesa a santo Tomás de Aquino y alentando los trabajos de aquel potente genio, instituyendo las Universidades para la instrucción de las clases elevadas, y fundando escuelas gratuitas para las clases populares. Ya Carlomagno se había preocupado de la instrucción del pueblo. Luis IX continuó y perfeccionó su obra, y, como hombre inteli-

gente que era, no se contentó con ofrecer al hijo del pueblo un poco de lectura, de escritura y de cálculo... pasto insuficiente... No separó la ciencia de la religión. A él debemos el Hospital para ciegos, destinado a recibir 300 que volvían de la cruzada, la Santa Capilla, esa alhaja de la arquitectura gótica, en que fué depositada la corona de espinas traída de Tierra Santa, y que se admira todavía en París, cerca del Palacio de Justicia, en aquella época Palacio Real, y, finalmente, la Sorbona, que se convirtió en sede de la Facultad de Teología, concilio perpetuo de las Galias.

En resumen, bajo el impulso de este gran legislador, todo marcha, todo sube, todo progresa: la unidad nacional, la justicia, los intereses populares, las letras, las artes; y todos esos progresos eran vivificados por la religión que los inspiraba y dirigía. ¿Qué fué, pues, Luis IX? Más que un guerrero y un legislador: un hombre honrado y un santo.

IV. Un hombre honrado.

"Maestro Roberto—decía san Luis a Joinville,—me parece que esa expresión de hombre honrado es tan gran cosa y tan buena, que aun al pronunciarla llena la boca." ¡Qué palabras tan bellas! ¡Cuán bien se aplican a quien las pronunció!

El hombre honrado respeta su palabra. No la empeña en vano. Pero cuando la da, la sostiene, y nada puede hacer que se retracte. Tal fué Luis IX. Su palabra, aun dada a los infames musulmanes, valía un contrato. Antes que faltar a ella, aceptó el calabozo, las cadenas, los peores tratamientos.

El hombre honrado respeta el bien ajeno. A cada cual lo que le pertenece. Bajo ningún pretexto atacó

jamás al honor, ni a la vida, ni a la mujer, ni a la propiedad del prójimo. Un hombre honrado es un buen vecino. Esto vale más que diez guardias. Tal fué Luis IX. Restituye a los ingleses provincias que consideraba como injustamente confiscadas por su abuelo Felipe Augusto, y esto a riesgo de debilitar su corona, y de indisponerse con su pueblo.

El hombre honrado respeta la justicia. Todo mal le es odioso. No hará el mal, por pequeño que sea, aunque le reporte un beneficio. Aunque nadie vea el mal, aunque no se atrevan a quejarse los perjudicados... ¿qué importa? El mal, aun secreto, aun impune, es siempre mal. No lo hará en modo alguno. Tal fué Luis IX. Sólo le atormentaba una inquietud, que la justicia no se administrara a todos. Obliga a los señores a respetar los derechos de los pobres. Más de una vez pronuncia sentencias severas contra los miembros de su familia y contra los señores que viven en su intimidad. Pone la justicia por encima de todo y de todos.

El hombre honrado respeta su conciencia. Coloca el móvil de sus acciones, no en sus intereses, sino en su conciencia. Su conciencia es su dueño, su tirano. Le obedece siempre, cueste lo que cueste. Le sacrifica su tiempo, sus placeres, su fortuna, su familia, su vida, si es preciso. ¿Hay algo, señores, más hermoso que el hombre honrado? Doblad la rodilla ante él. Y seamos lo que seamos, oficial, magistrado, obrero, sacerdote, obispo, tengamos la ambición que se diga de nosotros: ¡Es un hombre honrado! Tal fué Luis IX. Es el hombre más honrado que haya podido encontrarse en sesenta siglos, y el mismo Voltaire vióse obligado a aclamarlo.

Esto no obstante, señores, para apreciar a este hombre honrado, preciso será ir más allá y elevarnos más

arriba; preciso será ver en él al santo que explica, supera y completa al hombre honrado.

V. El santo.

Hay quien dice: "No tengo religión, pero soy hombre honrado, y esto me basta." ¡Alto ahí! "Me lisonjeo—escribía Racine a su hijo—de que, haciendo todo lo posible para llegar a ser un perfecto hombre honrado, te convencerás de que no es posible serlo sin dar a Dios lo que se le debe." Señores, las simples virtudes naturales son necesarias, pero: 1.° contienen esencialmente los deberes para con Dios, y 2.° sólo son posibles con la fe. Preguntádselo al rey Luis IX. Practica la honradez, el respeto de su palabra, la veracidad, la delicadeza... ¿Por qué? Porque es cristiano, porque es piadoso, porque es santo.

¡Qué vida la suya! Acordaos de su piedad ardiente, de sus oraciones extáticas, de sus largas oraciones de día y de noche anegado en lágrimas, de sus ayunos, de sus penitencias, del heroísmo de su caridad para con los pobres, los ancianos, los leprosos, los atacados de la peste. La piedad no consiste solamente en las prácticas externas, sino que brota del corazón, y consiste sobre todo en el amor de Dios y en la santificación interior de su alma.

La santidad de Luis IX es tan verdadera y tan comunicativa, que irradia en torno suyo, en su pueblo, en su siglo. Quizás ninguna época fué tan notable por la floración de tantos santos. Citemos después del rey; Margarita de Provenza, su virtuosa esposa, muerta en el convento de santa Clara, que ella había fundado en París; santa Isabel de Francia, hermana del Monarca, religiosa de Longchamps. Luego, en las otras cortes

reales: en España san Fernando, santa Isabel de Portugal; en Polonia, santa Cunegunda; en Hungría, esa radiante y dulce Isabel, que llena toda Alemania con el aroma de sus virtudes.

Pero la santidad de Luis IX brilla sobre todo en su muerte, en Túnez. Se despoja de su púrpura, se acuesta en un lecho de ceniza, y, uniendo a todas las pruebas de un sol ardiente, de un suelo abrasado y de una peste horrible, los rigores voluntarios de la penitencia, expiró verdaderamente acostado sobre la cruz, con los ojos fijos en el cielo, el corazón vuelto hacia su pueblo, dejando desbordarse de sus labios sus patéticas exhortaciones, que la historia ha recogido, y que legó a su hijo como el testamento de su alma grande y como el *memento* es toda su posteridad. "Buen hijo, la primera cosa que yo te enseñe será que ames a Dios. Luego, que tengas corazón dulce y piadoso para los pobres, para los débiles. Mantén las buenas costumbres del reino, y destruye las malas. No ambiciones el bien de tu pueblo, no le cargues de impuestos y gabelas. Procura rodearte de personas honradas y leales. Sé leal y rígido para administrar justicia a tus súbditos, sin desviarte ni a la derecha ni a la izquierda; pero ayuda y sostén la querella del pobre hasta que resplandezca la verdad... Querido hijo, no olvides jamás al Papa de Roma, y ayúdale en todas sus necesidades."

En resumen, ningún rey fué más digno que san Luis de la admiración de los hombres. Fué el único de su raza que obtuvo de la Iglesia los honores de la canonización.

¡Ojalá vivamos y muramos como él!

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOTERCIA

La Iglesia en el siglo XIV

SEÑORES:

Los combates de la Iglesia en la Edad Media son gigantescos. He intentado ofreceros de ellos un cuadro sucinto. Luchó primeramente contra los bárbaros, luego contra los musulmanes, y, finalmente, contra los emperadores de Alemania, En el siglo XIII llega al apogeo de su grandeza y esplendor, y os la he mostrado inspirando a nuestro gran rey san Luis, y, por él y con él, realizando maravillas. Pero para la Iglesia, como para el hombre, ha sido escrito: "Comerás el pan con el sudor de tu frente;" y a esta nueva madre del género humano dijo Dios, como a la primera: "Parirás con dolor." Después de san Luis, empuña de nuevo la Iglesia su bastón de viaje, reanuda su camino, prosigue su surco, y en él vierte todavía sus sudores y sus lágrimas. Hoy os invito a contemplarla en el siglo XIV, y no pudiendo referiros en detalle este agita-

do período, me contentaré con señalaros dos hechos principales: 1.° la lucha de Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso; 2.° la residencia de los papas en Aviñón.

I. La lucha de Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso.

El siglo XIV se abre en un momento de paz universal y en un arranque extraordinario de fe católica. El papa Bonifacio VIII acababa de instituir el gran jubileo secular, con indulgencia plenaria y remisión de los pecados a todos los que visitaren penitentes y confesos la basílica de san Pedro y de san Pablo. Francia, Inglaterra, Italia, Europa, el mundo entero enviaron millares de peregrinos a esta fiesta de perdón, a este banquete de la mansedumbre, que reunía fraternalmente a todas las naciones alrededor del Padre común de la cristiandad. Roma albergó dentro de sus muros más de 200.000 extranjeros. Por desgracia, esto no fué más que un relámpago en un cielo obscuro; porque a la misma hora se entabló la lucha, ardiente y trágica, entre Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso.

Señores, en vuestras lecturas, habréis visto probablemente que la mayor parte de los historiadores echan casi toda la culpa a Bonifacio VIII. Yo me atrevo a afirmar que se engañan, y que, si, en la lucha, Bonifacio VIII rebasó alguna vez la medida, Felipe el Hermoso mereció por su conducta todos los anatemas del Pontificado. Un historiador que no se muestra tierno con Bonifacio VIII, confiesa que Felipe el Hermoso es el déspota más absoluto que haya reinado en Francia, y que su reino es uno de los más sombríos de nuestra historia. En efecto, Felipe el Hermoso es cruel y codicioso hasta el exceso. Procede por el terror, y ejerce rigores con su propia familia. Falsifica la moneda, y

merece el sobrenombre denigrante de monedero falso. Recauda contra todo derecho impuestos enormes sobre iglesias y conventos. Finalmente, acoge en su corte a los Colonna, familia italiana, enemiga jurada del Papa. Si queréis tener una idea exacta de Felipe el Hermoso, atribuidle, no el candor del cordero, sino todas las astucias de la zorra. Pues bien, contra tal hombre se levantó Bonifacio VIII, anciano de ochenta y seis años. Dirige sucesivamente contra él tres bulas: *Clericis laicos—Ausculta fili—Unam sanctam,* en las cuales reivindica con resolución los derechos de la Santa Sede, y establece la subordinación del poder temporal al poder espiritual, de conformidad con la tradición y las costumbres de la Europa cristiana. Felipe, furioso, hace quemar la bula del Papa, arresta al Legado de la Santa Sede, y en una reunión de los Estados generales hace pronunciar la deposición de Bonifacio, acusado de todos los crímenes imaginarios. Guillermo Nogaret y Sciarra Colonna son encargados de llevar la sentencia al Pontífice y de ejecutarla.

Bonifacio se encontraba en Anagni, su ciudad natal, y habitaba en su palacio, cuyas avenidas no guardaba, confiado, el pueblo. Los enviados del rey de Francia, Nogaret y Colonna, llegaron el 7 de Septiembre de 1303, gritando: "¡Muera el Papa! ¡Viva el rey Felipe!" Los cardenales huyeron espantados; los servidores abandonaron a su señor. "¡Abrid las puertas de mis aposentos!—dijo el anciano, el Pontífice de ochenta y seis años—¡Traicionado como Jesucristo, sabré morir como papa!" Hácese revestir del manto pontificio, coloca sobre su cabeza la corona de Constantino, y empuñando las llaves en cruz, siéntase en su trono. Sciarra comparece ante él en compañía de otros barones, y le dirige palabras insultantes. Guillermo Nogaret le amenaza con ahorcarlo en Lión, en donde un concilio le hará deponer y condenar, Sciarra llega hasta el extremo de abofetear con su guante de hierro el rostro del anciano. Pero Bonifacio se mantiene firme, resiste todos los ultrajes y niega obstinadamente la abdicación que le exigen. Por fin, a los tres días de torturas morales infligidas al Papa cautivo, el pueblo de Anagni se subleva contra los soldados extranjeros y liberta al Papa, que emprende el camino de Roma, en donde murió un mes más tarde, quebrantado por la edad y las violentas tempestades de Anagni, pero sin dar la menor señal de cólera contra los que tan cobardemente le habían insultado. Señores, a veces os asombráis, os escandalizáis de las pruebas contemporáneas del Pontificado. Echad una mirada hacia atrás. San Pedro muere en una cruz como su Maestro. Gregorio VII muere en el destierro. Bonifacio VIII, a la edad de ochenta y seis años, recibe en su rostro de pontífice la bofetada de Sciarra Colonna. Así van y deben ir las cosas. La Iglesia engendra a las naciones en el dolor voluntariamente aceptado. Hay quien sólo ve en los padecimientos del Pontificado las consecuencias de los acontecimientos políticos con los cuales se mezcla. Se engañan. El Pontificado padece porque es la continuación de Jesucristo que rescata al hombre padeciendo y muriendo por él. La Iglesia es el reino de la inmolación, y en este reino, el Papa es necesariamente una parte de rey. Es la cabeza coronada de espinas, que se atrae las bofetadas, los salivazos, todos los ultrages. He ahí, señores, la clave de toda la historia de la Iglesia. Todo no es más que misterio en esta historia, si no se tiene la clave para explorar sus archivos.

A Bonifacio VIII sucede el hijo de un simple pastor con el nombre de Benedicto XI. No se avergonzaba de

la obscuridad de su origen. Refiérese que su madre fué un día a visitarle al palacio de Letrán, después de cambiar, por respeto al Papa, sus vestidos ordinarios de aldeana. "No sois mi madre—exclamó el Papa al verla;—mi madre es una mujer sencilla y pobre, que siempre se vistió según su condición." Retiróse ella, y volvió al día siguiente con su vestido de campesina. "¡Ah, ahora sí que sois mi madre!" dijo el Pontífice abrazándola con gran ternura. La Iglesia no es únicamente el reino de la inmolación; es también el reino de la santa igualdad, de la verdadera democracia. Benedicto XI, con su dulzura y su santidad, apaciguó momentáneamente la cólera de Felipe el Hermoso; pero desgraciadamente no reinó más que ocho meses, y Felipe el Hermoso, imponiéndose a los cardenales franceses, hizo elegir papa al arzobispo de Burdeos, Bertrand de Goth, que tomó el nombre de Clemente V, e inauguró la residencia de los papas en Aviñón.

II. La residencia de los papas en Aviñón.

La residencia de los papas en Aviñón duró setenta y dos años, desde Clemente V en 1305, hasta Gregorio XI en 1377. Esto es lo que se llama la cautividad de Babilonia.

Clemente V, francés de origen, arzobispo de Burdeos, se hizo coronar en Lión. Dícese que el día de esta ceremonia, derrumbóse un muro del lugar santo, hirió al rey de Francia, aplastó al duque de Bretaña, derribó al Pontífice cuya tiara rodó por tierra. ¡Siniestros presagios! En efecto, la dignidad pontificia recibía un golpe terrible en aquel momento que parecía separar lo presente de lo pasado, el sucesor de san Pedro de la tumba de san Pedro. El Pontificado se instala en Aviñón. Era una prueba y una desgracia para la Iglesia, porque aquella residencia de los papas en Aviñón durante setenta y dos años preparó el gran cisma de Occidente, hizo del Papa el hombre de una sola nación; y disminuyó su influencia sobre las otras; colocó a los Soberanos Pontífices bajo el poder del rey de Francia.

Pero este destierro del Pontificado se explica por las necesidades sociales de la época. Ardía Italia dividida entre güelfos y gibelinos, y aquellas sangrientas rivalidades ponían en peligro la libertad de los Pontífices. En Roma, la revolución era permanente. En Aviñón reinaba la paz. Por otra parte, ¿debemos nosotros los franceses lamentarnos del honor que los papas hicieron a Francia aceptando su hospitalidad? Y aquellos papas franceses de origen, ¿no honraron a la Santa Sede? ¿no merecieron bien de la patria? ¿no hicieron buena figura en la historia? Juan XXII fué un sabio canonista. Benedicto XII, protegió las letras y abrió la Universidad de París a las Escuelas del mundo entero. Clemente VI fué admirable por su caridad en la peste que desoló a Francia en 1348. Inocencio VI y Urbano V fueron grandes reformadores. Todos estos papas, legítimamente elegidos, no sólo conservaron intacto el depósito de la fe, sino que llevaron una vida irreprochable, y sus obras fecundas honran a Francia, de la que fueron hijos, y a la Iglesia cuyos jefes fueron.

Durante este período de setenta y dos años desarrolláronse muchos acontecimientos que sólo puedo indicar aquí: la aparición del Dante y del Petrarca; la influencia extraordinaria de Nicolás Rienzi, nacido en la casa de un aguador de Roma, pero que, en ausencia de los Papas, se convierte en tribuno y dueño absoluto de la Ciudad Eterna; finalmente, la condenación de los Templarios, problema que la historia es incapaz de

resolver... Lo único cierto es que los templarios estaban completamente distanciados de su primitiva institución; enervados por la riqueza y el lujo, convirtiéronse en una especie de sociedad secreta, en la que resucitaron las impiedades e infamias de los antiguos gnósticos.

Viuda del Pontífice y presa de todas las facciones, la ciudad de Roma reclamaba a sus Pontífices. Una mujer, una humilde religiosa, negoció y determinó la vuelta de los Papas a la ciudad Eterna. Catalina de Sena, a la edad de veinte años, tomó el hábito de Hermana de la Penitencia de santo Domingo. Encerrada en el claustro, no piensa más que en mortificarse y en orar. Pero el mundo católico está enfermo, y Dios va a servirse de Catalina para curarlo. Esto ha ocurrido más de una vez en la historia. Más de una vez se ha servido Dios de una humilde virgen para conseguir los resultados más grandiosos. Más de una vez se ha servido Dios de la mujer, para salvar a los hombres. *Elegit ea quœ non sunt.* El papa Gregorio XI acababa de suceder a Clemente VI, y su deseo consistía en restablecer el Pontificado en Roma, su sede natural. Pero la república de Florencia se opuso. Gregorio XI, poniendo la fuerza al servicio del derecho, toma a sueldo un ejército de 10.000 bretones, que se difunde como un torrente por todas las ciudades de la república florentina. La Señoría de Florencia determina pedir la paz, y Catalina, la humilde virgen de Sena, sirve de intermediaria entre el rebaño y el pastor. La humilde religiosa sale de su claustro, se dirige a Aviñón, y de rodillas ante el Soberano Pontífice, le dice: "De parte de Jesucristo crucificado, os afirmo que es preciso que partáis lo antes posible." Y su oración, más poderosa que la de los reyes, es coronada por el éxito. Gregorio XI hace su

entrada en Roma, en medio de un pueblo ebrio de gozo, que arroja flores a su paso.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOCUARTA

La Iglesia en el siglo XV

SEÑORES:

Terminamos hoy los combates de la Iglesia en la Edad Media. En el siglo XV, que termina el ciclo de la Edad Media y preludia los tiempos modernos, tres grandes hechos solicitan nuestra atención: el gran cisma de Occidente, la liberación de Francia por Juana de Arco y la toma de Constantinopla por los turcos en 1453.

I. El gran cisma de Occidente de 1378 a 1417.

Señores, a juzgar las cosas con ojos humanos, hubiera podido creerse a fines del siglo XIV que la Iglesia estaba cerca de su tumba y que iba a sucumbir. ¿No fué para ella una verdadera tumba su residencia en Aviñón, en donde, durante setenta y dos años, la política y las revoluciones encadenaron a los Papas,

lejos de los altares de los bienaventurados Apóstoles, del centro de la catolicidad y del trono elevado por los siglos a los sucesores de san Pedro? Después, a continuación de esta cautividad de Babilonia, he ahí el gran cisma de Occidente que divide a la cristiandad en dos obediencias: Durante cuarenta años se espesan las tinieblas; hay un papa en Aviñón, y hay un papa en Roma. ¿En dónde estaba el verdadero papa? ¿En dónde estaba la Iglesia? Los santos se dividen; los concilios discuten; el terrible problema parece resuelto, pero nuevas tinieblas vienen a mezclarse a él, y todavía lo complican. En un momento dado, hay tres papas a la vez, que se proclaman legítimos y reivindican la soberana autoridad. Señores, en mi sentir, es este el período más triste y más crítico de la vida de la Iglesia. Para alejar de nuestro espíritu toda tentación de escándalo, hagamos aquí tres importantes observaciones:

1.º A pesar del cisma que divide a la Iglesia, *el principio de la unidad queda a salvo*. La Iglesia estaba en presencia de dos jefes, pero todos no reconocían más que un solo papa. Había división en la cuestión de persona, no en la cuestión de principio. Si los representantes del poder supremo eran dudosos, jamás la unidad de este poder fué puesta en duda. Si la jurisdicción soberana se ejercía por duplicado, la buena fe constituía en todas partes la unidad. Y la prueba está en que mientras duró el cisma, hubo grandes santos en las dos obediencias. En las regiones sometidas al pontífice romano, aparecen, en Italia, el bienaventurado Juan de Vicencia; en Hungría, san Juan de Capistrano; en Bohemia, san Juan Nepomuceno, santa Verónica de Milán, santa Catalina de Sena, santa Brígida, santa Catalina de Génova. En la obediencia de

los papas de Aviñón, notamos sabios como Pedro de Ailly, luego cardenal-arzobispo de Cambrai, el piadoso y docto Juan Gersón, presunto autor de la *Imitación de Cristo,* san Vicente Ferrer, celoso predicador de toda Europa. En suma el principio de la unidad resplandecía en las momentáneas divisiones de la Iglesia, y por la buena fe neutralizaba los peligros del cisma;

2.° A pesar del cisma que dividía a la Iglesia, *la doctrina no sufrió ningún ataque.* En medio de las competencias más ardientes y de los anatemas recíprocos, jamás prevaleció el error doctrinal, jamás el dogma corrió el menor peligro. Los papas de Roma y los papas de Aviñón salvaguardaron igualmente los principios de la fe y de la moral más pura, condenaron la herejía y guiaron al mundo por los senderos de la justicia. Cada uno se atribuía la misión exclusiva de guardar el Evangelio y de enseñarlo al mundo, pero ninguno trató de corromperlo ni de alterarlo. Esto demuestra una intervención especial de la Providencia y una acción milagrosa de Dios sobre su Iglesia.

3.° El gran cisma de Occidente me parece una de las pruebas más palpables de la *divinidad de la Iglesia* en el curso de las edades. El peligro era extremo. La Iglesia estaba amenazada en su propia vida. El cisma iba a descomponerla. Pues bien, contemplad el prodigio: sobre este escollo, en que toda otra sociedad hubiese sucumbido, la Iglesia católica no lo tocó más que para volver a emprender con más aliento su gloriosa carrera en la sucesión de los siglos; porque jamás la unidad de la Iglesia y de su gobierno fué más vigorosa y firme que después de haber sido puesta tristemente a prueba.

Tras cuarenta años de vacilaciones y complicaciones, sale al fin del Concilio de Constanza el papa Martín V, único y legítimo pontífice, que disipa todas las sombras, sube al trono de san Pedro, y muestra al mundo la Iglesia unificada, reafirmada, resucitada.

Martín V entra en la Ciudad Eterna, en la que sólo encuentra casas derrumbadas, templos derribados, calles desiertas, vías impracticables, una ciudad enteramente devorada por el hambre. Pónese a la obra como príncipe y como obispo, y durante diez años devuelve a Roma su vida, su prosperidad, su gloria... y cuando muere en 1431, se lleva a la tumba los pesares de todo su pueblo, que le apellida padre de la patria y ángel de paz. Aquel mismo año vió también morir otro ángel de pacificación y de victoria, Juana de Arco, gloria de Francia y su libertadora.

II. La liberación de Francia por Juana de Arco en 1429.

A vosotros, orleaneses, no hay necesidad de referir con amplitud la historia de Juana de Arco. La sabéis de memoria. Sabéis que el principio del siglo XV es una de las épocas más lamentables de nuestra historia. Hacía cien años que estábamos en lucha con Inglaterra, la cual nos había infligido, más de una vez, sangrientas y humillantes derrotas. Pero lo más triste era que nuestra patria estaba dividida por las facciones de los Armañacs y los Borgoñones. Teníamos por monarca un rey demente, por reina a Isabel de Baviera, que sustituía a su propio hijo, como heredero de la corona, por el hijo del rey de Inglaterra. Carlos VII, a su advenimiento al trono, no era más que el rey de Bourges. Orleáns estaba sitiada por los ingleses, en tanto que Carlos acababa de perder alegremente su reino. Pero las

horas desesperadas son las horas de Dios. Suscita en Lorena, en la aldea de Domremy, una humilde hija de los campos, la reviste de una misión enteramente sobrenatural para expulsar a los ingleses, levantar el sitio de Orleáns y hacer consagrar en Reims al rey Carlos VII. Juana de Arco cumple su misión como una heroína y como una santa. Herida en el sitio de París, prisionera ante Compiegne de los borgoñones, vendida a los ingleses, juzgada y condenada por un tribunal indigno, pero llena de confianza en Dios, y sin desmentir jamás su misión providencial, añade a su vida pura la gloria del martirio. Es quemada viva en Ruan,... pero sus mismos verdugos exclaman: "¡Hemos quemado una santa!" Los ingleses son expulsados de nuestra patria, en la que no conservan más que Calais. Queda terminada la guerra de Cien Años; Francia resucita; este gran acontecimiento, señores, no es extraño a la historia de la Iglesia.

¿Qué es, en efecto, Juana de Arco, sino, en primer lugar, *la hija de la Iglesia?* Nació en su seno, de padres católicos, y fué modelada en la piedad y en la virtud por los sacerdotes, por la confesión, por la comunión, por la devoción a la Santísima Virgen. No os la representéis como una especie de joven pagana, arrebatada en los combates por una inspiración únicamente patriótica y guerrera. No. Juana de Arco es una virgen piadosa, formada por la Iglesia, y aun por Dios mismo. Oigo aquí las reclamaciones del libre pensamiento que nos dice estúpidamente: "Si Juana de Arco es hija de la Iglesia, ¿por qué la quemó la Iglesia?" Sí, señores, estas palabras son estúpidas y merecen apenas el honor de la refutación. Es evidente que no fué la Iglesia la que quemó a Juana de Arco. El obispo de Beauvais, Cauchón, sustanció el proceso de nuestra Libertadora, y por ello merece la reprobación de la posteridad. Pero el obispo de Beauvais, cuando juzgaba a Juana de Arco, era instrumento de los ingleses, no de la Iglesia. Cauchón era francés... ¿Diréis que fué Francia la que quemó a Juana de Arco? Evidentemente que no. Cauchón era obispo... ¿Diréis que fué la Iglesia la que quemó a Juana de Arco? En manera alguna. Por otra parte, el obispo de Beauvais ¿pertenecía a la Iglesia? Es lícito ponerlo en duda. Era un obispo cismático, enteramente separado de la Iglesia católica, y en lucha con el Papa, único legítimo, Martín V. En efecto escuchad a la misma Juana de Arco. Desde el fondo de su calabozo recusa a los jueces vendidos al enemigo, y apela a la Santa Sede exclamando: "¡Roma, Roma! ¡Llévenme al obispo de Roma!" Y veinticinco años después de su suplicio, el papa Calixto III declaraba en juicio solemne que Juana de Arco había padecido el martirio en defensa de la religión, de su rey y de su patria. Juana de Arco es hija de la Iglesia. Pero esto no es decir lo suficiente:

Es la *servidora de la Iglesia.* Al salvar a Francia en el siglo XV, salvaba a la Iglesia en el siglo siguiente. Muy pronto el protestantismo se levantará contra la Iglesia católica, e Inglaterra se entregará por entero a la nueva herejía. ¡Qué hubiera sido de los destinos de la Iglesia, si Francia hubiese sido vasalla de Inglaterra? Hubiese sido arrastrada a la Reforma, y la Iglesia hubiera perdido en Europa su último refugio y su suprema esperanza. Admirad aquí, señores, los designios de Dios sobre nuestra patria. Al libertarla de las manos inglesas por mano de una humilde joven, la reserva para las luchas próximas de la Iglesia contra la Reforma. Pocos años más, y los ingleses no serán ya católicos. Pero gracias a Juana de Arco, la bandera de

Inglaterra ya no flotará en las torres de San Dionisio, y cuando, en medio de motines civiles y sangrientos se quería arrancar para siempre a la Iglesia su hija primogénita, los herederos de Eduardo y de Enrique de Inglaterra podrán todavía arrojar su espada en la balanza, pero no arrojarán ya el peso de su cetro, y la historia no repetirá la defección de Francia que hubiera conmovido al mundo... De suerte que es absolutamente verdadero el decir que Juana de Arco salvó a la Iglesia y a las naciones cristianas al salvar para Francia la fe de Clodoveo. La aparición de Juana de Arco en la historia no es solamente un acontecimiento nacional que interesa a Francia, sino también un acontecimiento religioso que interesa a la Iglesia entera.

Detengámonos aquí, señores. La Edad Media va a terminar, es decir, este período que ocupa el término medio entre las tinieblas de los tiempos bárbaros y las luces de los tiempos modernos. El Renacimiento va a comenzar con el siglo de León X. Nos encontramos en el año de 1453. Mahometo II ataca a Constantinopla con un ejército de 300.000 hombres. La capital del Imperio de Oriente es tomada por asalto y entregada al pillaje. La Iglesia de Santa Sofía es cambiada en mezquita. El Imperio de Oriente cae para no levantarse jamás. La desgraciada Iglesia de Constantinopla, con tanta frecuencia rebelde al Pontificado, expía todas sus revueltas soportando el yugo musulmán. El papa Nicolás V ofreció al emperador de Constantinopla auxilios contra los turcos, y el hermano del Emperador le respondió: "¡No, antes el turbante que la tiara!" El turbante entró, pues, en Constantinopla. La Iglesia de Oriente murió. La Iglesia romana recogió sus restos, y continúa su marcha en el curso de los tiempos modernos. La seguiremos en este nuevo período, y ten-

dremos aún ocasión de admirarla, de bendecirla y de cantar al Dios Omnipotente que la guía y la salva.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOQUINTA

La vida de la Iglesia en la Edad Media

1.° La Iglesia protegida

Señores:

En cuanto es posible hacerlo en algunas conferencias muy sucintas, os he referido los combates de la Iglesia en la Edad Media. Ahora, si me lo permitís, echaremos una ojeada restrospectiva sobre ese largo y agitado período, y veremos cuál fué en él la fisonomía de la Iglesia. Será ocasión para vosotros de aprender cosas nuevas, y quizás de reformar algunos prejuicios. Esto, además, os pondrá en condiciones de responder a las estúpidas objeciones de la impiedad, la cual, para desacreditar a la Iglesia, no cesa de desfigurarla y calumniarla. La Iglesia en la Edad Media, señores, se nos aparece primeramente unida al Estado y protegida por el Estado. Esto era un hecho y era un peligro. Veamos cómo se justifica este hecho, y como se evita este peligro.

I. Cómo se justifica el hecho de la protección de la Iglesia por el Estado en la Edad Media.

Sabéis, señores, la manera cómo estaba entonces organizado el mundo. Después de tres siglos de persecución, vióse la Iglesia elevada a la cúspide de las cosas, y sentada en el trono de los Césares, que la cubrían con su púrpura, la defendían con su espada, y tenían a gloria el servirla. Después cambió todo esto, y hoy, por lo general, las relaciones entre la Iglesia y el Estado se reducen a una especie de neutralidad benévola o armada. Se miran, se observan, y lo más que se hace es tolerarse mutuamente y evitar conflictos. Pero, por cuanto el estado del mundo fué modificado, ¿podemos, en nombre de lo presente, condenar lo pasado? ¿Tenemos el derecho de avergonzarnos de nuestros abuelos en la fe, de desautorizarlos, o de mendigar en su favor el beneficio de las circunstancias atenuantes? No. Hombres de este siglo, obedeciendo a las nuevas circunstancias, habéis cambiado la antigua forma del mundo que aseguraba a la Iglesia la protección del Estado. No os censuro, y de buen grado me acomodo a este sistema moderno. Pero sed justos con vuestros antepasados, y reconoced que, dado el tiempo en que vivían, tuvieron razón en obrar como lo hicieron.

Primeramente, y en principio, Dios quiere la protección de su Iglesia por los poderes civiles. Esto es evidente. El deber del Estado consiste en asegurar el bienestar y la prosperidad común. Ahora bien, el elemento más esencial de la felicidad, aun temporal, y la condición indispensable de la felicidad eterna, ¿no es la religión? Luego, decía no ha mucho el gran León XIII, "los jefes de Estado deben tener por santo el nombre

de Dios, y poner en el número de sus principales deberes el de favorecer la religión, protegerla con su benevolencia y cubrirla con la autoridad tutelar de las leyes." Conclusión: cuando el Estado en la Edad Media protegía a la Iglesia, desempeñaba bien su papel, ejercía una función normal, obedecía a la voluntad de Dios.

Obedecía a la voluntad de la Iglesia. ¿Pero es que en aquel tiempo pedía protección la Iglesia? Sí, ciertamente. Sí, pedía la alianza con los poderes civiles, y la pedía, no como una necesidad para sí misma, sino como un auxilio para el hombre. Dió a esta alianza, en actos que se hicieron célebres, y con ejemplos por todo extremo ilustres, la consagración de su palabra y de su autoridad; nosotros no tenemos el derecho de pedirle que reniegue de su pasado. Por otra parte, la Iglesia apenas tenía necesidad de pedir esta protección del Estado; se le ofrecía; el Estado, que es la fuerza, poníase por sí mismo al servicio de la Iglesia, que es el derecho.

La voluntad de los príncipes se adelantaba al deseo de los pontífices. Ahora bien, ¿por qué la Iglesia había sistemáticamente de rechazar la mano que le tendían los césares que llevaban en su frente el signo de Jesucristo? ¿Por qué? Porque, diréis vosotros, la protección de los príncipes debía degenerar en opresión. La Iglesia debía rechazar la mano de Constantino, porque podía temer un Constancio; la de Pepino y Carlomagno, porque podía sospechar en lo por venir un Federico II; la de san Luis, porque la raza bendita de este gran rey debía dar a luz a Felipe el Hermoso. Este razonamiento carece de base. De que algunos príncipes le hicieran traición, no se deduce que la Iglesia estuviera obligada a rechazarlos a todos. Por otra parte, veremos pronto que, al aceptar como adorno la púrpura

de los reyes, supo guardar bajo su manto la libertad de su palabra y la independencia de su acción.

Finalmente, si la Iglesia en la Edad Media fué protegida por el Estado, se debió a que los pueblos lo quisieron. ¿Qué tenéis que decir de esto, vosotros que ponéis por encima de todo el sufragio popular? La situación preponderante de la Iglesia nació mucho menos de sus pretensiones que de la necesidad de las circunstancias y del libre consentimiento de los pueblos. En todas las épocas, la marcha de los pueblos depende de la voluntad de los pueblos. Pues bien, en la Edad Media, los pueblos quisieron que su religión fuese protegida por los príncipes, determinaron no obedecer a los príncipes sino en virtud de la misma ley que sometía los príncipes a la Iglesia católica, y gracias a esta voluntad popular, introdujéronse santas leyes en los códigos, los tiranos se sometieron o dimitieron ante una autoridad superior, y el mundo se cubrió de hermosas iglesias, de sabias escuelas, de grandes monasterios, y en el género humano se desarrolló la justicia y la civilización. Sin duda que cuando os diga que los pueblos de la Edad Media quisieron que la Iglesia fuese protegida por los poderes civiles, podréis alegar que fueron culpables y que se equivocaron. Pero yo puedo contestaros: ¿Qué sabéis de eso vosotros? Después de todo, nuestros viejos antepasados no carecían de inteligencia ni de corazón; hacen muy buena figura en la historia. No los juzguemos con nuestras ideas modernas, y reconozcamos que, en su lugar, nosotros hubiéramos probablemente obrado como ellos. Además, así como tenemos el derecho de elegir la forma de nuestro vestido y de nuestro gobierno, convengamos en que nuestros abuelos tuvieron también el derecho elemental

de vestirse y gobernarse como quisieron, es decir, al revés que vosotros .

He ahí lo suficiente, señores, para justificar a los ojos de toda inteligencia razonable el hecho de la protección de la Iglesia por el Estado en la Edad Media. Este hecho descansa en la cuádruple voluntad de Dios, de la Iglesia, de los príncipes y del pueblo. No lo niego, había en esto un peligro inmenso. Veámoslo más de cerca.

II. Cómo se evitó el peligro de la protección de la Iglesia por el Estado en la Edad Media.

La Iglesia, bajo la protección de los príncipes de la tierra, se exponía a un peligro inmenso, el peligro de la servidumbre. Al extender sobre la Iglesia, para honrarla a los ojos del pueblo, el prestigio de su grandeza real, consular o imperial, muchos príncipes pensaban y esperaban secretamente que la Iglesia pagara el beneficio de su protección con algún sacrificio de independencia. En vez de servirla para el bien común, esperaban servirse de ella para su bien particular, y se decían por lo bajo: la Iglesia no se molestará si siente sobre ella una mano que la defienda siempre, aunque la esclavice a veces. Esto llegó. Príncipes cuyo nombre y cuyos actos os he citado, intentaron en la Edad Media esclavizar a la Iglesia, encadenarla con beneficios. Y si no hubiese sido divina, la religión católica hubiese sucumbido a este peligro. En cambio de la protección, hubiese aceptado la servidumbre. Un hombre ilustre, de Maistre, dijo: "Unicamente la verdad no tiene emperador." Sólo la religión católica, aun protegida, evita la fatalidad de la esclavitud y conserva, bajo el manto de los reyes, de los cónsules, de los emperadores, el honor de la libertad.

En todo tiempo la Iglesia reivindica y salva su independencia. En la Edad Media era esto más difícil que nunca. Pero la Iglesia lo consiguió, y nadie la vió besar la mano de los déspotas para conseguir la facultad de vivir. En cuanto hombres poderosos, Enrique IV de Alemania, Federico Barbaroja, Felipe Augusto, Felipe el Hermoso, quisieron imponerle cadenas, cuando le dirigían amenazas o le hacían promesas, diciéndole: "Permítenos satisfacer nuestra codicia y oprimir a los pueblos; en precio de tu silencio, te prometemos una cruzada; pero si te opones, te aplastaremos," la Iglesia les respondía: "No, no seré tu esclava; no, no me callaré. Guardaos vuestros beneficios y vuestras amenazas. Procedo de Dios, no de los príncipes, y conconservo la independencia de mi palabra y de mi acción."

Acordaos, señores, de cómo estaba constituído el mundo feudal. Los obispos y los abades, por la investidura y el juramento, eran vasallos de los príncipes, y Roma misma fué ligada un día por los lazos del vasallaje. Los emperadores de Alemania, arrastrados por la corriente de las ideas generales tanto como por su ambición, no quisieron ver en el Patrimonio Apostólico más que una especie de gran feudo desprendido del Imperio por la liberalidad de Carlomagno, pero retenido en su dependencia por las leyes de la feudalidad. Pretendieron el derecho de confirmar la elección del soberano pontífice, como el derecho de conferir la investidura de los obispados y de las abadías por el báculo y el anillo, símbolos de la autoridad espiritual. Así, la grandeza misma que la Providencia había conferido al Pontificado para asegurar su independencia, se con-

vertía en tumba de su libertad. El peligro era extremo. Presidiendo en Worms Enrique III de Alemania una dieta compuesta de señores y de prelados, supo la muerte del Soberano Pontífice, y al punto, poniendo los ojos en Brunón, obispo de Toul, le nombró papa con el nombre de León IX. Hildebrando, monje de Cluny, ve pasar al obispo de Toul que iba a tomar posesión de la cátedra apostólica por el simple voto del Emperador; no puede contener su indignación y hace entender a Brunón que no era lícito aceptar la dignidad pontificia de manos del poder temporal, y que, si quería realzar la gloria de la Santa Sede, él, Hildebrando, se prestaba a conducirle a Roma y hacerle elegir regularmente por el pueblo y el clero. "¿Pues qué—exclamaba,—la mujer más miserable del pueblo puede elegir libremente a su marido, y la Esposa de Jesucristo tendrá que aceptar al que le impongan?" Hildebrando, tras largos servicios, subió también al trono pontificio, y ya sabéis cómo salvó la libertad de la Iglesia, la que había constituído el ideal de su vida, y fué causa de su muerte. Y a imitación suya, durante toda la Edad Media, grandes papas continuaron su obra y aseguraron la independencia de la Iglesia. Protegida por los príncipes, la Iglesia estaba amenazada de perder su libertad. La historia nos dice que supo evitar este peligro.

Al salvar la libertad, salvó al propio tiempo la libertad de las almas y la libertad de los pueblos. Si la Iglesia hubiese perdido su libertad, ¿en qué se hubiera convertido el Evangelio, y qué hubiera sido del mundo? El Evangelio hubiera sido lacerado, falsificado, reducido a la nada, y todos los frutos de civilización que contiene, jamás hubiesen visto la luz del sol, y el mundo, en vez de evitar los avances de la tiranía, hubiera soportado todas las opresiones de la fuerza. Pero

no, la Iglesia salvó su libertad, y gracias a ella, no dejó de resonar su voz en esta triste tierra, voz que ni el error, ni las pasiones, ni las violencias pudieron ahogar nunca; voz que vengó la justicia, la verdad, el derecho y el honor; voz que fué siempre órgano incorruptible de la verdad y el bien, terror de los malos, consuelo de los buenos, confortación de los que padecen, de los pequeños, de los oprimidos.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOSEXTA

La vida de la Iglesia en la Edad Media

2.° La Iglesia rica

Señores:

La Iglesia en la Edad Media fué protegida por los poderes civiles, y hemos visto cómo ella evitó los peligros de esta protección. Voy a mostrárosla hoy bajo un nuevo aspecto. La Iglesia en la Edad Media fué rica. Poseyó tierras, dominios, palacios, hospicios, escuelas, monasterios, capillas, iglesias. Vamos a estudiar las riquezas de la Iglesia en sus fuentes, en sus peligros, en sus beneficios.

I. Las fuentes de la riqueza de la Iglesia.

Señores, hay dos maneras legítimas de enriquecerse: 1.ª Trabajáis, y, con el trabajo, os ganáis el pan de cada día y el pan de vuestra familia, y si vuestro trabajo es

inteligente, tenaz y bendecido por Dios, adquirís más de lo necesario, adquirís capitales, casas, campos, y muy osado sería el que quisiera poner mano en los frutos de vuestro trabajo. Estos frutos son vuestros, porque proceden de vosotros. 2.ª Hay otra manera de enriquecerse. Recibir de vuestros antepasados, o de vuestros padres y amigos vivos, dones que le pertenecen y que os transmiten ordinariamente por donación entre vivos o por testamento. O hay que destruir la libertad, o hay que admitir que cada cual tiene el derecho de disponer de sus bienes, de legarlos a sus hijos y a sus amigos. Pues bien, señores, acabo de indicaros las dos fuentes de la prosperidad, de la riqueza de la Iglesia.

1.° Trabajó. Poseyó campos, selvas, bosques. Pero ¿quién los roturó, dispuso y sembró sino ella, sino la mano de sus sacerdotes, de sus monjes, de sus fieles? Invadió, con las laya en la mano, las tierras ingratas para cultivarlas, los bosques para descuajarlos y roturar su suelo, los estanques para desecarlos, las faldas cubiertas de espinos para plantar la viña en ellas. O bien, con sus propias manos construyó puentes, caminos, casas, escuelas, templos, monasterios. O bien aún, con su dinero, que no era, en último resultado, más que su propio trabajo transformado y acumulado, compró objetos, muebles e inmuebles. ¿Qué tenéis que decir de esto? La Iglesia fué rica porque trabajó, y a todos los que atacan su antigua opulencia, sólo puede responderse con estas palabras: ¡Haced lo mismo!

2.° Sí, me diréis, el trabajo es la fuente verdadera de la riqueza, pero la opulencia de la Iglesia tiene otro origen. Recibió; se le hicieron inmensas ofrendas. No lo niego; una parte de su riqueza se compuso de bienes

aportados por los que se hacían sacerdotes o monjes, y de los bienes donados por bienhechores libres. Un hombre había cometido un gran pecado; se arrepentía a la hora de la muerte, y manifestaba su voluntad de hacer edificar con cargo a su herencia una iglesia en honor de Dios, un hospicio para pobres y caminantes. Compraba sus pecados con una generosa fundación. Casi siempre nuestros antepasados traducían, durante su vida, con donaciones su arrepentimiento. Sí, la Iglesia recibió mucho de los fieles. Se enriqueció con los dones que le hicieron durante la Edad Media. Pero ¿qué tenéis que decir de esto? De cien hombres ricos hoy en día ¿es que no hay noventa que deben su riqueza a la herencia, y que nada tendrían si no lo hubiesen recibido todo? En resumen, nada tan legítimo como la riqueza de la Iglesia en la Edada Media. Esta riqueza nació del trabajo, de la economía, del tiempo, de las liberalidades voluntarias. Y si discutís esta riqueza tan justamente adquirida, os condeno en nombre de la lógica a despojar sin piedad a todos los propietarios, desde el más grande capitalista que ha ganado millones en la práctica honrada de la industria y del comercio, hasta el humilde aldeano que compró un pequeño campo con el sudor de su frente, o lo heredó de su anciano padre.

Aquí me atáis bien corto, y, evocando lo pasado, me exponéis los peligros de la riqueza de la Iglesia. Es esta otra cuestión sobre la cual no me niego a explicarme pues vale la pena.

II. Los peligros de la riqueza de la Iglesia.

Sí, señores, la riqueza es un peligro. Es un peligro para los individuos: los lleva a la inacción, al placer, al goce ilimitado, y con frecuencia, a la impotencia y a la ruina. Es un peligro para las familias: disipa la herencia de los antepasados, y a veces obscurece la gloria del nombre. Es un peligro para las sociedades, a las que enerva y corrompe. Recorriendo la historia, podréis comprobar que, en todas partes, la decadencia y las caídas de los pueblos tienen por precursor el reino brillante, pero corto, de la riqueza y del placer. Lo que es verdad para una nación, es verdad también para una religión. Tomad una religión puramente hermana; condenadla a la riqueza, y esta religión, para caer, no tendrá necesidad de que la ataquen; morirá por sí misma. ¡Ah! los hombres que tienen la desgracia de detestar a la Iglesia, cometen una gran falta al temer su opulencia. En vez de condenar la riqueza de la Iglesia, deberían desearla, porque la grande, la formidable prueba de la Iglesia en la historia, no consiste en haber sido pobre, sino en haber sido rica.

¿Sucumbió ella a esta tentación, como sucumbieron tantas instituciones humanas? No. La Iglesia fué rica. Trabajó, y añadiendo los dones de los príncipes y de los pueblos a su trabajo, se encontró, sin buscarlo, con lo que humanamente se llama una brillante fortuna. Cuando veo, a fines de la Edad Media, a la Iglesia, hija del Calvario, elevada a la cumbre de la prosperidad; cuando la veo rodeada de honores, administrando propiedades considerables, me pongo a temblar por ella. ¡Gran Dios, la riqueza, esa homicida de los individuos, de las familias y de las naciones, invade el santuario, y, por un momento, introduce en él la codicia, la ambición, la voluptuosidad, la simonía...! Mas nada temáis. La Iglesia recibió de Dios el poder de reformarse y resucitarse a sí misma. En el día señalado por Dios, grandes papas, grandes obispos, grandes san-

tos, se levantan, truenan contra la corrupción, aniquilan los escándalos, y apartan de la frente de la Iglesia las nubes que amenazaban alterar la virginidad de su vida. La Iglesia sacude sus vestiduras, un momento cubiertas del polvo del siglo y del lodo de las pasiones. El lodo se va, el polvo se desprende, y mostrando en su frente purificada el resplandor de su virginal belleza, exclama: "¡Gloria a Dios! La riqueza que todo lo corrompe no ha podido corromperme a mí, y mi prosperidad terrenal no ha podido descantillar la integridad de mi vida divina!" La Iglesia fué rica en la Edad Media. Algunos de sus ministros sucumbieron a las tentaciones que origina la riqueza. Pero la Iglesia, escapando al peligro, continuó su marcha y realizó su obra. No fué la esclava envilecida por su opulencia, sino la señora, la dominadora de ella, y de ella se sirvió para cubrir el mundo de inmensos beneficios.

III. Los beneficios de la riqueza de la Iglesia.

Hay ricos egoístas que se encastillan en su opulencia, que viven de ella y amontonan para ellos solos hasta las últimas migajas. No procedió así la Iglesia. Con sus riquezas llevó a feliz término obras de las cuales se aprovechó todo el género humano.

Con su dinero hizo las obras de Dios. Construyó templos por millares, cubrió el suelo como de un blanco manto. Y no solamente edificó templos, sino que los ornamentó con magnificencia tal, que todavía en el día de hoy excita nuestra admiración. Echó sobre sus templos el rico aparato de vidrierías, frescos, esculturas, cuadros, oro, plata, pedrería. Casi todas nuestras hermosas catedrales datan de la Edad Media. Confesad, señores, que semejantes obras maestras demuestran, no

solamente la fe y buen gusto de nuestros padres, sino también un gasto extraordinario de fuerza y dinero. Cuando pienso que se han consumido más de cincuenta millones para construir la Gran Opera, es decir, un monumento absolutamente pesado y aplastado, me pregunto lo que pudo costar la catedral de Chartres, o Nuestra Señora de París, o la Santa Capilla, monumentos todos de solidez y elegancia incomparables. Pues bien, la Iglesia fué la que hizo esto: La Iglesia era rica, pero reconoced que empleaba bien su dinero.

Con su dinero llevó al cabo las obras de la civilización. En siglos en los cuales no se poseían aún ni los recursos de la industria, ni las relaciones del comercio, ni los instrumentos de fuerza y precisión que la ciencia moderna pone todos los días al alcance del obrero, ni los medios de instruirse que abundan hoy con la prensa, hizo ella, en los órdenes material e intelectual milagros que asombran nuestros brazos ayudados de tantas máquinas, y nuestro espíritu engrandecido por tantos descubrimientos. Construyó puentes, desecó lagos, roturó bosques, abrió canales, saneó llanuras, prodigó las lecciones, ejemplos e instrumentos del trabajo agrícola. Cultivó, casi sola, las letras, las ciencias y las artes. Copió manuscritos, compuso libros, multiplicó bibliotecas, Construyó Escuelas y Universidades. En Alemania, en Francia, en Italia, en España, en Inglaterra fundó las tres octavas partes de ciudades y aldeas que florecen hoy en día. Abrió al propio tiempo talleres y escuelas. En una palabra, la Iglesia, con su dinero, abrió en todas partes la ruta al trabajo, a la industria, al comercio; difundió la instrucción, realizó con magnificencia lás obras de la civilización. Hoy, cuando se quiere hacer una obra grande, nos dirigimos al Estado, y el Estado, metiendo la

mano en el bolsillo de los contribuyentes, les arranca con violencia el dinero que necesita. Antes la Iglesia era rica, pero cuando hacía obras costosas, no gastaba el dinero de los otros, sino el suyo propio.

Por modo tan noble y elevado hacía las obras de caridad. Asistía a los pobres. Les edificaba palacios. ¿Cuál es el origen de nuestros hospicios y hospitales? La Iglesia los construyó con sus vastas proporciones satisfactorias para el gusto, con sus patios plantados de árboles y adornados de estatuas, con sus jardines sembrados de flores. Los edificó para sus innumerables huérfanos, para los ancianos sin familia, para los enfermos sin consuelo y sin recursos. Se los han robado, pero su origen no es discutible. Son fruto de la Iglesia católica. Habréis oído decir, o habréis leído, que la Iglesia en la Edad Media no contribuía a las cargas públicas, que lo poseía todo, y no daba nada. ¡Rechazad con energía semejante calumnia! Sí, la Iglesia era rica. Pero la historia afirma, y los monumentos de lo pasado lo proclaman muy alto, que con su riqueza cubrió la Iglesia al mundo entero de inmensos beneficios.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOSEPTIMA

La vida de la Iglesia en la Edad Media

3.° La Iglesia poderosa

Señores:

La Iglesia en la Edad Media fué protegida, fué rica; esto quiere decir que fué poderosa. Se trata de saber ahora cómo empleó su poder. Fué poderosa sobre los pueblos y sobre los príncipes. ¿No rebasó los límites de lo honesto y de lo permitido? Veámoslo.

I. El poder de la Iglesia sobre los pueblos fué considerable.

No es posible negarlo. Recordemos tan sólo algunos hechos absolutamente característicos. ¿Cómo la Iglesia construyó los templos que cubrieron el suelo de la Europa cristiana durante la Edad Media? Con el concurso de todos los fieles. Hacía ella un signo, expresa-

ba un deseo, y poblaciones enteras se conmovían a su voz; los obreros albañiles, los carpinteros, los cerrajeros, los trastejadores, daban su ejemplo y su habilidad; las mujeres y los niños hacían pequeños montones de piedras, o removían el mortero. Todo el mundo trabajaba, todo el mundo cantaba, y a la acción de los pueblos electrizados, salían de la tierra los santuarios. Dar gratuitamente su tiempo y su trabajo, es ya mucho; pero he aquí un hecho más extraordinario todavía. La Iglesia, por la voz de sus pontífices y de sus obispos, predica las Cruzadas. Pide a todos los fieles que vaya a libertar el sepulcro de Jesucristo; y los pueblos, dóciles, lo abandonan todo, sus altares, sus hogares y su patria, para correr a Oriente. En la cuarta cruzada, un ejército de más de 50.000 niños partió de Francia y de Alemania y se encaminó a Palestina. Finalmente, ¿queréis tener una idea exacta del poder de la Iglesia sobre los pueblos? Acordaos de la manera como procedió con relación a los tiranos, a los césares de la Edad Media. Hizo el vacío en torno de su trono desligando a sus súbditos del juramento de fidelidad. Cuando un pueblo era oprimido, decíale la Iglesia: "Estás ligado por juramento a un jefe indigno. Pues bien, yo te desligo de tu juramento." Y aquel pueblo dócil recobraba al punto su independencia. Señores, Napoleón I, que se conocía, pronunció unas palabras que señalo a vuestra atención: "Los hombres que cambiaron la faz del universo, jamás lo consiguieron ganando jefes, sino removiendo masas; el primer medio echa mano de la intriga, y obtiene resultados secundarios; el segundo es la marcha del genio, y cambia la faz del mundo." La Iglesia tiene algo más que el genio; tiene la inspiración de Dios, y se convirtió en dueña del

mundo apoderándose de la conciencia y confianza de los pueblos.

Por otra parte, *nada más legítimo en su origen* que este poder mágico de la Iglesia sobre los pueblos de la Edad Media. Esto se hizo por sí solo, por la fuerza de las cosas, por las consecuencias lógicas de los acontecimientos. La Iglesia se formó lentamente, y sin pensar en ello, el mayor poder moral que jamás hubo en el mundo. Los pueblos de la Edad Media, testigos de la triste y larga agonía del Imperio romano, impotente ya para protegerlos, espantados del estrépito de las catástrofes que conmovían el suelo debajo de sus pies, fatigados del choque de las ambiciones que amenazaban con esclavizarlos y aplastarlos, comprendieron que la fuerza verdaderamente protectora de su libertad estaba en la Iglesia, en el Pontificado, y en ninguna otra parte. Impulsados por el instinto de su conversión, ¿qué hicieron? Buscaron por sí mismos un abrigo social bajo el solo escudo que podía entonces cubrirlos. El Pontificado estaba representado por ancianos sentados sobre ruinas, y sacudidos por las revoluciones, sin otra cosa para defenderse y acreditarse que la fuerza de su palabra y su bendición. ¿Qué importaba? El Pontificado era la grande, la única fuerza moral capaz de abrigar a los pueblos. Los pueblos se acercaron a él, y así, el Pontificado, y, con él, la Iglesia entera, vióse elevado, por el instinto conservador de las naciones, al trono de todo el mundo civilizado. He ahí la historia, señores. ¿Qué tenéis que decir de esto? La Iglesia reinó sobre los pueblos por la fuerza de las cosas, que es la acción de Dios sobre el género humano. Verdad es, se dice; pero la Iglesia abusó de su poder. Este poder, legítimo en su origen, fué excesivo en su ejercicio. Dispensadme:

La Iglesia no abusó nunca de su poder sobre los pueblos. Generalmente, los poderes de la tierra, cuando todo lo pueden, no respetan nada. No saben contentarse, y llevan su autoridad hasta el despotismo. La Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, supo contenerse. Distribuyendo coronas, no tomó ni una sola para ella. Sólo se sirvió de su ascendiente moral para el bien de los pueblos, para protegerlos contra todas las brutales ambiciones que amenazaban con devorar su libertad. Lo más grande que la Iglesia hizo en la Edad Media, fué, sin contradicción, desligar a los pueblos del juramento de fidelidad para con sus soberanos. Pues bien, cuando la Iglesia hacía esto, ¿por quién lo hacía? ¿Es que no era en beneficio de los pueblos? ¿Es qué, al tomar el partido de los débiles, ¿no atraía sobre ella la venganza de los fuertes? ¡Ea, ya que tanto hablamos del derecho de los pueblos, hagamos justicia a la Iglesia, que, para defender este derecho, sustuvo luchas homéricas, y afrontó las más terribles tempestades.

Sí, se nos dirá, pero aquí es precisamente donde os esperábamos. La Iglesia católica abusó de su poder sobre los reyes. La excomulgó y depuso. Esto es intolerable. Acepto la discusión en este nuevo terreno.

II. El poder de la Iglesia sobre los reyes fué considerable.

Permitidme, en primer lugar, que haga una observación que no carece de interés. ¡Es curioso! Los que hoy se manifiestan como los enemigos más determinados de los reyes, son los que con más acritud censuran a la Iglesia el haberlos maltratado en otros tiempos. Difaman a los reyes y emperadores, y apostrofando a la Iglesia, y censurando su pasado, se erigen contra ella en celosos campeones de la corona. Después de sonreir ante esta ligera contradicción, veamos cómo se portó la Iglesia con los príncipes durante la Edad Media. Con mucha frecuencia se alió con ellos, y esta unión del Sacerdocio y el Imperio produjo frutos de civilización que no pueden discutirse. Pero con frecuencia también, cuando los príncipes faltaban a su mandato, la Iglesia los amonestaba y censuraba.

Hizo más todavía. *Sacó contra ellos la espada de la excomunión.* ¿Hay algo más legítimo? Los príncipes católicos formaban parte de la Iglesia, y, como tales, si tenían derechos, tenían también deberes. Si faltaban a sus deberes, la Iglesia los privaba de sus derechos a los bienes espirituales. Esto estaba dentro del orden. Toda sociedad puede legítimamente apartar de su seno un miembro indigno, y lo que pueden hacer las sociedades civiles, ¿por qué la Iglesia, sociedad perfecta, no podría hacerlo? En nombre del simple derecho natural, la Iglesia podía excomulgar a los príncipes indignos. Podía hacerlo también en nombre de su propia libertad. "Preciso es que los potentados lo sepan bien—dice aquí Lacordaire;—el último de los sacerdotes puede negarse a comunicarse con ellos. Es preciso que los Teodosios sepan bien que hallarán Ambrosios que, viéndolos llegar enteramente cubiertos de la sangre de Tesalónica, los detengan en el portal y les digan: "Tenéis soldados, podéis forzar la puerta del templo; pero, si entráis, yo saldré." La libertad de salir es la primera libertad del hombre de corazón. ¡Desgraciados de los que no la poseen! Por la excomuión, cesaba la Iglesia de comunicar con los indignos; les negaba sus servicios, sus oraciones, sus sacra-

mentos. Hacía uso de una libertad primordial, que no hay más remedio que reconocerle.

Se objeta que con mucha frecuencia, al excomulgan a los príncipes, la Iglesia los deponía. *La excomunión de los soberanos entrañaba su deposición.* A esto respondo:

1.° *En principio,* la Iglesia está encargada directamente de salvaguardar los intereses morales y religiosos de los pueblos. En las cosas que por sí mismas se relacionan con el bienestar de la vida presente, como las rentas públicas, el ejército, la administración de justicia, el comercio, la paz y la guerra, el Estado es absolutamente independiente. Pero el Estado ¿debe conformar sus actos con la ley moral y sobrenatural? Indudablemente. Pues bien, ¿quién es el intérprete auténtico, el guardián oficial, el defensor nato de la ley moral y sobrenatural? ¿No es verdad que es la Iglesia? Si, pues, el Estado falta a su deber y choca con la ley moral y sobrenatural, ¿quién tiene la misión de reprenderlo y enderezarlo? ¿Quién? Evidentemente la Iglesia, porque ella fué puesta en el mundo por Dios precisamente para guardar y aplicar la ley moral y sobrenatural. He ahí los principios.

2.° *De hecho,* en la Edad Media, hubo príncipes que ultrajaron los derechos de Dios, los derechos de los pueblos, los derechos de la moral y de la religión. ¿Qué hicieron los papas? En ciertas circunstancias extremas en que se ventilaba la existencia misma de la cristiandad, depusieron príncipes como indignos de la soberanía. Y al hacer esto: 1.° Obraban en virtud del poder espiritual inherente a su cargo supremo, por cuanto son los guardianes natos del Evangelio; y 2.° Obraban en virtud del derecho público en vigor en aquella época. Solicitados por el voto popular, excomulgaron, depusieron, confundieron a los tiranos. ¿Acaso era esto un mal? No. Sin la intervención de aquellos intrépidos pontífices, ¿en qué se hubiera convertido el mundo? Si no se hubieran arrojado a la lucha con indomable valor para mantener la bandera de la libertad cristiana contra aquellos mansos corderos que se llamaban Enrique IV, Federico Barbaroja, Luis de Baviera, Felipe el Hermoso, ¿qué hubiera sido de Europa? Se parecería a esa cosa sin nombre, hecha de sangre y de lujuria, que expira allá bajo, en Constantinopla; Europa sería una Turquía. Traquilizaos; ya no estamos en la Edad Media.

3.° *Hoy,* las condiciones, las circunstancias no son las mismas que en el siglo XIII. Dormid tranquilos. La caballería ya no está allí para obligar a la restitución, a un gesto del pontífice, a la injusticia coronada. La gran espada de Carlomagno, de Godofredo de Bouillón, de Simón de Montfort ya no existe para el infiel y hereje. Los papas son siempre los heraldos del Evangelio, pero no son ya los mandatarios de los pueblos para asegurar en el mundo la paz y la justicia. Ya no se les pide que confundan a los tiranos. Tratamos de arreglar por nosotros mismos nuestros asuntos. La Iglesia no tiene la intención de imponernos sus servicios en el orden político y gubernamental. Admiremos su sabiduría, y hagamos justicia a la conducta que tuvo en lo pasado. Ella no usó de su poder sobre los pueblos y los reyes más que para el bien común de la cristiandad.

La Iglesia fué potente en la Edad Media. ¿Abusó de su poder? No.

Tomó el partido *de los débiles,* siempre que los débiles tuvieron de su parte el derecho y se vieron oprimidos por la brutalidad de los fuertes. Cuando uno está llamado a elegir entre los fuertes y los débiles, no colocarse del lado de los fuertes y proteger a los débiles, a riesgo de comprometer su propia seguridad y sus intereses personales, ¿hay algo más hermoso? La Iglesia lo hizo así; pero hizo más todavía.

En posesión de su poder, siempre trató con miramientos a los *culpables*. No los castigó más que en último extrêmo, después de agotar todos los medios de persuasión, y aun al castigarlos, tuvo buen cuidado de dejar abierta la puerta del arrepentimiento. El poder de la Iglesia no se parece a un obús, a una bala de cañón, que va recta a su objeto sin preocuparse de las ruinas que ocasiona a derecha y a izquierda en su trayectoria. No, es un poder maternal que cura castigando, que respeta la caña medio quebrada y la mecha que humea todavía...

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOCTAVA

La vida de la Iglesia en la Edad Media

3.° LA IGLESIA PODEROSA (*conclusión*)

SEÑORES:

La Iglesia en la Edad Media fué poderosa sobre los pueblos y los reyes. Pero no es esto todo. Fué poderosa también contra los herejes, y aquí es donde más nos atacan. "Cuando erais omnipotentes—nos dicen los enemigos de la Iglesia—instituisteis la Inquisición, y la Inquisición fué la tiranía y opresión de las conciencias, con la atrocidad de los más crueles suplicios." Señores, muchos hablan de la Inquisición sin conocerla más que por lecturas de elevada fantasía hechas de novelas, en donde la imaginación de los autores tiene libre curso. Otros se creen bien documentados cuando han oído las barbaridades de un charlatán, en su barraca, ante unas cuantas pinturas abominables, inspiradas más por el amor al dinero que por el cuidado de la verdad histórica. Dejemos a un lado novelistas y charlatanes,

y preguntémonos formalmente cuáles son los principios sobre los cuales se apoya la Inquisición, y cuales son los hechos que en ella se censuran.

¿Qué es la Inquisición? La Inquisición, llamada también Santo Oficio, es un tribunal instituído bajo su forma definitiva a principios del siglo XIII, con el fin de reprimir la herejía de los albigenses y de los valdenses. El poder eclesiástico y el poder civil, igualmente amenazados por aquella herejía, se unieron para combatirla; el uno comprobaba la falta, el otro la castigaba. La Inquisición establecida en el siglo XIII, se extendió bien pronto por toda la Iglesia con la misión de vigilar las herejías, de reprimirlas y castigarlas. Para juzgar esta institución, es preciso colocarse en el punto de vista de los principios y de los hechos.

I. Desde el punto de vista de los principios.

¿Tenía la Iglesia el derecho de instituir, de concierto con el poder civil, el tribunal de la Inquisición? Procedamos con orden.

1.° *La Iglesia no tiene el derecho de imponer la verdad por la fuerza.* Esto es evidente. La fe no entra en el alma por la violencia, sino por la persuasión. Mahoma dijo a sus sectarios: "¡Cree o muere!" Hizo propagar su doctrina por escuadrones; infundió el Corán en el corazón del género humano con la punta de la espada. Es un método atroz, vergonzoso. No es ese el método de la Iglesia. "Creer—dice santo Tomás,—es asunto de libre determinación." Y, de hecho, la Iglesia protestó siempre contra las violencias de los conquistadores que quisieron imponer por la fuerza la fe cristiana. En una época en que príncipes dema-

siados celosos querían obligar a los judíos a recibir el bautismo, intervinieron los papas y contuvieron el celo intempestivo. "Unicamente Roma—dice Voltaire—tomó constantemente a los judíos bajo su protección." He ahí lo que es claro. La Iglesia no tiene el derecho de imponer la verdad por la fuerza, y jamás lo hizo. Pero una cosa es imponer la verdad, y otra defenderse contra el error. Aquí viene a sentarse un segundo principio.

2.° *La Iglesia tiene el derecho de emplear la fuerza para defenderse.* No siempre lo hizo, pero a veces lo ha hecho, y en esto, hizo uso de un derecho natural a todo hombre y a toda sociedad que quiere vivir, del derecho de legítima defensa. ¿Por qué no había de poder ella, al verse atacada, pedir auxilio y rogar a sus hijos que rechazaran a sus enemigos y salvar su fe? Cuando los donatistas atemorizaban el Africa con sus violencias, ¿debía la Iglesia abstenerse de pedir la protección imperial? Cuando Francia se vió amenazada del yugo de Mahoma, debía la Iglesia detener el brazo de Carlos Martel? Desde el momento en que la Iglesia tiene el derecho de vivir, tiene también el de defenderse. Vayamos más lejos y precisemos más.

3.° *La Iglesia tiene el derecho de castigar,* tiene el derecho de infligir penas, aun temporales, a sus miembros recalcitrantes, que son para sus hermanos piedra de escándalo y de peligro.

Esto es también un derecho natural. ¿Es que la sociedad no tiene el derecho de hacer leyes y sancionarlas con castigos? ¿Es que esto no es necesario al buen orden y a la prosperidad común? Pues también la Iglesia, sociedad perfecta, tiene el derecho de hacer leyes y darles una sanción suficiente.

La Iglesia tiene el derecho de castigar, y en ciertas épocas, este derecho natural puede convertirse en un derecho público. Por ejemplo, he ahí una nación en la cual el Evangelio está reconocido como ley del Estado, en la cual la unidad de la fe está establecida como un principio fundamental, reconocido y aceptado por todos. En medio de esta nación se levantan hombres que desgarran el Evangelio y cercenan la unidad de la fe. Su crimen es un crimen legal que trastorna a la vez a la Iglesia y al Estado. Atacadas al mismo tiempo la potencia eclesiástica y la potencia secular, se entienden para detener, reprimir y castigar un delito de orden público. La Iglesia dice al Estado: "He ahí herejes que envenenan las almas y trastornan la sociedad. Yo te los muestro. Tú tienes la espada. Sírvete de la espada para detener el error. Y el Estado responde: "Bien está. Cumpliré con mi deber. Todo atentado contra la fe, es un atentado contra la sociedad. Voy a poner orden." Así estaba constituído el mundo en la Edad Media. Creíase en aquellas épocas que los herejes eran, no solamente enemigos de la religión, sino también perturbadores del orden público, por lo que la Iglesia, de concierto con el Estado, instituyó contra ellos castigos destinados a reprimirlos y a proteger a la vez la sociedad civil y la religión. Instituyó la Inquisición, tribunal mixto, en el cual el poder eclesiástico tenía por misión indicar los delincuentes, y el poder secular la misión de castigarlos: Aquí entramos ya en el terreno de los hechos.

II. Desde el punto de vista de los hechos.

La Inquisición, legítima en su institución, ¿no fué falseada y desnaturalizada en el ejercicio de su poder?

Apartemos las viejas herrumbres que se nos lanzan al rostro, y que provienen casi todas de un tal Llorente, español, muerto en 1823, sacerdote apóstata, traidor a su país y falsario impúdico, y digamos brevemente la verdad sobre la Inquisición.

1.º *La Inquisición no merece todos los reproches que se la han dirigido.*

Aun cuando la Inquisición hubiera alguna vez rebasado la medida, no sería ello motivo para condenarla. Aun cuando algunos eclesiásticos hubieran abusado de esta institución, sería injusto hacer a la Iglesia responsable de estos abusos. Encargados de salvar la religión y la sociedad en la Edad Media, hallaron los papas a la una y a la otra en vísperas de perecer sin remisión a los golpes de una muchedumbre de fanáticos y sanguinarios, que querían hacer descender a Europa por debajo de la barbarie musulmana. Contra tan brutales ataques, establecieron un medio de policía, un tribunal encargado de vigilar a los herejes, de conducirlos a mejores sentimientos, y en caso de mostrarse incorregibles, entregarlos a la justicia secular, antes de poner fuego al país. Nada tan moral, útil y oportuno. Pero la Inquisición ¿no pegó en falso y con demasiada dureza? Veámoslo.

¿Qué eran los hombres castigados por ella? Represéntanlos con frecuencia como mansos corderos inmolados sin motivo ni piedad. Nada más falso. Los albigenses eran verdaderos anarquistas. Los templarios habían degenerado en sociedad secreta. Mucho se ha gritado contra la ejecución de Esteban Dolet en 1546 y de Giordano Bruno en 1600. Pero estos dos hombres eran dos criminales. La Inquisición procedía con prudencia. En vez de castigar a los engañados, perseguía

a los jefes. Esto es sumamente inteligente y justo. Hoy se respeta, por lo general, a los grandes culpables que adoctrinan al pueblo y lo empujan a las revoluciones, y luego, cuando llega un alzamiento popular, se hace que avancen los cañones y las bayonetas, y en una jornada se exterminan más hombres que quemó la Edad Media, y se amontonan en las prisiones más desgraciados que encerró la Inquisición eclesiástica en todo su reinado. Nuestros abuelos eran prudentes. Apretaban contra los jefes y trataban con grandes consideraciones a los engañados. Eran en esto mucho más avisados y humanos que los gobiernos modernos.

Se reprocha a la Inquisición *los suplicios que infligió*. Pongamos las cosas en su verdadero punto. Las penas que imponía la Inquisición, no son tan duras como se ha querido decir. El mismo Llorente confiesa que los calabozos de la Inquisición, aun en España, eran palacios en comparación de las prisiones de la época. Las penas eclesiásticas eran comparativamente muy dulces en tiempos en los cuales el código europeo no conocía más que penas atroces. ¿Qué era la prisión a pan y agua en comparación del descuartizamiento, de la rueda, del fuego y de la horca? Estas últimas penas eran propias de la época. La Iglesia no las inventó. Por lo contrario, la vemos constantemente ocupada en mitigar sus rigores. La reclusión temporal o perpetua era la única pena que la Iglesia, en la Edad Media, deseaba que se impusiera a los más grandes criminales en materia religiosa. Prevenía a los príncipes cristianos contra los excesos de la severidad. Habiendo san Luis publicado un decreto que condenaba a los blasfemos públicos a ser marcados en los labios con un hierro candente, el papa Clemente IV le rogó con insistencia que cambiara la ley, lo cual hizo el Rey sustituyendo la

marca por la multa o la prisión. Y en el temor de que el ejemplo de tan gran rey hallase imitadores, vemos que el mismo Papa exhortó al rey de Navarra a no imitar en esto al ilustre rey de los franceses. Los papas jamás obraron de otro modo. Vigilaban la Inquisición y la moderaban. Reserváronse el derecho de indulto; quisieron que los condenados pudieran siempre apelar a su tribunal supremo. Así vemos a los templarios reclamar como un favor el derecho de ser juzgados por Roma. Si algunos hombres se excedieron en su severidad, no eran la Iglesia, ni tenían su espíritu. Si algunos príncipes católicos rebasaron la medida, no eran la Iglesia, y más de una vez fueron desaprobados por ella. Tengamos esto muy presente.

2.º *No debe hacerse a la Iglesia responsable de los abusos de que pudo ser ocasión el tribunal del Santo Oficio.* En efecto, los poderes civiles, encargados de defender los intereses religiosos, y de castigar a los herejes, se excedieron más de una vez en sus atribuciones. Una comparación hará esto más claro. Tenéis una vasta propiedad, y nombráis para guardarla un administrador cuya misión consiste en vigilar a los cazadores furtivos, en perseguir a los ladrones, en hacer valer vuestro derecho y castigar a los que quisieran perjudicarlo. Este administrador se instala, y con el tiempo, abusa de su atribución. Rebasa las órdenes que le disteis, despliega una severidad excesiva; atendiendo a sus intereses antes que a los vuestros, se hace temer, amenaza, roba. Es un déspota ante el cual tiembla toda la comarca. No le disteis semejantes atribuciones, no sois responsables de sus excesos. Lo desautorizáis, lo destituís, y hacéis bien. Pues bien, he ahí precisamente lo que ocurrió con la Inquisición, sobre

todo en España. Los poderes civiles abusaron de ella; hicieron de ella una institución más política que religiosa, sirviéronse de ella más para afirmar su propia autoridad que para defender a la Iglesia. En España los agentes de la Inquisición estaban bajo la dependencia absoluta y exclusiva del rey, que los instituía o destituía a su antojo, y con mucha frecuencia intervinieron los papas para contener y condenar los rigores de los inquisidores españoles. Por otra parte, aun en España, la Inquisición, no obstante sus excesos, produjo un bien real. Voltaire dijo que si España evitó los horrores de las guerras de la religión, a su Inquisición se lo debe. Si se hubiera eliminado a tiempo a Lutero y a Calvino, ¡cuánto bien hubiera reportado Europa! Pues bien, España, mostrándose implacable con los musulmanes, con los judíos, con los herejes, conservó la unidad de la fe, y evitó los desgarramientos religiosos que quebrantaron y desmantelaron a Europa.

Estas pocas indicaciones, señores, bastan para ilustrar vuestras lecturas y vuestros juicios sobre la Inquisición, sobre el poder de la Iglesia contra los herejes en los siglos de la Edad Media. Para terminar, quiero tranquilizar con unas palabras a aquellos de vosotros que se muestren espantados por los rigores de la Inquisición en lo pasado. La Iglesia no piensa hoy en actuar con la severidad de otras veces contra los herejes. ¿Por qué? Por dos razones.

En primer lugar, porque no hay herejes. Los herejes de los siglos pasados estaban instruídos en la religión, y dogmatizaban en oposición a la ortodoxia. Los incrédulos de hoy son menos incrédulos que infieles. Tienen contra la religión prejuicios anteriores de nacimiento, de educación, de opinión pública, de hábitos, y la Iglesia

los trata como siempre trató a los infieles, es decir, con ternura, compasión y persuasión.

En segundo lugar, ya no existe la unidad de la fe como existía antes, en el estado de ley fundamental de la sociedad. La sociedad civil, profundamente dividida, reposa hoy en un principio absolutamente contrario, en plena y entera libertad de cultos. "¡Plegue a Dios, por lo menos, que esta libertad—exclama Lacordaire—no sea un nombre vano, y obtenga la Iglesia, siquiera una vez, del error el ejercicio apacible y completo de sus derechos espirituales, es decir, el derecho de persuadir al género humano!" Tal es nuestra más dulce esperanza y nuestro más vivo deseo.

Así sea.

IV

LOS COMBATES DE LA IGLESIA EN LOS TIEMPOS MODERNOS

CONFERENCIA PRIMERA

La Iglesia y el Renacimiento

SEÑORES:

Vamos a empezar el estudio de los combates de la Iglesia en los tiempos modernos, desde la toma de Constantinopla por los turcos en 1453, hasta la conclusión del Concordato entre Pío VII y Napoleón I en 1802.

Ya en el umbral de los tiempos modernos, nos encontramos con un período brillante que se llama el Renacimiento. En la segunda mitad del siglo XV, después de la caída de Constantinopla, prodúcese en Occidente un poderoso despertar de las inteligencias, una verdadera revelación en las ideas, en las letras, en las ciencias y en las artes. Las obras maestras de la literatura griega, pasan de Oriente a Occidente. Las obras maestras del arte antiguo, fueron sacadas del polvo en que las tenían olvidadas, y ante aquellos grandes modelos, formóse una joven escuela de pintores, escul-

tores y arquitectos, que produjo, a su vez, nuevas maravillas. Los primeros inventos del genio moderno, la imprenta en particular, despiertan en todas partes la curiosidad y aceleran el movimiento de los espiritus. Reina en toda Europa un entusiasmo febril por la ciencia bajo todas sus formas.

Señores, la parte que tomó la Iglesia en el Renacimiento es preponderante, y de ello nos convenceremos estudiando sucesiva y sucintamente el origen, instrumento y maravillas de aquel gran movimiento que inaugura los tiempos modernos.

I. El origen del Renacimiento.

El Renacimiento tomó su origen en la importación en Occidente de la civilización griega. ¿Quién hizo principalmente esto? La Iglesia, los papas. Esto es incontestable. En el año de 1453, Constantinopla sucumbe a los ataques de los turcos conducidos por Mahometo II. 40.000 cristianos quedan envueltos en las ruinas de la ciudad incendiada y saqueada. 50.000 son reducidos a esclavitud. El resto escapa a los feroces vencedores, y huye hacia Italia en galeras venecianas. El padre de los cristianos, Nicolás V, los recibe en Roma, madre de las naciones, y les abre sus brazos protectores. Los fugitivos llevaban consigo los preciosos despojos de la patria, manuscritos de autores griegos, sagrados y profanos ,ricos tesoros de lo pasado, arrebatados a las llamas o a la ignorancia de los infieles. A menudo se acusa a la Iglesia de no amar a la ciencia. ¡Qué infamia y qué mentira! Nosotros fuimos los que recogimos los libros de la antigüedad cuando fueron condenados a las llamas por el discípulo del Corán, Mahometo II. Nosotros fuimos los que abrimos en 1453,

las puertas de Roma y de Europa a los iniciadores del Renacimiento. En 1453, por mediación del papa Nicolás V, Grecia entró en Roma con sus poetas, sus filósofos, sus artistas y sus sabios. Oriente se trasplantó a Occidente, y muy pronto por el descubrimiento de la imprenta, todas las riquezas de la antigüedad pagana iban a ser multiplicadas, popularizadas, universalizadas. Acabo de nombrar la imprenta, es decir, el instrumento del Renacimiento.

II. El instrumento del Renacimiento.

En el siglo XIII se inventó el papel de hilo, que reemplazó al pergamino, el cual, en el siglo VII habia sustituido al papiro y a las tablillas de cera. Los monjes de los siglos VII al XIV, grabaron en el pergamino sus libros de horas y trancribieron las obras de la antigüedad. A mediados del siglo XIV, introdujéronse en Francia las papelerías, y un siglo después los Gutenberg inventaba la imprenta en Estrasburgo (1436) Venecia, Basilea, París, tuvieron sucesivamente talleres tipográficos, de donde salieron los monumentos casi perdidos hasta entonces para el espíritu humano: Virgilio en 1470, Homero en 1488, Platón en 1512. El uso de la imprenta se difundió con asombrosa rapidez. Gracias a ella, el Renacimiento, entonces en vías de manifestarse, obró una verdadera revolución intelectual. La Reforma le debe su triunfo; pero de que la Reforma se apoderase de la imprenta y se sirviese de ella con exceso para infiltrarse en todas partes, no se sigue que deba condenarse semejante movimiento, ni que merezca los rayos de la reprobación.

Vemos que la Iglesia acoge a la imprenta y la alienta con ardor. Desde su origen, en 1647, los primeros im-

presores se trasladan a Roma. Aquellos obreros de la inteligencia fueron recibidos con los brazos abiertos por los sucesores de los Apóstoles, y cerca de la Ciudad Santa, en el monasterio de Subiaco, cuyos religiosos eran en su mayoría de origen alemán, fué establecida una de las primeras imprentas de Italia. La Iglesia, no solamente no condenaba el nuevo invento, sino que lo aprobaba, lo favorecía, le aportaba el apoyo de su cooperación y el prestigio de su preponderancia..

III. Las maravillas del Renacimiento.

Las maravillas del Renacimiento emanan en su inmensa mayoría de la iniciativa e influencia más o menos directa de la santa Iglesia católica. Hállase en todas parte en las manifestaciones intelectuales y artísticas de esta época.

Podría citaros *numerosos personajes eclesiásticos* que fueron inventores, leteratos y artistas. Bastará decir que el Pontificado marchó a la cabeza del movimiento y arrastró tras de sí las inteligencias más curiosas y distinguidas.

El papa Eugenio IV retuvo en Italia al sabio griego Bessarión, y creándolo cardenal, le permitió tomar parte importantísima en la obra del Renacimiento.

El papa Nicolás V rodeóse de los sabios más ilustres. Llamó a Florencia al bienaventurado Juan de Fiésole, Fra Angélico, que llevaba la doble aureola de gran santo y de pintor incomparable, y le encargó ornamentar de frescos los muros de la capilla pontificia. Al propio tiempo, reunió 9000 manuscritos y fundó la Biblioteca Vaticana, que, poco a poco, enriquecida por los papas, se elevó a la categoría de primera colección del mundo, pues contiene lo que de más raro y precioso existe en la materia. Se llegó a 23.577 manuscritos, tanto orientales como griegos y latinos, todos de primer orden, sin contar los impresos y los archivos, de un precio incomparable.

Tras Calixto III, que tuvo la pasión de los manuscritos, y Pío II (Eneas Silvio Piccolomini), el hombre más erudito de su tiempo, vino Julio II, que alienta principalmente a los artistas. Llamó a Roma a Miguel Angel, que era a la vez, y en el más alto grado, pintor, escultor y arquitecto. Su fogosa naturaleza complacía a Julio II. Energía, entusiasmo, aspereza, y aun rudeza; tales eran las semejanzas preextablecidas entre el Papa y el artista. El uno no podía pasarse sin el otro. Julio II necesitaba a Miguel Angel como León X a Rafael. El Papa exige de Miguel Angel la decoración de la Capilla Sixtina; el artista trabaja en ella durante cuatro años, ejecuta en ella una maravilla, y los más inteligentes conocedores nos dicen que no es posible crear una obra más grandiosa y al propio tiempo más armoniosa. Julio II sueña con otra cosa. Confía al genio de Bramante la ejecución de la basílica de San Pedro, esa colosal construcción, el más hermoso monumento del mundo católico. Finalmente, ordena el Museo del Vaticano, que fué continuado magníficamente por sus sucesores, y contiene una colección única en el mundo de estatuas antiguas, el *Laocoonte,* el *Apolo,* el dorso de *Belvedere* y cien otros. "Aquí está probablemente—dice Taine—el mayor tesoro de escultura antigua que existe en el mundo."

Finalmente, llegamos a León X, que mereció dar su nombre al más grande siglo literario y artístico de Italia. Este siglo tomó el nombre de León X, honor tan sólo concedido antes de él, a Augusto y a Pericles, y después de él, a Luis XIV. León X recibe en torno su-

yo, como en un inmenso hogar, todas las lumbreras esparcidas del espíritu humano, la teología, la filosofía, las matemáticas, la escultura, la pintura, la arquitectura, la poesía, la música. Marcha en Roma rodeado de un cortejo de artistas y de sabios, al descubrimiento de las maravillas de la antigüedad, estatuas, columnas, medallas, camafeos, piedras o mármoles encontrados en las entrañas de la tierra. Rafael es su predilecto. Formado en la escuela del Perugino y de Leonardo de Vinci, los supera, y fijo en Roma, unido invenciblemente a León X, es nombrado por éste intendente de los trabajos de san Pedro, y vigilante general de las ruinas de la ciudad antigua. Rafael puebla a Roma e Italia de las más bellas pinturas salidas de la mano del hombre.

Este movimiento poderoso del Renacimiento, cuyo punto de partida estaba en Roma, y cuyo impulso procedía del Pontificado, no podía dejar de propagarse en Francia. Tal fué el resultado capital de las guerras de Italia que se desarrollaban por entonces, y Francisco I, con sus gustos de artista y de poeta, fué el promotor de aquel movimiento, de la implantación del renacimiento italiano en nuestro suelo nacional. Compró a precio de oro las mejores obras de Rafael y de Leonardo de Vinci, e hizo a sus obras maestras una recepción triunfal en París. Llamó a la corte de Francia a los más grandes artistas de Italia. Leonardo de Vinci murió en sus brazos. Sebastian Serlio y el Rosso edifican el palacio de Fontainebleau. El Primaticio, Benvenuto Cellini y cien otros aceptan nuestra hospitalidad, y a su contacto, se forman los grandes artistas de que se honra de Francia: Pedro Lescot, el arquitecto Delorme, Germano Pilón, Juan Goujón, Juan Cousín, etc... Las artes. las letras, las ciencias, todo renace, todo progresa, y Roma, la Iglesia, los papas son los que conducen tan gran movimiento.

Sin duda que el Renacimiento entrañaba un gran peligro. La literatura, las artes, y, de rechazo, las costumbres volvían al paganismo, y veremos cómo se aprovecha hábilmente la Reforma de este peligroso retorno a la vida pagana. Pero no por ello es menos cierto que el Renacimiento señala un poderoso despertar del espíritu humano. Este despertar fué sucitado principalmente por los papas. Y si, después de esto, los enemigos de la Iglesia dicen todavía que es enemiga de las letras, de las ciencias y de las artes, no habrá otro remedio que dejarlos decir, que dejar que consuman su provisión de ignorancia o de mala fe. En cuanto a nosotros, señores, discípulos fieles e ilustrados de la santa Iglesia, saludamos en ella, no sólo a la redentora de las almas, sino también a la madre y guardiana de la verdadera civilización. Reconozcamos que es útil para todos y que encierra al propio tiempo las promesas de la vida futura y las promesas de la vida presente.

Así sea.

CONFERENCIA SEGUNDA

La Iglesia y el protestantismo

1.° LOS JEFES DEL PROTESTANTISMO

SEÑORES:

El despertar del espíritu humano, a principios del siglo XVI, no era malo, y hemos visto que la Iglesia tomó una parte muy importante en el desarrollo del Renacimiento. Pero aquel despertar ofrecía un peligro. Se volvía al paganismo, se entraba en una era de independencia y revolución. Entonces fué cuando nació el protestantismo, con su principio del libre examen, que tan perfectamente respondía a los instintos del siglo XVI.

Estudiemos la Reforma, y ante todas cosas, trabemos conocimiento con sus jefes. Tres son los principales: Lutero, Calvino y Enrique VIII. *Qui sunt isti et unde venerunt?* ¿Qué son y de dónde proceden? ¿Cuál es la fisonomía de estos hombres y de quién reciben su misión?

I. ¿Qué son?

¿Quién es Lutero? ¿Quién es Calvino? ¿Quién es Enrique VIII? ¿Merecen estos hombres alguna confianza?

Lutero nació el 10 de Noviembre de 1483, en el fondo de Alemania, en la cabaña de un minero. Fué bautizado al día siguiente, y se le puso el nombre de Martín, del santo Apóstol cuya fiesta se celebraba. Espíritu vivo, corazón apasionado, capaz de una resolución atrevida y generosa, vió a los dieciocho años que el rayo mataba a su lado uno de sus compañeros de placeres, y este golpe repentino le convirtió sinceramente. Tomó el hábito de san Agustín, se sometió al cilicio y a la ceniza, gustó bajo la vara dichosa de la obediencia las alegrías de la humildad, creyóse llamado al sacerdocio, y subió al altar por la primera vez el 2 de Mayo de 1507. Tenía veinticuatro años.

En aquella hora matinal de su trágica carrera, poseía Lutero todos los dones de la naturaleza y de la gracia. Sacerdote, fraile, escritor, orador, recibió de Dios una elocuencia que brotaba de sus labios y fluía de su pluma con igual fecundidad. Poseía el poder del sacerdocio y las gracias de la vida cenobítica, y estos dones sobrenaturales recibían su ilustración y su valor de un alma ardiente y del prestigio del ingenio.

Por desgracia, el orgullo, como gusano roedor corromperá su rica naturaleza y la conducirá a los últimos excesos. Tenía Lutero treinta y cuatro años, y estaba en toda la fuerza de la edad y del talento, cuando León X concedió una indulgencia plenaria a todos los fieles que, arrepentidos de sus faltas, contribuyeran con sus limosnas a la terminación de la basílica de San Pedro,

Tratábase de elevar sobre la tumba de san Pedro un templo magnífico, que fuera el símbolo del triunfo de la Iglesia, por fin victoriosa, tras quince siglos de luchas, y ocurrió que lo que debía ser el coronamiento de la paz y de la unidad católica, iba a ser su división. Mientras que León X edificaba San Pedro de Roma, Lutero se preparaba para demoler la Europa católica. El Papa confió a los dominicos la predicación de las indulgencias en Alemania. Esto irritó el orgullo de Lutero, y en las tesis incendiarias que hizo fijar en las puertas de las iglesias de Witemberg, atacó, no solamente los abusos posibles, sino la doctrina misma de las indulgencias. Fué más lejos aún. Señores, cuando se ha abierto una brecha en la ciudadela de la verdad, no se tarda en demolerla enteramente. Rebasando de un salto la cuestión de las indulgencias, ataca Lutero el libre albedrío, la necesidad de las buenas obras para la salvación, los votos y el celibato sacerdotal, y, finalmente, la primacia de la Sede Romana y toda la jerarquía eclesiástica. León X, después de agotar todos los medios de reconciliación, condena solamente al fraile hereje. Lutero debía someterse, pero en vez de hacerlo, convoca a sus amigos, discípulos y muchedumbre de curiosos, y descendiendo a la plaza pública, hace encender en ella una hoguera, y pronunciando palabras despreciativas, arroja al fuego la bula del Papa. He ahí a Lutero... un monje apóstata y rebelde.

Hipócrita, llegó al extremo de someterse al Papa como vicario de Jesucristo, y a los ocho días llamóle Anticristo y quemó públicamente su bula. Impúdico y sacrílego, sedujo y corrompió a una virgen consagrada a Dios. Blasfemo, niega la libertad del hombre, y hace a Dios autor de todos los pecados. Corruptor de la santa moral cristiana, desde lo alto de la cátedra enseña el adulterio en términos escandalosos, y en una consulta dogmática declara al landgrave de Hesse que puede tener dos mujeres. Grosero y vil personaje, diserta en las tabernas en medio del voho de cerveza, hace de sus conversaciones de sobremesa un libro inmundo, ultraja con violencia increíble a sus contradictores. "Tiemblo—decía Melanchthon—cuando pienso en las pasiones de Lutero; no ceden en violencia a los arrebatos de Hércules."

Aquel hombre que comenzó impulsado por el orgullo, ¿cómo acabó? "¿En dónde vuelvo a encontrarlo?—pregunta Lacordaire—No ya en el hogar sagrado de la tienda cenobítica, sino en el atrio de una mansión vulgar, con los pies extendidos hacia un fuego doméstico, con una mujer al lado." Hele ahí casado, y mal casado. Su vida, tan trágica, termina como en las comedias, en un matrimonio, el cual termina a su vez en el infierno. Una noche de verano, dirigiéndose a Catalina Bora, la cómplice de su adulterio, le decía: "Catalina, ese cielo tan hermoso no es para nosotros"—"Pues bien, señor, arrepintámonos."—"¡Es demasiado tarde!"

Calvino es menos apasionado y menos violento que Lutero, pero más friamente perverso y de una maldad más odiosa. Carece de corazón. Nació en Noyón, de padres poco adinerados, y una familia rica pagó los gastos de su educación. Recibió en Orleáns lecciones de griego de un luterano, Melchor Wolmar, que le dió la primera idea de protestantismo. Sin recibir Ordenes, Calvino poseyó como titular el curato de Marteville, y luego el de Pont-l'-Evèque. Amigo de novedades, devoraba en secreto todas las obras de los falsos reformadores. Obligado a huir de su patria y marcado con hierro candente por un crimen infamante, lleva primeramente

una vida errante, y se fija, por fin, en Ginebra, que se convierte en la ciudadela de la herejía calvinista. ¡Desgraciado del que no pensara como él! Sectario frío y rígido, más metódico que Lutero, más odioso y más feroz, hace de su poder una tiranía. Ordena quemar vivo a Miguel Servet, destierra a Bolzec, y corta la cabeza a Gentilès por sus opiniones sobre la Trinidad. Durante treinta años, Calvino somete a Ginebra a la constitución más absoluta y draconiana. No es raro, señores, que los jefes de la Reforma se alaben como libertadores del espíritu humano y verdaderos bienhechores del hombre. Decididamente, se necesita una gran dosis de buena voluntad o de mala fe para coronar con semejantes títulos la frente de Lutero y de Calvino.

Enrique VIII, jefe del anglicanismo, es más repugnante todavía que los dos personajes que acabo de presentaros. Enrique VIII es un compuesto de vicio, avaricia y crueldad, el más corrompido y feroz de los reyes de Inglaterra, según confesión de los mismos ingleses. Casado con Catalina de Aragón, a los veinticuatro años de matrimonio, quiere repudiarla para contraer nuevo enlace con Ana Boleyn. Roma se opuso: rompe abiertamente con Roma, y se hace nombrar jefe de la Iglesia anglicana. Se casa sucesivamente con siete mujeres; y uniendo la avaricia a la lujuria, suprime las comunidades religiosas y confisca sus bienes en provecho suyo. Es a la vez ladrón e impúdico. Su crueldad rebasa todos los límites. Envía al cadalso a dos de sus mujeres. Inunda en sangre su reino, después de llenar de ella su casa. El virtuoso Tomás Morus—Fischer, obispo de Rochester, y cien otros, son sus víctimas. Irlanda es cubierta de sangre. 72.000 ingleses pagan con su vida su resistencia a la voluntad del tirano, y durante catorce años la desventurada In-

glaterra se debate en horribles convulsiones. He ahí Enrique VIII. Es un verdadero monstruo. Unidlo a Calvino y a Lutero, y tendréis la trípode sobre la cual se apoya el edificio de la Reforma. Confesad que no es muy brillante.

Si, por lo menos, los jefes de la Reforma, en defecto de virtudes que les recomienden, tuvieran una misión que los acreditara... Pero ¿de dónde sacan su misión los pocos respetables personajes que acabamos de presentar?

II. ¿De dónde provienen?

Los ladrones del poder, como los ladrones del bolsillo ajeno, jamás tienen prisa de mostrar sus títulos, por la única razón de que no los tienen. Esto no obstante, antes de aceptar su autoridad, tengo el derecho de preguntarles acerca de su misión, y pregunto a los jefes de la Reforma: ¿De dónde venís? Y me responde la historia.

Hace quince siglos que la Iglesia venía gobernando al género humano, y le enseñaba el Evangelio en nombre de Jesucristo, que le había dicho: "Como mi Padre me envió, así yo os envío." De repente un monje orgulloso, fanático, vicioso, corrompido de espíritu, de natural temerario, capaz de atreverse a todo, incapaz de retroceder, Lutero, se levanta en el seno de la Iglesia, y teniendo en la mano la bula del Papa, la quema en la plaza pública de Widemberg, y exclama: "¡Nada más que la Biblia!" Luego, dirigiéndose a los alumnos de la Universidad, a los sacerdotes sin vocación, a los príncipes sin conciencia, a los pueblos sin instrucción religiosa, subleva en el norte de Alemania todo lo que había de ignorancia, de prejuicios, de ambiciones, y les

dice: "Hay que leer la Biblia, únicamente la Biblia, sin comentarios, sin interpretaciones, sin otra certeza que la que vuestra razón os dé." Y mientras Lutero habla y obra así, Calvino y Enrique VIII hacen poco más o menos lo mismo. Muy bien, pero ¿de dónde proceden estos novadores? "Al principio estaba solo"—dice Lutero— "Al comenzar, había roto con el mundo entero"—dice Calvino. ¿De dónde venís, pues? De nosotros mismos. ¿Quién os envió? Nadie. Señores, esto basta. Los jefes de la Reforma carecen de misión. Su religión no tiene autoridad, y, como decía un aldeano saboyano a un ministro protestante: "Vuestro protestantismo dista mucho de ser apostólico y de venir de Jesucristo; es menos viejo que mis quesos." Preguntad a la Reforma: ¿De dónde viene? Y la veréis bajar vergonzosamente la cabeza; tan reciente y apócrifo es su origen.

Un monje apóstata, públicamente traidor al juramento por el cual había consagrado a Dios su castidad; un sacerdote abortado, acorralado por la justicia; un rey familiarizado con el adulterio; los tres orgullosos y violentos con exceso, los tres infieles a la misma Iglesia; he ahí los padres de la Reforma. Y si les preguntamos a ellos de dónde vienen, el uno invoca a veces la autoridad del magistrado de Wittemberg y a veces su dignidad de doctor; el otro procura referirse a viejos herejes, el tercero muestra la espada ensangrentada que cortó las cabezas de sus mujeres para satisfacer sus amores de puerco. Y si se les pregunta, como a un obispo el día de su consagración: "¿Tenéis letras apostólicas?", sonríen, y Lutero responde: "El apóstol soy yo;" Calvino responde: "El apóstol soy yo;" Enrique VIII responde: "El Papa soy yo." Pero ¿quién os ha enviado? Yo, siempre yo. Datan del siglo XVI. No pueden borrar la novedad de su intrusión. Nada

tienen de apostólico. Entre el día en que Jesucristo eligió a sus Apóstoles, y aquel en que Lutero, Calvino y Enrique VIII se llamaron apóstoles de Jesucristo, media un abismo de mil quinientos años que habría que llenar para unir las doctrinas entre sí y reanudar la cadena de los pastores. He ahí el origen de la Reforma. Es un origen, no solamente manchado de todas las vergüenzas, sino desprovisto de toda autoridad. Esto bastaría para desacreditarlo.

Nos resta ahora juzgar al protestantismo por sus actos. No podemos hacerlo en una sola vez, por lo que habremos de dejarlo para el próximo domingo.

Así sea.

CONFERENCIA TERCERA

La Iglesia y el protestantismo

2.º La difusión del protestantismo

SEÑORES:

Os he presentado los jefes de la Reforma. Hay que exponeros ahora su obra. Hablemos hoy de la difusión del protestantismo. Esta difusión fué instantánea y prodigiosa. Como un reguero de pólvora, invadió la Reforma y revolucionó a toda Europa. Semejante acontecimiento pide una explicación, y voy a dárosla. Luego, en medio del naufragio general, os mostraré a Francia fiel a su pasado y a su título de hoja primogénita de la Iglesia.

I. La difusión del protestantismo fué prodigiosa.

En menos de cuarenta años, invadió la Reforma casi toda Europa. Tuvo a su servicio la imprenta y sus nacientes prensas, a Lutero y su fogosa elocuencia,

a Calvino y su dialéctica estrecha, a Enrique VIII y sus pasiones omnipotentes, a Teodoro de Beza con sus insinuaciones dulzarachas y pérfidas, a Erasmo con su erudición burlona y sospechosa, a Rabelais con su verbo inagotable, a Marot con sus rimas populares.

Lutero inunda a Alemania con sus libelos incendiarios, y mientras Carlos V sostiene la lucha con Francisco I y Francia, hace la Reforma inmensos progresos. Es introducida en Prusia por Alberto de Brandeburgo, gran maestro de los caballeros teutónicos, que se constituye en uno de los primeros y más firmes sostenedores de la herejía. Entra triunfante en Dinamarca, Noruega y Suecia.

Ginebra, bajo la mano despótica de Calvino, se convierte en centro de activa propaganda, y la mitad de Suiza abraza la herejía protestante.

En Inglaterra, Enrique VIII, hasta entonces reputado como defensor de la fe, se deja arrastrar por las pasiones que perdieron a Salomón y a tantos otros reyes, y separa su reino de la unidad católica. Se hace nombrar jefe de la Iglesia anglicana, y después de su muerte, desaparece el catolicismo de un pueblo que había merecido el dictado de isla de los santos.

En suma, casi instantáneamente la mitad de Europa se convierte en presa del protestantismo, y si fuera lícito juzgar del valor de una doctrina por su éxito, habría que conceder sin contradicción a la Reforma un certificado de verdad. Pero no, el éxito de un candidato no prueba en modo alguno su valor personal. Todos los días vemos llegar a los honores y ocupar puestos elevados hombres de nada, frutos secos, gentes degeneradas... y del mismo modo, la difusión prodigiosa de una doctrina nada prueba en favor de su valor intrínseco. Sí, la Reforma triunfó. Sí, en pocos años se

apoderó de la mitad de Europa. Pero ¿cómo triunfó? He ahí la cuestión.

II. La difusión del protestantismo fué poco gloriosa.

La Reforma no tiene el derecho de mostrarse ufana del éxito prodigioso que acogió y siguió su aparición, ya que triunfó por medios reprobables.

En primer lugar, la *ignorancia religiosa* de los pueblos le ofreció un campo enteramente preparado. Es una gran desgracia la ignorancia religiosa. En cuanto un pueblo cae en ella; cuando no tiene más que una fe tradicional y maquinal; cuando ignora su religión y las pruebas de su religión, nada más fácil que atraerlo a los lazos del error, sobre todo si el error es seductor y lisonjea sus pasiones. Basta con que le diga el primer bufón que se presente: "¡Sígueme!": y el pueblo, crédulo y casi irresponsable, se pone a remolque de la mentira y del sofisma. Pues bien, en el siglo XVI, en Alemania y en Inglaterra, el pueblo ignoraba su religión. Había Universidades y grandes Escuelas, pero faltaban las instituciones pedagógicas populares; el catecismo era poco enseñado; el pueblo estaba demasiado olvidado. Esto era un mal irreparable. En cuanto la Reforma cayó como un torrente sobre aquellas masas profundas, las encontró impotentes para defenderse contra la novedad, incapaces de defender su fe y de resistir al error. Así se convirtió en su presa, lo cual no era en verdad muy difícil.

Tanto más cuanto le ofrecieron *una doctrina favorable a todas las pasiones*. ¿Qué es el hombre sino un orgulloso, un voluptuoso, un sensual? Cogedlo por ese lado, y estaréis seguros de triunfar. Esto es lo que ordinariamente hacen los sofistas de baja estofa, los

cuales ganan partidarios dirigiéndose a las malas pasiones. Esto es lo que hizo la Reforma. Lisonjeó la pasión de la libertad, y "cuando se ha encontrado el medio—dice Bossuet—de coger a la multitud con el cebo de la libertad, sigue a ciegas, con tal que oiga solamente el nombre." Adula la pasión de la codicia diciendo a las clases elevadas: "No penséis en hacer la guerra al turco antes de libertar a Europa del papa, de los cardenales, de sus obispos, de sus frailes. Príncipes, arrebatad los bienes de la Iglesia y de los conventos." Halaga la pasión de la sensualidad diciendo a todos: "Tomad, si os place, muchas mujeres a la vez. La Biblia os autoriza a ello. Prescindid de la misa, de la confesión, del ayuno, de la abstinencia, de las buenas obras: la fe os basta." Con una religión tan agradable a los déspotas y al pueblo, tan favorable a las pasiones que fermentaban entonces en Europa, lo que asombra no es que el protestantismo hubiese podido corromper a cincuenta millones de católicos, sino que la Iglesia hubiera podido resistir y sobrevivir a la aparición triunfante de semejante herejía.

Añadid a esto que el protestantismo tuvo el apoyo de cerca de la mitad de las testas coronadas; con la ignorancia y las pasiones, *la violencia* hizo el resto. El mismo Voltaire nos representa a la Reforma con el Evangelio en una mano, la espada en la otra y la máscara de la religión en el rostro. Es un hecho histórico absolutamente auténtico. La Reforma no se acreditó libremente en virtud de una discusión pacífica; sólo triunfó por la voluntad omnipotente de los príncipes, que la impusieron a sus pueblos. Al propio tiempo que arbolaban en todas partes contra la tiranía papal el estandarte de la emancipación religiosa y del libre examen, trazaban los príncipes con la punta de su espada

formularios de fe, y los pueblos, aterrorizados y envilecidos, veíanse obligados a elegir entre las religiones reales, ducales, municipales, y el cadalso. La Reforma, que ponía altivamente en su base la libertad de examen, proclamó en todas partes que el príncipe era el jefe nato de la religión y el juez soberano en cuestiones de fe. Esto equivalía a retrogradar quince siglos, hasta el paganismo, que hacía del César el rey y el pontífice universal. Además, esto era lógico. Pero ¿qué importaba al protestantismo? Quería vivir, y, para lograrlo, sentía la necesidad de tender la mano a las cadenas del poder civil y llamarlo en su auxilio. No podía vivir más que a este precio con el apoyo deshonroso de la fuerza. De él se sirvió sin ruborizarse. La ignorancia religiosa, las pasiones, la violencia; he ahí la explicación vergonzosa del éxito de la Reforma. Esto no obstante, en medio de la defección universal (1), preséntase una excepción, un punto queda intacto.

III. La difusión del protestantismo fracasó en Francia.

Alemania fué la primera que rompió el lazo de la unidad; Suecia, Noruega y Dinamarca se entregaron intensamente a la Reforma; Suiza le dió sus grandes ciudades; Inglaterra, más infiel todavía, no tuvo ya para la religión proscripta más que amenazas, prisiones y cadalsos. Pero ¿en qué se convirtió Francia en el centro de Europa? Mantúvose firme. Demasiado vecina de Ginebra para evitar la propaganda calvinista, fué desde el principio inundada de escritos y emisarios protestantes. Poco a poco la herejía se infiltró en la

(1) Menos España, la única nación católica que cerró en absoluto sus fronteras al protestantismo, y lo acosó con sus tercios invencibles en todos los rincones de Europa.

nación, pero, cosa notable, se infiltró antes en la nobleza, en la magistratura, en los cuerpos docentes, que en la masa popular, que permaneció profundamente católica. Durante treinta y dos años, en siete refriegas diferentes, católicos y protestantes vinieron a las manos y ensangrentaron el suelo de Francia. Hubo de una y otra parte excesos lamentables. Los hugonotes, dirigidos por Coligny y el príncipe de Condé, levantan impuestos, roban y saquean iglesias y monasterios, destrozan imágenes, profanan santas reliquias, asesinan sacerdotes, frailes, mujeres y niños. Por su parte, los católicos, dirigidos por los Guisa, castigan duramente al partido protestante. En 1572, Catalina de Médicis, que fué el genio malo de Enrique II, de Carlos IX y de Enrique III, medita y ejecuta la matanza de san Bartolomé, el 24 de Agosto. La ejecución comenzó en París y se continuó en provincias. A propósito de tan deplorable acontecimiento, os ruego que notéis dos cosas: 1.ª Hubo en toda Francia alrededor de 2000 víctimas; por consiguiente, la matanza de los calvinistas no tuvo las proporciones fantásticas que le han dado los historiadores protestantes y librepensadores; 2.ª La Iglesia fué enteramente extraña a la matanza; fué un acontecimiento enteramente político, cuya responsabilidad incumbe, no a la Iglesia, sino al rey Carlos IX y sobre todo a su madre Catalina de Médicis.

El estado de Francia era sumamente crítico y podía preguntarse si perdería su antigua fe católica. Veíase más combatida y agitada por los vientos del error, que lo son sus costas por las tempestades de los mares que la envuelven. Pues bien, a pesar de estas sacudidas, que se comunican de un pueblo a otro; a pesar del fatal ejemplo de algunas provincias; a pesar de la rebelión de una parte de la magistratura y de la nobleza, a pesar

de las plagas y escándalos del santuario, Francia permanece fiel a la Iglesia, y, rehusando separarse de la piedra angular y fundamental, impone a Enrique IV la obligación de ser católico para merecer el honor de ser rey. Con Enrique III se había extinguido la raza de los Valois, y Enrique IV, que le sucede, no recibe el juramento de sus súbditos sino después de prestar él mismo juramento al Dios de Clodoveo, Carlomagno y san Luis. Asiste a largas conferencias entre obispos y ministros, se convierte sinceramente, y abjura con solemnidad la herejía en la iglesia de san Dionisio. "Quiero—dijo—jurar sobre la tumba de mis abuelos que viviré y moriré en la religión católica que ellos profesaron." Al presentarse en el umbral de la basílica, pregúntale el arzobispo de Bourges: "¿Quién sois? ¿Qué pedís?"—"Soy el Rey, y pido ser recibido en el seno de la Iglesia católica."—"¿Lo queréis sinceramente?"—"Lo quiero y lo deseo." Reinó un momento de silencio, un momento solemne. Y luego, el héroe, con la cabeza descubierta, sin el casco de penacho blanco, sin coraza flordelisada, sin espada, de rodillas, como el último de los súbditos, pronuncia lentamente su profesión de fe. "Protesto y juro, ante la faz de Dios Todopoderoso, vivir y morir en la religión católica, apostólica, romana, protegerla, defenderla de todo y contra todos, con peligro de mi sangre y de mi vida, y renunciando a todas las herejías contrarias."—"Y yo—replicó el Arzobispo,—salvo la autoridad de la Santa Sede, os absuelvo de herejía y de apostasía, y os devuelvo a la Iglesia romana." La basílica estremecióse de gozo. Francia tenía un rey, se libertaba del protestantismo, había salvado su fe.

Os acordaréis de que ya habíamos vencido a Arrio y a Mahoma. Lutero acababa de hacer su aparición. Alemania e Inglaterra le habían seguido en su rebelión, y si una gran nación, si Francia hubiera obedecido a su terrible invitación, ¿quién hubiera podido decir en lo que se hubiera convertido la cristiandad? Pues bien, Francia no sólo tuvo la gloria de mantenerse firme en la fe, sino que tuvo que combatir en su propio seno la expansión del error representado por Calvino, y la rebelión de una parte de su nobleza, un momento apoyada en la realeza. El arranque nacional la salvó. El pueblo no aflojó en su fidelidad. Viósele, confederado en una santa Liga, poner su fe por encima de todo, aun por encima de su adhesión a sus soberanos. No olvidemos, señores, estos memorables ejemplos que nos dió lo pasado, y plegue a Dios que, en los tiempos agitados que atravesamos, elevemos nuestro valor a la altura de las circunstancias, y opongamos a los esfuerzos de la impiedad la liga de personas honradas y cristianas que prefieren, a todo lo demás, Dios y la patria. *Pro Deo et patria!*

Así sea.

CONFERENCIA CUARTA

La Iglesia y el protestantismo

3.º Los estragos del protestantismo

Señores:

El protestantismo no fué un progreso, sino una detención y un retroceso en la marcha de la civilización cristiana. Para convenceros de ello, debo señalaros sus estragos. Esta gran inundación de la Reforma no hizo más que ruinas. Todo lo trastornó: la cristiandad, el Evangelio, el sacerdocio, las costumbres, la paz social.

I. El protestantismo trastornó la cristiandad.

Cuando apareció en el siglo XVI, la Europa toda estaba sometida al Evangelio, y del Occidente pasaba la fe al Oriente. La Iglesia iba a cantar sobre el globo sometido, al fin, el himno de triunfo: "¡Cristo reina, Cristo vence!" Por desgracia, en el momento en que

tan bellas esperanzas iban a realizarse, la Reforma, cortando a Europa en dos jirones, arrebata de un golpe a las misiones la mitad de sus recursos, todos aquellos apóstoles de Inglaterra, de Escocia, de Alemania, que tan admirables conquistas hicieron en las edades precedentes. Por otra parte, ¿cómo pensar en evangelizar la China, el Japón, el Asia central, el Africa, cuando apenas quedaban fuerzas suficientes para luchar en Europa contra la herejía, el cisma, la guerra civil y religiosa? No es posible pensar sin estremecerse de dolor, en lo que sería hoy el mundo sin el acontecimiento desastroso del protestantismo, que rompió la unidad y paralizó el vuelo. La antorcha evangélica que había iluminado el Occidente hasta Islandia, hubiera probablemente iluminado el Oriente hasta en sus últimas fronteras. La unidad de la fe reinaría en el globo. ¡Cuántos dolores no se hubiran conocido! ¡Cuántos progresos de cultura se hubieran realizado! El protestantismo representa un alto en la marcha ascendente del género humano; disminuyó, trastornó la cristiandad.

II. El protestantismo devastó el Evangelio.

En la base de su sistema ¿qué coloca Lutero? Un libro, la Biblia, solo la Biblia, la Biblia interpretada por la razón individual. Está bien. Pero en un libro se ve y se encuentra todo lo que uno quiere ver y encontrar. "Cada cual—dice Bossuet—se formó para sí mismo un tribunal, en el cual se hace árbitro de su creencia. Por la doctrina del libre examen, no hay nadie que no se crea autorizado a adorar sus invenciones, a consagrar sus errores, a dar el nombre de Dios a todo lo que él piensa. Por consiguiente, vióse bien claro que, no teniendo ya freno la licencia, se multiplicarían las sectas

indefinidamente, que la terquedad sería invencible, y que, mientras los unos no cesarían de disputar, o tomarían sus ensueños por aspiraciones, los otros, fatigados de tan locas visiones, y no pudiendo ya reconocer la majestad de la religión desgarrada por tantas sectas, acabarían por buscar un reposo funesto y una total indiferencia de las religiones y en el ateísmo." Esto es lo que, en efecto, ocurrió. Los protestantes de hoy acaban en el racionalismo, y ni siquiera pueden entenderse acerca de la divinidad de Jesucristo. Mas desde el origen se lanzaron sobre el Evangelio como sobre una presa, y desgarraron todas sus páginas. Fué esto una licencia sin freno y una devastación sin límites. Los jefes de la Reforma suprimen y pisotean las flores más embelesadoras y consoladoras del catolicismo: el dogma de las indulgencias, el purgatorio, la oración por los difuntos, el culto de la Virgen Santísima y de los santos, la confesión, la eucaristía. Entre sus manos, el Evangelio es como un jardín devastado, en el cual las más hermosas flores, las más suaves, las más olorosas, las más delicadas, las más sublimes, fueron arrancadas, y en el cual no quedan más que espinas. Preguntad a la Reforma lo que hizo de los Sacramentos. ¿Qué hizo del Bautismo? En muchas sectas, no es ya más que un rito que ha perdido su sentido divino y cuya forma misma ha sido alterada hasta el punto de que la eficacia del sacramento se ha hecho dudosa. La Penitencia ha sido abolida. La Confirmación y el Orden ha desaparecido, con la sucesión del episcopado. Como el matrimonio molestara al laudgrave de Hesse, Lutero lo libra de él, y allí donde el Estado permite el divorcio, la Reforma, dócil a las leyes del Estado, acepta y consagra tan odiosa ruptura. No le preguntéis lo que hizo de la Eucaristía. Una mesa desnuda, cubierta de polvo, una cena que ya no se frecuenta, un pan que no es más que una imagen; he ahí todo lo que resta del don divino en las iglesias separadas. Y cuando llega la última hora, no esperéis ni las hermosas oraciones que consuelan la agonía, ni las fuerzas que da la Extremaunción. El sacramento de los moribundos ha quedado envuelto en las ruinas acumuladas por el protestantismo. ¡Ah! cuánta razón tenía Lutero al decir: "Mi religión es mejor para vivir, pero la del Papa vale más para morir." La Reforma devastó el Evangelio. Esto era fatal. Para guardar el Evangelio, es preciso un sacerdocio.

III. El protestantismo trastornó y destruyó el sacerdocio.

Fijaos en Lutero. Predica el matrimonio de los sacerdotes y de los religiosos; suprime los votos monásticos, y él mismo da el ejemplo casándose sacrílegamente con Catalina Bora, una religiosa a la que hizo salir de su convento. "¡El—dice Lacordaire,—él, dos veces consagrado virgen por la unción sacerdotal y los juramentos del claustro! ¡El, que había sido hecho Cristo por la Iglesia, y que no había hallado a la Iglesia suficientemente pura para él! Vedle ahí casado. Y no solo él. Su palabra destrozó la puerta de los viejos conventos de Germania; turbó la castidad secular del anciano, y la más pura todavía del joven; sacó de la tumba todas las codicias de la carne. Lutero todo lo destruyó... Secó el sacerdocio... Devolvió al siglo las almas privilegiadas que el Evangelio le había arrebatado, despobló las soledades en que la oración velaba bajo la guarda de la mortificación. Todo aquel corazón, todo aquel genio, toda aquella elocuencia, toda aquella fuerza de

alma, acabaron, no en el diluvio universal, sino en el casamiento universal."

Hoy todavía, por cuanto no poseen la castidad, tampoco tienen los protestantes el sacerdocio. Inglaterra por sí sola da cada año veinticinco millones para enviar misioneros a todo el universo. Pero, por rica que sea, no puede crear un sacerdote casto, en tanto que, al lado de ella, la Iglesia de Irlanda, la más pobre de todas, tiene hijos que la veneran, sacerdotes que comparten y consuelan la miseria común, apóstoles que llevan su fe a los extremos del mundo. ¿No os admira todo esto? Escocia, Suiza, Alemania, Inglaterra, naciones protestantes, no tienen sacerdocio. Verdad es que Inglaterra tiene predicadores, que ella establece, con sus cónsules, sus generales, sus banqueros, sus comerciantes. Pero no son sacerdotes que den su vida por Jesucristo. Avanzan o retroceden con la bandera inglesa. No es la Iglesia de Inglaterra la que gana terreno, sino el Imperio británico. He ahí, señores, lo significativo. En todos los pueblos en que triunfó el protestantismo, no hay sacerdocio. Con el sacerdocio, desapareció el Evangelio, y con el Evangelio, las grandes virtudes que nacen del Evangelio. La Reforma tuvo la pretensión de mejorar el estado moral de la catolicidad, pero ocurrió todo lo contrario.

IV. El protestantismo devastó y deterioró las costumbres públicas.

"Mostradme—decía Erasmo—un solo hombre a quien el nuevo Evangelio haya hecho más sobrio y más casto, y yo os mostraré cien a quienes hizo peores." Y el mismo Lutero lo creía así, por cuanto se queja de ver a sus partidarios "más avaros, más voluptuosos, menos caritativos de lo que eran en el papismo." ¡Qué confesión tan aplastante! ¡Y para llegar a semejante Reforma había trastornado, ensangrentado el mundo y desolado el santuario! Mas uno de los contemporáneos de Lutero nos dice todavía: "Toda la juventud está ahora entregada a la lujuria, hasta el punto de que los niños de hoy darían lecciones a los viejos de ayer." ¿Podría ser de otra manera cuando un fraile apóstata, vanidoso, glotón y disoluto; cuando un clérigo orgulloso y cruel, sospechoso de vicios vergonzosos; cuando un rey corrompido y sanguinario se ponían a la cabeza del movimiento, y el principio soberbio del libre examen soltaba todas las riendas del orgullo, y justificaba todas las rebeliones, y el espíritu de sacrificio veíase abiertamente suplantado por el llamamiento a las bodas universales? El protestantismo podrá elevarse todavía al nivel de una moral vulgar, pero perdió el secreto de las grandes obras y de las grandes virtudes. No le pidáis ni verdaderos apóstoles, ni hermanas de la caridad, ni santos. La Reforma no fué una elevación, ni un progreso, sino más bien una detención, un retroceso, una depresión de la moral evangélica.

Mas al propio tiempo que quebrantaba el orden moral y religioso, debía necesaria y lógicamente conmover la sociedad entera. La verídica historia nos ofrece aquí múltiples y sangrientos testimonios. Citaré algunos.

V. El protestantismo trastornó la paz social.

Os he dicho cómo se arraigó en Europa. Unió a su causa los príncipes corrompidos y los pueblos avarientos llamándolos al pillaje de las iglesias y monasterios. La Reforma puso mano en las propiedades eclesiásticas. Esto es grave. Cuando se han robado los bienes

de la Iglesia, que son doblemente sagrados, no se ve la razón de que se respeten los bienes particulares cuya dignidad es menor.

En su rabia, el protestantismo no respetó los monumentos. En Alemania, en Inglaterra, en Francia encontramos a cada paso edificios derruídos o mutilados, que muestran el paso de la herejía y el rigor de sus golpes.

Se ha escrito mucho sobre las crueldades de la Inquisición. Se han hecho sobre esto cuadros fantásticos, que cada día satisfacen la curiosidad del pueblo y lo llenan de estupor. Pues bien, sabed, señores, que las maldades de la Inquisición son juegos de niños al lado de las crueldades de la Reforma. Lutero anhelaba que el pueblo se lavase las manos en la sangre de los grandes, de los obispos, de los reyes, del papa; y, en efecto, vemos que, en vida suya, los sacramentarios y los iconoclastas entraron a sangre y fuego en Alemania, y los anabaptistas inauguraron la guerra atroz de los campesinos, de los cuales perecieron 100.000 en una sola batalla. Calvino hacía quemar vivos, ahorcar, desterrar o castigar con penas infamantes a los que se atrevían tan sólo a censurarlo. Promulgó en Ginebra una legislación draconiana. Enrique VIII e Isabel ensangrentaron a Inglaterra. Los reformados de Francia pillaron y saquearon provincias enteras, y en el solo año de 1562 asesinaron a 4.000 sacerdotes y religiosos y devastaron 20.000 iglesias y 90 hospitales. He ahí algunos estragos del protestantismo. Detengámonos aquí por hoy.

Así sea.

CONFERENCIA QUINTA

La Iglesia y el protestantismo

4.º Los papas, las Ordenes religiosas, los santos

Señores:

Hemos estudiado los jefes, la difusión, los estragos del protestantismo. Se trata ahora de saber cuál fué la respuesta de la Iglesia a tan potente y formidable herejía. Lutero, Calvino y Enrique VIII trastornaron a Europa, y casi instantáneamente cogieron en las redes del error cincuenta millones de católicos. Humanamente, la Iglesia parecía perdida. Pero no; es divina. Resucita a los golpes que se le asestan, se rehace en la prueba, reverdece en la tempestad. Y así, primeramente, en el siglo XVI, opone a la Reforma el triple escudo de papas incomparables, de grandes Ordenes religiosas, de santos de superior grandeza. Veámoslo, señores: este espectáculo nos resarcirá de las vergüenzas y tristezas del protestantismo.

I. Los papas del siglo XVI.

Citemos algunos. En primer lugar León X. Acabo de leer su historia. Pertenecía a la ilustre familia de los Médicis. Era apasionado de la concordia y de la paz, no menos que de las ciencias y las letras. Vigila los principios del protestantismo y lanza contra Lutero los primeros anatemas. Construye la basílica de San Pedro, y muere a los cuarenta y cuatro años, dejando tras de sí el recuerdo de un pontífice dulce, inteligente, piadoso y celosísimo.

Sucediéronle Paulo III, Julio III, Paulo IV y Pío IV, los cuales tienen la gloria de abrir, conducir, renudar y terminar el Concilio de Trento, y de oponer así la verdadera reforma a la falsa reforma protestante.

Llegamos a Pío V. ¡Oh Lutero, si hubieras vivido unos cuantos años más! Hubieras visto posarse la tiara en una frente pobre y santa; y en aquella Babilonia, como llamabas a la ciudad de Roma, hubieras visto reinar un papa vestido de estameña, durmiendo sobre la paja, descendiendo cada noche de aquella ruda colmena, para visitar descalzo los altares de san Pedro, llevando reflejada en su angélico rostro la piedad, la humildad, la pobreza, la castidad, todas las virtudes evangélicas. Y con todo esto, gran papa, administrador hábil, político consumado, pacificador de Italia y salvador de Europa en Lepanto. Concluyó con Venecia y España una liga contra los turcos, y se entabló una gran batalla naval en el golfo de Lepanto, a veinticinco leguas de Accio, en donde dieciséis siglos antes decidióse entre Octavio y Antonio el imperio del mundo. D. Juan de Austria, hijo de Carlos V, mandaba las fuerzas de la cristiandad, y aniquiló de un solo golpe la flota de

Selim II. El Papa recibió del cielo la revelación de este triunfo. "¡Vamos a dar gracias a Dios!"—exclamó. Y en todas las basílicas resonó el *Te Deum* solemne, y la fiesta del Rosario quedó instituída en memoria de esta gran jornada. Algunas semanas después el Papa entregaba su hermosa alma a Dios.

Tuvo por sucesor a Gregorio XIII, en el que corrían parejas la ciencia y la piedad. Aprueba la reforma del Carmen y la Congregación del Oratorio. Reforma el calendario, llamado de su nombre calendario gregoriano, abre escuelas y colegios y embellece la Ciudad Eterna.

Roma, rebosante de mármoles y de oro, presentía el pontificado poderoso de Sixto V. Este gran hombre iba a llegar. Hele ahí. Su primera profesión fué la de pastor, pero un día debía dirigir el inmenso rebaño de la Iglesia. Refiérese que, inutilizado ya por numerosas enfermedades y apoyándose en muletas, las arrojó lejos de sí al conocer su elevación al pontificado, levantóse con resolución y pareció como que se despojaba de su vejez. Tenía entonces ochenta y cuatro años, pero su inflexibilidad no se desmintió jamás, y su reino es uno de los más fecundos. Trabajador infatigable, dedica los días a los asuntos y las noches al estudio, diciendo como Vespasiano: "¡Un príncipe debe morir de pie!" Se cuida de Europa entera y trata de arrancar a la infortunada María Estuardo de las perfidias de la cruel Isabel, y al propio tiempo, en Roma, acueductos, puentes, capillas, obeliscos, bibliotecas, colegios, imprentas, todo marcha por su orden, bajo sus ojos, a su voz. Hace revisar los Libros Santos y publica la nueva edición de la Vulgata. Fué un gran pontífice. Por su ciencia, su santidad y su valor, ocupa el segundo lugar entre los quince papas del siglo XVI. Después de él

Clemente VII, termina el siglo, aplaude la conversión de Enrique IV, y preside la expansión del catolicismo vencedor de la herejía protestante.

Ya veis, señores, que ante los ataques del protestantismo, la Iglesia no quedó desamparada. Tenía jefes, y jefes que ciertamente hacen mejor figura en la historia que Lutero, Calvino y Enrique VIII. Pero estos grandes papas no fueron los únicos que descendieron a la arena, sino que contaban con tropas escogidas.

II. Las Ordenes religiosas en el siglo XVI.

La Iglesia marcha con el mundo. Si no marchara, no satisfaría las necesidades del género humano, y no tardaría en llegar el día en que se vería impotente para curar y salvar la sociedad. "Se parecería—dice Mons. Bougaud a una isla situada sobre una roca en el centro del océano, en la que los grandes navíos se detienen un instante y reposan gozando del frescor de sus fuentes y de la belleza de sus enramadas, pero a la que en vano llaman en la hora del peligro, ni puede socorrerlos cuando se agotan sus provisiones, y sus viajeros mueren de hambre y de sed." No es así la Iglesia. No es estacionaria, sino que marcha con el mundo, se rejuvenece con sus hijos, y cuando se presentan los grandes acontecimientos que cambian la faz de los asuntos humanos, saca la Iglesia de su seno, inagotable y siempre joven, personajes extraordinarios y nuevas instituciones que responden a las necesidades, a los peligros, a las desgracias, a los progresos de las sociedades.

Saca de su seno fundadores de Ordenes. Entre las numerosas Ordenes religiosas fundadas o restauradas en el siglo XVI, no citaré más que una, porque ocupa un puesto único en la historia de los tiempos modernos, y porque fué sin contradicción el más fuerte baluarte contra el protestantismo. Tal fué el Instituto de los Jesuitas. El hidalgo español Ignacio de Loyola vivió en los campos y ejerció el noble ejercicio de las almas. Herido en el sitio de Pamplona, se convierte leyendo vidas de santos, y cuelga, de los pies de la Virgen, en el santuario de Montserrat, su espada de caballero. Retirado a la gruta solitaria de Manresa, compone allí el libro maravilloso de los *Ejercicios espirituales,* y viene a completar su instrucción religiosa a la Universidad de París. Echó allí los fundamentos de su Instituto en 1534, en la capilla subterránea de Montmartre.

Notad esto, señores. Todas las grandes obras de abnegación nacieron en Francia, o, si nacieron en otra parte, vinieron a recibir el bautismo en Francia. San Benito, santo Domingo, san Francisco de Asís, santa Teresa, san Ignacio. Buscad de todas las grandes Ordenes la que, no siendo francesa, haya emprendido todo su vuelo antes de respirar el aire de Francia. En el hombre regenerado, Roma es la cabeza, y Francia el corazón. Ignacio de Loyola, español de nacimiento, funda una Orden importante, destinada a convertirse muy pronto en el más poderoso y devoto auxiliar de la Iglesia romana. Pasa por Francia, viene a París, a Montmartre, se pone en contacto con nuestra índole nacional. La Orden de los Jesuitas no tarda en multiplicarse en Italia, en Francia, en Alemania, en España, en toda Europa, y sería difícil enumerar las persecuciones que sufrió, las victorias que obtuvo, los servicios que hizo. En la guerra que la impiedad hace a la Iglesia, los Jesuítas tienen como su mayor honor ser siempre los primeros en recibir los golpes. Ven caer sucesivamente sobre ellos, y a veces simultáneamente, los

calumniadores elegantes y la turba brutal, la persecución hábil y la cruel y cobarde ingratitud, el desprecio de los sabios y el odio de los criados groseros. Son los servidores de la Iglesia; esto basta para su gloria. Nacen en el siglo XVI, y, desde su origen, el Pontificado los opone como un muro de bronce a los ataques furiosos del protestantismo, y en aquella misma época en que la Reforma acusaba a la Iglesia de corrupción y de impotencia, vióse aparecer en la Iglesia una multitud de santos personajes que daban testimonio de la vitalidad católica.

III. Los santos del siglo XVI.

En el siglo XVI, el Templo caminaba hacia su ruina; la Iglesia iba a sucumbir. Pero de repente vese aparecer, como un coro antiguo, el grupo brillante de aquellos a quienes Dios encarga salvarlo todo. Permitid que os muestre algunas de sus grandes y hermosas figuras.

En Italia, san Pío V hace sentarse con él en el trono de san Pedro la pobreza, la humildad, la penitencia; y a su lado, san Carlos Borromeo, arzobispo de Milán a la edad de veintitrés años, hombre de ciencia, de celo, de caridad, reformador de su diócesis según las prescripciones del concilio de Trento; san Felipe Neri, fundador del Oratorio; san Luis Gonzaga, san Estanislao de Kostka, y cien otros.

En España, san Ignacio, el inmortal fundador de la Compañía de Jesús, con san Francisco Javier, el apóstol de las Indias y del Japón, y san Francisco de Borja, que, apartado del mundo, se convierte en una de las más puras glorias del Instituto de los Jesuitas; santo Tomás de Villanueva, cuyas virtudes y ciencia tanto

admiraba Carlos V; san Pedro de Alcántara, que introdujo en la Orden de los Franciscanos una reforma aprobada por Julio III; san Juan de Avila, autor ascético de tan gran luz y tan elevadas virtudes, que dirigió por las vías espirituales a la incomparable santa Teresa, la gran reformadora del Carmen, la heroica sierva de Dios crucificado, que resumía toda su vida en estas dos palabras: "¡O padecer o morir!"; san Juan de la Cruz, asociado a santa Teresa en sus virtudes y en su obra.

En Francia, san Francisco de Sales, santa Chantal, san Vicente de Paúl y una multitud de santos personajes que ilustraron el siglo de Luis XIV.

Y aun en el Nuevo Mundo, en América, aparece la primera flor de santidad, la amable y casta Rosa de Lima.

¡Qué respuesta a las afrentas de un monje apóstata! ¡Qué bofetada tan sonora asestada a la falsa reforma! Decían que el Templo estaba a punto de derrumbarse; se gritaba: "¡La Iglesia se muere! ¡La Iglesia está muerta!" Pues bien, he ahí que la vida brota a raudales de su seno; he ahí una explosión de heroísmo y de santidad como no la vieron jamás las antiguas edades; he ahí que los santos y las santas embalsaman el mundo con todos los aromas a la vez.

Así sea.

CONFERENCIA SEXTA

La Iglesia y el protestantismo

5.° El concilio de Trento

Señores:

A los ataques y ruinas del protestantismo, opuso la Iglesia grandes papas, potentes Ordenes religiosas y santos incomparables. Era la primera respuesta de la verdad al error, y esta respuesta no carecía de elocuencia. Hubo otra respuesta, más enérgica todavía. A la falsa reforma, opuso la Iglesia la verdadera reforma en el concilio de Trento. Vamos a detenernos hoy en presencia de este gran acontecimiento.

Pero ante todas cosas, os ruego que observéis en la Iglesia un poder que le es particular, un poder que sólo ella posee: el poder de reformarse a sí misma. En cuanto leéis la historia de los pueblos, los veis subir y bajar, y cuando descienden, la caída empezada no se detiene nunca. Las instituciones se marchitan con

las costumbres; hombres siniestros llegan al poder, sin otro designio que rebajar la justicia y la ley al nivel de la corrupción pública; la decadencia continúa su camino hasta el día en que un pueblo, antes poderoso y honrado se tumba definitivamente en esos mudos abismos en que duermen las cosas finitas. La Iglesia es la única entre todas las sociedades que posee la inapreciable y única ventaja de que, por una virtud propia de su vitalidad, puede poner remedio a la corrupción que invade sus miembros, y hacer que, a los períodos de decadencia y de tinieblas, sucedan períodos de luz y de progreso. ¡Cuántas veces hemos visto esto en la historia. Hemos visto, tras el siglo de hierro, a Gregorio VII imprimir a la Iglesia un generoso arranque, que fué el signo precursor del glorioso pontificado de Inocencio III y de los esplendores del siglo XIII. Hemos visto, tras las tristezas del cisma de Occidente, a Vicente Ferrer remover a España, y Francia con sus prodigios y su austera predicación, y a Catalina de Sena allanar los caminos por donde el Pontificado debía regresar a la ciudad Eterna. Y así también, tras las imprecaciones de Lutero contra la Iglesia, a la que llamaba la gran prostituta, engendrar los más admirables santos y decidir la celebración del concilio de Trento. Todo parecía muerto bajo el impulso del protestantismo, y todo resucita bajo la acción del concilio de Trento, el cual, según la expresión del escritor protestante Macanlay, "lo renueva todo en el espacio de la vida de un hombre, desde el Vaticano, hasta la última ermita de los Apeninos." Estudiemos las peripecias, los trabajos, los resultados del concilio de Trento.

I. Las peripecias del concilio de Trento.

De concierto con el emperador Carlos V, el papa Paulo III convoca un concilio destinado a poner un dique al torrente desencadenado sobre Europa por Lutero y Calvino. Inauguróse en 1545 en la ciudad de Trento, situada entre Alemania e Italia. Duró 18 años, desde 1545 a 1563, bajo cuatro soberanos pontífices. Reunido en 1545, interrumpido en 1547, trasladado de Trento a Bolonia, vuelto de Bolonia a Trento, acababa de reunirse en 1551, cuando tuvo que disolverse apresuradamente. Treinta mil protestantes armados marchaban sobre Trento, llevándolo todo a sangre y fuego, y anunciando a voz en grito que iban a poner fin a la Iglesia exterminando a los Padres del Concilio.

Pero bien pronto Pío IV sube al solio de san Pedro, y llama a su lado a su sobrino Carlos Borromeo, cardenal arzobispo de Milán, y el concilio de Trento va a reanudar y terminar su obra. El Papa vacila. ¡Hay tantas dificultades! ¡Oponen los reyes tantos obstáculos! Atemorizados los obispos, piden un aplazamiento; pero Carlos Borromeo no se deja abatir. Insiste, apremia, suplica. Desde Roma lo inspira y dirige todo. Designa los presidentes del Concilio; envía el programa de los trabajos; subraya las cuestiones importantes; revisa y hace revisar ante él las decisiones antes de someterlas a la aprobación del Papa. En una palabra, es el alma de la augusta asamblea, y al cabo de dos años de trabajos y de esfuerzos, su audacia vese coronada por el éxito. En los asuntos de la Iglesia, siempre es la santidad la que pronuncia la última palabra. Carlos Borromeo, no sólo era un gran señor, un prelado docto, un administrador de subido precio, sino un verdadero

santo. Fué poderoso sobre el corazón de Dios, y a la vez sobre la voluntad de los hombres. Terminado el Concilio, se abrazan llorando los obispos; las aclamaciones resuenan por todas partes. Eran los gritos de alegría de la cristiandad libertada de uno de los más espantosos peligros que jamás haya corrido. Era la conclusión de la gran obra de la reforma católica, tan diferente de la que inauguró Lutero, y contra la cual hacía ya dieciocho años que se encarnizaban las puertas del infierno.

II. Los trabajos del Concilio de Trento.

Los trabajos del Concilio de Trento merecen nuestra atención y nuestra gratitud, porque todavía vivimos de ellos. Es una reconstrucción monumental de la doctrina tradicional y de la antigua disciplina de la Iglesia. Lutero todo lo había quebrantado. El concilio de Trento lo restauraba todo.

Restauró, en primer lugar, la doctrina, por decretos admirables de plenitud y precisión, sobre la Sagrada Escritura y la tradición, sobre el pecado original, la justificación y los sacramentos, especialmente la Eucarestía y la Misa, la Penitencia y la Extremaunción, el Orden y el Matrimonio; sobre el Purgatorio y las Indulgencias; sobre el culto de los Santos, la veneración de las Reliquias y de las Imágenes. El concilio de Trento no hace dogmas nuevos; defiende los antiguos, los afirma, los precisa, los eleva por encima de las tempestades del error, que en vano intentó desfigurarlos, empequeñecerlos, derrumbarlos.

Luego, el santo Concilio restaura la disciplina por decretos admirables de sabiduría y de oportunidad, que se adaptan maravillosamente a las necesidades de los

nuevos tiempos y a las transformaciones sociales. Nada quedó olvidado. De allí salieron esas medidas decisivas y omnipotentes sobre la reforma del sacerdocio, la entrada en las sagradas órdenes, las costumbres del clero, la residencia de los obispos, la regeneración de las Ordenes religiosas. Allí quedó establecida la Congregación del Indice, para el examen y condenación de los malos libros, tan funestos a la fe y a las costumbres. Allí fué decretada la revisión de la liturgia romana, misal y breviario, destinada a convertirse en liturgia única de la Iglesia. Allí fué votado ese incomparable decreto sobre la fundación de los seminarios, del cual decían los obispos que, aunque no hubieran hecho nada más, se creerían ampliamente indemnizados de todos los trabajos. Los seminarios, señores, son, en efecto, la cuna del sacerdocio y la esperanza de la santa Iglesia. Los seminarios son la salvación del clero, y, por ello mismo, la salvación del catolicismo. Hay muchas pruebas en la vida del sacerdote: una responsabilidad enorme, amarguras, decepciones, a veces muy penosas, labores que siempre gastan mucho. Pero el alma que gustó una vez, en la paz radiante de su juventud, las inefables alegrías del sacerdocio, guarda por siempre jamás un recuerdo que la protege y un aroma que la salva. Mas también en la vida de la Iglesia hay horas difíciles, luchas atroces, tempestades que parece que todo lo van a destrozar, derrotas tras las cuales parece que todo está perdido. Pero no. La Iglesia mira a sus seminarios, y ve reunida en ellos una juventud pura, inteligente y radiante. "Hijos míos—exclama,—levantaos. Venid a las murallas de la ciudad santa. Descended al campo del combate, reñid las grandes batallas de la verdad y el bien." Y de los seminarios salen sin cesar nuevos reclutas que rejuvenecen a la Iglesia y salvan al mundo. Tales son los seminarios. La impiedad no los ama, y querría cerrarlos; pero la Iglesia los instituyó, y vivirán tanto como ella. Los debemos al concilio de Trento. Este solo hecho patentiza la importancia del santo Concilio.

III. Los resultados del concilio de Trento.

Lutero pretendía renovarlo todo con su reforma; declaró brutalmente que el sacerdocio era incurable; lo suprimió, y al suprimirlo, lógicamente fué conducido a suprimir el altar, la misa, el celibato, la confesión. Tocando un punto, hizo crujir todo el edificio. Abolió los votos religiosos, y, finalmente, continuando su procedimiento revolucionario, vomitó contra el Pontificado las injurias más groseras, y llegó a la supresión radical de toda autoridad religiosa.

Á la falsa reforma protestante, opuso el concilio de Trento la verdadera reforma católica. El concilio de Trento se aproxima al sacerdocio, lo trata con la mayor consideración, lo cura, lo regenera. Con mano siempre respetuosa y tierna, toca el concilio de Trento al viejo tronco de la vida religiosa, que tan hermosas flores había producido, y tan admirables las producía aún, y de tal modo fué reavivado el tronco, que no tardaron en verse aparecer nuevas ramas, más ufanas que las antiguas: la Compañía de Jesús, el Oratorio de san Felipe Neri, el Carmen de santa Teresa, la Visitación de san Francisco de Sales, mientras se esperaban las Hermanas de san Vicente de Paúl y las Hermanitas de los pobres. Mas, en vez de desarraigar el Pontificado, el concilio de Trento exalta sus sublimes privilegios, y le somete sus decretos, que esperan del Papa el sello de la autoridad y de la infalibilidad.

Las decisiones dogmáticas y los decretos disciplinares del Concilio entraron en la catolicidad, y, como savia generosa y fecunda, llevaron la vida a todas partes. De sus solemnes sesiones, salió justificada la Iglesia, llena de brillante porvenir. Tiene en sus manos la recolección de los cánones que regulan los puntos discutidos de la fe, y el de los decretos que restauran la disciplina. Los obispos quedan sujetos al papa por solemne juramento. Los claustros se reforman, empiezan los seminarios, se pueblan los hospicios de vírgenes para servir a los pobres, y las escuelas, de maestros para enseñar a la juventud. Todo el pueblo cristiano tiene la seguridad de recibir en la predicación del Evangelio una palabra vivificada por las Escrituras, y en la distribución de los sacramentos, una gracia siempre eficaz por sí misma, pero más abundante aún por la pureza rejuvenecida de los ministros que cumplen los ritos. La Iglesia resucita.

Así sea.

CONFERENCIA SEPTIMA

La Iglesia y el protestantismo

6.° LA EVANGELIZACIÓN DEL NUEVO MUNDO

SEÑORES:

Es una ley de la vida de la Iglesia que, desde el momento en que ha recibido en algún punto heridas que han disminuído su poder, en el acto recibe de Dios compensaciones que restablecen el equilibrio de su universalidad. La conversión de los bárbaros compensó la defección de los herejes orientales. Los esplendores religiosos de la Edad Media y las lejanas excursiones de sus Ordenes apostólicas compensaron el cisma de la Iglesia griega. Finalmente, la conquista del Nuevo Mundo compensó los estragos del protestantismo. La Reforma desgajó del gran árbol de la Iglesia ramas cargadas de hojas, flores y frutos, las cuales, hace ya tres siglos, no honran con su fecundidad al tronco común. Mas para reparar estas pérdidas, nacen nuevos pueblos al catolicismo, y hoy quiero ofreceros, con

la evangelización del Nuevo Mundo, en los siglos XVI y XVII, una respuesta decisiva al protestantismo y una compensación providencial de sus estragos en Europa.

I. En los siglos XVI y XVII, la Iglesia evangeliza a América.

Todos conocéis esta historia. En el año de 1492, el genovés Cristóbal Colón obtiene de los Reyes Católicos tres carabelas para descubrir una tierra desconocida, cuya existencia más allá del Océano sospechaba su genio. ¿Qué quería? ¿Quería únicamente hacerse célebre y enriquecer a su nueva patria, hallar tierras desconocidas y engrandecer el globo? No. Quería abrir una ruta a Jesucristo, y coadyuvar al cumplimiento de las palabras divinas: "Id y enseñad a todas las naciones." Leed la historia de los grandes navegantes de aquellos tiempos; es la historia de un verdadero apostolado. Escuchad el grito de entusiasmo de la Iglesia; es un himno a la gloria del Redentor. Por los caminos nuevamente abiertos se lanzan los apóstoles mezclados con los conquistadores, con los aventureros, con los navegantes. Cristóbal Colón descubre el Nuevo Mundo, y el florentino Américo Vespucio le da su nombre... Al punto el papa Alejandro VI divide entre los españoles y los portugueses, por una línea trazada sobre el globo, las conquistas futuras de las dos naciones, envía para convertir a América al vicario de los Franciscanos, con doce Hermanos de su Orden, a los cuales se juntan los hijos de santo Domingo, y bien pronto los Jesuitas, a punto de nacer. Poco después, Hernán Cortés conquista a México, y Francisco Pizarro, el Perú. La Iglesia no pierde tiempo. Sigue,

acompaña y a veces precede, a los conquistadores españoles y portugueses.

A mediados del siglo XVI, nombra obispos en las dos Américas, y causa maravilla verla hablar, obrar, sembrar con la misma mano el Evangelio y la civilización. Los religiosos están en todas partes. Cicatrizan las heridas producidas por los conquistadores; se convierten en defensores de los indígenas; los bosques vírgenes son roturados por sus robustas manos; las lianas de las soledades ceden el puesto a las verdes cosechas; los frailes se hacen labradores; siembran y predican, a fin de preparar a la vez las dos comidas del hombre: el trigo en los surcos y la verdad en las almas.

La primera mitad del siglo XVII es la edad de oro de las célebres misiones de los Jesuitas con el nombre de Reducciones del Paraguay. La evangelización y la colonización marchan de frente en aquellas pequeñas repúblicas cristianas, formadas cada una de unas cinco mil almas. La empresa de los Jesuitas vivió floreciente cerca de ciento treinta años. Por la misma época, se establecía en México la jerarquía eclesiástica, y la Iglesia católica celebraba allí concilios. El Perú fué evangelizado por el santo arzobispo Toribio, y Lima, su capital, quedó enteramente embalsamada por el aroma de las virtudes de santa Rosa, dominica de la Tercera Orden, Rosa de Lima, la primera flor de santidad abierta en el Nuevo Mundo.

Mientras que España y Portugal se difunden por las dos Américas, nosotros los franceses emprendimos a nuestra vez el vuelo, y fuimos a fundar allá abajo, en el Canadá, como una reducción perfecta de la patria. En 1651, el abate Olier, fundador de los Sulpicianos, envió allí una colonia de sus sacerdotes para

fundar un seminario. El papa Alejandro VII, en el año de 1658, nombró al abate Laval, vicario apóstolico del Canadá. Tal fué el origen de una magnífica cristiandad en aquella tierra tan católica y tan francesa. Allá abajo, en el Canadá, se ama con amor igual a la Iglesia y a Francia; se canta el *Credo* como vais a cantarlo dentro de un momento; se habla nuestra lengua; se encuentran en todas partes apellidos franceses, que en el curso de los siglos conservan el acento de su origen francés.

En el siglo XVI la Iglesia era cruelmente perseguida en Europa, pero se defendía y se consolaba en América. En ella hacía conquistas admirables, pero su fuerza de expansión irradiaba también a otras partes.

II. En los siglos XVI y XVII, la Iglesia evangeliza el Asia.

Cinco años después del descubrimiento de América por Cristóbal Colón, esto es, en 1497, el portugués Vasco de Gama descubre la ruta de las Indias doblando el cabo de Buena Esperanza. Apenas quedó abierta la India, cuando Francisco Javier parte de Roma para conquistarla con instrucciones del papa Paulo III. Resucita Francisco allí todas las maravillas de las primeras edades apostólicas. Funda iglesias y escuelas, convierte a la fe cristiana poblaciones inmensas. De la India pasa al Japón, y tras un apostolado de dos años y medio, a despecho de príncipes y bonzos amotinados, lo conquista. Meditaba entonces evangelizar la China, cuando murió a la edad de cincuenta y dos años, después de bautizar más de trescientos mil infieles. La Iglesia del Japón fué pronto terriblemente

perseguida, y a principios del siglo XVII, vió sucumbir, entre horribles suplicios, millones de mártires.

Por su parte, la China abría su vasto imperio al Evangelio. Los Jesuitas en 1550 hicieron su entrada en ella. El P. Ricci, sabio distinguido, maravilla a la China con sus experiencias científicas. La Iglesia, tan inteligente como abnegada, adapta sus misioneros a las necesidades de los diferentes pueblos que deben evangelizar. Para Levante era preciso saber el griego, el copto, el árabe, el turco, y poseer algunos conocimientos en medicina. América reclamaba naturalistas. La India y la China, astrónomos, geógrafos, matemáticos, mecánicos. El jesuita Ricci era todo esto, un sabio de primer orden. Por su ciencia, se abre acceso a Pekín y a la corte del Emperador, y tal crédito da a la religión cristiana, que los mandarines o letrados del Celeste Imperio corrigen sus tablas astronómicas en el colegio de los jesuitas.

Pero mientras la Iglesia florecía en China, continuaba sus conquistas en otras partes de Asia, en Babilonia, en Esmirna, en Persia. El emperador persa Akbar colocó solemnemente una imagen de la Virgen en su palacio, en donde fué celebrada la fiesta de Navidad con magnificencia, como en el Vaticano; los príncipes de la familia imperial recibieron el bautismo y fueron llevados a la iglesia en elefantes blancos, y recibidos por los misioneros al son de trompetas y cimbales.

Perseguida en Europa por el protestantismo, se defendía y se consolaba en América y en Asia por la conversión de millones de infieles. Su fuerza de expansión irradiaba sobre el mundo entero.

III. En los siglos XVI y XVII, la Iglesia evangeliza el Africa.

La evangelización de Africa, sin cesar estorbada por los ardores del clima, por la depravación de los infieles y por la hostilidad de los musulmanes, era particularmente difícil. Esto no obstante, el catolicismo era allí la religión progresiva y conquistadora. Entró con Portugal en las islas de Cabo Verde; se estableció en Mozambique, en Quiloa, en la Isla de Francia, en la de Borbón, en toda la costa oriental, en el Congo, en Beguenla, en Loango, en toda la costa occidental... y bajo la dirección de la propaganda, instituída por Gregorio XV, vemos que los hijos de san Francisco, san Ignacio, santo Domingo y san Vicente de Paúl, reciben su parte en esta vasta herencia, para conquistar, visitar, ocupar, o entregarse sucesivamente los unos a los otros, las diferentes misiones, con la docilidad del soldado, el celo del apóstol y la rapidez del conquistador.

En el siglo XVIII, sostienen los Jesuitas en Abisinia una misión próspera. Fueron los héroes y apóstoles de la tierra inhospitalaria del Congo, y preludiaron el magnífico apostolado que debía reanudar y continuar en nuestros días un hombre verdaderamente prodigioso por su inteligencia y actividad, el inmortal cardenal Lavigerie. Al morir allá, en el siglo XVII, bajo los rayos del sol africano, abrían los misioneros el camino a esos religiosos y esas religiosas docentes y hospitalarios que el Estado francés aplasta o expulsa, los cuales son, en la hora presente, los recolectores de Dios en la tierra de Africa, en esos campos lejanos en

que la cosecha es grande, pero pequeño el número de obreros.

Por la misma época, reinando Luis XIV, los piratas berberiscos, dueños del litoral de Africa, capturaban a los desgraciados cristianos y los reducían a esclavitud. Luis XIV, tomando la defensa de la religión y de los infelices cautivos, envió sus escuadras para libertarlos. Duquesne bombardeó a Argel, a Túnez y a Trípoli, y libertó el Mediterráneo de aquellos terribles corsarios. Luis XIV preludiaba así a la Francia del siglo XIX, que fué a plantar en Argel y Túnez la cruz del Redentor con la bandera nacional, y Duquesne preparaba el camino a tantos ilustres almirantes y generales que, en nuestro siglo, han hecho fulgurar con vivo resplandor en tierras africanas el nombre de Francia y el de la Iglesia.

El protestantismo había devastado a Europa. La Iglesia se desquitaba en América, en Asia y en Africa. Como la viña cuyos viejos sarmientos se han cortado, extendía sus jóvenes y vigorosas ramas entre los nuevos pueblos. La savia del Evangelio no se había secado, sino que tomaba sencillamente otro curso, y preparaba a la Iglesia santa su manto más vasto y opulento de hojas, flores y frutos.

Así sea.

CONFERENCIA OCTAVA

La Iglesia y el protestantismo

7.° EL SIGLO DE LUIS XIV

SEÑORES:

El protestantismo había intentado rebajar y aniquilar a la Iglesia, pero la Iglesia le opuso grandes papas, poderosas Ordenes religiosas, incomparables santos, le respondió con el concilio de Trento y la evangelización del Nuevo Mundo. ¿Es esto todo? No. A las tempestades y destrucciones del siglo XVI, respondió la Iglesia con las glorias del siglo XVII, del siglo de Luis XIV, el cual corresponde a uno de los períodos más brillantes del desenvolvimiento del espíritu humano. El siglo debe a Francia este mundo exquisito, y Francia se lo debe a la Iglesia.

I. El siglo XVII es la gloria de Francia.

Ciertamente Europa poseyó en aquella época hom-

bres de los cuales se muestra orgullosa, y con justo título, en la política, en las letras y en las artes. Inglaterra tiene a Bacon, Locke, Shakespeare, Milton; Alemania a Leibniz; Italia a Galileo; España a Cervantes, Lope de Vega, Calderón; Flandes, Holanda e Italia se enorgullecen de Rubens, de Van Dyck, de Teniers, de Rembrand, de Guido, de Salvator Rosa, pintores de primer orden. Sería demasiado largo enumerar los soberanos, los generales, los diplomáticos que hicieron entonces buen papel en Europa. Pero nosotros tenemos algo tan bueno y mejor que todo eso reunido. En ninguna parte se encuentra un conjunto que pueda compararse, ni de lejos, a la reunión de nuestras celebridades nacionales en todos los órdenes.

A la cabeza del siglo XVII aparece Luis XIV. Pueden reprochársele faltas, grandes faltas políticas y morales, pero ¡qué grandeza en esta potente y excepcional personalidad! A la muerte de Mazarino, le preguntaron a quién habrían de dirigirse en adelante para el despacho de los asuntos. "A mí"—respondió. Estas palabras, seguidas de cerca por la enérgica frase pronunciada en pleno Parlamento: "¡El Estado soy yo!", indicaban claramente que el nuevo rey estaba decidido a gobernar por sí solo. Y lo hizo, sin retroceder jamás ante las fatigas excesivas de tan ruda labor. Trabajó, en efecto, durante más de cincuenta años, ocho horas diarias con sus ministros, y llegado al final de sus días, decía a sus oficiales: "¿Por qué lloráis? ¿Por ventura me creísteis inmortal?" Murió en 1715, a los setenta y siete años de edad, tras un reinado de setenta y dos, el más largo de que hace mención la historia.

¡Qué reinado el de Luis XIV! Acrecentó en lo interior la fuerza del poder real, y nos colocó en lo exterior a la cabeza de todas las naciones. Abatió la

casa de Austria, y por el célebre tratado de Wesphalia, que terminó la guerra de Treinta Años, garantizó el equilibrio europeo y nos dió Alsacia. Hizo del francés la lengua oficial de todas las convenciones internacionales. Todos los príncipes se inclinaron ante él. Fué el árbitro de Europa. Su renombre se extendió hasta las extremidades del Asia, y el rey de Siam envió una embajada solemne para felicitar al rey de Francia y tratar con él. Hizo de Francia una de las primeras naciones marítimas, y nos dió magníficas colonias en el Canadá, en las Antillas, en Madagascar, en Pondichery, en las Indias occidentales y orientales. Rodeóse de los grandes hombres de su siglo, tomó de ellos una parte de su gloria y se honró a sí mismo al recompensarlos. Abrió su palacio y su tesoro al genio, bajo la forma que se presentase y fuese el que fuese el país de que procediera. Sus beneficios iban a buscar a los artistas y sabios extranjeros, y llama muchos a Francia, establece una escuela de pintores en Roma, y academias de pintura, escultura y arquitectura en París. ¡Con qué cortejo de genios inmortales se presenta a las miradas de la posterioridad!

¡Qué hombres en torno de Luis XIV! ¡Qué generales los Turena, los Condé, los Luxemburgo, que mereció, por las banderas arrebatadas al enemigo, el título glorioso de tapicero de Nuestra Señora, los Catinat, los Crequi, los Boufflers, los Montesquieou, los Vendóme, los Villars!

¡Qué marinos los Château-Renaud, los Duquesne, los Tourville, los Duguay-Trouín y el famoso Juan Bart!

¡Qué administradores los Colbert, que se ocupó en todo: rentas públicas, agricultura, industria, comercio, legislación, letras, fundó la Academia de Ciencias y la de Inscripciones, y elevó de 16.000 a 40.000 el número

de volúmenes de la Biblioteca Real, engrandecida y rehecha; los Louvois, que, ministro de la guerra a los veinticinco años, fué el verdadero organizador de nuestros ejércitos; los Vaubán, a quien Francia debe tantas ciudades, fortalezas y puertos; los Riquet, que unió los dos mares abriendo el canal del Languedoc!

¡Qué magistrados los Molé y los Lamoignón, los Talón y los d'Aguesseau y el célebre canciller Pedro Segnier, verdadero fundador de nuestros códigos!

¡Qué filósofos, qué pensadores, qué moralistas los Pascal, los Descartes, los Malebranche, los Fenelón, los La Bruyére, los Bochefoucauld!

¡Qué oradores los Bossuet, los Bourdalone, los Marsillón, los Fléchier y tantos otros!

¡Qué poetas los Corneille, del que decía Cousín: "A nuestros ojos, Esquilo, Sófocles y Eurípides juntos no igualan a Corneille"; los Racine, de cuya *Atalía* dice Voltaire: "La Atalía de Racine es la obra maestra del género humano"; los Moliére, los Lafontaine, el más sencillo y refinado de los escritores; los Quinault, creador en Francia de la ópera o tragedia lírica; los Boileau, que fija nuestra lengua poética, y cuyo gusto es impecable e irreformables sus juicios!

¡Qué sabios los Descartes, los Pascal, los Fermat en las matemáticas, los Tournefort en la botánica, los Picard y Cassini en la astronomía!

¡Qué artistas, en fin, los que concibieron, crearon y embellecieron el Val-de-Grâce, el Instituto, el Observatorio, las puertas de san Dionisio y san Martín, los Inválidos, la plaza del Carrousel, las Tullerías, la columnata del Louvre, Versalles, Trianón, Marly! ¡Qué artistas los pintores Poussín, Lessueur, Lebrún, Mignard, Jouvenet, Claudio Lorrain, y los escultores Puget, Girardón, Coysevox, Nicolás y Guillermo Cous-

tón, y los arquitectos Mansard y Perrault y Le Nostre, creador del arte de los jardines, y Callot, Nanteuil, grabadores, y Lullí, músico!

La reunión de todos estos genios incomparables hace del siglo de Luis XIV el más grande siglo intelectual del género humano. No solamente ninguna nación de Europa, pero ni siquera Roma en tiempos de Augusto, y apenas Grecia en el siglo de Pericles, ofrecen nada comparable. "Es el momento exquisito del género humano—dice Mons. Bougaud,—aquel en el cual el espíritu del hombre habló, escribió, sintió con suprema grandeza y hermosura. Podemos desaparecer como todos los pueblos, descender a nuestra vez en esos mudos abismos en donde duermen las cosas finitas; pero no por ello dejaremos de haber sido en un momento dado el pueblo más grande del mundo."

El siglo XVII es la gloria de Francia. Pero este gran siglo XVII, Francia lo debe a la Iglesia. Es mi segundo pensamiento.

II. El siglo XVII es la gloria de la Iglesia.

No es posible negar *la acción de la Iglesia* en el siglo XVII. La Iglesia fué el alma de la vida moral e intelectual de aquella gloriosa época. Cierto que, a pesar de la influencia de la fe cristiana, hubo en el siglo XVII grandes desórdenes; pero gracias a la religión, estos desórdenes iban seguidos de grandes arrepentimientos. Hoy la depravación existe como siempre, y más aún que en lo pasado, pero ya no existe el arrepentimiento. Los corrompidos y los corruptores marchan con la frente alta y se mofan de la opinión como se mofan de la moral. En el siglo XVII, Luis XIV y sus contemporáneos cometieron faltas, pero les

quedaba suficiente sencillez de espíritu y generosidad de corazón para reconocer que los principios olvidados, la ley desconocida, eran siempre principios y ley contra los cuales era imposible prevalecer. La Iglesia, dueña de los corazones, hacía germinar en ellos las grandes virtudes y los grandes arrepentimientos. Así también, la Iglesia, dueña de las inteligencias, les daba su supremo aliento, de modo que puede decirse con toda verdad, que jamás la vida intelectual fué entre nosotros más fecunda, más abundante, que cuando la Iglesia y Francia marcharon estrechamente unidas. En vez de ahogar el espíritu francés, la tierna, fuerte y austera disciplina de la Iglesia lo suavizó, lo depuró, lo engrandeció, lo transfiguró.

Las instituciones de la Iglesia llenan el siglo XVII y ejercen en todas partes su influencia saludable. Tiene sus templos, sus universidades, sus colegios, sus escuelas, sus Ordenes religiosas. Renueva la Orden benedictina y funda la célebre Congregación de san Mauro. Renueva la Orden cisterciense, y, con el abate Rancé, funda los Trapenses. Vemos nacer en el siglo XVII la Orden de la visitación con san Francisco de Sales y santa Chantal, la Congregación de las Hijas de la Caridad, que hoy cubre el mundo, y cuyos conventos son las casas de los pobres, sus claustros las calles de las ciudades, su clausura la obediencia, su locutorio el temor de Dios, su velo la santa modestia. Aparecen también por entonces los sacerdotes de la Misión, o Lazaristas, el Oratorio, del cardenal de Berulle, los Eudistas, los Sulpicianos, el seminario de las Misiones extranjeras y el del Espíritu Santo, y, finalmente, el Instituto de los Hermanos de las Escuelas cristianas que hace ya tres siglos vienen recogiendo la admiración de todos los hombres honrados, la gratitud de todos los

católicos, el odio de todos los sectarios. Con tales y tan numerosos focos de ciencia, de apostolado y de caridad, la Iglesia en el siglo XVII, irradiaba su luz en todas direcciones.

Sería difícil citar los *eclesiásticos* que llevaban a todas partes su acción fecunda. Contaba la Iglesia con escritores y sabios tales como Bossuet, Nicole, Fleury, Mabillón. Colbert quiso enviar a este último, de parte del Rey, una pensión de 20.000 libras, pero el sabio religioso rehusóla lisa y llanamente: "Soy pobre—dijo,—y de padres pobres. ¿Qué se diría de mí si buscase en el claustro lo que no me hubiera atrevido a esperar en el mundo?" El canciller La Tellier decía presentando a Luis XIV el célebre benedictino: "Señor, os presento al hombre más sabio de vuestro reino."—"Añadid, y el más humilde"—replicó Bossuet presente en la audiencia. ¡Qué oradores entre los eclesiásticos del siglo XVII! Sus nombres jamás serán eclipsados. Bossuet, el Corneille de la oración fúnebre, el Aguila de Meaux, el genio potente al que nadie igualó por la elevación del pensamiento y el prestigio de la elocuencia. Fenelón, el Cisne de Cambrai, el modelo de obispos. Bourdalone, al que se llamaba el predicador de los reyes y el rey de los predicadores, y de quien decía Bossuet: "Este hombre será eternamente nuestro maestro en todo." Flechier, tan hábil en el buen decir, que se cubrió un día con el esplendor del obispo de Meaux al referir las virtudes de Turena. Finalmente, Massillón, que pronunció el elogio fúnebre de Luis XIV, y cuya palabra armoniosa será como un eco prolongado del gran siglo. Finalmente, en el siglo XVII, la Iglesia cuenta con algo más que sabios, escritores y oradores; cuenta con santos: san Francisco de Sales, san Vicente de Paúl, santa Chantal, san Francisco de Regis, el

bienaventurado Pedro Fourrier, la bienaventurada María de la Encarnación, y tantos otros que, sin haber recibido los honores de la canonización, embalsamaron el mundo con el aroma de sus virtudes eminentes.

El siglo XVII es, si no el más grande siglo, por lo menos uno de los más grandes del género humano. Este siglo exquisito débelo el mundo a Francia, y Francia a la Iglesia.

Así sea

CONFERENCIA NOVENA

La Iglesia y el galicanismo

SEÑORES:

La Iglesia, victoriosa del protestantismo, engendró el siglo XVII. Dió con ello una prueba profunda de su vitalidad. Pero, aun en medio de su triunfo, topó con un nuevo peligro, el galicanismo, que vamos a estudiar hoy en sus gérmenes, en su germinación y en su triunfo. Examinaremos rápidamente esta cuestión, y os diré a modo de conclusión, algunas palabras sobre la revocación del Edicto de Nantes.

I. Los gérmenes del galicanismo.

Era Francia la hija primogénita de la Iglesia, y, como tal, alguien esperaba verla reclamar cierta independencia. El Oriente se había separado de Roma. Rusia había roto el lazo de la unidad. Inglaterra y Alemania acababan de emanciparse. Francia se mantenía

fiel. Pero en sus Universidades y Parlamentos fermentaba una vieja levadura de hostilidad a Roma, con una inconcebible adhesión a todo lo que se llamaba libertades de la Iglesia galicana. Afirmóse más esta propensión en el siglo de Luis XIV. La potente personalidad del soberano que todo lo absorbió, quiso también absorber a la Iglesia misma, y encuentra legistas: Edmundo Richer, Juan Launois, Pedro y Francisco Pithou, Pedro Dupuy, que ponen su pluma al servicio del poder civil contra la autoridad de la Iglesia romana. Sembraban ideas, y tarde o temprano recogerían los frutos de las mismas. Había en ello un peligro.

Emancipábanse de Roma. Esto parecía nada, pero en el fondo era cosa gravísima. Porque ¿qué es el papa? Un hombre como vosotros y yo; por consiguiente, una debilidad, pero una debilidad que lo soporta todo, un hombre sobre el cual todo descansa. Tiene promesas. La tierra puede temblar; posee las palabras de la vida eterna. No será, si así lo queréis, ni el más profundo en teología, ni el más sabio en escritura, ni el más fuerte en derecho canónico, ni el más eminente en filosofía y en ciencia, ni siquiera el más elevado en santidad; pero es aquel a quien Jesucristo dijo: "¡Tú eres Pedro!" No igualará ni a Tertuliano en potencia oratoria, ni a Orígenes o a san Agustín en penetración, ni a Bossuet en elocuencia; pero Tertuliano caerá, Orígenes se hará sospechoso, tendrá necesidad de escribir sus *Retractaciones,* Bossuet firmará los cuatro artículos, que serán más tarde condenados; sólo el papa permanece virgen de todo error. Por consiguiente, a él, a él solo, hay que adherirse del fondo mismo de las entrañas, con unión tan firme, tan absoluta, que ningún acontecimiento, ninguna catástrofe, ninguna desgracia, pueda jamás separarnos de él. Por

consiguiente, toda nación que trate de emanciparse de Roma, ha errado el camino. Tal era el primer peligro del galicanismo. Veamos el segundo, no menos formidable.

Al emanciparse de Roma, *caían bajo la garra del poder real*. El supremo envilecimiento de una religión consiste en someterse al poder civil. La Iglesia católica necesita libertad. Porque es libre, prospera y se engrandece en América. En Francia, en el siglo XVII, a pretexto de protegerla, se forjaban sus cadenas. Las libertades de la Iglesia galicana eran libertades con relación al poder real. El galicanismo inauguró entre nosotros la detestable persecución legal que, hace tres siglos, pesa sobre la religión, y que es lícito esperar termine por ceder el puesto al reinado pacificador de la libertad común. Sea lo que fuese de lo por venir, permanezcamos ahora en lo pasado; y comprobemos el inmenso peligro que el galicanismo hacía correr a la Iglesia. El absolutismo de Luis XIV, al emanciparse de Roma, abrigaba la pretensión de enseñorearse de la religión como de todo lo demás. Veamos en qué consistía semejante pretensión.

II. La germinación del galicanismo.

Un asunto en apariencia insignificante, un asunto de regalía, fué ocasión de ella. La regalía... llamábase así el derecho que se arrogaban los reyes de Francia de gozar, durante la vacante de las sedes episcopales, y hasta el registro del juramento de los nuevos obispos, de las rentas que les estaban asignadas y de los otros beneficios vacantes. Tal era el derecho de regalía. Esta costumbre abusiva se había introducido en Francia, y había sido tolerada por la Santa Sede. Pero aquel

supuesto derecho no se había aplicado, hasta el reinado de Luis XIV, a las Iglesias de algunas provincias, durante mucho tiempo extrañas al reino, tales como Guyena, Provenza, el Delfinado. Luis XIV, por un edicto publicado en 1673, lo extendió a todos los obispados del reino. Esto era contrario a la más elemental justicia; era la arbitrariedad más descarada. Reclamaron los obispos y apelaron al papa. Inocencio XI felicita a los valerosos obispos y dirige al rey de Francia severas amonestaciones.

Notad, señores, que el asunto de la regalía no era una simple y vulgar cuestión de dinero. El rey de Francia se atribuía, sin duda indebidamente, rentas que no le pertenecían. Pero lo incomparablemente más grave era que pretendía conferir por sí mismo, sin la intervención del papa, diversos beneficios a los cuales iba unida la jurisdicción espiritual. Escogía y nombraba para aquellos beneficios, por su propia autoridad, sujetos que no estaban en condiciones de solicitar la institución canónica. Era aquello una usurpación evidente de los derechos del poder espiritual. Inocencio XI debía protestar, y protestó.

Por su parte, Luis XIV no era hombre que aceptara una inferioridad ni arriara el pabellón. Resistió al Papa. Puso en entredicho las diócesis del Mediodía, que no habían conocido hasta entonces el derecho de regalía y que trataban de sustraerse todavía a él. Exasperado el rey de Francia, busca, entre los obispos presentes en París, aprobaciones y apoyos, y alguien propone reunir un concilio nacional, o una asamblea general de todo el clero de Francia. Prevaleció esta segunda opinión, y tuvo lugar la famosa asamblea de 1682.

III. El triunfo del galicanismo.

La asamblea del clero francés se abrió el 31 de Octubre de 1681. No era aquello un concilio, pues no reunía ninguno de sus caracteres, sólo se hallaron presentes 34 prelados de 135 sedes episcopales que había entonces en Francia, y 38 sacerdotes delegados del clero. Fué presidida por los arzobispos de París y de Reims. Los espíritus estaban sobreexcitados; podía temerse un cisma.

Felizmente, había en aquella asamblea un hombre cuyo genio se imponía y cuya suprema habilidad salvó la situación: Bossuet. Cierto que Bossuet no era enemigo de Luis XIV, pero tampoco lo era del Pontificado. Colocado entre el Papa y el Rey, y queriendo evitar un choque, que hubiese sido fatal, ¿qué hizo? Se le ha reprochado mucho su manera de obrar, pero sin razón. Es fácil desde lejos, señores, condenar a los hombres que se han medido con situaciones difíciles y que no salieron de ellas a medida de nuestros deseos. Si nos hubiésemos encontrado en su puesto, probable es que hubiésemos maniobrado con menos destreza y menos dignidad. En las delicadas circunstancias que acabo de decir, Bossuet hizo dos cosas:

1.ª Pronunció un magnífico discurso de apertura sobre la *unidad de la Iglesia,* en el cual el gran orador procuró descartar el cisma mostrando la supremacía de la sede de Roma y exclamando con una elocuencia que hizo estremecerse a la asamblea: "¡Si yo te olvido jamás, ¡oh santa Iglesia romana, plegue a Dios que me olvide a mí mismo! ¡Séquese mi lengua y permanezca inmóvil en mi boca, si no eres siempre la primera en mi recuerdo!" Después, en el temor de desagradar al poderoso monarca Luis XIV,

2.ª Introduce un segundo acto. Redacta y hace votar por la asamblea los cuatros famosos artículos que instituyen la Declaración del clero francés, a saber:

"El poder eclesiástico no tiene poder alguno sobre el temporal de los príncipes;

"El concilio general es superior al papa;

"El ejercicio del poder eclesiástico debe ser moderado por los cánones y por los usos recibidos en las Iglesias particulares;

"El juicio del Soberano Pontífice en materia de fe, sólo es infalible después del consentimiento de la Iglesia."

El Rey hizo al punto registrar los cuatro artículos por todos los Parlamentos, y los profesores de las escuelas de teología tuvieron que suscribirlos.

Pero el papa Inocencio XI no podía dejar pasar semejante doctrina, ni semejantes procedimientos, y condenó al punto los cuatro artículos. Su sucesor Alejandro VIII publicó una bula en la cual declaró aquel acto nulo de pleno derecho, inválido e ilusorio. Más tarde, Pío VI calificó la declaración de temeraria, escandalosa e injuriosa para la Santa Sede. Finalmente, el concilio del Vaticano dió el último golpe al error galicano. Este error galicano sería ahora una herejía. Hay que añadir aquí que Bossuet, inspirador y autor de la Declaración, fué el primero en abandonarla. Después de haber tratado de defenderla, deja escapar estas palabras que la condenan: *"Abeat quo libuerit!,* ¡Vaya donde quiera!"

He ahí, señores, el galicanismo en toda la intensidad de su triunfo. En el fondo era una rebelión de Francia

contra el Pontificado. La lucha entre Luis XIV y el Papa duró varios años; pero hacia el fin de su vida, el orgulloso monarca suavizóse mucho por las desgracias privadas y públicas que agobiaron al reino y a la familia real. Los mismos papas usaron de indulgencia, y a la vez que rechazaban con firmeza las falsas máximas de la Iglesia galicana, evitaron romper con Francia. El método de contemporalización y de suprema benevolencia empleado hoy por el gran papa León XIII para con la nación francesa, no es nuevo. Es una vieja tradición del Pontificado, y no da señales de renunciar a ellas. Francia, a pesar de sus descarríos y de sus ingratitudes, no deja de ser cara a la Iglesia. Esto nos da derecho a tener ánimos, y nos impone el deber de ser agradecidos.

Os he prometido unas palabras sobre *la revocación del edicto de Nantes*. Luis XIV, queriendo favorecer a la religión católica y restringir el poder de los protestantes, revocó el edicto por el cual Enrique IV concedió ciertos privilegios a los reformados. Este golpe autoritario tuvo consecuencias muy diversas: con sinceras conversiones, viéronse producirse otras más aparentes que reales, y hubo en algunos puntos del reino una recrudescencia del fanatismo entre los protestantes. Villard, con sus dragones, tuvo trabajo para someter a los herejes de las Cevennes y del Vivarais. Hubo en esta represión excesos condenables y reprobados por la Iglesia, y las dragonadas casi no produjeron otro resultado que la emigración de buen número de calvinistas a Suiza, y sobre todo, a Holanda e Inglaterra. Luis XIV, al revocar el edicto de Nantes y al reprimir la herejía, quería conservar la unidad de Francia, que los protestantes intentaron dividir, como habían dividido a Alemania. No puede hacerse responsable a la

Iglesia de una campaña enteramente política. La Iglesia enviaba misioneros a los calvinistas, en tanto que Luis XIV les enviaba dragones. Luis XIV procedía por la fuerza, la Iglesia por la persuasión. Este es su método, y no lo cambiará nunca.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMA

La Iglesia y el jansenismo

SEÑORES:

Estudiamos los combates de la Iglesia en los tiempos modernos, y la hemos visto medirse sucesivamente con el renacimiento, con el protestantismo, con el galicanismo. Muy pronto se entablará una lucha suprema. El filosofismo y la revolución van a atacar a la Iglesia con la pluma y la espada. Pero, antes de asistir a este combate trágico, hemos de detenernos ante una herejía detestable y poderosa que, en los siglos XVII y XVIII, se ocultó en el seno de la Iglesia como una serpiente, y le dió crueles y desleales mordiscos. Hablemos hoy del jansenismo. Durante dos siglos produjo la confusión en las conciencias, en la Iglesia y en el Estado. Estudiémosla siguiendo sencillamente el orden cronológico.

I. El jansenismo en tiempos de Luis XIV.

No esperéis de mí, señores, una exposición detallada y metódica de los errores jansenistas. Esto sería largo y fastidioso, y si es verdad que, me anima el deseo de ilustraros, anhelo más todavía no fastidiaros. Bastará decir que en el siglo XV, un profesor de la Universidad de Lovaina, llamado Baio emitió de palabra y defendió con la pluma errores monstruosos sobre la gracia, errores vecinos del calvinismo, y, como éste, destructores de las buenas obras y de la libertad. Fué condenado y se retractó de sus errores.

Pero la villana semilla, repudiada por su autor, fué al punto recogida por otro estudiante de la Universidad de Lovaina, el holandés Jansenio, espíritu osado, penetrante y sutil, el cual se convirtió en padre de la herejía que lleva su nombre.

Jansenio por sí solo hubiera sido impotente para propagar en Francia su doctrina. Para que una idea dé la vuelta al mundo, preciso es confiarla a un francés. Jansenio tenía por condiscípulo y amigo a Duvergier de Hauranne, un francés más conocido por el nombre de abate de Saint—Cyrán, hombre activo, audaz, de sorprendente flexibilidad y de un ardor infatigable. Los dos amigos se instalaron en Francia, y, bajo la capa de la piedad y de una gran austeridad de costumbres, emplearon su talento y su influencia en hacer adeptos en el mundo religioso, entre los miembros del clero y aun en las comunidades religiosas y en las filas del episcopado. Tales son los padres del jansenismo: Baio, Jansenio y el abate de Saint-Cyrán.

Para vulgarizar y acreditar sus ideas, valiéronse de un libro, de una obra sobre la gracia, el *Augustinus*, en

el cual pretendían resumir la doctrina de San Agustín. Aquel inmenso volumen salió de la pluma de Jansenio. El infatigable escritor murió antes de ver la impresión completa de su obra, y declaró en su testamento que la sometía al juicio de la Santa Sede. El papa Urbano VIII condenó el libro; Jansenio, que acababa de morir, no pudo aceptar la condenación, y sus discípulos, como un solo hombre, rehusaron someterse al juicio del Papa. La situación era grave. El jansenismo tenía en Francia un poderoso foco de resistencia y propaganda: la célebre casa de Port-Royal.

Port-Royal-des-Champs era una abadía de la Orden del Císter, cerca de Chevreuse, en Seine-et-Oise. Vivían allí religiosas consagradas a la educación de la juventud, las cuales, en 1625, instaláronse en París con el nombre de Hijas del Santísimo Sacramento. El monasterio de Port-Royal-des-Champs sirvió entonces de retiro a piadosos y sabios solitarios, que reunieron en torno suyo algunos espíritus escogidos. Las Hijas del Santísimo Sacramento y los solitarios de Port-Royal fueron dos centros sobre los cuales ejerció su celo el abate de Saint-Cyrán. Entre los solitarios de Port-Royal, viviendo en aquel retiro, o adhiriéndose a él por el espíritu y las orientaciones, cítanse los Arnaud d'Andilly, el padre Antonio Arnaud, abogado del Parlamento de París, y sus hijos Roberto y Antonio. Cítase también a Nicole, y sobre todo, a Pascal, que escribía entonces contra los Jesuitas sus famosas *Cartas provinciales*. "Todo este libro—dijo el mismo Voltaire—tiene un fundamento falso; pero no se trata de saber quién tiene razón, sino de divertir al público." ¡Ay, de cuántos libros antirreligiosos podría decirse lo mismo! ¡Eso es hueco, vacío, pero hace reir a la galería, y no se busca otra cosa!

Al propio tiempo que el jansenismo hacía estragos en Port-Royal-des-Champs, era omnipotente en París en las Bernardinas o Hijas del Santísimo Sacramento. Guarecíanse allí en el silencio, la oración y el estudio las dos hermanas Angélica e Inés Arnauld. Era esta otra familia de adeptos que el abate de Saint-Cyrán cultivaba con solicitud. Se ha dicho que aquellas mujeres eran puras como Angeles, pero orgullosas como demonios.

Con semejantes auxiliares, era de temer el jansenismo. Corrompía el dogma católico, se insinuaba en el clero y en el claustro; hacía furor en medio del mundo; turbaba las conciencias; era preciso tomar precauciones.

Inocencio X, Alejandro VII y Clemente IX condenaron el jansenismo, y Luis XIV, implacable, hizo, no solamente cerrar, sino destruir totalmente Port-Royal. Esperaba matar la herejía suprimiendo su cuna, su tierra de predilección. El error, en apariencia extinguido, renació muy pronto de sus cenizas con el libro *Reflexiones morales*, de Quesnel. Luis XIV, exasperado, solicitó un juicio solemne y definitivo de la Santa Sede. Difícilmente se hallará en la historia de la Iglesia una herejía más tenaz, astuta e irreductible que el jansenismo. Excitado por el rey de Francia, y tras dieciocho meses de trabajos, el papa Clemente XI publicó la famosa bula *Unigenitus*, que produjo la consternación en el campo jansenista. Roma hablaba por modo tan preciso y solemne, que parecía difícil eludir su sentencia y hallar una escapatoria.

Pero la herejía negóse esta vez también a confesarse vencida. Apeló del papa al concilio, y sobre todo, los Parlamentos oponían a la bula *Unigenitus* abierta resistencia, favoreciendo a los sectarios contra los obispos fieles en sus recursos de queja.

Luis XIV, herido en su amor propio de soberano, tanto como en su celo de católico, quiso acabar de una vez, y sancionó con su autoridad real la palabra del Papa. Hizo registrar el acto pontificio por el Parlamento de París. El jansenismo cesaba legalmente de existir, pero no estaba muerto. Sigámoslo en sus últimos rodeos y veámoslo insinuarse en los poderes públicos y persuadir a los soberanos que debían someter a su autoridad la Iglesia misma y los asuntos religiosos. Veámoslo preparar, de concierto con los filósofos, la gran tempestad revolucionaria.

II. El jansenismo en tiempos de Luis XV.

A primera vista, podría pensarse que el jansenismo es un asunto de poca importancia, ya que esta herejía desleal, a pesar del veneno de su pluma, no osó jamás atacar de frente a la Iglesia, y se ocultó en su seno como una serpiente. A primera vista parece que puede olvidarse al jansenismo en medio de las glorias religiosas del gran siglo, ya que su silbido impuro no impidió que la voz de Bossuet resonara con autoridad increíble y dominara de un extremo a otro de Francia todas las voces renombradas. Desengañémonos. Penetrando en el fondo de las cosas, comprobamos la importancia, la perfidia, la tenacidad, los efectos perniciosos del error jansenista. Este error perturbó el siglo XVII, emponzoñó el siglo XVIII y fué uno de los factores más poderosos de la Revolución .

Luis XIV intentó aplastarlo bajo la majestad de su reino y la presión implacable de sus sentencias. No lo logró, y cuando murió, el jansenismo levantóse más obstinado y vivaz que nunca. Port-Royal yacía en tierra, mas el espíritu y las doctrinas de Port-Royal subsisten y se insinúan por todas partes. Al morir Luis XIV, empieza la decadencia nacional. El duque de Orleáns, regente del Reino, carecía de fe y de virtud. Todo marchaba a la deriva. El jansenismo se aprovechó de esta debilidad nacional para ganar terreno. Los apelantes de la bula *Unigenitus* levantan la cabeza; el nuevo partido, apoyado por el cardenal de Noailles, contaba con 16 obispos, 3 universidades y más de 2.000 eclesiásticos o religiosos franceses. Casi todas las grandes Ordenes, salvo los Jesuitas, sufrieron en mayor o menor grado, la influencia jansenista, y fomentaron las sectas con sus escritos, sus predicaciones y la dirección de las conciencias. De nuevo intervino el pontificado; Benedicto XIII reunió en Roma un concilio que confirmó la bula *Unigenitus*. El juicio de la Iglesia era formal. So pena de no ser ya católico, era preciso someterse, y esto es lo que comprendieron e hicieron el arzobispo de París, el cardenal de Noailles, que firmó la bula antes de morir, y la mayor parte de los apelantes de la Sorbona, del clero y de las Congregaciones religiosas. Por todas partes en Francia, viéronse retornos consoladores a la verdad católica.

Pero no fueron menos numerosos los obstinados. Algunos se refugiaron en Holanda, y engrosaron allí la Iglesia cismática de Utrecht. Al morir el arzobispo de esta ciudad, el capítulo nombró un prelado jansenista, Cornelio Steenoven. Benedicto XIII declaró nula esta elección, pero aquél insistió en la herejía y en el ejercicio ilegal de sus funciones; tal fué el origen de la Iglesia cismática de Utrecht que ha continuado hasta nuestros días. En Francia, los jansenistas echaban mano de todo para sostenerse por lo menos. Recurrieron a supuestos milagros. Junto a la tumba del diácono Pâris se reunían los sectarios, gente viciada, mujeres sospe-

chosas. Se fingían enfermedades, se invocaba al Santo y se presentaban curados. A los falsos milagros se añadieron las convulsiones. El cementerio de san Medardo convirtióse en teatro de escenas grotescas, con frecuencia obscenas. Una orden de la Corte cerró el cementerio, y un guasón escribió en la puerta: "De orden del rey, se prohibe a Dios que haga milagros en este lugar." Al propio tiempo se editaba una revista, *les Nouvelles ecclésiastiques,* que cada semana lanzaba a torrentes el sarcasmo y las injurias contra la Corte y contra la Iglesia. Los Parlamentos eran los auxiliares más poderosos de la secta jansenista. Los eclesiásticos apelantes estaban privados, por la bula *Unigenitus,* de toda jurisdicción, y los laicos apelantes estaban también privados de sacramentos. El Parlamento de París, por un culpable abuso de autoridad, quiso obligar a los curas católicos a dar a los jansenistas los auxilios religiosos, bajo pena de multa, prisión o destierro. Los Parlamentos de provincias imitaron al de París, y Luis XV sentíase desarmado e impotente ante semejantes excesos. Era preciso acabar con aquello. Los obispos de Francia, entregados a la arbitrariedad de los Parlamentos, apelaron a Roma. Benedicto XIV elevó su voz y publicó un breve lleno de firmeza, en el cual decía que era preciso negar el viático a los refractarios. El Parlamento suprimió el breve pontificio, pero Luis XV registró un edicto que ordenaba atenerse a la decisión de Roma. Así acabó el jansenismo en vísperas de la Revolución.

Había hecho en Francia un mal inmenso. Sus huellas han continuado hasta nuestro siglo. Apartó de las fuentes de la gracia a las almas; cegó con su severidad y su orgullo la piedad de nuestras poblaciones; habituó a nuestros desgraciados antepasados a despreciar la

autoridad de la Corte romana; sembró en la nación gérmenes de revuelta contra la dirección de la Iglesia; descarrió una porción notable del clero y de las clases elevadas de la sociedad francesa. En los acontecimientos que se producían a fines del siglo XVIII, volveremos a encontrar a cada paso la presencia del jansenismo, su detestable influencia, sus rencores insaciables, su complicidad secreta o impudente con los peores enemigos de la sociedad civil y de la Iglesia católica.

Así sea.

CONFERENCIA UNDECIMA

La Iglesia y el filosofismo

SEÑORES:

Entramos en el período más moderno de la vida de la Iglesia. Nos encontramos en el siglo XVIII. La incredulidad niega todas las creencias y trata de demoler la religión católica. Antes de demoler las instituciones, desarraiga las ideas. Estudiemos el filosofismo en sus jefes, en sus cómplices, en las resistencias insuficientes que encontró en su camino.

I. Los jefes del filosofismo.

El filosofismo es como un trueno espantoso que llena todo el siglo XVIII, que comienza con los desórdenes de la Regencia, que atraviesa el triste reinado de Luis XV y los principios de Luis XVI, y termina en el gran cataclismo de la Revolución. Preséntase, no como una opinión, sino como una secta, o mejor, como un ejército

que marcha a la destrucción del orden religioso, moral y social.

Su jefe es Voltaire. ¿Quién es Voltaire? Es uno de los más grandes malhechores que hayan jamás aparecido sobre la tierra. Cierto que era inteligente, muy inteligente, pero la inteligencia no es un mérito, sino un instrumento, un medio, una responsabilidad. Si nos servimos bien de ella, se le hace producir maravillas que salvan al mundo. Si nos servimos mal, se le hace producir la peste, la desolación, la ruina. Voltaire era inteligente, pero su inteligencia fué superada por su perversidad, lo que no es poco decir. Puso al servicio de la mentira, de la hipocresía y del odio todo su talento y toda su vida. Era un ser innoble. Escritos sin pudor, manchan a la vez la religión, la moral y el patriotismo en su infame poema *la Pucelle*. Francés de nacimiento, se hace prusiano con Federico el Grande, ruso con Catalina II, y no teme felicitarlos por sus victorias sobre Francia. Despreciador de los pequeños y de los débiles, adorador servil de los grandes y de los poderosos, siente por el pueblo un desdén y un menosprecio que revuelve toda alma honesta. No menos escandaloso en su vida privada que en sus escritos, cumple con hipocresía sus deberes de católico, se alaba de comulgar sacrílegamente, y resume toda su filosofía en dos máximas que le han sobrevivido: "¡Calumnia, que algo queda! y "¡Aplastemos al infame!", que era su grito de guerra. Ahora bien, para él, el infame era Jesucristo. Tal fué, en efecto, el único fin de aquella inteligencia satánica. En todos sus escritos se propone derribar a Dios; en nombre de la ciencia niega la fe; bajo el velo de una erudición defectuosa, multiplica las mentiras históricas; responde a todo con la risa del escéptico. He ahí, señores, el hombre que

supo poner a sus pies a Francia, Europa, el siglo XVIII y las generaciones que de él salieron. Voltaire era inteligente. Tanto peor. Si no hubiera sido más que un imbécil, hubiera pasado inadvertido y estéril por la tierra; pero con su gran inteligencia al servicio de su perversidad, más grande todavía, devastó las almas y los pueblos.

Mas detrás de este jefe del filosofismo, ¡cuántos capitanes que trabajan con él y minan los elementos constituídos del viejo cuerpo social! El barón de Holbach, cuyo materialismo infecta los salones, y cuya casa se convierte en centro de los espíritus fuertes y en cuna de la *Enciclopedia,* síntesis en apariencia inofensiva de todos los conocimientos humanos, y, en realidad, obra de mentira y de odio, máquina de guerra dirigida contra la Iglesia. Diderot, el más fogoso y chispeante de los impíos. D'Alembert, supuesto sabio universal, pero sin profundidad, que se revela de cuerpo entero en esta frase: "Abofeteo a la religión fingiéndole reverencias." Condillac, que formula el sistema de la sensación. Helvecio, que se complace en deducir las consecuencias de semejante sistema. Argensón, Boulanger y Raynal, que falsifican la historia. El mismo Montesquieu, que se desata en ataques contra la fe y contra los papas. Finalmente, Juan Jacobo Rousseau, que intenta reconstruir sobre nuevas bases los individuos, la familia y la sociedad. Como hombre privado J. J. Rousseau es un pervertido y un descompuesto; como escritor, arroja todas las seducciones del estilo sobre las utopias más antirreligiosas y perversas. Emplea todo lo que existe de atractivo, de comunicativo, de contagioso en la lengua francesa para combatir la verdad y popularizar el error.

Voltaire había exclamado: "¡Aplastemos al infame!"

Los poetas, los literatos, los historiadores, los físicos, los naturalistas, los astrónomos, los geólogos, todos los hombres que, en el siglo XVIII consagraron su ciencia y su genio al error y su corazón al genio del mal, se comprendieron y adivinaron desde todos los extremos del mundo intelectual, literario y científico, todos obedecieron la consigna y entraron en la gran conspiración de odio contra la Iglesia. Y, cosa terrible, todos aquellos jefes del filosofismo encontraron instantánea y universalmente complicidades espontáneas y solícitas. Arrojaron la tea encendida sobre el mundo que no deseaba más que arder.

II. Los cómplices del filosofismo.

Los cómplices del filosofismo se reclutaron sobre todo en las altas esferas de la sociedad.

Los reyes con sus ministros entraron en el complot. Voltaire, que fué el rey de su siglo, tuvo por cómplices ministros. Choiseul en Francia, Aranda en España, Tanucci en Nápoles, Pombal en Portugal; y reyes por prosélitos, Federico II, José II y Catalina II; Catalina II, que desde el centro de las estepas rusas, escribe tiernos billetes a los filósofos; Federico II, que les da apretones de manos entre dos victorias; José II, que va a visitarlos y a deponer la majestad del Imperio romano en el umbral de sus academias. Hay que oir sobre esto la gran voz de Lacordaire. Contemplando la Francia del siglo XVIII, en el reinado de Luis XV, cuando J. J. Rousseau acababa de morir después de publicar sus *Confesiones,* cuando Voltaire, a los ochenta años de edad, recibía en plena Academia los honores de su triunfo, que no era más que la apoteosis de la impiedad, peligro de una muerte vergonzosa en la impeni-

tencia, dice Lacordaire. "En la cámara en que durmió san Luis, se acostaba Sardanápalo. Estambul había visitado a Versalles, y se encontraba allí muy a su gusto. Mujeres sacadas del último fango del mundo jugaban con la corona de Francia; descendientes de los cruzados poblaban con sus adulaciones las antecámaras deshonradas, y besaban al pasar el vestido de moda de una cortesana, llevándose del trono a su casa los vicios que habían adorado, el desprecio de las santas leyes del matrimonio, la institución de las saturnales de Roma sazonadas de una impiedad que los familiares de Nerón no conocieron nunca. En vez de la reja del arado y de la espada, una juventud inmunda no sabía manejar ya más que el sarcasmo contra Dios y el impudor contra el hombre, y por debajo de ella se arrastraba la burguesía, más o menos imitadora de aquella real corrupción." "El pez se pudre por la cabeza", dice un proverbio oriental. En el siglo XVIII, la cabeza de la sociedad estaba enteramente roída por la impiedad, la depravación, el libertinaje.

Los cómplices responsables del filosofismo fueron los reyes y sus ministros, los reyes depravados, los grandes corrompidos, los magistrados rebeldes a la Iglesia, los jefes de la nación. He ahí los que socavaron la antigua sociedad francesa, los que hicieron zozobrar y desaparecer en la misma tempestad, el trono manchado por espantosos desórdenes, y el pretorio en que la pasión reemplazaba con demasiada frecuencia a la justicia, y aun el santuario en que la sangre más pura derramada por indignas manos, no bastó para borrar las miserias de lo pasado. En el siglo XVIII, los grandes miraban la impiedad como el privilegio de la educación, y creían poder propagar impunemente la blasfemia, leer y alentar los malos libros, adular, coronar, pensionar los escritores perversos. Reclamaban como un derecho ser licenciosos sin verse reprendidos ni obligados. Poblaban las logías masónicas de engañados risueños y embelesados. El filosofismo era la predilección de su honor mal definido y de su ligereza de natural. Gracias a él, Voltaire, al que tributaban ovaciones, descendía poco a poco a la cabaña y al taller. Las leyes de la Iglesia, que violaban en sus mesas suntuosas, se convertían en despreciables a los ojos de los pobres y de los pequeños. Al leer aplaudiendo *El contrato social* y el *Emilio* de J. J. Rousseau, preparaban la familia, la escuela, la sociedad sin Dios. Al sentarse los sabios, los magistrados y los príncipes los primeros en las logias, enseñaron el camino al pueblo, el cual fué después a buscar en ellas la consigna y los oráculos. Señores, aunque callara todo esto, no podría ocultarlo a la historia, y ante hombres inteligentes como vosotros, pueden y deben decirse estas cosas. Los jefes del filosofismo no hubieran conseguido nada en el siglo XVIII, si no hubiesen hallado en torno de ellos, en las cumbres de la sociedad, las viejas y culpables complicidades que acabo de señalaros.

El filosofismo era, pues, omnipotente. Tenía jefes y un inmenso ejército; ¿encontró una resistencia igual a su fuerza? No.

III. La resistencia al filosofismo.

La resistencia al filosofismo no fué nula, pero sí insuficiente.

En el siglo XVIII, los defensores de la verdad fueron débiles. La Iglesia parecía palidecer. Bossuet no pronunciaba ya oráculos. Fenelón se había dormido en su armoniosa memoria, Pascal rompió en la tumba su

pluma geométrica. Bourdalone no hablaba ya en presencia de los reyes. Massillón lanzó a los vientos del siglo los últimos acentos de la elocuencia cristiana. España, Italia, Francia... escucho a todo el mundo católico, mas no oigo, dice Lacordaire, ninguna voz potente que responda a los gemidos de Jesucristo ultrajado. Mas no sería justo exagerar. Los papas de esta desgraciada época son dignos de elogio, y en torno suyo vemos agruparse santos, escritores y oradores que noblemente afrontan la tempestad.

Entre los papas del siglo XVIII hay que citar a Clemente XI, que ahoga el jansenismo; a Inocencio XIII, a quien el mismo filósofo Lalande vióse obligado a proclamar como el mejor soberano de la época; a Clemente XII, que condena la fracmasonería entonces naciente; a Clemente XIV, que, con la muerte en el alma, firma la supreción de los jesuitas. "¡Pobre papa! —escribe san Ligorio—¿Qué podía hacer en circunstancias tan difíciles?"

No faltaron santos en el siglo XVIII. San Ligorio, doctor de la Iglesia; el bienaventurado Leonardo de Porto Mauricio, misionero apostólico; san Pablo de la Cruz, Benito José Labre, Mons. de Belzunce; María Leczinsky, angelical esposa de Luis XV, Luisa de Francia, admirable carmelita, y, finalmente, el bienaventurado Grignón de Montfort, fundador de las Hijas de la Sabiduría, tan populares entre nosotros, y de los Hermanos de San Gabriel.

¿Habrá que citar ahora los hombres que, con su palabra o con su pluma, defendieron a la Iglesia? El cardenal de Beaumont, arzobispo de París, Mons. de la Mothe, obispo de Amiéns, el sabio Bergier, el P. Nonotte y el abate Guenée; el P. Lejeune, Mascarón, el P. Brydaine, Dom Calmet, los teólogos Tournely, Pontés, Concina, Collet y Billuart, los eruditos Noel Alexandre y Muratori, y, finalmente, el piadoso y humilde Lhomond, que popularizó la historia de la religión y de la Iglesia, y cuya gramática latina hizo las delicias y el tormento de nuestros primeros pasos en humanidades. La Iglesia no carecía de defensores. Pero, por desgracia, es evidente que la defensa no era equivalente al ataque. Esperemos tiempos peores que se levantarán contra la Iglesia y contra Francia. ¡Dios sea bendito!

Así sea.

CONFERENCIA DUODECIMA

La Iglesia y la Revolución

1.° Los preludios de la revolución

SEÑORES:

Para terminar la historia de los combates de la Iglesia, sólo nos resta ya estudiar la Revolución. Esto nos ocupará cinco o seis conferencias. Solicito hoy vuestra atención sobre los preludios de la Revolución, que son: 1.° corrupción de las ideas y de las costumbres; 2.° la aparición de la francmasonería; 3.° la supresión de los Jesuitas. Una gran tempestad va a desencadenarse sobre Francia, sobre Europa, sobre la Iglesia, y anegarlo todo en un río de sangre. Hay que estudiar los síntomas.

I. La corrupción de las ideas y de las costumbres.

El siglo XVIII fué el más quimérico de todos los

siglos, y al propio tiempo el más corrompido. La corrupción estaba en las costumbres. Esto es demasiado evidente. ¿Qué fué el reinado de Luis XV sino un mar de lodo, al cual debía suceder muy pronto un mar de sangre? Ya os lo he dicho, y no insisto más. Notaré solamente que hubo en aquella triste época algo todavía más triste que la corrupción de costumbres. La corrupción de costumbres no era más que un resultado, un efecto, que tenía su causa en la depravación de las inteligencias, en la corrupción de las ideas.

El espíritu público había sido pervertido por el protestantismo, el galicanismo, el jansenismo, el filosofismo. Soñábase con socavarlo todo, primeramente la religión, el cristianismo con sus dogmas, su moral, su culto, su historia, sus libros sagrados. Se reían de todo esto. Todo esto, decían, era error, credulidad, superstición, cuentos indignos de un hombre razonable, obstáculos afrentosos al progreso del género humano. Se despreciaba a la religión, se la odiaba, se preparaba su destrucción, y, con la religión, el orden moral, la realeza, la magistratura, la fuerza pública, obras de la rutina, de la corrupción, de la tiranía. Se lanzaban, no sólo contra los abusos, fruto del tiempo y de la debilidad humana, sino contra la sociedad misma. Era poco podar el árbol y quitar las ramas podridas; había que desarraigarlo totalmente, porque se pensaba en secreto y se decía en alta voz que la sociedad hacía malo al hombre al irritarlo con barreras estúpidas, con límites opresores, y que, quitados el legislador, el juez y el gendarme, ya no había vicios, sino paz, virtud y verdadero paraíso terrenal. He ahí, señores, las ideas falsas, absurdas, que bullían en la cabeza enloquecida de nuestros padres al acercarse el año de 1789. Soñaban estúpidamente con derrocarlo todo.

Mas al propio tiempo soñaban no menos estúpidamente con reconstruirlo todo sobre bases nuevas. ¿Qué bases? Vedlas aquí clara y elocuentemente expuestas por Mons. Bougaud, cuyo sabio análisis de nuestro estado intelectual en la aurora de la gran Revolución, voy a reproducir.

Siéntase como principio que *el hombre nace bueno.* Pues bien, esto es falso, es contrario a la fe y a la experiencia. El hombre no nace bueno; nace decaído por la falta del primer padre; nace inclinado al mal, teniendo necesidad de una gracia divina para resistir al mal, de una educación cristiana que le corrija o enderece.

Siéntase otro principio, a saber, que *el hombre debe ser libre,* que no solamente tiene derecho a una libertad sobria, limitada, moderada por la ley, responsable de sus abusos y de sus excesos, sino a una libertad absoluta, ilimitada, de pensar y obrar, de hablar y escribir, sobre toda especie de asuntos todo cuanto quiera, y de asociarse para difundir sus ideas, cualesquiera que ellas sean. Ahora bien, esto es falso, es contrario a la fe y al buen sentido. Semejante libertad es corruptora de las almas y antisocial, y todos los publicistas razonables reclaman límites para la libertad, límites necesarios, sin los cuales la sociedad se haría al punto imposible.

El tercer principio dice que *el hombre es igual a todos los otros hombres,* que todo privilegio es una ofensa, y toda desigualdad una injusticia. Pues bien, esto es falso, archifalso. Sin duda que, por su origen, su esencia y su destino, el hombre es igual a todos los otros hombres. Todos tenemos un cuerpo y un alma, todos nacimos de mujer, y estamos destinados al mismo cementerio y a la misma eternidad. Pero sobre este

fondo idéntico para todos, ¡cuántas variedades necesarias, cuántas desigualdades legítimas! Tratad de suprimir las diferencias de salud, de inteligencia, de genealogía, de actividad, de fortuna, de posición; los privilegios que nacen del talento, del mérito, de los servicios. Tanto valdría tratar de suprimir la sociedad misma.

Finalmente, otro de sus principios es *la exclusión de la Divinidad* de los asuntos humanos. Nada de Dios en el gobierno, en las asambleas, en las leyes, en las escuelas, en la familia. Todo viene del hombre: la soberanía, la ley, el derecho, la propiedad. Esto es también la falsedad misma. Porque, si no hay autoridad en el cielo, ¿cómo la habrá en la tierra? Y si Dios es destronado allá arriba, ¿qué magistratura civil o paternal quedará de pie aquí bajo?

Tales son, señores, las ideas extrañas, inconcebibles, perniciosas que imperaban despóticamente en vísperas de la Revolución. Sin duda que estas ideas no habían invadido la masa de la nación, pero reinaban como soberanos en París, en los salones, en la literatura, en la nobleza, y aun en una parte del clero y de las altas esferas sociales, y amenazaban con estallar como el rayo y descender como un torrente sobre el mundo trastornado. En suma, a fines del siglo XVIII, reyes, príncipes, magistrados, hombres de letras trabajaban en demoler la sociedad existente y modelaban ya el esbozo de la nueva sociedad. Clandestinamente se elaboraba este esbozo en los antros de la masonería.

II. Aparición de la masonería.

Señores, sacerdote de la Iglesia católica, tengo el derecho, y más aún el deber de señalaros esa secta

tenebrosa; 1.° un soldado no conoce más que su consigna. Pues bien, pregunto a mis superiores, los escucho y compruebo que en varias ocasiones han condenado los papas la masonería. Fué condenada el 27 de Abril de 1738 por el papa Clemente XII, el 18 de Mayo de 1751 por el papa Benedicto XIV, el 13 de Septiembre de 1821 por el papa Pío VII, el 13 de Marzo de 1825 por el papa León XII, el 25 de Septiembre de 1865 por el papa Pío IX, el 20 de Abril de 1884 por el papa León XIII. La Iglesia excomulga a los masones. ¿No es esto significativo? Pero, además, debéis saber: 2.° que el fin principal de la masonería es la destrucción del cristianismo y de toda idea religiosa. Sobre esto no hay duda posible. Unicamente los jefes conocen los verdaderos secretos de la secta. Pero ellos dan el impulso, y los adeptos siguen. Todas las medidas antirreligiosas que nos entristecen a la hora presente han sido decididas primeramente en las logias masónicas, en esos antros tenebrosos de los cuales es Satán el jefe invisible. Nadie puede ignorar hoy en día sin discutir la influencia oculta y nefasta de la masonería.

Pero ya, a fines del siglo XVIII, personificaba la hostilidad contra la fe y contra la Iglesia, ya preparaba en la sombra el derrumbamiento del orden social y religioso, ya era muy activa y poderosa. Contábanse en aquel momento en Francia 182 logias repartidas en las principales ciudades, y 81 solamente en París. Podríanse citar en estas logias grandes nombres, hoy en día honrosamente llevados. El Gran Oriente de Francia tenía por gran maestro a Felipe de Orleáns, después Felipe Igualdad. En 1785, reunióse en París un gran congreso masónico, en el cual figuraron todos los principales personajes que representaron su papel en la Revolución, y en él fueron, sin duda, elaborados

los proyectos cuya ejecución soñaba la incredulidad servida por la masonería. Tal era la situación en 1789. Las ideas y las costumbres estaban corrompidas. En medio de esta disolución general, la masonería organizaba sus fuerzas y emplazaba sus baterías. La tempestad iba a estallar. Pero veamos su tercer preludio.

III. La supresión de los Jesuitas.

Los Jesuitas eran los defensores más formidables del catolicismo. Ocupaban los puestos avanzados, la primera fila en las controversias teológicas y filosóficas, en la cátedra, en las misiones, en la educación de la juventud. Aun a los ojos del mundo, ocupaban brillante posición. Eran, pues, los naturalmente designados al odio y a los rencores de los jansenistas y de los filósofos. "Cuando hayamos destruído la Orden de los Jesuitas—escribía Voltaire a Helvecio,—aplastaremos al Infame." En efecto, la supresión de los Jesuitas fué la aurora sangrienta de los días sangrientos de la Revolución. La guerra comenzaba. A favor del Pacto de Familia, todas las cortes borbónicas conspiraban contra la Compañía de Jesús.

Portugal abrió las hostilidades. Reinaba allí un príncipe corrompido, José I, esclavo de un ministro vicioso y cruel, Pombal. A pretextos de complots urdidos contra el Rey, fueron declarados traidores y rebeldes los Jesuitas, cerrados sus colegios y confiscados sus bienes; fueron expulsados del reino.

En Francia, el marqués de Choiseul y la asquerosa Pompadour, dirigen la campaña. Se hace responsables a todos los jesuitas de las empresas comerciales del P. Lavalette en las Indias, y en tres ocasiones los condena el Parlamento de París. El imbécil Luis XV san-

ciona las sentencias del Parlamento, y ya está hecho todo. Los Jesuitas son dispersados y cerrados sus colegios.

En España, el rey Carlos III, engañado por su ministro Aranda, pronuncia la expulsión inmediata de los Jesuitas de todo el territorio y aun de las posesiones coloniales españolas. Fueron arrestados por la noche, arrancados de sus casas, amontonados en barcos y arrojados a los Estados pontificios.

Los Borbones de Nápoles imitaron a sus primos de España y Francia, y el rey Fernando IV, cediendo a las instancias de su ministro Tanucci, trató a los Jesuitas como Carlos III de España, y su ejemplo fué seguido al punto por el duque de Parma y por el gran maestre de Malta.

¡Cosa singular! Mientras que los Borbones obraban así, mientras que todas las cortes católicas, presas del vértigo revolucionario, expulsan a los Jesuitas, Prusia y Rusia los acogían y les ofrecían un asilo. El protestante Federico II y la cismática Catalina de Rusia reconocían los servicios del gran Instituto y daban abrigo a sus ruinas.

Quedaba el Pontificado. Clemente XIII resistió a la presión de los filósofos, de los ministros y de los reyes. Pero el infortunado Clemente XIV sucumbe a la obsesión de las cortes borbónicas, a las amenazas de la ruptura y del cisma. "Obligado—dice—por el deber de asegurar la concordia en el seno de la Iglesia," abolió la Compañía de Jesús, sus funciones, sus casas, sus institutos. Al hacer este doloroso sacrificio, el desgraciado papa comprendía que sacrificaba los mejores defensores de la Iglesia, y murió de dolor.

En efecto, la supresión de los Jesuitas no fué más que la primera escaramuza de una gran guerra, el preludio de una sangrienta tragedia. Recojámonos, y en el momento mismo en que los impíos se preparan para celebrar los funerales de la santa Iglesia, saludemos su supervivencia y cantemos su gloriosa inmortalidad.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOTERCIA

La Iglesia y la Revolución

2.° La asamblea constituyente

(5 de Mayo de 1789 a 30 de Septiembre de 1791)

Señores:

Hemos asistido a los preludios de la Revolución. Preciso es ahora entrar en el relato de esta gran tempestad. Los acontecimientos abundan, y no teniendo tiempo para referirlos todos, os señalaré únicamente los que se refieren a la historia de la Iglesia. Prescindo, pues, de los quince primeros años del reinado de Luis XVI, y entro a tratar inmediatamente de la Asamblea constituyente que vivió desde el 5 de Mayo de 1789 al 30 de Septiembre de 1791. ¡Cuántos acontecimientos nuevos, inesperados, solemnes y ya trágicos en el corto espacio de dos años! Interrumpidos casi hacía ya dos siglos, los Estados generales se abren en Versalles el

5 de Mayo de 1789, con una ceremonia religiosa celebrada en la Iglesia de san Luis, en presencia del Rey, de la corte y de los diputados de las tres Ordenes del Reino. El obispo de Nancy, Mons. de la Fare, pronuncia un discurso sobre este texto: "La religión constituye la fuerza de los imperios y la felicidad de las naciones." Y cuando, al final de su discurso, pronunció el nombre de libertades públicas, un estremecimiento eléctrico le respondió. Estalla el entusiasmo, levántanse todos y le aplauden, a pesar de la santidad del lugar y de la presencia del Rey. El terreno era una mina cargada de pólvora. Ya sabéis lo demás: el examen de los poderes, el juramento del juego de pelota, la fusión de los tres Ordenes, la toma de la Bastilla, la noche del 4 de Agosto en la que fueron abolidos todos los privilegios, y, finalmente, la declaración de los derechos del hombre, que inaugura una era absolutamente nueva. No he de ocuparme en la obra política y social de las Asambleas. Os señalaré únicamente sus medidas antirreligiosas, es decir, la expoliación del clero, la supresión de las Ordenes religiosas y la constitución civil del clero.

I. La expoliación del clero.

Dos cosas hay que notar aquí: voy a indicároslas con la mayor claridad posible.

1.° Al apoderarse de los bienes del clero, la *Asamblea constituyente cometió un robo*. En el momento de la Revolución, el clero era rico, era rico legal y justamente por compra, donación o testamento, y su riqueza, reunida penosamente durante catorce siglos en favor del culto, de la ciencia y del pueblo, era inata-

cable. El Estado tenía deudas, y no sabía como llenar el abismo, cada día más hondo, del déficit. "Apoderémonos de los bienes del clero para salir de apuros," dijo, y puso la mano en los bienes del clero y los declaró propiedades nacionales. Señores, si vuestro vecino, comido de deudas, echara una mirada envidiosa sobre vuestra pequeña fortuna, diciendo: "Tenéis algo; yo no tengo nada; lo que tenéis es mío; lo tomo," ¿pensaríais como él? ¿No gritaríais: "¡Al ladrón, al ladrón!" Pues bien, la Constituyente razonó y obró como razonan y quieren obrar los socialistas de hoy. Tomó los bienes ajenos, los bienes de la Iglesia. Por consiguiente, cometió un robo, un robo sacrílego, y, además, pernicioso. Porque ¿a quién aprovecharon los bienes robados al clero? ¿A quién? ¿A la monarquía constitucional de Luis XVI que acaba de establecerse? No. Esta monarquía sobrevivió un año apenas a la confiscación de las propiedades eclesiásticas. ¿A los expoliadores que convirtieron en bienes nacionales los bienes del clero? No. El día en que todos aquellos hombres quedaron suprimidos por el terror, o sumergidos en el golpe de Estado del 18 Brumario, el altar se elevó sobre sus ruinas, y se realizaron las palabras de Montlosier a Mirabeau: "Si quitáis a los obispos su cruz de oro, tomarán una cruz de madera, y una cruz de madera es la que salvó al mundo." ¿A la prosperidad material del pais? Tampoco. Arrojaron al mercado tres mil millones de inmuebles, se vendieron a precios irrisorios, fueron pagados en papel-moneda, y la propiedad territorial quedó depreciada. ¿A la moral y a la justicia? Todavía menos. La codicia individual fué tentada por esta enorme presa. Enseñaron a todo un pueblo a apoderarse sin pudor del bien ajeno y a conservarlo sin escrúpulo. Por otra parte, la Constituyente misma conprendía muy bien que no tenía el derecho de apoderarse de los bienes del clero.

2.° Al apoderarse, *declaraba contraer con relación al clero una deuda rigurosa.* El 4 de Noviembre de 1789, decretó: 1.° que todos los bienes eclesiásticos quedaban a disposición de la nación, debiendo proveer de una manera conveniente a los gastos del culto, alimentar a los ministros y socorrer a los pobres; 2.° que la dotación de ningún cura no sería inferior a 1200 libras anuales, sin comprender la habitación y los jardines dependientes de ella.

Queriendo que esta dotación del clero quedase al abrigo de las fluctuaciones de lo por venir, la insertó en la Constitución de 1791 (título V), en donde se dice que "la dotación de los ministros del culto católico forma parte de la deuda nacional." El salario del clero no fué un don gratuito que la Asamblea podía hacer o dejar de hacer, sino compromiso obligatorio, irrevocable, la condición sin la cual la expropiación del clero hubiese sido un acto incalificable, de la naturaleza de los que conducen a un particular al presidio.

Cuando se concluyó el Concordato, el papa Pío VII no consintió en dejar en paz a los detentores de los bienes eclesiásticos sino a condición de que el gobierno asegurase al clero una dotación conveniente. A los diez años, era imposible volver sobre los hechos consignados sin trastonar toda la nación. La restitución de los bienes robados, era impracticable, pero la deuda contraída con relación al clero, era, y continúa siéndolo, tan evidente e inevitable como en el primer día. El presupuesto de cultos no es, pues, un don gratuito que el Estado pueda conceder o negar al clero, sino una indemnización, una deuda de justicia, mil veces más

sagrada que las deudas inscritas en el Gran Libro de la Deuda pública. No es más que la miserable reparación del robo que se hizo a la Iglesia en 1789.

Pero la expoliación del clero era el primer acto de un drama que iba a precipitarse. Después de su estreno, la Asamblea constituyente se enardeció y decretó la

II. Supresión de las Ordenes religiosas.

Las Ordenes religiosas son la vanguardia de la Iglesia, y ya los Jesuitas habían sido suprimidos. La impiedad no estaba satisfecha. Quería llegar a la destrucción de todos los monasterios, a los que representaba como prisiones en que se tenían encerrados hombres y mujeres víctimas de los prejuicios de su siglo. A los ojos de los filósofos, los votos religiosos eran contrarios al derecho natural, y había que abolirlos. He ahí un hermoso razonamiento. ¿No son los votos religiosos más que un acto, un asunto de conciencia? El Estado no tiene el derecho de intervenir en la conciencia, ni de reglamentar las relaciones de la conciencia con Dios. Por otra parte, desde el momento en que la misma Constitución declaraba libres todos los cultos, iguales ante la ley a todos los franceses, e inviolable la propiedad, debía dejarse que los religiosos hicieran sus votos, que los guardaran y permanecieran juntos en una casa de su propiedad. Así hablaba el simple buen sentido y la recta justicia. Pero la Constituyente fué de otro parecer.

La ley de 13 de Febrero de 1790 suprime todas las Ordenes religiosas, decreta la abolición de los votos, y devuelve al siglo, mediante módica pensión, aquellos hombres y aquellas mujeres que habían hecho de su libertad el más noble uso al consagrarse al servicio de

Dios, de los enfermos, de los ignorantes, de los pobres. Este decreto fué acogido con júbilo por algunos religiosos y algunas religiosas sin vocación, pero la mayor parte permanecieron fieles a sus compromisos en medio del mundo, pues se reconstituyeron en comunidades en casas particulares.

La Constituyente despojó a la Iglesia de sus bienes, y la privó de sus Ordenes religiosas ¿Es esto todo? No. Quiso esclavizarla y humillarla.

III. La constitución civil del clero.

Sabéis en lo que consiste la constitución civil del clero. Decretaba: 1.° que en vez de 135 obispados existentes en Francia no hubiera más que 83 correspondientes a los 83 departamentos; 2.° que los obispos de las nuevas sedes fueran nombrados por los electores, e investidos por su metropolitano, elegido del mismo modo, al cual únicamente le sería permitido escribir al papa para notificarle su elección; 3.° que los curas y otros dignatarios fueran nombrados por todos los electores de la circunscripción, judíos, protestantes, masones y aun católicos; 4.° que a su instalación, todos los titulares prestarían juramento de fidelidad a la constitución civil del clero.

Esta constitución era evidentemente inaceptable. Desconocía la jerarquía eclesiástica, que subordina los curas a los obispos, y los obispos al papa. Proclamaba el cisma entre Roma y Francia. El infortunado Luis XVI, después de muchas vacilaciones, acabó por firmarla. El papa Pío VI, apremiado por la Corte para que confirmara este atentado, quiso conocer previamente la opinión del episcopado francés. Contestaron 130 obispos condenando resueltamente la constitución

civil del clero, y el papa ratificó su juicio. Era preciso inclinarse ante una manifestación tan imponente. Pero la Asamblea constituyente se rebeló, y publicó un decreto destituyendo a todos los obispos y curas que, en el plazo de ocho días, no se adhirieran a la constitución. La guerra quedaba declarada; se entraba en plena persecución.

¿Cuál fué la actitud del clero francés en aquella gran tempestad? En la Asamblea constituyente, de 300 eclesiásticos, 70 solamente se sometieron a la Constitución civil. Esto era demasiado, aunque se trataba de una pequeña minoría. 230 diputados del clero permanecieron fieles a su deber, subieron a la tribuna para protestar de los nuevos decretos, y se oyó exclamar al obispo de Poitiers, Mons. de Saint-Aulaire: "Señores, tengo setenta años, y llevo treinta y tres en el episcopado; no mancharé mis cabellos blancos jurando vuestros decretos; no juraré." A estas palabras, todo el clero se levantó y aplaudió, y el mismo Mirabeau vióse obligado a decir por lo bajo: "Tenemos su dinero, pero han conservado su honor."

En toda Francia, 4 obispos solamente de 135, y 10.000 sacerdotes de 70.000 prestaron el juramento pedido. Era la gran mayoría del clero que permanecía fiel en los días de prueba. Vióse entonces estallar en la nación una profunda división. De un lado, el clero constitucional oficiando en templos vacíos, arrastrando consigo un ministerio despreciado, una palabra impotente, un sacerdocio envilecido, hasta el día en que la cátedra que había usurpado fué usurpada a su vez por la impiedad, hasta el día en que el altar sacrílego en que osaba ofrecer la santa víctima, se convirtió en trono de una prostituta. Y, de la otra parte, el clero fiel, despojado de todo y acosado por la ley, pero libre y altivo en su desnudez y en el cumplimiento de su deber, perseguido por el Estado, pero venerado por el pueblo cristiano, que iba a recibir de él, atravesando mil peligros de muerte, el verdadero bautismo, la absolución válida y la bendición nupcial, única digna de ser ratificada por el Señor.

Así acabó la Constituyente tras dos años de existencia. Acababa de inaugurar la guerra religiosa, y uno de sus últimos actos consistió en secularizar la iglesia de santa Genoveva para convertirla en panteón, a donde se trasladaron los restos de Voltaire y de J. J. Rousseau, mientras llegaban los de Mirabeau y de Marat. Todos esos hombres valen lo mismo; todos trabajan en la misma obra; son enemigos de Jesucristo y de su Iglesia. Corramos un velo sobre tan siniestras figuras, y cantemos a Jesucristo inmortal y a la Iglesia invencible.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOCUARTA

La Iglesia y la Revolución

3.° LA ASAMBLEA LEGISLATIVA

(1.° *de Octubre de* 1791 *a* 21 *de Septiembre de* 1792)

SEÑORES:

La Asamblea constituyente duró dos años y tres meses; ya os he referido sus procedimientos con relación a la Iglesia. La Asamblea legislativa, que le sucedió, apenas duró un año, desde el 1.° de Octubre de 1791 al 21 de Septiembre de 1792, y prosiguió con encarnizamiento la obra antirreligiosa de la Constituyente. Tras la expoliación del clero, la supresión de las Ordenes religiosas y la constitución civil del clero, vemos aparecer el destierro, la encarcelación y la matanza. Al lado de la Francia eclesiástica, que cae noblemente a los golpes de los enemigos interiores, contemplaremos la Francia militar, que resiste heroicamente a los

enemigos de fuera. Ante este nuevo espectáculo, en vez de entristecernos y desalentarnos, comprederemos que, por bajo que descienda un pueblo, puede todavía esperarlo todo, si cuenta con un buen clero y un buen ejército, con sacerdotes y soldados que sepan morir.

I. La Francia eclesiástica.

Apenas instalada, la Asamblea legislativa promulga tres decretos. Por el primero, arrebataba a los sacerdotes que no habían jurado su modesta pensión e intentaban reducir al clero por hambre. El segundo prohibía todo hábito eclesiástico o religioso. El hábito eclesiástico, señores, tiene el glorioso privilegio de irritar a los malos, de hacer rugir las pasiones. Diríase, al verlo pasar, que es el Decálogo que pasa, y Dios que aparece personificado en sus ministros... y la impiedad, trémula, no se considera tranquila. Finalmente, el tercer decreto de la legislativa pronunciaba contra todos los sacerdotes refractarios la pena de deportación. Ante este último decreto, el alma honrada y cristiana de Luis XVI se sublevó y se negó a firmarlo. Pero ya la autoridad real no suponía nada. Veíase arrastrada como un pelele por un torrente desbordado. La revolución violenta empieza por no detenerse ya.

Buen número de sacerdotes se destierran a Inglaterra. Contáronse varios millares, procedentes sobre todo de Bretaña y Normandía. Formóse un comité encargado de procurarles socorro, y muchos ingleses ricos se unieron para esta buena obra. Organizóse una inscripción que se elevó a un millón, y cuestaciones hechas por orden del Rey produjeron poco más o menos la misma suma. El gobierno inglés creyó deber entender en estos donativos y regularizarlos, y promulgó un bill

que atribuía a los desterrados una asignación anual proporcionada a su categoría. Los obispos que se encontraban en Inglaterra, en número de unos 30, percibían una suma mayor, a excepción de 6 que, como contaban con medios particulares, no quisieron apuntarse en la lista general de socorros. Esta conducta de la nación inglesa con relación al clero francés, no quedó sin recompensa. El movimiento de retorno al catolicismo impreso en Inglaterra, data de la presencia en el suelo inglés de nuestros sacerdotes desterrados. El clero francés, por la pureza de sus costumbres, por la dignidad de su actitud en la desgracia, disipó muchos prejuicios, e hizo respetable a los ojos de los ingleses la antigua fe de sus padres. Nuestros sacerdotes establecieron en Londres y en otros puntos varias capillas y atrajeron a buen número de protestantes al seno de la Iglesia romana. Por modo enteramente suave y humilde, por el único poder de sus ejemplos, obraban sobre los espíritus más prevenidos en contra y disipaban los prejuicios anticatólicos de Inglaterra. He ahí, señores, la política divina y las divinas industrias de la Providencia. Saca bien del mal, hace concurrir a la difusión de su Iglesia las empresas de los malos, y ordena a la tempestad, que todo lo destruye, llevar a lo lejos las semillas de la resurrección y de la vida.

Ahora bien, mientras que Dios trabajaba de esta suerte sobre la tierra de Inglaterra, la persecución continuaba implacable sobre la tierra de Francia. En la jornada de 20 de Junio de 1792, con ocasión del aniversario del juego de pelota, el pobre Luis XVI fué asaltado aun en las Tullerías por una turba de 8000 personas que, procedentes de los arrabales, y aullando como lobos, exigían imperiosamente la sanción de los decretos relativos a los sacerdotes. Tomó el rey la mano de un granadero, y poniéndola sobre su corazón, dijo "Mira si late más deprisa que de ordinario." Estaba sereno, pero, al propio tiempo, cedía a la fuerza poniéndose el gorro encarnado y declarando que haría lo que exigía la constitución. Quedó, pues, desarmado, impotente, moralmente destronado, y el clero fiel iba en oleadas a la prisión y a la muerte. Las cárceles se llenaban de sacerdotes, de religiosos, de seglares piadosos, de todo lo que ofrecía un carácter de catolicismo o parecía simplemente sospechoso.

En aquellos momentos, Agosto de 1792, los prusianos entraban en Francia y se apoderaban de Verdún. El estupor hiela todas las almas, se toca a rebato, se cierran las barreras de París, y, a pretexto de patriotismo, se cometen los crímenes más execrables. Se roban los vasos sagrados de las Iglesias para llevarlos a la Casa de la Moneda, se apoderan de las campanas para fundirlas y hacer cañones, comienzan las matanzas, y continúan del 2 al 6 de Septiembre, en la abadía de San Germán, en la Conserjería, en el Carmen, en el Hospital de París, en la Fuerza, en Bicêtre. Multiplícanse allí, por parte de las víctimas, rasgos de noble resignación y de la más heroica abnegación, y, por parte de los verdugos, actos del más atroz delirio. Hábiles en inventar torturas morales para aquellos a los cuales sus brazos no pueden alcanzar, representan horribles saturnales alrededor del Templo, y pasean por las ventanas de la casa real, a los ojos de la Reina, que cae desvanecida, la cabeza sangrienta de su infortunada amiga la principa de Lamballe.

¿Qué hacía entre tanto la Legislativa? O era impotente para impedir la carnicería y dejaba hacer, o impulsaba al crimen. Enviaba diputados, que carecían de influencia. Petión, alcalde de París, personóse en

algunas prisiones, pero la suspensión de la matanza no duraba más allá del tiempo de su presencia. Roland, único que protestó públicamente con noble indignación y con peligro de su vida contra semejantes horrores, y aun intimó al Cuerpo legislativo y al Municipio a que las hiciera cesar. Por este acto de energía, Marat y el Comité de vigilancia, que residía en el Ayuntamiento, decretaron su arresto, orden atroz, que Dantón no dejó ejecutar. En efecto, en la Alcaldía reinaban como soberanos los ordenadores de las matanzas de Septiembre. La Asamblea legislativa no abría la boca. ¿Y los buenos ciudadanos? Gemían espantados, y, con el rostro pálido de estupor, veían pasar el río de sangre que anegaba a la nación. ¿Y la Francia eclesiástica? Estaba oprimida, pero hacía muy buen papel. Su sangre purísima tenía doble eficacia: brotaba sobre lo pasado para lavar sus manchas, y al regar la tierra, preparaba las resurrecciones de lo por venir. Olvidemos a los verdugos para no pensar más que en las víctimas, porque en los dramas que os refiero, la crueldad de los verdugos se ve superada por la belleza de las víctimas. Saludemos a los que supieron morir por Dios y por la religión. Saludemos a la Francia eclesiástica. Saludemos también a los que murieron por los hogares y por la patria. Saludemos a la Francia militar.

II. La Francia militar.

A primera vista, puede uno preguntarse por qué, en 1792, los austriacos, los prusianos y los rusos, ya que querían mal a Francia, no se unieron contra ella en masa, para acabarla al primer golpe, sin darle tiempo para ponerse en guardia. Hay dos razones: 1.ª Rusia, Prusia y Austria no habían acabado todavía en su

provecho una revolución, para emprender formalmente otra. No habían acabado de destronar aún al rey Estanislao Poniatowski y de repartirse el reino de Polonia. Ocupadas en consumar tan gran injusticia, no podían dirigir todas sus fuerzas de la parte de Francia; 2.ª la Francia militar crecía de día en día. Se presentaba ante Europa con su vieja organización reforzada con nuevos reclutamientos. En bien de los franceses, el ejército se convertía en un refugio y en una patria. Las agitaciones intestinas, las horribles matanzas de París y de algunas provincias impulsaban a guarecerse bajo los estandartes de las fronteras a muchos hombres honrados que preferían vivir y morir defendiendo el suelo francés, que convertirse en víctimas de los anarquistas de dentro o en esclavos del extranjero. Como la Francia eclesiástica, la Francia militar contribuía a salvar la fe, el honor y la unidad de la patria.

Vedla bajo el mando de Dumouriez, ordenada en las fronteras de Lorena y de Champaña, faltada a veces de lo necesario, triunfar con su valor natural del ejército prusiano, de aquellas viejas bandas de Federico II, que habían resistido a toda Europa y desollado el Imperio de Alemania. Los prusianos, dueños de Longwy y de Verdún, avanzaban siempre, y ya se hablaba de replegarse detrás del Loira. Pero Dumouriez se arroja, con la inspiración del genio, a la selva de Argona, única posición en que pudo detener al enemigo. Sitúa allí sus principales fuerzas en Grand-Pré y en las Islettes, y escribe a la Asamblea: "Espero a los prusianos. El Campo de Grand-Pré y de las Islettes son las Termópilas de Francia, pero yo seré más afortunado que Leónidas." En efecto, los prusianos viéronse obligados a suspender su marcha, pero una falta cometida por Dumouriez le obliga a abandonar su po-

sición y a replegarse al campo de Sainte-Menehoud, en donde concentra sus fuerzas y recibe los refuerzos que le llevan Bournonville y Kellermann; su ejército se eleva a 70.000 hombres.

Vedla bajo el mando de Kellermann, en las llanuras de Valmy, el 20 de Septiembre de 1792. Después de un cañoneo de cuatro horas, avanzan los prusianos contra los franceses para atacarlos al arma blanca; pero se quedan tan asombrados de la valerosa actitud de aquellos nuevos soldados que los esperan a pie firme, con la bayoneta calada, que vacilan, y retroceden sin atreverse a comenzar el ataque. El honor de la jornada quedó por los franceses, y aquel primer éxito, poco importante, al fin, dió que reflexionar al enemigo, e inspiró a la nueva Francia militar una confianza inmensa en sí misma. Los prusianos carecían de municiones y almacenes, y la estación empezaba a ser mala. Negociaron con el nuevo gobierno francés, le devolvieron Verdún y Longwy, levantaron el sitio de Thionville y se volvieron por donde habían venido, pero vencidos y diezmados por la guerra y las enfermedades.

Por entonces, Lila, horriblemente bombardeada por los austriacos, resistía heroicamente. Custine, en las orillas del Rhin, se apoderaba de Tréveris, de Espira y de Maguncia. Los generales Montesquiou y Anselme invadían a Saboya y el condado de Niza. Nuestros ejércitos tomaban en todas partes la ofensiva y obtenían la victoria.

Señores, por lamentable que fuese el estado de Francia en 1792, poseía un clero y un ejército que la honraban sobremanera. Sacerdotes y soldados sabían morir, los unos por su Dios, los otros por la patria, y un pueblo está destinado a vivir cuando lleva en sus entrañas devastadas las dos grandes fuerzas tan bien dispuestas para comprenderse y completarse: la fuerza religiosa y la fuerza militar. Todavía hoy, tras un siglo de sacudidas interiores y discordias civiles, tenemos estas dos fuerzas tutelares: el clero y el ejército, el ejército que protege los hogares y el clero que rodea los altares. *Pro aris et focis*: los hogares y los altares constituyen la patria. Continuaremos, señores, cubriéndolos del mismo respeto y del mismo amor.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOQUINTA

La Iglesia y la Revolución

4.° LA CONVENCIÓN NACIONAL

(21 *de Septiembre de* 1792 *a* 26 *de Octubre de* 1795)

SEÑORES:

A la Asamblea legislativa sucede la Convención nacional, que vivió tres años, de 1792 a 1795. Durante este tiempo, la Francia militar continúa sus combates gigantescos contra la Europa coligada, combates que no me propongo referir. Relato la historia de la Iglesia. Quiero, pues, mostraros hoy las feroces destrucciones y las odiosas invenciones de la Convención, la cual, como se ha dicho con justicia, acumuló más crímenes en catorce meses que se cometieron en catorce siglos.

I. Las feroces destrucciones de la Convención.

La Convención todo lo destruyó; sumergió la nación en un mar de sangre.

En primer lugar, *la realeza.* Luis XVI, encerrado en la prisión del Temple fué sometido a un simulacro de juicio. En vano exclamaba Sèze: "Ciudadanos: deténgome ante la historia; pensad que juzgará nuestro juicio y que el suyo será el de los siglos." En vano Malesherbes fustiga a los convencionales arrojándoles al rostro esta aniquiladora frase: "¡Busco entre vosotros jueces, y no hallo más que acusadores!" El infortunado monarca entrega en el cadalso su cabeza inocente el 21 de Enero de 1793. Víctima pura, antes de morir, se vuelve al pueblo y le dice: "Franceses, muero inocente de los crímenes que se me imputan. Perdono a los autores de mi muerte." La reina María Antonieta, la hermana del Rey, Madame Elisabeth, tuvieron la misma suerte. El joven Luis XVII murió a su vez en un calabozo. La realeza quedaba destruída. Pero los convencionales, herederos directos de los filósofos, odiaban más la religión que la realeza, por lo que ejecutaron en sangre las infamias e impiedades predicadas y preconizadas por Voltaire, Rousseau y los enciclopedistas.

El clero, ya expoliado y perseguido por la Constituyente y la Legislativa, fué exterminado por la Convención. En París y en toda Francia, desarrollóse una horrible persecución contra los sacerdotes, los religiosos, las religiosas, y contra todo lo que de cerca o de lejos se refería a la religión. Millares de sacerdotes, reunidos en grupos para la deportación, eran amontonados en los puertos, en los cuales murieron las dos terceras

partes de padecimientos y miseria. En Nantes, las Hijas de la Sabiduría subieron al cadalso entonando los cánticos de su bienaventurado Padre Montfort. La de más edad apenas tenía treinta años. "¡Oh—exclamó uno ante su paso,—perdonad a estas hermosas Hermanitas que cantan tan bien!" Pero no. Al infame Carrier le parece que la guillotina es demasiado lenta y organiza las sumersiones. En Lión, Collot de Herbois, para acabar antes, hace ametrallar a sus víctimas. Francia se hacía inhabitable. Alemania, Italia, España, los Países Bajos y aun Rusia recibieron a los desterrados. Inglaterra por sí sola dió hospitalidad a más de 7000 sacerdotes católicos, los cuales, como ya os lo he dicho, plantaron en su suelo, tantas veces ensangrentado por la persecución religiosa, los nuevos gérmenes de la verdadera fe. El torrente de la irreligión rugía desencadenado, y derrumbaba a su paso la realeza y el clero.

Los monumentos. Los modernos iconoclatas no respetaron nada de lo que tenía una significación religiosa, una apariencia de cristianismo. Las santas reliquias fueron quemadas, y sus cenizas esparcidas; en un día se destruyeron las obras maestras acumuladas por los siglos; se cerraron o se demolieron las iglesias; echáronse al crisol los vasos sagrados del altar; se transformaron en cañones las campanas, los templos en almacenes, los conventos en prisiones o en albergues; se traficó con libros, con cuadros, con medallas, con estatuas, con todos los objetos caros a las artes y a la religión, cuando el ardor de destruirlos no era mayor que el de robarlos. Cosa notable, cuando la codicia se encarniza con una propiedad sagrada, destroza más que toma, destruye más que roba; su locura llega al delirio, pierde aun la inteligencia del bandidaje, y su

sed, alumbrada por la embriaguez, no le deja oír nada, ni prever nada. Esto fué lo que ocurrió, no con Francia, sino con la Convención. Robó, profanó, confiscó, destruyó, arrasó hasta la última piedra de los altares y los símbolos religiosos. La Revolución devoró la realeza, el clero, los monumentos, y, según la frase del girondino Vergniaud, devoró, como Saturno, aun a sus propios hijos.

Los verdugos mismos fueron sumergidos en el abismo sangriento que abrieron sus manos fratricidas. Los girondinos, aquellos brillantes habladores, de índole cobarde, que votaron con la muerte en el alma el suplicio de Luis XVI, fueron los primeros en sucumbir. Llevaron su merecido. Marat, un bestia feroz más que un hombre, el monstruo más atroz de tan lamentable época, cae bajo el puñal de una joven, Carlota Corday. Sus restos fueron llevados en triunfo al Panteón y colocados al lado de Voltaire y de Rousseau. Merecían semejante vecindad. No tardó en llegar el turno a Dantón y a sus amigos. Fueron arrestados, llevados ante el tribunal revolucionario, y condenados. Marchan al suplicio en medio de una multitud silenciosa. Era la justicia de Dios que castigaba a todos aquellos miserables, ebrios de sangre y saturados de crímenes. Quedaba Robespierre. Quiere hablar a la Convención. "¡Abajo el tirano!"—exclaman de todas partes. Se agita furioso, recorre las filas de la Asamblea, se dirige suplicante a los miembros de la derecha, que lo rechazan con horror. Finalmente, cae en su puesto sin fuerzas y sin palabra: "¡Miserable!—le grita un miembro—¡La sangre de Dantón te ahoga!" Es arrestado y juzgado por el mismo tribunal que por tanto tiempo había él alimentado de víctimas. Una muchedumbre inmensa se oprime en torno de la carreta que le conduce al

suplicio, y en el momento en que cae sobre su cuello la cuchilla, prolongadas salvas de aplausos resuenan por todas partes. Francia respira; el reinado del terror ha terminado.

Pero mientras se realizaban las destrucciones feroces que acabo de recordar, intentaba la impiedad edificar un mundo nuevo, inventaba cultos inéditos que reemplazaran al catolicismo destruído. Contemplémosla en su obra.

II. Las odiosas invenciones de la Convención.

Os señalaré únicamente tres.

1.ª *La reforma del calendario.* Queriendo la Convención consumar la apostasía de la nación francesa y borrar todo vestigio de cristianismo, imaginó bestialmente, y más malvadamente aún, una era nueva que reemplazara a la cristiana. Al calendario de la Iglesia sustituyó un nuevo calendario, en el cual las antiguas fiestas religiosas fueron suprimidas, y lo mismo el domingo. Los nombres de los santos fueron reemplazados por los de animales y plantas. Cada décimo día o década era día de descanso. Ya veis la arrogancia de aquellos criminales que querían desmentir la sabiduría de Dios. El Creador dividió la semana en siete días; los convencionales en diez. El Creador se reservó el domingo; los convencionales lo suprimieron y se reservaron la década. Ya sabéis lo que ocurrió. El Terror, que lo podía todo en Francia, no pudo realizar tan gran cambio. El día del descanso legal, se comparecía en traje de fiesta para fingir que se descansaba; pero se violaba en secreto aquella ley ridícula e impotente, emanada del hombre, y nacida la víspera. El domingo se efectuaba una actitud descuidada, pero se observaba en el interior de las familias la gran ley del descanso promulgada por Dios mismo, y nacida en el origen del mundo... y el campesino, al que se reprochaba una inacción condenada por las leyes, respondía con candidez llena de verdad y de malicia: "Nuestros bueyes conocen el domingo, porque al cabo del sexto día, sus mugidos parece que llaman las horas marcadas por el Creador para el descanso universal de la naturaleza." Tan verdadero es, señores, que hay en las fuerzas humanas, y aun en las fuerzas de los animales, una especie de imposibilidad para trabajar nueve días seguidos. Tan verdadero es que Dios supo bien lo que hacía al decretar el descanso del séptimo día. Los convencionales querían ¡insensatos! dar una lección al Creador. Pero, para aquellos hombres desnaturalizados no menos que criminales, el Creador no existía. Su divinidad era... ¿quién? La diosa razón.

2.ª *La diosa razón...* otra invención odiosa e infame de aquellos odiosos tiempos. Como la revolución materialista y atea necesitaba un símbolo y manifestaciones, la Comuna de París decidió que la Iglesia de Nuestra Señora se destinara al culto de la diosa razón. La Convención no se avergonzó de ir en corporación a rendir su homenaje a un ídolo vergonzoso y vióse a una multitud delirante ofrecer incienso y adoraciones a una mujer tocada con un gorro frigio, de pie sobre el altar, simbolizando la pura razón. "La pura razón—exclama Lacordaire—quiso celebrar sus bodas, porque sobre el cadalso no había celebrado más que sus desposorios; quiso ir más allá, y llegar hasta las bodas. Las puertas de aquella metrópoli abriéronse a sus órdenes todopoderosas; una muchedumbre innumerable inundó

el atrio, llevando al altar mayor la divinidad que se le había ido preparando durante sesenta años. ¿Diré su nombre? La antigüedad tuvo imágenes que exponían la depravación al culto de los pueblos; aquí era la realidad, el mármol viviente de una carne pública." He ahí, señores, a donde conducía la pura razón: a la impudicia, a un lodo infecto desleído en sangre. Los grandes pontífices de aquel nuevo culto llegaron a espantarse de aquellas saturnales de impiedad y vicio, y para arrojar sobre la basura una máscara de religiosidad inventaron el último extremo,

3.ª *La fiesta del ser supremo.* Se había repudiado a Jesucristo, se intentó reemplazarlo por el ser supremo. Una nueva injuria arrojada a la faz del cristianismo. Robespierre hizo votar por la Convención este decreto: "El pueblo francés reconoce la existencia de Dios y la inmortalidad del alma." Esta profesión de fe deísta fué inscrita en el fronstispicio de los templos que quedaban de pie, y el mismo Robespierre presidió la primera fiesta instituída en honor del ser supremo. A la sangre y al lodo venía a juntarse la hipocresía.

Y ahora, señores, nos resta sacar la gran lección que se deduce de los acontecimientos que acabo de recordar. Escuchad todavía a Lacordaire: "Francia—dice— había traicionado su historia y su misión. Dios podía hacerla perecer como a tantos otros pueblos que perdieron, por sus faltas, su predestinación. Pero no lo quiso, sino que resolvió salvarla por una expiación tan magnífica como grande fué su crimen. La realeza estaba envilecida; Dios le devolvió su majestad, realzándola sobre el cadalso. La nobleza estaba envilecida; Dios le devolvió su dignidad, realzándola en el destierro. El clero estaba envilecido; Dios le devolvió

el respeto y la admiración de los pueblos, realzándolo en la expoliación, en la miseria y en la muerte. La fortuna militar de Francia estaba envilecida; Dios le devolvió su gloria, realzándola en el campo de batalla." Cantemos, señores, cantemos la sabiduría, la justicia, la misericordia de Dios.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOSEXTA

La Iglesia y la Revolución

5.º El Directorio

(1795 *a* 1799)

SEÑORES:

Hemos estudiado los combates de la Iglesia bajo la Constituyente, la Legislativa y la Convención nacional Nos encontramos en 1795. El siglo XVIII toca a su fin. El Directorio va a ocupar este fin de siglo. Contemplemos la marcha del mundo tras las horribles sacudidas que acaba de experimentar y arrojaremos una mirada sobre París, sobre Francia y sobre Roma.

I. En París.

De 1795 a 1799, gobierna el Directorio. ¿Qué es el Directorio? Un gobierno de cinco miembros, con un

Cuerpo legislativo: el Consejo de los Quinientos, que propone y discute las leyes, y el Consejo de los Ancianos, que las acepta o las rechaza. Los primeros cinco directores eran regicidas; dos más moderados se inclinaban al orden y a la paz; tres más revolucionarios aspiraban a la violencia y a la tiranía.

Naturalmente, los moderados fueron devorados por los violentos. Es lo que sucede siempre. Los moderados hacen galanas frases, pero no se atreven a ejecutar un acto de valor. Los violentos marchan adelante y se apoderan de las situaciones. Desde Enero de 1796, el Directorio anunció, pues, un sistema de persecución abierta contra el clero y la religión, y, encargó a todos sus agentes la ejecución rigurosa de los edictos de proscripción legados por la Legislativa y la Convención. Los sacerdotes católicos fueron de nuevo atormentados, arrestados, deportados. La pequeña isla de Rhe albergó hasta 1200, y gran número fueron deportados a Cayena.

Tocóle luego el turno a la burguesía. Hay muchas personas extrañas que se muestran indiferentes a la persecusión dirigida contra el clero y viven perfectamente tranquilas mientras no peligra su caja o su puchero. Que se moleste a los sacerdotes, que se promulguen leyes o se forjen cadenas para agarrotar a la Iglesia, que se le roben sus bienes o su libertad, les tiene sin cuidado. Dejan hacer y dicen por lo bajo: ¿Qué importa? ¡Ah, cuán ciegos son! No ven que el golpe de martillo que se descarga sobre los altares, quebranta al propio tiempo los hogares. No ven que la ola que se lleva los bienes de la Iglesia, arrastrará también su propiedad. El Directorio tenía necesidad de dinero. El clero ya no tenía. Por la ley de los rehenes y por el emprestito forzoso progresivo, el Directorio privó de

toda seguridad a las personas y expuso a la confiscación sus bienes.

Pero tras los estragos de la Revolución, la licencia de las costumbres era extrema. Francia devastada necesitaba una religión. Se había intentado la diosa razón y el culto del ser supremo, pero todo ello había terminado en la impotencia y en el vicio. ¿Qué hacer? El Directorio intentó primeramente revivificar el culto de los filósofos, las décadas, las fiestas de la juventud, de la agricultura, de los esposos, de la soberanía del pueblo, de la vejez. Todas estas fiestas constitucionales cayeron pronto en el más profundo descrédito. Desaparecieron entre los silbidos y las picantes cuchufletas de las verduleras. La misma iglesia constitucional intentó en vano reorganizarse; quiso celebrar un concilio, que abrió en París en 15 de Agosto de 1797, pero no fué más que un simulacro ridículo. Todo aquello no podía durar. Era necesario inventar otra cosa. Había entre los miembros del Directorio una cabeza fuerte, un abogado regicida, llamado Larevellière—Lepeaux, el cual inventó el culto de la teofilantropía. Cada uno de los filántropos debía ser por turno sacerdote. Los oficiantes aparecían revestidos de largas túnicas blancas, con cinturones tricolores, y, en las décadas, pronunciaban en el púlpito largas arengas, y recitaban himnos filosóficos en honor del autor de la naturaleza. El inventor de este culto, Larevellière—Lepeaux, era el soberano pontífice. Como el inventor era pequeño, jorobado, contrahecho, finalmente, un verdadero polichinela, tal como se le llamaba, su culto tenía todas las apariencias de ser lo que era, una comedia. Todo el mundo se divertía con él. Como entre los filántropos veíanse hombres tarados y cubiertos de crímenes, el pueblo les dió el apodo de "locos en cuadrilla." Su

gran sacerdote intentó gastar más de una broma con sus colegas del Directorio, y muy pronto la nueva religión pereció por falta de adeptos. Pues bien, mientras que aquellas nulidades ocupaban la capital, ¿qué hacía la nación? ¿en qué se convertía el espíritu público?

II. En Francia.

La tranquilidad sucedía a la tormenta, y poco a poco en las provincias íbanse aproximando a la religión católica. Se ha dicho que los pueblos tienen los gobiernos que merecen. Esto no siempre es verdad. Muy a menudo Francia ha sido mejor que sus gobernantes, y hacia 1797 sobre todo, Francia valía más que el Directorio.

Al impulso de la opinión pública, Barthelemy, hombre probo y recto, de costumbres dulces y moderadas, entró en el Directorio, y se oyeron resonar en el Consejo de los Quinientos palabras de verdadera libertad. Un diputado lionés, Camilo Jordán, defendió con verdadera elocuencia la libertad de cultos y el restablecimiento de la religión cristiana. Su proposición fué aceptada y votada. El mismo diputado pidió la abolición del juramento cívico que una ley fatal exigió de los sacerdotes; la ley fué mantenida, pero por una mayoría pequeñísima. Otro diputado, en la misma Asamblea, tuvo el valor de exclamar: "Pediré lo que constituye hoy la soberanía del pueblo, de la que tanto se habla en esta tribuna en frases magníficas. La antigua religión de nuestros padres es todavía el patrimonio de sus hijos desgraciados o culpables, y para la mayoría el único bien que les queda. Veo las reclamaciones que nos llegan de todos los puntos de la República, las cuales tienen un sonido más religioso todavía que las cam-

panas de bronce que hicisteis callar. Veo los templos que se abren de nuevo en todas partes, los altares que se levantan, los concursos de fieles a los solemnidades por tan largo tiempo interrumpidas. ¿Quién, pues, de nosotros persistirá en sustituir su voluntad personal a la voluntad de todos?" Cuando semejantes palabras se pronunciaban en el Consejo de los Quinientos, era evidente que reproducían la opinión general, que espontáneamente se encaminaba hacia el cristianismo.

Se ha dicho que, en 1802, por el Concordato, restauró Napoleón el culto y devolvió a Francia la religión católica. Esto no es enteramente verdad. Antes de 1802, en los años del Directorio, la Iglesia, devastada por la tempestad, renacía de sus cenizas. El pueblo de Francia volvía a emprender el camino de sus templos y recuperaba sus hábitos religiosos tradicionales.

Napoleón, que era inteligente y avisado, comprobó aquel movimiento de retorno a la antigua fe, y lo confirmó oficialmente entrando en relaciones con la Santa Sede. No deseo disminuir en lo más mínimo su mérito, que fué real; digo solamente que me propongo exponer la verdad histórica, y haceros observar que el renacimiento del cristianismo en las costumbres es anterior al renacimiento en las leyes. Hay en esto una lección que debemos recoger. Poned, señores, la religión en vuestra vida, en todo cuanto os rodea; originad así una opinión pública favorable a la religión; es el único medio práctico de preparar legisladores que respeten nuestras creencias y den a la nación hambrienta de concordia leyes de justicia y libertad. No son generalmente las leyes las que hacen a las costumbres, sino las costumbres las que hacen a su imagen la legislación.

Ahora bien, mientras que Francia se despertaba a

una vida nueva bajo el Directorio, ¿qué era de la Iglesia universal, del Pontificado, de Pío VI?

III. En Roma.

En la Ciudad Eterna reinaba un papa muy anciano, sin apoyo humano alguno, que tenía frente a él la Turquía mahometana, la Alemania infectada de protestantismo y josefismo, la Rusia cismática, la Escandinavia y la Inglaterra herejes, la Francia revolucionaria y revolucionando a toda Europa. El anciano Pontífice no podía contar con España, que acababa de firmar paces con la república francesa, ni con Nápoles, que se aprestaba en secreto a hacer lo mismo.

El momento era bueno para caer sobre el Pontificado. El Directorio, que contaba entre sus miembros un sacerdote apóstata, Siéyès, y, entre sus ministros, un obispo apóstata, Talleyrand, no lo desaprovechó. Empezó por exigir de Pío VI una cosa imposible: retirar sus Breves contra la constitución civil del clero. El Papa se negó.

Entonces el ejército francés se apoderó de las tres legaciones de Bolonia, Ferrara y Ravena, y a fines del mismo año de 1797, el general Duphot, agregado a la embajada de Francia, fué muerto en Roma, en un motín, y el Directorio ordenó a las tropas francesas que invadieran los Estados de la Iglesia. Se significó al Papa que su dominio temporal dejaba de existir, y se obligó a los cardenales a desterrarse y dispersarse.

Pío VI, a pesar de sus ochenta y un años, fué sacado de Roma como cautivo, y llevado a Florencia, a Pisa, a Briançon, a Valence, recogiendo en todas partes a su paso los homenajes y ovaciones del pueblo cristiano. Murió en Valence el 29 de Agosto de 1799, después de

veinticuatro años, seis meses y catorce días de Pontificado.

La impiedad gritó: "¡Es el último papa!" No, señores. La Iglesia no murió con Pío VI, la Iglesia no murió con el siglo XVIII. Va a resucitar. Los sofistas y los verdugos han agotado contra ella su rabia impotente, mas ella sobrevivió a los verdugos y a los sofistas. Cantemos su inmortalidad.

Así sea.

CONFERENCIA DECIMOSEPTIMA

La Iglesia y Francia a fines del siglo XVIII

SEÑORES:

Hace un año que intento referiros los combates de la Iglesia. Os he relatado los combates de la Iglesia primitiva, los combates de la Iglesia en la Edad Media, los combates de la Iglesia en los tiempos modernos. Acabamos de examinar los combates del tiempo de la Revolución. Para terminar este estudio tan agitado, os invito a lanzar la última ojeada, sobre la Iglesia, sobre Francia a fines del siglo XVIII.

I. Francia a fines del siglo XVIII.

A fines del siglo XVIII, Francia no podía más. Veíase amenazada en lo exterior por Europa en armas. Inglaterra, Alemania y Rusia preparaban contra ella una coalición. Los turcos mismos, irritados por la invasión en Egipto, hicieron causa común con Europa, y se

aprestaron a arrojar de Ancona a los franceses. Las poblaciones italianas, asqueadas de la impiedad de los franceses, de su pillaje del santuario de Loreto y de su persecución contra el Papa, acogieron a los austriacos y a los rusos como libertadores; y Souvarow, que, en 1794, había arrasado por última vez a Polonia, para que pudieran despedazarla definitivamente Rusia, Austria y Prusia, no hubiera tomado a mal procurar igual suerte a la Francia revolucionaria.

En lo interior, sentía Francia removidas sus entrañas por las conspiraciones, por la Vendée y los chuanes. Las rentas públicas estaban en un estado lamentable. La República acababa de declararse en quiebra por los dos tercios de su deuda, y sólo garantizaba un tercio consolidado. Prodújose con todo esto una división entre el Directorio y el Cuerpo legislativo. Francia, recelosa y cansada de sí misma, busca un hombre a quien pueda entregarse con honor. No veía hombre alguno de genio, del cual pudiera esperar algo, más que entre sus generales, y pensaba en Bonaparte. Pero el Directorio mostrábase celoso de él, y le tenía miedo. El Directorio le había deportado a Oriente, cuando, de improviso, el 11 de Octubre de 1799, el *Journal de París* publicó, a la cabeza del número, el aviso siguiente: "¡Ciudadanos, Bonaparte ha desembarcado en Frejus!"

¿Quién era Bonaparte? Era un general radiante de juventud, de inteligencia y de éxitos militares. Ya tenía en su activo dos magníficas campañas, de las cuales una sola hubiera bastado para acreditar a un guerrero.

En Italia había batido a los piamonteses y a los austriacos. Alumno de la Escuela militar, uno de sus profesores lo había anotado así: "Corso de nación y de natural, irá lejos, si la circunstancias lo favorecen." En

efecto, nombrado general en jefe del ejército de Italia, a la edad de veintisiete años, dijo a sus soldados: "Estáis desnudos, mal alimentados. El gobierno os debe mucho, pero nada puede daros. Contemplad esas hermosas regiones. Os pertenecen. En ellas encontraréis honores, glorias, riquezas." Y al punto desciende a las llanuras del Piamonte y de Lombardía, y en un año obtenía las victorias de Montenotte, Lodi, Castiglione, Arcole y Rívoli; suprime las repúblicas de Venecia y Génova, funda y organiza la República cisalpina; impone la paz a Austria, y, cubierto de los laureles de Campo Formio, llega triunfalmente a París. Espantado de una gloria que le hacía sombra, el Directorio encarga a Bonaparte la expedición de Egipto, dirigida contra Inglaterra. Sabios, artistas, labradores se asociaron a la empresa. Ibase a fundar una gran colonia.

En Egipto fué Bonaparte vencedor de los musulmanes por tierra, y vencido de los ingleses por mar. Obtuvo la brillante victoria de las Pirámides. Se apoderó del Cairo y lo convirtió en centro de su inteligente administración. Sorprendióle allí la nueva de la destrucción de la escuadra francesa por Nelson en Abukir, y se dirige a Siria, por donde descendía un ejército turco. Toma a Gaza y a Jaffa, rechaza a los turcos al monte Tabor, fracasa en San Juan de Ancre ante los ingleses, vuelve a Egipto, y arroja al mar, en Abukir, a los 18.000 genízaros desembarcados en la costa. Conocedor entonces del estado de las cosas y de los espíritus en Francia, parte, precedido por los ecos de la brillante victoria de Abukir, y encarga a Kleber el mando del ejército de Egipto. Por una dicha inaudita, el joven vencedor de Italia y de Egipto recorre sano y salvo el Mediterráneo, que surcaban las

flotas inglesas, y desembarca en el golfo de Frejus el 9 de Octubre de 1799.

Llevado en brazos de toda Francia, llega a París para cerrar allí el siglo XVIII y comenzar el nuevo. Encuentra la situación que ya os he indicado, es decir, Francia amenazada en lo exterior por toda Europa, y entregada en lo interior a la anarquía. Se dirige al Directorio, y le dice: "¿Qué habéis hecho de la Francia que os dejé tan brillante? Os dejé la paz, y me encuentro con la guerra. Os dejé victorias, y me encuentro con reveses. ¿Qué habéis hecho de los 100.000 franceses, a todos los cuales conocía, mis compañeros de armas? Todos han muerto." Al punto destituye al Directorio y a los dos Consejos, y se hace Cónsul, primeramente, con dos colegas, luego por diez años y, finalmente, vitalicio. La revolución de Brumario era evidentemente un atentado contra las leyes, pero después de tan fuertes sacudidas y tan crueles desgarros, Francia, agotada, sin crédito y presa de la anarquía, sentía la necesidad de un poder central fuertemente constituído y ejercido por mano vigorosa. Por eso perdonó mucho, se lo perdonó todo, a aquel de quien todo lo esperaba.

El 10 de Noviembre de 1799 empuñaba Bonaparte las riendas del gobierno de Francia. Dos meses antes, el 28 de Agosto de 1799, Pío VI, Cabeza de la Iglesia, moría en Valence. ¿En dónde estaba la Iglesia católica?

II. La Iglesia a fines del siglo XVIII.

Quizá nunca se encontró la Iglesia en semejante extremo. La impiedad podía creer que había terminado la religión. Si, como dicen sus enemigos, la Iglesia no es más que una institución humana que tiene por único apoyo la política de los reyes, había terminado la vida de la Iglesia, porque la realeza acababa de abismarse bajo el cadalso en la sangre de Luis XVI. Si el poder de la Iglesia no era más que la usurpación de un sacerdocio enriquecido, de edad en edad, por la piedad de los pueblos, había terminado la vida de la Iglesia, porque todo lo que recibía de los hombres, acababa de serle arrebatado. Si la Cabeza de la Iglesia no era más que un pastor mercenario, o el guardián soñoliento de un viejo sistema de superstición y de error perpetuado de generación en generación, por efecto de la ignorancia, o por el influjo de la costumbre, había terminado la vida de la Iglesia, porque ya no había papa, Roma estaba en manos de Francia, el Sacro Colegio había sido dispersado, y todo había terminado.

Pero no, la Providencia velaba, y, para salvar a su Iglesia, hizo una señal a Inglaterra, a Austria, a Rusia y a Turquía. Apenas el anciano Pío VI fué arrebatado de Roma, cuando Inglaterra suscitó una coalición contra Francia.

Entre Austria, Rusia y Turquía, irritada por la invasión de Egipto, provincia de su Imperio, concluyóse una alianza, la cual arrojó sobre Italia un ejército formidable de cosacos y tártaros, que expulsó de ella a los franceses, a pesar del valor de Macdonald y de Moreau. Entonces fué elegido Pío VII. Inglaterra, Austria, Rusia y la misma Turquía montan la guardia a la puerta del cónclave, para que todo transcurra con apacible lentitud. Terminado el acto, se retira la guardia, y cambia la escena. Seis meses después del 18 Brumario, el 14 de Mayo de 1800, en el origen del siglo XIX, 34 cardenales, reunidos en cónclave en Venecia, elevaban al soberano Pontificado al papa Pío VII, quien, pocos

meses más tarde, entra triunfalmente en Roma bajo la triple protección de la hereje Inglaterra, de la cismática Rusia y de la infiel Turquía. Era esto sencillamente maravilloso y absolutamente contrario a todas las previsiones humanas.

He ahí terminado el siglo XVIII y empezado el XIX. Francia y la Iglesia han cambiado de jefe. Bonaparte en París tiene en sus manos los negocios públicos, y Pío VII en Roma los asuntos religiosos. Estos dos hombres van a encontrarse, y por ellos, la Iglesia y Francia van a darse el beso de paz y de reconciliación.

CONCLUSION

En el umbral del siglo XIX la Iglesia y Francia se encuentran y se reconcilian.

Bonaparte, al volver de Egipto y pasar por Valence se entera de la muerte de Pío VI. Llegaba de Egipto y de Palestina, en donde había estudiado los orígenes del cristianismo, y comparado la religión de Jesucristo con la de Mahoma. El islamismo se le había aparecido como un cadáver, y el cristianismo como la verdadera vida de la sociedad. Lo que contemplaba en Francia no era de naturaleza propicia a quebrantar su convicción. En lugar de la religión cristiana, destruída, contempla las insanias de los teofilántropos y de los sacerdotes constitucionales, pero ve por todas partes que los templos vuelven a abrirse y que se levantan de nuevo los altares. Adivina las necesidades de la naturaleza, las aspiraciones del espíritu público, y se dice: "Hagamos alianza con el Pontificado. Tratemos con

el Pontificado. Tratemos con el Papa como si tuviera un ejército de 200.000 hombres."

Y negoció el Concordato.

"Después, — dice Lacordaire en Nuestra Señora, — abriéronse las puertas de esta basílica, apareció un soldado en el umbral, rodeado de generales y seguido de veinte victorias. ¿A dónde se dirige? Entra, atraviesa lentamente esta nave, sube al presbiterio; vedlo ante el altar. ¿Qué viene a hacer ahí, ese hijo de una generación que se burló de Jesucristo? Viene a prosternarse ante el Vicario de Jesucristo, y a pedirle que bendiga sus manos, para que el cetro no le sea demasiado pesado al lado de la espada; viene a doblar su cabeza militar ante el anciano del Vaticano, y a confesar a todos que la gloria no basta, sin la religión, para consagrar al Emperador. Comprendió, a pesar de todas las apariencias en contrario, que el soplo divino no se había retirado de Francia, y es propio del genio no detenerse en la superficie de las cosas, sino ir al fondo para sorprender allí la realidad oculta. Gobernar a los pueblos consiste verdaderamente, no en creer en sus malas inclinaciones, sino en revelarles a ellos mismos lo que en ellos hay de grande y de bueno. Así salvó Dios a Francia; así realzó Dios por medio de ella todo lo que ella había abatido." Saludemos a la vez y en el mismo momento, señores, la doble resurrección de la Iglesia y de Francia en el umbral del siglo XIX. Bonaparte, recogiendo con una mano los despojos del mundo derrumbado, y firmando con la otra el Concordato con Pío VII; he ahí un siglo que acaba y una nueva era que comienza. Detengámonos aquí, y bendigamos al Señor.

Así sea.

TABLA ALFABÉTICA
DE NOMBRES PROPIOS

C

CH

D

E

F

G

H

I

J

K

L

M

TABLA DE MATERIAS

I

CONFERENCIAS PRELIMINARES

Págs.

CONFERENCIA SEXTA

El programa del presente año

CONFERENCIA SEPTIMA

Las cuatro aureolas que la Iglesia ostenta en su frente

II

LOS COMBATES DE LA IGLESIA PRIMITIVA

CONFERENCIA PRIMERA

El punto de partida de la Iglesia

CONFERENCIA SEGUNDA

La Iglesia primitiva y los judíos

CONFERENCIA TERCERA

La Iglesia primitiva y el mundo pagano

CONFERENCIA CUARTA

La Iglesia primitiva y la espada de los Césaras

CONFERENCIA QUINTA

La Iglesia primitiva y la pluma de los retóricos

Págs.

CONFERENCIA SEXTA

La Iglesia primitiva y la herejía

CONFERENCIA SEPTIMA

La difusión de la Iglesia primitiva

CONFERENCIA OCTAVA

El triunfo de la Iglesia primitiva

CONFERENCIA NOVENA

El esplendor de la Iglesia primitiva

CONFERENCIA DECIMA

El pontificado en la Iglesia primitiva

III

LOS COMBATES DE LA IGLESIA EN LA EDAD MEDIA

CONFERENCIA PRIMERA

La Iglesia y los bárbaros

1.º EN EL IMPERIO ROMANO

CONFERENCIA DECIMOTERCIA

La Iglesia y la Revolución

2.° LA ASAMBLEA CONSTIUYENTE

CONFERENCIA DECIMOCUARTA

La Iglesia y la Revolución

3.° LA ASAMBLEA LEGISLATIVA

CONFERENCIA DECIMOQUINTA

La Iglesia y la Revolución

4.° LA CONVENCION NACIONAL

CONFERENCIA DECIMOSEXTA

La Iglesia y la Revolución

5.° EL DIRECTORIO

CONFERENCIA DECIMOSEPTIMA

La Iglesia y Francia a fines del siglo XVIII

CONCLUSION